

ciencia ficción y fantasía

nueva dimensión

ALDANI. CLARKE. ERNSTING. KUTTNER. LEM...



nueva
dimensión 2

Lectulandia

Revista española de ciencia ficción y fantasía, fundada por Sebastián Martínez, Domingo Santos y Luis Vigil.

Lectulandia

AA. VV.

Nueva Dimensión 2

Nueva Dimensión - 2

ePub r1.0

Colophonius 18.05.16

Título original: *Nueva Dimensión 2*

AA. VV., 1968

Retoque de cubierta: pherikit

Editor digital: Colophonius

Escaneo: luangoru y danielus

Edición de fuente original: johansolo

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

nueva dimensión

1968/2

nueva dimensión

REVISTA BIMESTRAL DE CIENCIA FICCIÓN Y FANTASÍA

A cargo de:

Sebastián Martínez
Domingo Santos
Luis Vigil

AÑO 1968/2

Director:

J. M. Armengou

Colaboradores:

Antonio Bellomi
Adolfo Buylla
Alfonso Figueras
Luis Gasca
José Luis Garcí
PGarcía
Carlos Jiménez
Francisco Lezcano
José Luis Montalbán
Jean G. Muggoch
Octavi Piulats
Mercedes Valcárcel

Director de publicidad:

Jordi Prat

Director de relaciones públicas:

Andreu Román Parra

Director artístico:

Enrique Torres

Corresponsales:

Austria: Kurt Luif
Estados Unidos: Forrest J. Ackerman
Francia: Jacques Ferron
Inglaterra: Arthur Sellings
Italia: Riccardo Leveghi
Uruguay: Marcial Souto Tizón

Delegado en Madrid:

Carlos Buiza

Marzo-Abril 1968. Número 2

nueva dimensión **HOY**

EDITORIAL

[Universalidad de la ciencia ficción](#)

PERFIL

[Acerca de Arthur C. Clarke](#)

por Arthur Pottersman

SE PIENSA

[Los premios Hugo](#)

por Sebastián Martínez

[Un olor a rancio: «Fantástica»](#)

por Alfonso Figueras

[La evolución de «Zarpa de Acero»](#)

por Luis Gasca

Entrevista

[Forrest J Ackerman: ¿qué pasa con el cine de terror?](#)

SE DICE

[Libros, revistas, cine, teatro, tv, comic, fumetti, discos, fandom, autores, arte, premios, juegos, reuniones](#)

SE ESCRIBE

[Las opiniones de nuestros lectores](#)

NOVELAS

[Planeta de arena](#)

por Cordwainer Smith

[37 centígrados](#)

por Lino Aldani

CUENTOS

[De lo contrario...](#)

por Henry Kuttner

[El ayer de las ratas](#)

por Angélica Gorodischer

[Selección](#)

por Walter Ernsting

[¿Existe verdaderamente Mr. Smith?](#)

por Stanislaw Lem

[Antes del edén](#)

por Arthur C. Clarke

CUENTOS CORTOS

[Traigo frescas lluvias](#)

por Robert F. Young

[Muy arriba, muy adentro](#)

por Juan G. Atienza

[George](#)

por Luis Vigil

[Recordando](#)

por David R. Bunch

CLÁSICO

[El exterminador](#)

por A. Hyatt Verrill

POESÍA

[Su atención por favor](#)

por Peter Porter

FANZINE

[Señuelo](#)

por Graham Charnock

COMIC

[El mago de Id](#)

por Brant Parker y Johnny Hart

ILUSTRACIONES DE

Jaime Azpelicueta

José M.^a Beá

Jordi Buxadé

Ramón Escolano

Riccardo Leveggi

Francisco Lezcano

J. F. de Lombardía

M.^a Lluisa Paytubí

Martí Ripoll

Enric Sió

A. Usero Abellán

HUMOR

La gallina catalina

por Enric Sió



EDITORIAL

Universalidad de la ciencia ficción

Rue de Rivoli, lo que equivale decir en pleno corazón de París. Museo de las Artes Decorativas; Palacio del Louvre, Pabellón Marsan. Unos escalones llevan, no al primer piso como señalan los letreros indicadores, sino directamente al Cosmos: a los espacios siderales y a las profundidades submarinas, a la prehistoria y al más distante futuro, a este universo y a todos los otros universos que han sido creados por la imaginación de los escritores, artistas, cineastas, modelistas y otros profesionales o aficionados a la Ciencia Ficción.

Vitrinas llenas de libros, cuadros, proyecciones de películas, esculturas, carteles, diapositivas, artefactos, juguetes. Un mundo alucinante para el no

iniciado, un Shangri-La para el adepto.

Primero admiración incrédula (jamás creí que se podía reunir tanta cosa...), más tarde un poco de envidia (maldita sea, ¿dónde habrán encontrado ese?...), y tal vez, al final, algo de desencanto o de crítica, no siempre objetiva (pero aquí falta... yo quizá lo hubiera enfocado...).

Y, no obstante, hay que admitir una realidad: valió la pena. Valió la pena recorrer los mil y pico de kilómetros que separan Barcelona de París para ir a visitar la Exposición, valió la pena emplear una semana para ver cuatro salas, llenar una libreta de apuntes y sacar un montón de fotografías. Y tal vez valdría la pena volver a nuevo si no fuera porque los días de su celebración han terminado y ahora la exposición se encuentra en Alemania, de donde quizá pase al Canadá, para luego ser disuelta y sus piezas componentes, comunes algunas, raras otras, invaluables unas pocas, devueltas a las colecciones privadas de las que forman parte, para probablemente no volver ya a reunirse nunca más.

¿Que qué vi realmente en la Exposición? Había de todo, desde libros hasta modelos hechos por un aficionado con trozos de cartón, todo. Pero, ahora, lejos ya el momento de las primeras impresiones, recordando y pensando con calma sobre todo lo que pasó ante mi vista, más que un objeto determinado, una idea se me presenta por sobre todo los demás: la de la universalidad de la ciencia ficción.

Hace tan sólo unos años, la ciencia ficción era algo así como una logia, dentro de la cual convivían el escritor y el lector, y fuera de ella todo un mundo que se burlaba y no comprendía. Existía como una comunión entre autor y público, una especie de secreto del que eran únicos partícipes, y cuya incompreensión por parte de la «gente» llenaba de un triste pero fiero orgullo a ambos sectores de aficionados.

Pero hoy, esas fronteras han sido derribadas, atravesadas. Miremos a nuestros alrededor: la ciencia ficción está invadiendo el mundo, por los más variados caminos y llegando a los más apartados rincones.

En el cine mismo, ¿cuántas películas incorporan elementos de ciencia ficción en argumentos que no pertenecen en absoluto al género? Pensemos en las tan populares películas de agentes secretos, con sus espectacularmente fantásticos artefactos («gadgets» para el anglosajón) de ciencia ficción. Y en la publicidad: ¿Cuántos anuncios, desde los que, con ilustraciones de Chesley Bonestell, aparecieron hace ya algunos años en los calendarios distribuidos por una famosa marca de la electrónica, hasta los actuales «displays» en que, bajo el aspecto de un cohete futurista, presenta una conocida fábrica de bolígrafos sus productos, utilizan elementos de género? ¿Y cuáles son los juguetes que prefieren los niños de hoy?: las pistolas atómicas, las arquitecturas siderales, las naves, los robots, los juegos como

«Carrera a la Luna» o «Take Off». ¿Cuáles son sus héroes preferidos, en el comic, el elemento más importante en su ocio infantil, sino los personajes de ciencia ficción: Supermán, Flash Gordon, el recientísimo Delta 99, sin olvidar al querido Diego Valor, que sirvió para llevar al gusto de la ciencia ficción a más españoles, niños de entonces, hombres de hoy, que todas las novelas de Verne y Wells juntas?

La ciencia ficción está saliendo del estrecho horizonte en el que se circunscribía hasta ahora, y se introduce en nuestro vivir cotidiano. Podemos encontrarla en todas partes. Vemos que revistas tan dispares como puedan serlo *Mata ratos*, *Playboy*, *Elle*, *La Gaceta Ilustrada*, incluso multitud de periódicos, publican cada vez con mayor frecuencia relatos de ciencia ficción. Autores de primera línea, pertenecientes a campos más «tradicionales» de la literatura, hacen incursiones en el coto de la ciencia ficción: *Nevil Shute*, *Hans Helmut Kirst*, *Aldous Huxley*, *Dino Buzzati*, *Pierre Boulle*. La misma televisión, monstruo sagrado de nuestro tiempo, rinde tributo a nuestro género a través de multitud de programas, ya infantiles como «*Voyage to the Bottom of the Sea*» (Viaje al fondo del mar) o «*Lost in Space*» (Perdidos en el espacio), ya más adultos como «*The Twilight Zone*» (Dimensión desconocida) o, la mejor serie jamás pasada por TV, «*Star Trek*» (Jornada espacial). La escultura, la pintura, el teatro, incluso la música, todos los caminos del arte y de la inquietud humana se dirigen en busca de nuevas ideas, perspectivas, pareceres, objetivos, hacia los inexplorados horizontes de la ciencia ficción, y ensayan nuevas técnicas, utilizan nuevos recursos hasta hoy reservados exclusivamente para el especialista de la anticipación.

Esta presencia constante no ha pasado desapercibida para el estudioso, para el interesado en los fenómenos sociales. Se inician investigaciones, se entablan polémicas, se buscan orígenes y derivaciones. Se habla del fenómeno ciencia ficción. ¿Cuál es su origen? La respuesta acaso esté en la conquista del espacio, o en la segunda revolución industrial, o en la curva exponencial que registra el crecimiento de una tecnología que nos asombra a diario con inventos que parecen producto de la imaginación del más atrevido de los utopistas: ordenadores electrónicos que ya superan, en ciertas funciones, al cerebro humano, desconcertantes trasplantes de órganos. Acaso esté en un intento por el hombre de comprender la magia científica del siglo XX, de no quedarse atrás.

Y mientras tanto, el lector fiel y asiduo de ciencia ficción, el «de los de antes» contempla esta fenomenología con una mueca de suficiencia compartida con la alarma. Por un lado le gusta repetir los «ya lo sabía» y los «yo ya lo había dicho», con que expresa su calidad de adelantado, de precursor, de profeta que lleva muchos años clamando en el desierto y de

pronto comprueba satisfecho que muchos vienen a compartir su fe. Por otro ve que la antigua logia se va diluyendo en estas multitudes más vastas, que desaparece la comunión autor-público, que la ciencia ficción se va haciendo patrimonio de todos, y esto le resta, para él, parte del encanto primitivo de cosa secreta, casi «maldita». Y no sabe qué pensar.

Pero, ¿es esto bueno o malo? Creo, lo creo sinceramente, que los aficionados debemos perder ese desconcierto inicial que nos producen estos hechos. Debemos abandonar esa satisfacción, un tanto masoquista, de sentirnos aislados del mundo y consolarnos de la pérdida de tener «algo» diferente pensando en las fabulosas ventajas que, por otra parte, se desprende de todo esto, porque, ¡qué aportación tan fabulosa de nuevo talento constituyen todos esos elementos que, de no haber meditado esa masificación a ultranza, se hubieran quedado fuera del género! ¡Qué creaciones tan valiosas nos están dando esos grupos de poetas, escultores, pintores, cineastas, artesanos... que vienen a complementar lo que en principio no fue sino una subliteratura, extendiendo el aroma de la ciencia ficción a todas las artes!

Sí, quizá nos duela al principio vernos así rodeados, desbordados. Quizá nos hiera un poco en nuestro íntimo orgullo de «lobo solitario» esa creciente universalidad de la ciencia ficción. Pero no olvidemos por ello lo que ocurre, tomemos conciencia clara del lugar al que está accediendo en nuestra cultura, y alegrémonos. Porque ahora, lo podemos afirmar taxativamente, ahora está comenzando la era de la ciencia ficción.

DE LO CONTRARIO...

HENRY KUTTNER

En esta relativamente corta historia, una de las más conocidas del recientemente fallecido autor de «Furia» y «Mutante», Kuttner desarrolla una mordaz sátira que va mucho más allá del tórrido valle donde transcurre la acción. Siempre debemos lamentar que la carrera de este brillante escritor se haya visto truncada en su apogeo, privándonos de deleitarnos con las obras que, a buen seguro, hubiera continuado ofreciéndonos.

ilustrado por JORDI BUXADÉ

Miguel y Fernández estaban disparándose el uno contra el otro a través del valle, con poca puntería, cuando el platillo volante aterrizó. Gastaron unas cuantas balas contra la extraña nave. El piloto apareció y empezó a caminar a través del valle hacia la ladera donde estaba Miguel, tendido bajo la incierta sombra de una cholla, maldiciendo y manejando el cerrojo de su rifle tan rápidamente como podía. Su puntería, nunca buena, se volvió peor a medida que el extraño se aproximaba. Finalmente, en el último minuto, Miguel dejó el rifle, asió el machete que tenía a su lado y saltó en pie.

—Muere entonces —dijo, y blandió la hoja. El acero resplandeció bajo el ardiente sol de Méjico. El machete rebotó elásticamente contra el cuello del extraño y saltó en el aire, mientras el brazo de Miguel daba una sacudida como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Una bala llegó a través del valle, haciendo la misma clase de sonido que podría hacer un aguijón de avispa si uno lo pudiera oír en vez de sentirlo. Miguel se dejó caer y rodó hacia el refugio de una gran roca. Otra bala aulló muy cerca y un breve resplandor azul centelleó en el hombro izquierdo del extraño.

—Estoy perdido —dijo Miguel, dándose por muerto. Tirado sobre su estómago, levantó su cabeza y le gruñó a su enemigo.

El extraño, sin embargo, no hizo ningún movimiento amenazador. Además, parecía estar desarmado. Los penetrantes ojos de Miguel lo examinaron. El hombre estaba vestido de forma poco usual. Llevaba una gorra hecha de cortas plumas azules. Debajo de la misma su cara era severa, ascética e intolerante. Era muy delgado y mediría un poco más de dos metros. Pero no parecía estar armado. Esto dio valor a Miguel. Se preguntó dónde habría caído su machete. No lo veía, pero su rifle estaba a poca distancia.

El extraño se acercó, mirándole desde arriba.

—Levántate —dijo—. Hemos de hablar.

Su español era excelente, excepto que su voz parecía provenir del interior de la cabeza de Miguel.

—No me pondré de pie —dijo Miguel—. Si me levanto, me disparará Fernández. Tiene muy mala puntería, pero sería un tonto si corriera semejante riesgo. Además esto es injusto. ¿Cuánto te paga Fernández?

El extraño miró austeramente a Miguel.

—¿Sabes de dónde vengo? —preguntó.

—No me importa un centavo de dónde vengas —dijo Miguel, limpiándose el sudor de su frente. Dio una ojeada a una roca cercana donde guardaba un odre de vino—. De los Estados Unidos sin duda, tú y tu máquina voladora. El Gobierno mejicano se enterará de esto.

—¿El Gobierno mejicano aprueba los asesinatos?

—Éste es un asunto privado —dijo Miguel—: una cuestión de derechos sobre el agua, que es muy importante. Además es defensa propia. Ese cabrón al otro lado del valle está tratando de matarme, y tú eres un asesino alquilado. Dios os castigará a los dos. —Se le ocurrió una nueva idea—: ¿Cuánto quieres por matar a Fernández? —preguntó—. Te daré tres pesos y un hermoso cabrito.

—No habrá más lucha —dijo el extraño—. ¿Lo oyes?

—Entonces ve y díselo a Fernández —dijo Miguel—. Infórmale de que los derechos sobre el agua son míos. Con todo placer le permitiré irse en paz. —Su cuello le dolía de mirar hacia arriba para ver al hombre alto. Se movió un poco, y una bala chilló a través del quieto aire ardiente y se enterró con un maligno sonido en un cacto cercano.

El extraño alisó las plumas azules sobre su cabeza.

—Primero terminaré de hablar contigo —dijo—. Escúchame, Miguel.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó Miguel, rodando sobre sí mismo y sentándose cautelosamente detrás de la roca—. Es como yo lo pensaba: Fernández te ha alquilado para asesinarme.

—Sé tu nombre porque puedo leer un poco en tu mente. No mucho, porque la tienes bastante nublada.

—Tu madre era una perra —dijo Miguel.

Las ventanas de la nariz del extraño se movieron ligeramente, pero no hizo caso de la observación.

—Vengo de otro planeta —dijo—. Mi nombre es... —En la mente de Miguel sonó algo como Quetzalcoatl.

—¿Quetzalcoatl? —repitió Miguel con fina ironía—. Oh, no tengo la menor duda. Y el mío es San Pedro, el que tiene las llaves del Cielo.

La delgada faz de Quetzalcoatl enrojeció ligeramente, pero su voz permaneció en calma.

—Escucha, Miguel. Mira mis labios, no se mueven. Estoy hablando dentro de tu cabeza, por telepatía, y tú traduces mi pensamiento en palabras que tienen significado para ti. Evidentemente mi nombre es demasiado difícil para que lo comprendas. Tu propio cerebro lo ha traducido como Quetzalcoatl, pero ése no es mi nombre

auténtico.

—¿De veras? —dijo Miguel—. No es tu nombre y no vienes de otro planeta. No me creería a un norteamericano aun si jurara sobre los huesos de diez mil santos.



La larga y austera faz de Quetzalcoatl enrojeció otra vez.

—Estoy aquí para dar órdenes —dijo—, no para discutir con... Mira, Miguel. ¿Por qué supones que no pudiste matarme con tu machete? ¿Por qué no me tocan las balas?

—¿Por qué tu máquina de volar vuela? —respondió Miguel. Sacó una bolsita de tabaco y empezó a enrollar un cigarrillo. Dio una ojeada por el extremo de la roca—. Probablemente Fernández está tratando de arrastrarse hasta aquí. Sería mejor que cogiese mi rifle.

—Déjalo —dijo Quetzalcoatl—. Fernández no te hará nada.

Miguel rió ásperamente.

—Y tú tampoco debes hacerle nada —añadió Quetzalcoatl firmemente.

—Entonces volveré la otra mejilla —dijo Miguel—, a fin de que pueda dispararme a través de la cabeza. Yo creeré que Fernández desea la paz, señor Quetzalcoatl, cuando lo vea caminando a través del valle con sus manos levantadas sobre su cabeza. Pero ni aún entonces lo dejaré acercarse, debido al cuchillo que lleva colgando en la espalda.

Quetzalcoatl alisó nuevamente las plumas de azulado acero. Su huesuda faz mostraba enojo.

—Debéis parar de estar siempre luchando —dijo—. Mi raza patrulla el universo y es nuestra responsabilidad pacificar cada planeta que visitamos.

—Es como lo pensaba —dijo Miguel con satisfacción—. Vienes de los Estados Unidos. ¿Por qué no pacificáis primero vuestro propio país? He visto a los señores Humphrey Bogart y Edward Robinson en las películas. Por toda Nueva York los gánsters se disparan unos contra otros desde los rascacielos. ¿Y qué medidas tomáis acerca de eso? Bailar por esos lugares con la señora Betty Grable. Ah, sí, lo entiendo muy bien. Primero traéis la paz, y luego tomáis nuestro petróleo y nuestras piedras preciosas.

Quetzalcoatl pateó enojadamente un guijarro que estaba al lado de su reluciente bota metálica.

—Te lo he de hacer comprender —dijo. Miró hacia el apagado cigarrillo que colgaba de los labios de Miguel. Repentinamente levantó su mano y un ardiente rayo blanco salió de un anillo en su dedo, encendiendo el extremo del cigarrillo. Miguel retrocedió sobresaltado. Luego inhaló el humo y cabeceó. El ardiente rayo blanco desapareció.

—Muchas gracias, señor —dijo Miguel.

Los descoloridos labios de Quetzalcoatl se apretaron hasta casi desaparecer.

—Miguel —dijo—, ¿podría un norteamericano hacer eso?

—Quién sabe.

—Nadie de este planeta podría hacerlo, y tú lo sabes.

Miguel se encogió de hombros.

—¿Ves ese cacto que está ahí? —preguntó Quetzalcoatl—. Podría destruirlo en dos segundos.

—No tengo ninguna duda de ello, señor.

—Podría, si fuera necesario, destruir completamente este planeta.

—Sí, he oído sobre las bombas atómicas —dijo Miguel cortésmente—. ¿Por qué, entonces, se toma la molestia de interferir en un pequeño asunto privado entre Fernández y yo acerca de un minúsculo pozo de agua sin importancia para nadie excepto...?

Una bala sonó cerca. Quetzalcoatl frotó el anillo de su dedo con gesto irritado.

—Porque el mundo va a poner fin a sus luchas —dijo ominosamente—. Si no lo hace, lo destruiremos. No hay ninguna razón para que los hombres no puedan vivir juntos en paz y hermandad.



—Hay una razón, señor

—¿Cuál es?

—Fernández —dijo Miguel.

—Os destruiré a ambos si no detenéis la pelea.

—El señor es un gran pacifista —dijo Miguel cortésmente—. Detendré contento la pelea si me dice cómo evitar ser muerto cuando lo haga.

—Fernández también parará de luchar.

Miguel se quitó su sombrero un tanto ajado, cogió un palo y levantó cuidadosamente el sombrero por encima de la roca. Hubo un crujido desagradable. El sombrero saltó y Miguel lo recogió mientras caía.

—Muy bien —dijo—. Puesto que insiste, señor, detendré la lucha. Pero no saldré de detrás de esta roca. Estoy dispuesto a detener la pelea, pero me parece que me pide algo que no me dice cómo hacer. Es como si pidiera que yo volara a través del aire como su máquina de volar.

Quetzalcoatl frunció el ceño más profundamente. Finalmente dijo:

—Miguel, dime cómo empezó esta pelea.

—Fernández desea matarme y esclavizar a mi familia.

—¿Por qué desea tal cosa?

—Porque es un malhechor —dijo Miguel.

—¿Cómo sabes que es un malhechor?

—Porque —señaló Miguel lógicamente— desea matarme y esclavizar a mi familia.

Hubo una pausa. Un correcaminos pasó a su lado y se detuvo a picotear el

reluciente cañón del rifle de Miguel. Éste suspiró.

—Hay un odre de buen vino a unos seis metros... —empezó a decir, pero Quetzalcoatl lo interrumpió.

—¿Qué es lo que dijiste acerca de los derechos sobre el agua?

—Oh, eso —dijo Miguel—. Ésta es una comarca pobre, señor. El agua es indispensable aquí. Hemos tenido un año de sequía y ahora no hay suficiente agua para dos familias. El pozo es mío. Fernández desea matarme y esclavizar...

—¿No hay tribunales de justicia en tu país?

—¿Para gente como nosotros? —preguntó Miguel, y sonrió cortésmente.

—¿Tiene Fernández una familia también? —pidió Quetzalcoatl.

—Sí, pobrecitos —dijo Miguel—. Les pega cuando no trabajan hasta que se caen.

—¿Tú pegas a tu familia?

—Solamente cuando lo necesitan —dijo Miguel sorprendido—. Mi esposa es muy gorda y perezosa. Y mi hijo mayor, Chico, me replica. Es mi deber pegarles cuando lo necesitan, por su propio bien. Es también mi deber el proteger nuestros derechos sobre el agua, puesto que el malhechor Fernández está dispuesto a matarme y...

Quetzalcoatl dijo impacientemente:

—Estamos perdiendo el tiempo. Déjame pensar. —Nuevamente frotó el anillo en su dedo. Miró a su alrededor. El correcaminos había encontrado un bocado más apetitoso que el rifle. Podía ver cómo se alejaba trotando con la cola de un lagarto, que aún se retorció, colgando de su pico.

Sobre su cabeza el sol ardía en un límpido cielo azul. El seco aire olía a mezquite. Abajo, en el valle, la perfecta forma y textura del platillo volante parecía incongruente e irreal.

—Espera aquí —dijo finalmente Quetzalcoatl—. Hablaré con Fernández. Cuando te llame, ve a mi máquina de volar. Fernández y yo nos encontraremos allí contigo.

—Como diga, señor —convino Miguel. Sus ojos se extraviaron.

—Y no toques tu rifle —añadió Quetzalcoatl con gran firmeza.

—No, señor —dijo Miguel. Esperó hasta que el hombre alto se hubo ido. Entonces se arrastró cautelosamente a través del seco terreno hasta que recuperó su rifle. Después de eso, tras una pequeña búsqueda, encontró su machete. Solamente entonces se ocupó del odre de vino. Realmente se hallaba sediento, pero no bebió con exceso. Puso un cargador completo en el rifle, se apoyó contra una roca y echó sorbitos al odre de vino de cuando en cuando mientras esperaba.

Entre tanto, el extraño, ignorando las balas que ocasionalmente salpicaban de azul su cuerpo acerado, se acercó al escondrijo de Fernández. El sonido de los disparos terminó. Hubo una larga espera y finalmente la alta silueta reapareció haciendo señas a Miguel.

—Ya voy, señor —gritó Miguel amablemente. Dejó su rifle convenientemente sobre la roca y se levantó con toda cautela, preparado para agacharse al primer

movimiento hostil. No hubo tal movimiento.

Fernández apareció al lado del extranjero. Inmediatamente Miguel se inclinó, cogió el rifle y lo levantó para disparar instantáneamente.

Algo delgado y sibilante ardió a través del valle. El rifle se calentó al rojo vivo en las manos de Miguel, que gritó y lo dejó caer, y en el siguiente instante perdió el conocimiento.

—Muerdo con honor —pensó; y luego no pensó más.

Cuando se despertó estaba de pie debajo de la sombra del gran plato volador. Quetzalcoatl estaba bajando su mano frente a la cara de Miguel. La luz del sol centelleó en el anillo del hombre alto. Miguel sacudió su cabeza marcadamente.

—¿Vivo? —preguntó.

Pero Quetzalcoatl no le prestó atención. Se había vuelto hacia Fernández, que estaba a su lado, y hacía gestos frente a su cara inmóvil. Una luz relampagueó desde el anillo de Quetzalcoatl a los vidriosos ojos de Fernández. Éste sacudió su cabeza y murmuró espesamente. Miguel trató de localizar su rifle o machete, pero habían desaparecido. Deslizó su mano dentro de su camisa, pero su útil cuchillo pequeño se había esfumado también.

Sus ojos se encontraron con los de Fernández.

—Estamos perdidos, Don Fernández —dijo—. Este señor Quetzalcoatl nos matará a los dos. En cierta manera siento que usted tenga que ir al infierno y yo al cielo, porque no nos encontraremos otra vez.

—Se equivoca usted —replicó Fernández, buscando en vano su propio cuchillo—. Usted no verá nunca el cielo. Y este alto norteamericano no se llama Quetzalcoatl: ha asumido el nombre de Cortés para sus mentirosos propósitos.

—Usted diría embustes incluso al propio diablo.

—Callaos ambos —dijo severamente Quetzalcoatl o Cortés—. Habéis visto un poco de mi poder. Ahora escuchadme. Mi raza ha asumido el alto deber de lograr que se viva en paz en el sistema solar entero. Somos una raza muy avanzada, con poderes que ni siquiera podéis imaginar. Hemos resuelto problemas para los cuales vuestra gente no tiene respuesta, y es ahora nuestro deber el aplicar nuestro poder para el bien de todos. Si queréis continuar viviendo tendréis que detener la lucha inmediatamente y para siempre, y vivir desde ahora en paz y hermandad. ¿Me entendéis?

—Eso es lo que siempre he deseado —dijo Fernández sorprendido—. Pero este descendiente de una cabra desea matarme.

—No habrá más asesinatos —dijo Quetzalcoatl—. Viviréis en fraternidad o moriréis.

Miguel y Fernández se miraron el uno al otro y luego a Quetzalcoatl.

—El señor es un gran pacificador —murmuró Miguel—, ya lo he dicho antes. El modo de mencionarlo es indudablemente el mejor sistema de asegurar la paz. Pero

para nosotros no es tan simple. Vivir en paz es bueno. Muy bien, señor. Díganos cómo.

—Simplemente dejando de luchar —dijo impacientemente Quetzalcoatl.

—Eso es muy fácil de decir —señaló Fernández—. Pero aquí en Sonora la vida no es un asunto sencillo. Tal vez lo sea de donde usted venga...

—Naturalmente —intercaló Miguel—. En los Estados Unidos todo el mundo es rico.

—... pero para nosotros la cuestión no es simple. Tal vez en su país, señor, la serpiente no se coma a la rata, y el pájaro a la serpiente. Tal vez en su país haya comida y agua para todos, y un hombre no necesite luchar para mantener viva a su familia. Aquí eso no es tan sencillo.

Miguel afirmó con la cabeza, diciendo:

—Nosotros seremos todos hermanos algún día. Tratamos de hacer como el buen Dios nos ordena. No es fácil, pero poco a poco aprendemos a hacerlo mejor. Estaría muy bien si todos pudiéramos convertirnos en hermanos con una palabra mágica, tal como usted nos ordena. Desgraciadamente...

—No debéis usar la fuerza para resolver vuestros problemas —dijo Quetzalcoatl con gran firmeza—. La fuerza es mala. *Haréis las paces ahora.*

—O si no, nos destruirá —dijo Miguel. Se encogió de hombros y miró a Fernández—. Muy bien, señor, usted tiene un argumento al cual no puedo resistir. En fin, estoy de acuerdo. ¿Qué debemos hacer?

Quetzalcoatl se volvió hacia Fernández.

—Yo también, señor —dijo éste con un suspiro—. Usted tiene sin duda razón. Tengamos paz.

—Os daréis las manos —dijo Quetzalcoatl, los ojos brillando—. Os juraréis fraternidad.

Miguel ofreció su mano. Fernández la tomó firmemente y los dos hombres se sonrieron el uno al otro.

—¿Veis? —dijo Quetzalcoatl con una sonrisa austera—. No es nada difícil. Ahora sois amigos. Continúad amigos.

Se volvió y caminó hacia el platillo volante. Una puerta se abrió con precisión en el liso casco. En el umbral, se giró.

—Recordad —dijo—. Estaré vigilando.

—Sin duda —dijo Fernández—. Adiós, señor.

—Vaya con Dios —añadió Miguel.

La pulida superficie del casco se cerró tras Quetzalcoatl. Un momento después el platillo volante se levantó suavemente y se elevó hasta que estuvo a unos treinta metros sobre el suelo. Luego partió hacia el Norte como el súbito resplandor de un rayo y desapareció.

—Como lo pensaba —dijo Miguel—. Era de los Estados Unidos. Fernández se encogió de hombros.

—Hubo un momento en que creí que nos iba a decir algo razonable —dijo—. No hay duda de que tenía gran sabiduría. Ciertamente, la vida no es fácil.

—Oh, es suficientemente fácil para él —dijo Miguel—. Pero él no vive en Sonora. Sin embargo, nosotros sí. Afortunadamente, yo y mi familia tenemos un buen pozo de agua en que confiar. Para los que no lo tienen la vida es verdaderamente dura.

—Es un pozo de agua muy pobre —dijo Fernández—. Aun así, sin embargo, es mío.

Estaba enrollando un cigarrillo mientras hablaba. Lo entregó a Miguel y lió otro para sí mismo. Los dos hombres fumaron en silencio por unos momentos. Luego, todavía silenciosos, se separaron.

Miguel volvió al odre de vino en la colina. Tomó un largo trago, gruñó con placer y miró a su alrededor. Su cuchillo, machete y rifle estaban tirados descuidadamente no lejos de allí. Los recogió y se aseguró de que tenía un cargador completo.

Entonces se asomó cuidadosamente alrededor de la barricada de rocas. Una bala se aplastó en las piedras cercanas a su rostro. Devolvió el disparo.

Después de eso hubo un momento de silencio. Miguel se sentó y bebió otro trago. Su vista se vio sorprendida por un correccaminos que pasaba con la cola de un lagarto colgando de su pico. Probablemente era el mismo correccaminos de antes, y tal vez el mismo lagarto, progresando lentamente hacia la digestión.

Miguel gritó:

—¡Señor Pájaro! Está muy mal comerse los lagartos. Muy mal.

El correccaminos lo miró con un ojo como una cuenta y continuó.

Miguel levantó su rifle y apuntó.

—Deje de comer lagartos, señor Pájaro —dijo—. Deje de comerlos o lo mato.

El correccaminos pasó frente al punto de mira.

—¿No sabe cómo dejar de hacerlo? —gritó Miguel gentilmente—. ¿Debo explicarte cómo?

El correccaminos se detuvo. La cola del lagarto desapareció completamente.

—Oh, muy bien —dijo Miguel—. Cuando yo sepa cómo un correccaminos pueda dejar de comer lagartos y continuar viviendo, entonces se lo diré, amigo. Pero hasta entonces, vaya con Dios.

Se volvió y apuntó otra vez su rifle a través del valle.

Título original:
OR ELSE

© 1953, *Ziff-Davis Publishing Co.*
Traducción de S. Mas



TRAIGO FRESCAS LLUVIAS

ROBERT F. YOUNG

La reciente muerte del astronauta ruso Vladimir Komarov da un nuevo valor a este poético y emotivo cuento sobre la primera astronauta enviada al espacio... y el porqué la suave lluvia del cielo es compasiva.

ilustrado por RICCARDO LEVEGHI

Ustedes conocen a Rosemary Brooks, la conocen desde hace muchos años.

Se dice que, cuando era una niña, su poema favorito era *Bárbara Frietchie*, y se cuenta cómo algunas veces sacaba su linda cabecita por la ventana de su dormitorio y, tras pasear sus ojos color azul cielo por la calle suburbana, decía en un lamento:

—*¡Acribillad, si debéis hacerlo, esta vieja cabeza canosa, pero perdonad a la bandera de vuestra patria!*

Sí, ustedes conocen a Rosemary. La conocen muy bien.

Como todas las muchachas, Rosemary creció, pero Rosemary no cambió. No queremos decir con esto que no se convirtiese en una atractiva jovencita: realmente se volvió muy atractiva. Frágilmente bella, de andares etéreos, debería haber sido la más primorosa rosa de todos los bailes a los que asistió. Pero no lo fue. Raramente los jóvenes a los que conocía le pedían que bailase, y nunca ninguno de ellos se le acercó y le dijo:

—Ven al jardín, Rosemary, porque el murciélago negro, la noche, ha volado.

De cualquier manera, tampoco fue ella a muchos bailes, y recordando se da una cuenta de que a los pocos a los que asistió lo hizo principalmente para complacer a su madre.

La razón tras esta falta de interés por Rosemary es simple: los jóvenes que la conocían sabían que para ella Dios y los Estados Unidos de Norteamérica eran lo primero, y que el unirse a ella, para toda la vida o simplemente para acompañarla a casa tras un baile, era resignarse a ocupar un segundo puesto. Está bien que las niñas sean Bárbaras Frietchies, pero no lo está que los sean los jóvenes, ¿comprenden?

Durante su corta y dedicada vida, Rosemary sacó su linda cabeza por un buen número de ventanas. Tras la ventana de Bárbara Frietchie vinieron las de las Muchachas Exploradoras de América, y la Sociedad Juvenil de la Guerra Civil, y los Ciudadanos pro Progreso Patriótico. Finalmente, vino la ventana del Centro de Entrenamiento de Astronautas femeninas.

Puesto en marcha para el Proyecto Danza de la Lluvia, en 1969, después de que hubiese desaparecido el prejuicio contra el envío de mujeres al espacio, el Centro de

Entrenamiento de Astronautas femeninos tenía como objetivo la búsqueda, entrenamiento y acondicionamiento de seis pilotos femeninos para una serie de seis disparos de satélites de control climático, el primero de los cuales debía tener lugar un día del mes de febrero de 1971.

Tras una criba exhaustiva fueron aceptadas un centenar de voluntarias. Quince de ellas pasaron por las exigentes pruebas físicas y psicológicas y, de entre esas quince, fueron elegidas seis astronautas. Increíblemente, cuando uno considera su delicadeza y no tiene en cuenta su fervor patriótico, Rosemary no sólo logró graduarse sino que fue elegida para acompañar al primer satélite de control climático que fuese puesto en órbita.

Todo esto es ya historia... palabras desteñidas en los periódicos, viejas fotografías, una docena de artículos polvorientos en otras tantas revistas. Pero en su tiempo capturó la atención del mundo entero. Se dice que Madison Avenue casi perdió la razón tratando de contravenir la orden que prohibía a las astronautas anunciar pastas dentífricas, cosméticos o cigarrillos. Esto no debe asombrarnos; si Rosemary hubiera podido ser incitada legalmente a dejar aparecer su imagen en un anuncio de cigarrillos, el consumo habría probablemente doblado de un día para otro: una cosa es ser una oscura Bárbara Frietchie y otra el serlo famosa. Por otra parte, la devoción patriótica que brilla en los ojos de una persona puede ser fácilmente transformada mediante la taumaturgia de la fotografía y el retocado en un resplandor sensual.

Por fin llegó febrero de 1971, como pasa con cualquier fecha, y se fijó un día específico para el lanzamiento. El invierno psicológico había venido y se había ido, pero no se podía oír el canto de los pájaros. Aún tan al sur como está Cañaveral, lo corriente eran los cielos plomizos, y la lluvia grisácea caía intermitentemente. No obstante se inició la cuenta atrás. Y entonces, de una manera que pareció milagrosa, se aclaró el cielo y la mañana del lanzamiento amaneció brillante y clara. Hay una fotografía de Rosemary de pie, vestida con su níveo traje espacial, en la base de la torre, con su casco bajo el brazo. La fotografía es en color y el azul de sus ojos no difiere ni un ápice en tono ni textura del azul del cielo que se ve tras ella. Esto es tal como debía ser. Cuando se recuerda a Rosemary es adecuado que se piense en el sol y en el cielo. También es adecuado que se piense en la nieve y en la lluvia, porque Rosemary no es nada si no es todas esas cosas.

El lanzamiento fue bueno. El *Arco Iris 6* subió en su impulsor Saturno como un pájaro de alas de fuego, y la brillante estrella de su paso pareció permanecer en el cielo matutino aún mucho después de que el impulsor hubo caído. Las cámaras de televisión registraron magistralmente la escena y el público americano, al que se había recordado una vez más que la cosa más noble que puede hacer una persona es arriesgar su vida por su país, la contempló con asombro y admiración. La órbita también era buena; apogeo 203 millas, perigeo 191 millas. Rosemary radió que se

encontraba en perfectas condiciones.

Se suponía que completaría tres órbitas, luego subiría a la cápsula de escape, la separaría del satélite y reentraría en la atmósfera, cayendo en paracaídas en el Atlántico. Allí, una flota de rescate esperaba impacientemente para recogerla.

Su misión era la de orientar los instrumentos climatológicos del satélite a las formaciones de nubes y chorros atmosféricos existentes. Una vez se hubiese llevado esto a cabo, las lecturas telemétricas dictarían, a través de la Estación Principal de Control del Clima en Oregón, el tiempo futuro. El control climatológico había estado en uso desde la mitad de la década de los años sesenta, pero las observaciones telemétricas de los satélites no tripulados, debido a una orientación fallida, no habían llegado al cien por cien de exactitud necesarios para hacer de la regulación de la lluvia y del sol algo más que un sueño medio realizado, y se esperaba que el satélite actual, mediante una ayuda humana, convertiría el sueño en realidad.

Uno puede imaginarse a Rosemary arriba en el cielo, llevando a cabo lealmente su misión. Uno puede verla sentada ante el tablero de instrumentos del *Arco Iris 6*, mirando los amaneceres, y los atardeceres, y las estrellas. Uno puede ver el lento derivar de las nubes y los continentes bajo ella, Australia ahora y después la inmensidad azul del Pacífico... y ahora la costa oeste apareciendo en la distancia por entre la neblina del aire, y más allá la vasta mancha verde de la tierra que la vio nacer. La pequeña Bárbara Frietchie cabalgando en una estrella... Muy por debajo de ella se devanan las carreteras, los ríos corren al mar, entretejidos de campos y bosques se mezclan en una pálida tonalidad verdeazul. El agua de los lagos la mira con ojos azules expectantes.

Ahora el mar de la noche se acerca lentamente a ella. Bravamente, echa velas sobre las oscuras olas en su pequeño buque plateado. Corta noche, blando amanecer, nuevo día.

*Traigo frescas lluvias para las sedientas flores,
desde los mares y los arroyos;
traigo ligeras transparencias para las hojas cuando esté extendida
sobre sus sueños de mediodía.*

La pequeña Bárbara Frietchie cabalgando en una estrella.

La separación de la cápsula tuvo lugar según lo previsto; esto, por lo menos, lo sabemos. Pero lo que tuvo lugar durante la reentrada... si los retrocohetes fallaron en su disparo o si los controles de altitud funcionaron mal, o bien si el escudo protector contra el calor resultó ser defectuoso... esto no se sabe ni nunca se sabrá. Todo lo que se conoce es que Rosemary se convirtió en una estrella fugaz.

La nación se puso de luto. El mundo entero se puso de luto. El Proyecto Danza de la Lluvia fue abandonado. De cualquier manera habría sido abandonado, pues

Rosemary había terminado con la necesidad de proseguirlo. Rosemary había hecho bien su trabajo y, al hacerlo, había puesto el clima en la palma de la mano de la humanidad.

Esa primavera las lluvias fueron dulces y tibias, y las flores crecieron abigarradas sobre la faz de la Tierra. La hierba tuvo un verdor como nunca se había visto y los árboles se cubrían cada día con más bellos ropajes. Las lluvias cayeron sobre los campos y las ciudades, en los valles y en los pueblecitos, en las llanuras y en los bosques y en los prados. Y cuando la tierra hubo bebido hasta saciarse, el sol salió tan cálido y tan brillante como el cabello de Rosemary, y el cielo se hizo tan azul como sus ojos.

Sí, ustedes conocen a Rosemary y, en cierta manera, ustedes están enamorados de ella. Si no lo están, deberían estarlo. Ella es el sol saliendo por las mañanas y poniéndose por la noche. Ella es la suave lluvia sobre sus rostros en la Primavera. Ella es la nieve que cae en la víspera de Navidad. Ella es el maravilloso arco iris que ven en el cielo limpio por la lluvia. Ella es este entrelazado de sombras de árboles que hay ahí.

Cada mañana, cuando ustedes están durmiendo en sus lechos, ella entra de puntillas en sus dormitorios, sus sandalias doradas silenciosas sobre el suelo, y les despierta con un beso de luz. La aurora es su sonrisa, su voz el golpeteo de la lluvia... ¡Silencio!... ella habla:

*Soy la hija de la tierra y el mar,
y la criatura del cielo;
paso a través de los poros del océano y las costas;
cambio, pero no puedo morir...*

Título original:
I BRING FRESH FLOWERS
© 1964, Ziff-Davis Publishing Company.
Traducción de M. Sobreviela

EL AYER DE LAS RATAS

ANGÉLICA GORODISCHER

Éste es el curriculum vitae que nos ha enviado la autora de este primer cuento sudamericano que ve la luz en las páginas de **Nueva Dimensión**: «Nací en Buenos Aires, aunque vivo en Rosario desde hace mucho tiempo; me recibí de maestra, estudié francés e inglés, hice un confuso e inconcluso doctorado en Letras en la Universidad Nacional del Litoral, estoy casada con un arquitecto, tengo tres hijos, un jardín con magnolias, heliotropos y sidonias, pero sin langastremias ni strelitzlas, un empleo en un sanatorio y un gato». Creemos que no hace falta añadir nada más, salvo que su libro «Opus dos», recientemente editado por Minotauro, ha conseguido un extraordinario éxito de público y crítica.

ilustrado por A. USERO ABELLÁN

Cuando yo era chico vivíamos en la calle San Juan, en una casa con balcones de mármol y tres patios. Allí, en el comedor de diario, presencié un día a la siesta una rabieta de mi tía Aurora. Mi tía Aurora tenía dieciocho años, los ojos claros y una plácida cara botticelliana. Hay que tener en cuenta esto, porque esa cara fue la que se le desmoronó, se le puso fea, se envolvió en gritos, y yo ya no la reconocí. Yo tenía siete años, linda edad, ¿no? Macanas, linda edad es la que tengo ahora. Ahí nomás decidí una cosa: yo no perdería jamás la calma. Francamente, no me acuerdo a qué vino la rabieta de la doncella de Botticelli: a un vestido que le quedaba mal, o algún paseo que le habría prohibido mi abuelo, no sé, esas cosas que enojan a las chicas tontas. Una pelea con el novio, se me ocurre. El novio que vino a ser mi tío Alfredo, convertido después en un gordo ministro de hacienda de la provincia (con el fin de hacer las cosas bien, su manía, se quedó calvo, sufrió de reumatismo y se compró un campo en El Paraíso), prócer de la familia. Eso sí, me mantuve fiel a mi decisión: nunca perdí la calma. Quiero ser sincero: exámenes, amores, política, la muerte, el dinero; y es cierto: nunca perdí la calma. Mi tía Aurora no engordó ni se quedó calva ni sufrió de reumatismo, aunque no tuvo más remedio que ser propietaria del campo en El Paraíso cuando enviudó. Siempre se pareció a las muchachas de Botticelli, hasta cuando tuvo canas. Si el buen Sandro hubiera pintado una viejita alguna vez, seguro que hubiera corrido la anacrónica aventura de retratar a mi tía Aurora. Y si ella viviera, yo tendría que decirle que gracias a ella y a la famosa rabieta, yo no me he pegado un tiro, o hecho encerrar en un manicomio, o alguna de esas otras cosas enojosas que consiguen los temperamentales.

Pasemos a la cuestión. Me gusta dar rodeos, no lo puedo negar. También me gusta jugar al truco. Y levantarme antes que amanezca. Yo también tengo mis manías, qué tanto, aunque por suerte no tienen nada que ver con las de mi tío Alfredo. Me parece

que como rodeo, éste me ha salido bastante satisfactorio.

El asunto es: yo tengo un amigo. Tengo muchos: un bibliotecario erudito (muchas gente dice que es insoportable, qué cosa), un mocoso de nueve años que vive acá al lado y que espero que no llegue nunca a ministro de hacienda de la provincia, un gato amarillo y piojoso, capitán de los gatos, al que le doy leche todas las mañanas a eso de las seis menos cuarto, dos o tres viejos como yo, alguna niñita en mis tiempos que hoy suele acordarse de mí para invitarme a tomar el té un domingo; y aunque parezca mentira, uno que otro ejemplar joven, como éste. Empecemos de nuevo: nunca he perdido la calma y tengo un amigo. Se llama Tristán, pobre. La madre era filarmónica y el padre era estólido. Con tanto esdrújulo al pobre chico sí que se le pelaron los cables. En vez de ser abogado o médico, o hasta arquitecto, a él le dio por la física y de ahí a ser físico atómico no hay más que un paso, ahora que todo es atómico. Hasta las mujeres (conservo un cálido, puramente visual interés por ellas). Tristán es físico atómico pero es un excelente muchacho. Tiene sentido del humor, bien raro en esas dos cosas que es: físico y joven. Me acuerdo que cuando se recibió, en vida de los esdrújulos, se mandó mudar por dos o tres años y estuvo estudiando por Norteamérica y por Europa. Y no se conforma con el puesto que tiene (importante: «joven científico de brillante porvenir», etcétera), ah no, él se va a su casa y hace cosas. Las hace, literalmente, con las manos (supongo que el cerebro también interviene). Vive para el átomo, está enamorado del átomo, aunque ahora sospecho que... En fin, no sé, de todas maneras pobre chica, casarse con un físico atómico: es peor que casarse con un pediatra.

Y yo lo voy a visitar de vez en cuando. Tiene la gran ventaja de que vive solo, como yo, y de que le gusta el mate, como a mí, y de que no es muy charlatán, no como yo. Ayer fui. Me acuerdo muy bien, casi me veo llegando, tocando el timbre, entrando. De todas maneras ahora ya el tiempo no significa mucho, qué me van a contar a mí. Digamos que es ayer y voy.

Voy y toco el timbre, riiiiinn, me atiende Tristán, claro:

—Hoooooola, pero qué gusto de verlo, estaba pensando en usted.

—No macaniés, estarías pensando en instalar un reactor en la bañadera o en si el sueldo te alcanza para casarte en marzo.

—Pase, pase.

Paso.

—No, de veras, estaba pensando en usted.

—Se agradece, ché.

—Vamos a tomar unos mates, ¿eh?

—Espero que eso no sea una pregunta sino una afirmación.

—Pongo el agua.

Y yo me voy hasta la cueva y lo espero. La cueva es un lugar, de alguna manera hay que llamarlo, un galpón, un cuchitril; hombre, una cueva. Lo que más abunda es: papeles, alambres, plástico cortado en cuadrados y cuadraditos, y cilindros. Pilas les

decía yo, pero parece que no son. También hay bastante mugre. No parece el recoveco en el que se refugia un sabio (yo ya le di patente de sabio a Tristán, y si no quién) sino el cajón de basura del botellero. Y hay un sillón (limpio) en el que me siento.

—De veras, estaba pensando en usted.

—No le pongás tanta azúcar. Me parece que eso ya lo dijiste.

—Sí, pero es que vea, se me ocurrió que a usted se lo iba a poder contar, yo me voy a volver loco.

—¡Epa, ché! Terminemos con el mate antes, pero más amargo, como a mí me gusta.

—Escuchemé.

—¿Qué te creés que estoy haciendo?

—¿Y qué se cree que estoy haciendo yo?

Miro el mate y la pava.

—No —dice él—, ahí —y señala la mesa.

Porque en el lugar ése también hay una mesa, es lo que más hay, casi todo es mesa.

—Ah, yo qué sé, Merlín —ahora sí está bien de azúcar.

—Creo —dice, y se para.

—Sí, ya sé, que te vas a volver loco.

—No.

—En qué quedamos.

—Creo que sé cómo se puede hacer para viajar por el tiempo.

Ahora, entendámonos: yo seré viejo pero sé cómo hay que hablarles a los jóvenes. Éste, pobrecito, tiene todos los músculos apretados, de la cabeza a los pies. Y me mira. Uno no se puede reír, cómo se va a reír uno. Y la cosa es que yo no tengo ganas de reírme.

—A ver —digo—, contame cómo es la cosa.

—Le voy a explicar —dice.

—No —digo yo.

Cuando Tristán explica, más vale irse a tomar un café a lo de Cacho. Él ni se da cuenta.

—No me expliqués, contame.

—La verdad es que descubrí algo cuando estaba buscando una cosa completamente distinta.

Qué constantes son los científicos éstos: siempre buscan una cosa y encuentran otra. Remitirse a los casos del papel secante, los fósforos, la penicilina, y probablemente el alfiler de gancho.

—¿Como ser?

Me arrepiento:

—No, no me lo digás. Decime más bien lo que encontraste.

—Esto —se trae de arriba de la mesa un cinturón con una hebilla de plástico así de grande.

—¿Y dónde lo encontraste?

—No lo encontré. Lo hice yo.

Mejor dedicarse al mate. Pero de repente me doy cuenta:

—¿Así que vos hiciste este cinturón para que sirviera para una cosa y sirve para otra?

—Eso. Sirve para viajar por el tiempo.

Entonces lo miro, al cinturón, y veo dos cosas: que está armado por dentro con los inevitables alambres, y que la hebilla no es una hebilla, es un aparato chatito, que zumba.

—Mire, estoy muy preocupado —me dice (el pobre Tristán)—. ¿Qué voy a hacer ahora?

—Hombre, nos vamos los dos al año cinco mil a ver qué pasa.

—No, para adelante no se puede. Solamente para atrás.

—¿No se puede? ¿Por?

—La teoría del asunto es la siguiente:

—Oíme, oíme, yo no quiero teorías, lo que yo quiero es viajar por el tiempo.

Digo la verdad: en vez de irme al club o al cine Gran Rex, me voy al año de la sopa y compruebo que entonces eran tan idiotas como ahora.

—¿Usted me cree?

—Pero cómo no te voy a creer. A ver, dejame probar.

—Espere, espere.

Se me ocurre algo:

—Decime ché, ¿uno rejuvenece?

—Pero no.

—Menos mal.

—Usted transita por el tiempo como por una vereda, pero sigue siendo usted.

—Dame el cachivache ése.

—Pero es que.

—¿Vos lo probaste?

—Sí.

—¿Adónde fuiste?

Pienso en la revolución del treinta, cuando me zambullí en la Confitería del Molino y se oían las balas, la flauta cómo se oían. Pienso, eh, ¿por qué no?, en los ingleses desembarcando en Buenos Aires a paso de vencedores. Más, más: pienso en don Pedro de Mendoza, en las tierras indias intocadas, en filigranas, espadas y gorgueras, en botas, en caballos-dragones, en el hambre, en la tierra sola del querandí; más, más: pienso en selvas, desiertos, saurios, vapores sulfurosos, hielos, caos:

—¿Adónde fuiste?

—A ayer.

—Idiota —le digo.

—¿Cómo?

—¡Idiota! ¿No te gustaría verlo a Juan de Garay con barba y todo, y espada y tripulación, fundando Buenos Aires? ¿No te gustaría ver a los indios corriendo bajo las ramas de esos árboles grandotes allá por Corrientes y Esmeralda, a la caza del gato montés? ¿No te gustaría ver gliptodontes en Quilmes, pterodáctilos en el Barolo?

—No se me ocurrió.

—Idiota. Dame a mí.

—Por favor, espere. Tengo que explicarle antes.

—Dejate de explicaciones.

Un momentito, un momentito:

—Ché, ¿cómo se hace para volver?

—Es automático.

—¿Como las tostadoras eléctricas que te largan la tostada crocantita?

No se ríe:

—Lo mismo. Aquí hay un control, ¿ve?

Qué me importa. Si puedo volver, qué me importa el control. A ver cómo se pone esto, a ver.

—que está digamos conectado, no hay ninguna conexión, pero es para que me entienda...

Éste se debe creer que yo soy un panete. Pero esto ¿se engancha o se aprieta?

—y cuando pasan cinco minutos, la célula, sensibilizada por el brillo...

Parece que se junta solo, como un imán.

—entonces el botón en el cinturón salta, vuelve a su lugar y uno también vuelve.

—Ahora, ¿cómo hago para ver los gliptodontes?

—Por favor, no se apure. En primer lugar, aquí no había gliptodontes.

—¡Ah, no! Lo vas a contrariar a Ameghino ahora.

—Escuchemé, mejor es que no lo pruebe. Es experimental, ni siquiera eso: es fortuito, no puedo ponerlo con exactitud, éste es el máximo, ¿ve?, para ir a un momento fijo, a menos que sea muy cercano.

—Bueno, me da lo mismo, Juan Díaz de Solís, Bernardino Rivadavia, cualquiera, dale, decime cómo funciona.

Y de pronto me acuerdo que dijo cinco minutos.

—¿Cinco minutos? —le pregunto—. ¿Nada más que cinco miserables minutos? ¿Y si Solís no llega en esos cinco minutos, qué hago, me querés decir?

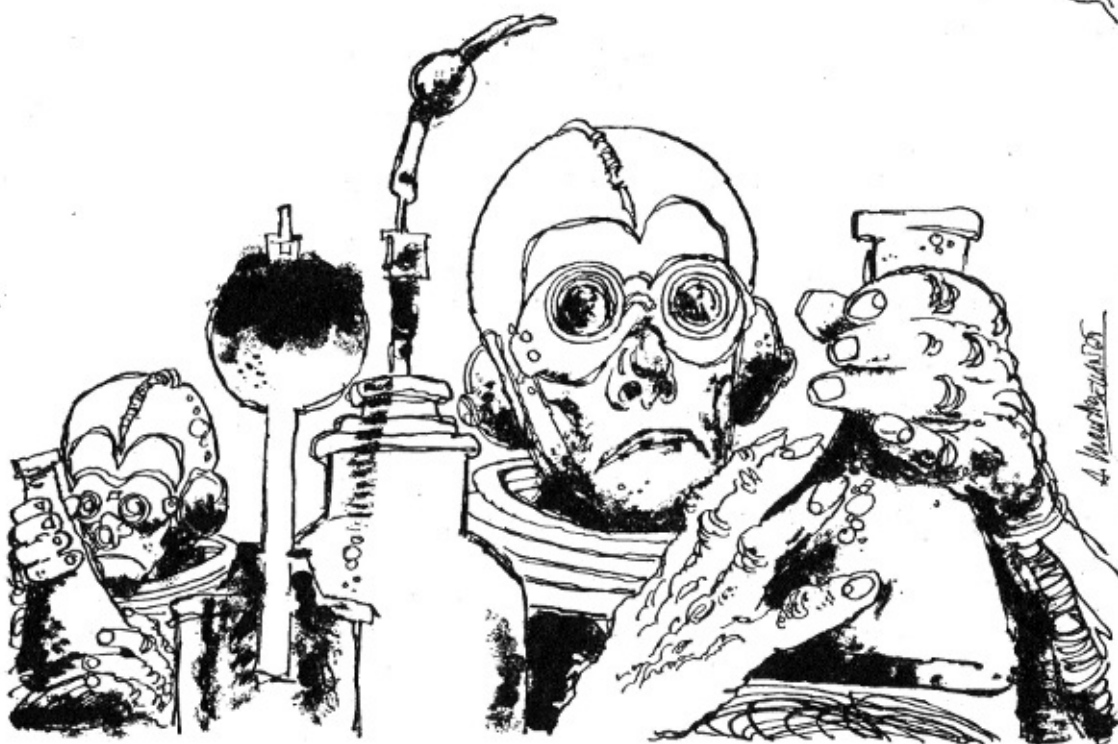
Pobre muchacho, está deprimido, como si se sintiera culpable. Lo consuelo un poco, Al final, a lo mejor la cosa no funciona aunque yo creo que sí; siempre creo en todas las locuras, es un prejuicio que tengo.

—No te preocupés —termino—, aunque no pase nada y yo no pueda ver nada, lo que quiero es probar.

—¿Y qué voy a hacer yo después con esto? ¿Se da cuenta de la responsabilidad?
Eso es lo que lo preocupa.

—Ya veremos. No hay que cruzar el puente cuando más vale pájaro en mano.

Lo palmeo en el hombro. Dejo caer la mano y mi mano golpea contra la hebilla el aparato de plástico que zumba en el cinturón.



Nunca he perdido la calma; estoy parado entre las plantas que me llegan casi hasta la rodilla, con la espalda contra un árbol. ¿Árbol?, esto no es un árbol. Y alrededor mío, no muy cerca, más allá, alguien muchos se mueven, caminan, pasan haciendo algo. Pero yo estoy protegido por la sombra de esto que no es un árbol esta pared, el edificio: es de tarde, el sol bajo da sombras largas y nadie me ve. Pero yo veo, en un segundo (cinco minutos nomás tengo), veo la gente que pasa cerca mío no tan cerca. ¿Solís? ¿Rivadavia? ¿los querandíes? ¿gliptodontes? Son hombres como

yo, vamos, tranquilo. No son hombres como yo: altos, jóvenes, distintos, alabastrinos («Canto a Cloris inclinada sobre el agua», un verso largo con ninfas y fuentes que escribió hace hará tanto tiempo el padre de un amigo mío, hablaba, claro, pero ¿por qué se me habrá ocurrido a mí al verlos?, de su piel alabastrina), atareados, serenos, eficientes. Y sin embargo, Solís, Carlos, Luis catorce, la Corte, porque están vestidos de oro: no, de brocados laminados: porque llevan piedras preciosas alrededor del cuello: babuchas y ajorcas. Pero es que no estoy en la Confitería del Molino ni en los pterodáctilos: el aire no es el mismo, me fatiga, el sol tarda, tarda, tarda tanto en terminar de ponerse y junto a mí hay una ventana, un hueco en la pared metálica, nada más que una abertura precaria en la pared metálica, como si la hubieran cortado recién en la lata o lo que sea. Dentro de cinco minutos, menos, Tristán y el mate: ¿qué me puede pasar?, habré desaparecido, y por supuesto, entonces me asomo. Hay más hombres enojados jóvenes y sin embargo esto no es la Corte, esto es la Oficina de una empresa gris, de una industria negra, de una repartición oficial incolora. ¿Cuándo, cuándo estoy? ¿Cuándo ha sucedido esto, o el cinturón funciona también para adelante y el pajarón de Tristán no lo sabe? Hay mesas de metal, hay pantallas, hay ficheros y cajones y bancos plegables, de campaña. No oigo, no he oído nada, pero estas gentes hablan, no no hablan y yo los oigo. También hay en una pared un mapa de la Argentina y al lado un plano, muchos planos, que reconozco, cómo no, de ciudades, pero perfiles crecientes en distintos colores: Buenos Aires, por ejemplo, hasta una dimensión desconocida para mí, remota, enorme, desmesurada, monstruosa, en amarillo oro. Y ellos enojados en trajes estrechos casi nuestros de brocato laminado, estudian, repasan y trazan historias probables, seguras, que son o creíamos que eran o creeremos que van a ser inventadas por nosotros. Y más allá de esa puerta hay una conservadora, lo sé porque alguien lo dice no lo dice, en la que se alinean sobre los estantes los recipientes con los huevos fecundados de los hombres y las mujeres que vivirán viven junto al río: ha llegado la hora nuestra. Los huevos fecundados de los que construirán un arco, tendrán ojos oscuros y pelo negro lacio, los que cavarán una canoa, y piel oscura pero no tanto como la que se planeó para otros más allá del mar que algún día serán fueron importados como esclavos de otros de piel más clara que ya están sembrados y en marcha; los que levantarán una carpa, huirán frente al animal desconocido que trae Pedro de Mendoza enfermo, destrozarán los fuertes, correrán en malón, se mezclarán con el blanco sembrado y el negro tal vez también ya, morirán de a poco. Pero entonces, ¿esto somos? ¿Somos un enorme experimento? ¿Las ratas blancas en la jaula con un laberinto? ¿Y para esto lo hemos pensado tanto y hemos llegado al orgullo de los mitos? ¿Entonces en el momento Tristán ellos enojados están pesando los resultados de nuestro aprendizaje? ¿Comparándolos con lo que dispusieron hoy aquí? ¿Y yo aquí? ¿Saben, porque lo están previendo, que estaré estoy espiándolos? Nunca he perdido la calma gracias a la cara de mi tía Aurora descomponiéndose en el comedor de diario a la siesta. Los miro, brillantes, y me pregunto de dónde vendrán. Pero: ¿y a mí qué me importa?

Unidad Móvil de Planificación y Proyectos. Raza. Planeta. Sistema. Están sembrándonos, a Pancho Ramírez, a Juvenilia, a la Confitería del Molino, a Julio Sosa, el combate de San Lorenzo, al mocoso de nueve años que vive acá al lado y que ojalá no se arruine y termine pareciéndose a mi tío Alfredo, a mi tío Alfredo, a Eva Perón, a French y Berutti, la quiniela, Caras y Caretas, la tristeza criolla, el conventillo, la guitarra, el mate, a mí. La rata blanca perdida en el lab. Cinco minutos.

—¿Se siente bien? Dios mío, pero si eso no estaba calibrado. ¿Se siente bien?

—Sacame esta porquería —le digo.

—Funciona. ¿Se da cuenta de lo que tenemos entre manos?

—Ya sabía yo que iba a funcionar.

—¿Qué vio? ¿A qué momento fue a parar?

Me anda por la barriga tratando de desatar la cosa ésta.

—¿Qué cara tiene Juan de Garay? —me pregunta.

Me saca el chirimbolo y se ríe por primera vez en toda la tarde.

—Mirá, es un tipo bastante simpático.

Pero yo me pongo serio.

—Me parece que ahora sí podemos cruzar el puente —le digo—. Lo que tenés que hacer es tirarlo a la basura.

—Yo ya lo había pensado. Va a ser lo mejor.

Las ratitas blancas no salen de la jaula para decirle al experto en psicología animal:

—Compañero, se acabó el experimento.

No pueden.

—¿Hasta dónde fuiste vos?

—Hasta ayer.

—Ah, sí, disculpame por lo de idiota. ¿Y qué viste?

—Me vi.

—¿Y te gustaste?

—Sí.

Se calla un ratito, pero un ratito sólo. Va a haber que calentar el agua y sacarle un poco de yerba al mate.

—Y estuve pensando mientras usted no estaba que para qué, ¿no? No sé cómo sucedió, no sé muy bien; y tampoco sé cómo se me ocurrió pensar que es inútil, así, de pronto. Claro, es una actitud reaccionaria, oponerse al progreso, pero yo no sé lo que es el progreso. Y si yo lo descubrí, algún otro también puede ser que más adelante. Yo no lo quiero.

—Eso mismo —le digo—, cuando llegue el momento ya aparecerá.

—¿Qué momento?

—El momento de las ratas, qué momento va a ser. ¿Qué sabés vos dónde llega el laberinto?

Me mira y va a decir algo, pero:

—Andá a calentar el agua —le digo.

Por cierto que mi tía Aurora siguió conservándose plácida y botticelliana, maese Sandro mi buen amigo, pero aquella única rabieta fue fenomenal, se lo aseguro.

© 1968, *Angélica Gorodischer y Nueva Dimensión*

SELECCIÓN

WALTER ERNSTING

Walter Ernsting —o Clark Dalton, como firma también muchos de sus libros— es el escritor más conocido, prolífico y de mayor éxito de los países de habla germánica. El número de sus novelas publicadas hasta el presente es incontable, siendo las más famosas las de su serie «Perry Rhodan», cuyo personaje ha sido llevado recientemente al cine, debiendo estrenarse la película en première mundial en el próximo festival de Trieste. Ernsting, que dirige tres de las más importantes revistas de ciencia ficción de Alemania, es un escritor mordazmente satírico... y ahí precisamente está la prueba.

ilustrado por MARTÍ RIPOLL

El gas que despedían los tubos de escape de miles de coches colgaba sobre la carretera como un velo venenoso. El velo se hacía más espeso cada año. Los humos habían sofocado ya a mucha gente, pensó Pierre Claude; pero esto era probablemente lo que ellos querían, de otra forma hubieran permitido usar la energía atómica en los coches desde mucho tiempo atrás. El motor atómico tenía dos ventajas: trabajaba sin ruido, y no producía este gas mortífero. Es una fortuna que podamos evadirnos de este lugar al menos una vez a la semana, pensó. Sólo un día, el domingo, el único que tenía libre.

El aire estaba lleno de gases, ruido y polvo que provenía de los automóviles. Millares de personas dejarán hoy la ciudad, y sólo hay una ruta: el Túnel.

El tráfico se incrementaba cada vez más, a medida que se iban acercando al Túnel. Las mordazas del automóvil de Pierre inmovilizaron las ruedas de dirección. Su mirada estaba fija en lo que ocurría al frente. Su esposa estaba sentada a su lado, y sus dos hijas pequeñas detrás.

—Hace un calor terrible —dijo la mujer—. ¿No podrías abrir la ventanilla un momento? Me estoy sofocando.

—Sabes que nos ahogaríamos tan pronto como la abriésemos, Yvonne —dijo Pierre.

—Pero no podría ocurrir nada si la abriésemos tan sólo durante un minuto.

—La ventanilla permanecerá cerrada. Los gases parecen tan diferentes, hoy... Apuesto a que ellos han soltado una cantidad extra.

—¿Hoy vamos al río, papá? —preguntó una de las niñas—. Me gusta tanto ir al río.

—Seguro que vamos al río, hija; no tardaremos en llegar.

Algunas veces pensaba sin embargo que sería mejor volver a la ciudad, pues algún día llegaría su turno. Era la Ley de Probabilidades la que lo hacía tan terrible.

Cada día estaba lleno de incertidumbre y de temor.

—Pensemos qué ocurrirá hoy —dijo su mujer silenciosamente. No esperaba respuesta alguna. Sabía que su marido no podía contestarla, porque ni él mismo lo sabía. Nadie lo sabía.

El mundo estaba desesperanzadoramente superpoblado. La gente no podía emigrar a otros planetas porque los otros planetas del sistema solar eran inhabitables, y las naves espaciales no conseguían volar más allá de estos, no podían abandonar el sistema.

La Tierra se había convertido en una gigantesca ciudad. Una ciudad superhabitada en exceso. Los métodos de control de natalidad eran inútiles, y la población aumentaba día a día.

—La semana pasada fue alrededor del mediodía —murmuró Pierre—. Pero uno no puede confiar en esto. Ellos siempre varían los tiempos.

—La semana pasada hubo mil accidentes mortales en la ciudad —dijo ella—. Quizás hoy no cerrarán el Túnel.

—No —dijo Pierre—. Nunca dejan de hacerlo, y tú lo sabes.

Yvonne miró hacia arriba a través de la ventanilla. El sol era una mancha gris pálida en el cielo. Parecía como si los rayos no pudiesen atravesar el velo venenoso que flotaba sobre la ciudad.

—Tengo la impresión de que será hoy —repitió Yvonne—. Nunca me han fallado mis corazonadas.

—Anda, déjalo. No se adelanta nada con hablar de ello.

Pierre estaba ya cansado de hablar y pensar siempre sobre lo mismo. Uno no podía alterar los hechos. Un día llegaría su turno, era un riesgo que tenían que correr. Morirían para permitir a otros vivir. Y aquellos que sobrevivieran porque él y su familia habían muerto serían muertos quizá también al día siguiente, nadie podía saberlo. Nadie podía predecir cuándo ocurriría la muerte de uno. Era como una especie de lotería. Desde luego, había gente que incluso se ganaba la vida advirtiendo a sus clientes cuánto tiempo vivirían. Hacían cálculos, pero estos cálculos eran tan ridículos e inútiles como afirmar que se tenía un método infalible para ganar en las apuestas. Bastante a menudo ocurría que estos magos del futuro morían en medio de sus profecías, caían sin prever su propio destino.

Los coches se arrastraron hacia delante. Se apiñaban a miles delante del Túnel. Pierre frenó cuando inició el descenso que conducía a él. La entrada se vislumbraba allí, frente a sus ojos. El Túnel tenía aproximadamente dos millas de largo, y yacía alrededor de noventa y cinco pies por debajo de la superficie de la carretera.

La entrada del Túnel se veía como una boca glotona de proporciones gigantescas.

Había ocho líneas de tráfico. Las luces del techo eran muy débiles. Parte de los humos eran diluidos por los ventiladores, pero esto era como una gota en el océano.

Nadie sabía dónde empezaba la zona mortal. La única cosa que Pierre sabía con certeza era que se hallaban en peligro durante todo el tiempo que permaneciesen

dentro del Túnel. Miró de reojo a su mujer. Permanecía inmóvil, con la vista fija en lo que tenía delante. Las niñas no sabían nada del peligro, no se lo habían dicho.

Tampoco tenía por qué suceder aún: podía pasar también en el camino de vuelta.

—Estamos en medio —dijo Pierre—. Hemos recorrido la mitad del camino.

Los coches se movieron más aprisa. Después del Túnel, se esparcieron por las varias carreteras que conducían hasta el campo. Aunque de hecho no había campo, este nombre ya no se aplicaba: Era una ciudad igual a la capital que habían dejado atrás, la única diferencia estribaba en el hecho que dentro de ella había un reducido parque y un río. Y el aire era mejor.

Cuando llegaron al parque dejaron el automóvil.

—Oh, qué cambio tan maravilloso en el aire —dijo Pierre—. Si tan sólo mi padre no hubiera tenido tan mala suerte como para tocarle vivir en la ciudad.

Las niñas se internaron a través del césped. Pierre Claude abrazó a su mujer. Parecía muy pequeña al lado de él. Ella cogió sus manos y las apretó contra su rostro.

—Me gustan tus manos —dijo—. ¡Son tan grandes y fuertes! Parece como si pudieran protegerme de cualquier cosa.

Lentamente siguieron a las niñas. Grandes y fuertes, pensó con amargura Pierre. No valen nada, no puedo proteger a nadie con ellas, no puedo impedir nada. Pero si llegase algún día en el que realmente pudiera hacer cualquier cosa, cambiar algo o defender a alguien con ellas, entonces las usaría con todas mis fuerzas.

Al atardecer regresaron a la ciudad.

Pierre se esforzaba por encontrar un hueco en la columna de coches que regresaban, una columna que parecía no tener fin.

—¿Por qué conducen tan despacio? —preguntó Pierre a nadie—. Podrían ir al menos un poco más aprisa.

—Da lo mismo que conduzcan rápido o con lentitud —dijo Yvonne aburrida.

—Preferiría que fueran rápidos. Entonces al menos lo tendría a mis espaldas. Esa incertidumbre es mucho peor.

En cuanto Pierre tuvo oportunidad de adelantar lo hizo, deliberadamente y con velocidad.

Este movimiento salvó su vida y su familia. Al menos por el momento.

El alumbrado del Túnel parecía más brillante que en la mañana, aunque esto podía ser imaginación. Automáticamente Pierre contó las señales de las paredes, y maldijo en silencio porque el tráfico se estuviera moviendo tan lentamente. El rostro del hombre al que habían adelantado atrajo su atención por el espejo retrovisor. Era gordo, y su aspecto recordaba el de una rata bien cebada. Pierre sólo se fijó en su expresión, luego la olvidó inmediatamente. Concentró toda su atención en conducir.

Fue por pura casualidad que miró hacia arriba. Se dio cuenta de que una compuerta roja estaba bajando del techo. Aceleró frenéticamente. Había ganado una

yarda.

Fue esa yarda la que salvó sus vidas.

La columna continuó moviéndose como si nada hubiera ocurrido. Y en realidad no era nada especial. Ocurría siempre, cada domingo.

Pierre miró a través del espejo retrovisor. La verja roja había cortado a sus espaldas el camino hacia la ciudad. El coche del hombre gordo se había estrellado contra ella. Pero esto ya no importaba. El hombre no necesitaría un coche nuevo, de hecho ya no necesitaría nunca nada más. Estaría muerto en pocos segundos.

Cuando el convertidor atómico se pusiera en marcha lo devoraría todo: el hombre, los coches, todo. Gente, animales, las materias mismas que componen un automóvil, estaño, goma, plástico, hierro, petróleo. Un convertidor atómico es insaciable.

A través del espejo Pierre vio al hombre gordo saltar fuera de su coche y sacudir los barrotes. Podía golpear, patear, sacudir y cargar contra la verja sin conseguir nada. Era inútil. Pierre advirtió que el hombre estaba gritando. Pero se hallaba demasiado lejos para oír lo que decía, tan sólo podía ver su boca abriéndose y cerrándose. Y de repente el hombre se desvaneció, su coche y todos los coches que estaban detrás de él dejaron de existir. El convertidor atómico se lo había tragado todo.

Pierre se concentró de nuevo en la carretera. No servía de nada el enternecerse y sentir piedad. Él mismo podía ser que estuviera muerto en el minuto siguiente, y en aquellos tiempos tal pensamiento no era tan terrible. Esto no significaba que la gente ya no tuviera sentimientos; pero incluso los más abominables pensamientos no producen temor cuando uno ha de vivir con ellos constantemente.

El tráfico se aclaró en cuanto los coches dejaron el Túnel.

—Los Dupont no ocuparán el apartamento hasta dentro de dos horas —dijo Yvonne—. ¿Por qué no volver primero a casa?

—Sí, es una buena idea —admitió Pierre.

Había demasiadas pocas casas para que una familia tuviera su propio apartamento. Cuando Pierre y su esposa trabajaban, el apartamento era ocupado por los Dupont, y viceversa. Los muebles pertenecían al Estado. Las únicas posesiones personales que eran verdaderamente propiedad de Pierre e Yvonne cabrían en un pequeño bolso de viaje.

Pierre e Yvonne estaban empleados en una fábrica que producía tabletas de agua. Pierre podía ver cada día a su mujer en las plataformas de trabajo, a través de los tabiques de cristal. Ella controlaba la salida de la producción con instrumentos electrónicos. Él no tenía otra cosa más importante que hacer que controlar el embalaje de las píldoras, que llegaban hasta allí por medio de una cinta mecánica.

El hombre que trabajaba frente a él era un viejo conocido, tan conocido como podía serlo cualquiera en aquellos tiempos. Pierre lo conocía desde hacía seis meses aproximadamente, lo cual, bajo aquellas circunstancias, podía ser considerado un largo período de tiempo. Su nombre era Alex Ferron. Ferron era pequeño, débil, con

una apología de bigote. El hombre le gustaba a Pierre porque siempre hablaba con franqueza.

—Cada día producimos más que consumimos —decía Alex Ferron—. Ayer mismo se firmó un convenio de exportación con los Estados Unidos, pude oírlo por casualidad en el departamento de contabilidad.

—Entonces hemos tenido suerte otra vez —murmuró Pierre. Él sabía lo que les sucedía a los obreros cuando las fábricas eran cerradas: seguían el mismo camino que las gentes en el Túnel.

—Eso de «el exportar es una buena cosa» no es verdad —dijo Alex—. Como si hubiera alguna diferencia entre que destruyamos nosotros la mercancía, o que lo hagan los mismos americanos a quienes se la vamos a entregar.

—Oh, existe una gran diferencia. —Pierre lo miró con una sonrisa resignada—, ya que ahora destruiremos lo que los americanos nos exportarán a nosotros a cambio.

Dejaron de hablar. No había nada más que decir, quizá ya habían hablado demasiado.

Cuando Pierre y su mujer volvieron a casa, al romper el alba, la policía les estaba ya esperando. No se molestaron en dar ninguna explicación.

—Puede usted ocupar el apartamento hasta la noche —le dijeron a Yvonne—. Cuando vengán los otros inquilinos, usted deberá presentarse en el Centro Obrero con sus niñas.

Maniataron a Pierre, y lo arrojaron a su coche blindado. Pierre se resistió furiosamente. Los policías estaban acostumbrados a este tipo de reacción: le aplicaron un shock eléctrico, e inmediatamente perdió el sentido. Unos segundos antes aún pudo ver a su mujer y a sus dos hijas desaparecer en la casa. Supo que las había visto por última vez.

También sabía lo que significaba el que pusieran a su mujer y a sus hijas en un Centro Obrero. Esos centros estaban tan llenos de gente como cualquier otro lugar. Había también una Selección. Existía pues tan sólo una remota posibilidad de que sus dos hijas llegasen a alcanzar la madurez.

Fue transportado a la prisión, donde lo arrojaron en una celda con otros diez hombres. Pierre se sentó en el suelo, preguntándose de qué crimen lo acusarían. Aunque esto no alteraría las cosas. No había dudas de que lo que se llevaban entre manos era algún nuevo tipo de Selección. Podían acusarle de haber robado una manzana, de atravesar la calle contra las señales de tráfico, daba lo mismo. Porque tanto para el más grave como para el más pequeño crimen, sólo había una pena: la de muerte.

—Huele mal aquí —gruñó un hombre. Pierre lo miró. Era mayor que él, tendría quizá alrededor de los cuarenta y cinco años, para la época era un hombre viejo. Vio que Pierre se estaba levantando.

—¿De qué te han acusado a ti? —le preguntó.

—No tengo ni la menor idea —replicó Pierre—. Me arrestaron cuando llegué a casa de la fábrica.

—¡Qué práctico! Así, de esa forma, ellos pueden ocupar en seguida el apartamento. Yo llevo aquí desde ayer. El juicio está fijado para hoy. No temas, no será largo: tras la sentencia se nos llevarán en seguida. Es lo que hacen siempre.

—¿Por qué te arrestaron? —preguntó Pierre.

—No tengo la menor idea —dijo el hombre.

—Al menos yo sé por qué —el joven que había estado sentado sin moverse debajo de la ventana se arrastró hacia ellos—. Yo tan sólo permanecí en el apartamento después de mi turno, haciéndome pasar por enfermo. Cuando llegaron los co-inquilinos me denunciaron —se pasó los dedos por el revuelto cabello—. Ni siquiera sé por qué lo hice. Adivino que sólo estaba harto. No podía soportar más, ¿comprenden?

—Sí, comprendo —dijo Pierre—. Pero podía haber vivido un poco más.

—No me interesa —dijo el joven—. Da lo mismo que muramos hoy o mañana. Me gustaría saber al menos por qué vivimos. Parece todo tan insustancial.

—Si tan sólo supiera de cierto que mi esposa y mis hijas vivirán más tiempo —dijo Pierre—, no sería todo tan insoportable. Pero ni eso...

—No es exactamente eso lo que quiero decir —dijo el joven—. Todo es tan fútil.

Pierre permaneció silencioso. No veía el objeto de hablar de sus sentimientos con alguien que no los comprendía. Pierre era un realista. Su aflicción no era la autopiedad. Valuaba a su familia. ¿Qué clase de mundo es éste, pensaba, en el que un padre ya no puede proteger a sus hijos? ¿Qué clase de mundo, cuando un esposo ya no puede ni defender a su mujer?



Cuando vinieron a llevarse al primero la atroz presión cedió un poco. Eran once hombres. Pierre fue el último en llegar; sería también el último al que se llevarían.

El tiempo pasó con rapidez. Pronto Pierre se quedó solo esperando a los que debían venir a buscarlo. Se fijó con desaliento en las paredes de la celda, cubiertas de dibujos e inscripciones, cosas que se forman en las mentes de los hombres cuando se saben condenados a muerte.

Los dos guardianes entraron y lo empujaron ante ellos como si fuera un animal. Le hicieron entrar en una habitación de mediano tamaño. Tres hombres se sentaban detrás de una mesa cubierta con un paño negro. Lo miraron sin denotar expresión alguna. No pudo encontrar el menor rastro de emoción en sus ojos. Para ellos Pierre Claude era un caso igual a miles de otros. Pierre Claude, que amaba a su mujer y a

sus hijas, no se diferenciaba en nada de la masa de los demás prisioneros.

Pero sí, en cierta forma él era diferente, aunque los hombres que estaban tras la mesa no lo sabían, ni siquiera el propio Pierre Claude lo sabía.

—¿Pierre Claude, casado, con dos hijos, obrero especializado en la sección de montaje? Conteste solamente sí o no.

Pierre Claude lo sabía.

—Conteste alto y claro. ¿Es que no me ha entendido?

—Sí, soy yo.

—Se le acusa de haber robado tres paquetes de hidrotabletas de la fábrica en donde trabaja. Fueron encontrados en su apartamento.

Pierre se puso tan furioso que olvidó su cautela.

—¡Ustedes están bromeando! ¿Qué demonios haría yo con tabletas de agua? ¡Puedo conseguirlas fácilmente con mi salario!

—¿Robó usted las tabletas o no?

—¡Por supuesto que no! Jamás he robado nada en mi vida.

—Sus co-inquilinos las encontraron en su piso. ¿Cómo explica usted eso?

De repente Pierre lanzó una mirada a los espectadores. La gente lo observaba sin el menor interés. Ahora tenía el convencimiento de que éste era el fin. La condena por robo era a muerte. Lo querían condenar a muerte por algo que suponían había robado, algo que era destruido en vagones de carga porque la producción excedía al consumo.

—¿No tiene nada más que decir?

Pierre Claude se rindió.

—No, no tengo nada más que decir.

—Entonces pronunciaré la sentencia. Póngase en pie. El acusado, Pierre Claude, ha dañado a la comunidad con el robo. Será condenado por lo tanto a la última pena.

Pierre, de pie, erguido delante del Juez, no demostró en ninguna forma emoción. En aquel instante acababa de aprender un hecho importante: no sólo había el despótico medio de Selección del Túnel, había también otra forma de Selección ejercida por el Estado.

Los guardias lo condujeron lejos de la sala. De camino hacia la celda, protestó violentamente contra la sentencia. Uno de los guardias desenfundó una pistola electroshock y apoyó el cañón contra su costado.

—Permanece quieto. Así.

Pierre sintió de pronto pánico. Había estado tan calmado hasta ahora, que en aquel momento sus nervios estallaron. Cuando se va a morir todo parece diferente, incluso el más tranquilo de los hombres pierde el control sobre sí mismo.

—¡Yo no he robado en mi vida! —gritó—. ¡Es una sucia mentira, y vosotros lo sabéis!

—Has sido condenado a muerte, de forma que no hace falta que hagas una pantomima. Muévete. A todos nos llega tarde o temprano.

Lo condujeron a otra celda. La puerta se cerró con un ruido sordo que sonó a hueco, la llave chirrió en la cerradura. Pierre estaba solo. El único mueble que había en la estancia era un camastro de madera. Durante un rato se sentó allí con aire ausente. De súbito dio un salto, y empezó a golpear frenéticamente la puerta. No cesó en sus golpes hasta que sus manos sangraron. Nadie le oyó, nadie vino. Se volvió y examinó la habitación. Vio el camastro de madera bajo una nueva luz. En tres zancadas llegó hasta él, y lo partió a golpes en varios trozos. Pierre era un hombre fuerte. Colocó una parte sobre su extremo, en contacto con el suelo, y lo golpeó con el pie. Las gruesas tablas salieron despedidas a trozos y chocaron ruidosamente contra el suelo. Tomó la más grande y pesada, y la sospesó entre sus manos. De pronto escuchó unos pasos que se acercaban a su celda.

Permaneció en pie de forma que la puerta le ocultase al abrirse. La llave giró en la cerradura. La puerta se abrió. Un hombre vestido de negro dio un paso en el interior de la celda. Su descuido le costó la vida. Pierre golpeó una sola vez, en la nuca, con el borde de la tabla. El verdugo cayó muerto.

Pierre salió al corredor. Chocó con otro hombre. Tenía un arma en la mano, pero no tuvo tiempo de usarla. Pierre le hundió la tabla en el estómago: cuando el hombre se dobló por el dolor, le golpeó en la nuca con todas sus fuerzas.

El camino estaba ahora libre de obstáculos. Pierre tomó el arma del hombre y se precipitó pasillo abajo. Transcurrieron apenas unos segundos antes de que se viera rodeado de guardias armados. No tenía oportunidad alguna, pero actuó como un poseso. Mató a cinco hombres antes de que fuera finalmente reducido.

La estancia era pequeña, con paredes blanqueadas. El hombre que se hallaba tras la mesa gesticuló.

—Siéntese, por favor. Y debería añadir que no quiero tener más dificultades con usted.

Pierre se sentó. Sentía debilidad en todos sus miembros, sus huesos se habían convertido en gelatina. Aquél era el fin con toda seguridad. ¿Para qué lo querían entonces?

—Lo vi todo —dijo el hombre—, a través de las cámaras de televisión. Observé cada movimiento que usted hizo. No creí que consiguiera arreglárselas para llevarlo a cabo; no lo parecía al principio.

Puso en marcha el aparato de televisión. Pierre vio al verdugo que yacía encogido en el suelo. No sintió remordimientos: la muerte del hombre le producía una completa indiferencia.

—Ahora es usted un asesino, Pierre Claude. Un séptuplo asesino.

—Lo que tenga que decir dígalo rápido —replicó Pierre—. Me está aburriendo.

—Tómeselo con calma —dijo amigablemente el hombre que se hallaba tras la mesa—; no sea tan impaciente. Usted acaba de prestar un gran servicio a la

comunidad. Ahora hay siete personas menos.

Pierre se quedó mudo de sorpresa.

—Yo soy el juez supremo —dijo el hombre—. Estoy solo aquí, de modo que elaboro mis propias decisiones. Cuando usted deje esta habitación tanto puede ser un hombre muerto como tener ante sí una larga vida. La elección es suya: yo he tomado ya mi decisión.

Pierre vaciló.

—No comprendo ni una palabra de lo que está usted diciendo.

—Ni se espera que lo comprenda, pero a pesar de todo escuche. Nadie es omitido en la lista de Selección, sea un obrero del cinturón de montaje, un guardia o un juez. Ninguna puerta puede cerrar el paso a la muerte... solamente la que está detrás mío. Usted sabe que la ciudad no es un conjunto de casas separadas entre sí, sino más bien un grupo compacto. La puerta que hay detrás mío conduce a una prisión. A una verdadera prisión. Quien entra en ella puede estar seguro de que saldrá de nuevo algún día. Usted va a ser feliz si acepta mi sentencia, Pierre Claude.

Pierre clavó la vista en él.

—¿Qué quiere usted de mí? Yo ya he sido sentenciado.

El hombre rechazó con un ademán aquella última observación.

—La sentencia ha sido anulada. Olvidaremos su robo.

—Usted sabe tan bien como yo que nunca he robado nada.

—¿Por qué no puede aceptar usted un hecho que no tiene consecuencias? Después de la primera sentencia estaba en la lista de muerte. Mientras permaneció en la celda tuvo diez minutos para decidir. Usted tomó su decisión.

—¿Ahora —dijo Pierre— se propone usted sacrificarme echándome al convertidor siete veces?

—Verdaderamente usted no pone las cosas fáciles, ¿no es verdad? Trataré de explicárselo con la mayor claridad posible. Por sus asesinatos es sentenciado a dos años de encierro en solitario. Su familia será transferida a la Casa de Familias para Casos Especiales. Permanecerán allí hasta que usted quede libre.

Pierre se levantó de un salto.

—¿Quiere decir con esto que no estarán sujetos al sistema de Selección?

—Exactamente. Mientras usted esté en prisión su familia estará segura. Su futuro trabajo se determinará después de su liberación. Vivirá en su celda durante dos años. En las comidas y períodos de esparcimiento encontrará a otros prisioneros, hombres y mujeres que, en idéntica situación, tomaron la misma decisión que usted. En estos días el Gobierno necesita gente que no dude en usar métodos rigurosos.

El hombre pulsó un botón, la puerta detrás suyo se abrió.

—Váyase ahora, Pierre Claude —dijo el Juez—. Dentro de dos años nos encontraremos otra vez en esta habitación.

Pierre fue hacia la puerta. Un hombre amistoso lo recibió.

—Usted ocupará una celda en el piso dieciocho, señor Claude —dijo el guardián

—. Se le traerá el menú de inmediato.

Pierre siguió al hombre como en un sueño.

La habitación estaba iluminada y tenía un aire amistoso. El guardián le indicó la dirección del comedor y desapareció con una inclinación de cabeza. Pierre probó la puerta: no estaba cerrada. Atravesó la estancia hacia la ventana y miró afuera. Allá abajo había un precioso jardín, con gente paseándose. Pierre se apartó de la ventana y se sentó sobre su cama. Aún no acababa de comprenderlo todo. Pero de una cosa estaba seguro: nunca más tendría miedo a la muerte.

Si alguna vez alguien amenazaba su vida o las de su familia, lucharía con crueldad y con obstinación.

Pues el mundo en que vivía no conocía la misericordia.

Título original:

SEI TOT UND HILF

© 1967, *Panorama Literary Agency*

Traducción de Octavio Piulats

¿EXISTE VERDADERAMENTE MR. SMITH?

STANISLAW LEM

Los libros de Stanislaw Lem, el más sobresaliente de los escritores polacos de ciencia ficción, han sido traducidos a muchas otras lenguas, y nosotros, que hemos leído algunos de ellos, lamentamos sobremanera que aún no haya llegado a España. Nacido en 1921, Lem ejerció la carrera de médico antes de dedicarse a escribir. En este relato que les ofrecemos, primero de este autor que es traducido al castellano, Lem nos abre las puertas a un personalísimo «inferno» tragicómico, sobre uno de los temas que le es más querido: el de la cibernética.

ilustrado por RAMÓN ESCOLANO

JUEZ.— La Corte pasa a examinar el litigio entre la Cybernetics Company y Harry Smith. ¿Están presentes las dos partes?

ABOGADO.— Sí, Su Señoría.

JUEZ.— ¿Usted actúa en nombre de...?

ABOGADO.— Represento legalmente a la Cybernetics Company, Su Señoría.

JUEZ.— ¿Dónde está el acusado?

SMITH.— Estoy aquí, Su Señoría.

JUEZ.— Les ruego se sirvan dar a la Corte sus datos personales.

SMITH.— Con mucho gusto. Me llamo Harry Smith y nací el 6 de abril de 1917 en Nueva York.

ABOGADO.— Me opongo, Su Señoría. La afirmación del acusado es tendenciosa: él nunca ha venido al mundo.

SMITH.— Tengo aquí mi partida de nacimiento. Y mi hermano está aquí, en la sala...

ABOGADO.— Ésa no es su partida de nacimiento, y aquel individuo no es su hermano.

SMITH.— Entonces ¿de quién es hermano? ¿De usted acaso?

JUEZ.— Calma, se lo ruego. Un momento, abogado. ¿Entonces, Mr. Smith...?

SMITH.— Mi padre, el nunca bastante llorado Lexington Smith, poseía un garaje, y me inculcó la pasión por su oficio. A los diecisiete años participé por primera vez en una carrera automovilística para principiantes. A continuación, ya como corredor profesional, he competido ochenta y siete veces. Hasta hoy me he hecho con la victoria dieciséis veces, con veintiún segundos puestos...

JUEZ.— Se lo agradezco, pero estas particularidades no son pertinentes a la causa.

SMITH.— Tres copas de oro...

JUEZ.— Le he dicho que esos detalles son superfluos.

SMITH.— Y una corona de plata...

MR. DONOVAN (Presidente de la Cybernetics Company).— ¡Oh, está delirando!

SMITH.— No se engañe.

JUEZ.— ¡Calma! ¿No tiene un abogado para su defensa?

SMITH.— No, me defiendo por mí mismo. Mi causa es clara como el agua de un manantial.

JUEZ.— ¿Conoce las demandas que la Cybernetics Company presenta contra usted?

SMITH.— Las conozco. Soy víctima de las viles maquinaciones de esos perros criminales...

JUEZ.— Ya es suficiente. Abogado Jenkins, ¿quiere exponer a la Corte las razones que han motivado su citación?

ABOGADO.— Con mucho gusto, Su Señoría. Hace dos años el acusado tuvo un accidente durante las carreras automovilísticas disputadas en Chicago. Se dirigió entonces a nuestra firma. Usted ya sabe que la Cybernetics Company fabrica prótesis: piernas, brazos, riñones artificiales, corazones artificiales y muchos otros órganos de recambio. El acusado compró a crédito una prótesis de la pierna izquierda y pagó el primer plazo. Cuatro meses después se dirigió de nuevo a nosotros, esta vez para el suministro de dos brazos, una caja torácica y una bóveda craneal.

SMITH.— ¡Es falso! La bóveda craneal no. Fue en primavera, tras las carreras en montaña.

JUEZ.— No interrumpa.

ABOGADO.— Se trataba, respetando el orden cronológico, de la segunda transacción. En aquel tiempo la deuda del acusado ascendía a 2967 dólares. Cinco meses después el hermano del acusado se dirigió a nosotros: Harry Smith se encontraba recuperándose en la clínica Monte-Rosa, no lejos de Nueva York. Conforme al nuevo pedido, nuestra firma suministró, tras pago de un adelanto, diversas prótesis cuya relación particularizada va unida a las actas del proceso. Entre otras figura como repuesto de un hemisferio cerebral un cerebro electrónico Geniak, llamado comúnmente «El Genial», cuyo precio es de 26.500 dólares. Llamo la atención de la honorabilísima Corte sobre el hecho de que el acusado nos ordenó un modelo Geniak de lujo, equipado con válvulas metálicas, dispositivo para sueños en colores naturales, filtro antipreocupaciones y eyector de pensamientos tristes, a pesar de que todo esto excedía sus posibilidades financieras.

SMITH.— ¡Seguro! ¡Les habría sido mucho más cómodo si hubiera decidido reventar con su cerebro construido en serie!

JUEZ.— ¡Calma, se lo ruego!

ABOGADO.— Que el acusado haya actuado con la intención consciente y deliberada de no pagar lo que había adquirido, viene probado perentoriamente por un hecho: él no ordenó un modelo común de brazo artificial, sino que escogió una prótesis especial, provista de reloj de muñeca, marca Schaffhausen, de 18 rubíes. Cuando la deuda del acusado llegó a los 29.863 dólares lo citamos en juicio para restitución de

todas las prótesis que había adquirido. Sin embargo, nuestra querrela fue desestimada basándose en la siguiente consideración: Mr. Smith, si fuera privado de sus prótesis, moriría. En efecto, en aquel tiempo, de este Mr. Smith no quedaba sino medio cerebro.

SMITH.— ¿Cómo se atreve a decir «de este Mr. Smith»? ¿Percibe acaso acciones de la Cybernetics Company por cada insulto que sale de su boca? ¡Leguleyo!

JUEZ.— ¡Calma, por favor! Mr. Smith, en caso de nuevos ultrajes a la parte demandante le impondré una sanción.

SMITH.— ¡Es él quien me insulta!

ABOGADO.— En las condiciones en que entonces se encontraba, en deuda con la Cybernetics Company, y equipado de pies a cabeza con prótesis suministradas por nuestra firma que, a su respecto, ha dado pruebas de infinita bondad, satisfaciendo *ipso facto* cualquier deseo suyo, el acusado comenzó a calumniar públicamente nuestros productos a los cuatro vientos, encontrando qué murmurar sobre su calidad. Pero esto no le impidió todavía presentarse ante nosotros tres meses más tarde. Se quejaba, en aquel tiempo, de toda una sarta de achaques y de dolores que, como pudieron probar nuestros expertos, dependían del hecho de que su viejo hemisferio cerebral se encontraba sofocado, alojado como estaba en aquel nuevo ambiente que yo definiría, si me lo permite Usía, como protésico. Movida de un sentimiento de humanidad, nuestra firma aceptó otra vez más satisfacer el deseo del acusado, «genializándolo» totalmente, o lo que es igual, nuestra firma aceptó sustituir el viejo pedazo de cerebro que le pertenecía in proprio con un segundo aparato Geniak, gemelo del precedente. Como garantía de este nuevo crédito, el acusado nos firmó letras de cambio por un importe de 26.950 dólares. ¡Hasta hoy, todo lo que nos ha liquidado han sido 232 dólares con 18 centavos! Estando así las cosas... ¡Honorabilísima Corte, el acusado está tratando pérfidamente de impedirme hablar, sofoca mis palabras con silbidos, ruidos y estridencias! ¡Que la Honorabilísima Corte tenga la bondad de llamarlo al orden!

JUEZ.— Mr. Smith...

SMITH.— No soy yo, es mi Geniak. Hace esto cada vez que reflexiona intensamente. ¿Acaso soy yo responsable de todo lo que ha hecho la Cybernetics Company? ¡La Honorabilísima Corte haría mejor si citase al presidente Donovan por fraude!

ABOGADO.—... estando así las cosas, la Cybernetics Company presenta a la Corte la siguiente petición: que le sea reconocido el derecho de entera propiedad sobre la totalidad de las prótesis suministradas y que se encuentran aquí, en esta sala de tribunal, sosteniendo ser Harry Smith.

SMITH.— ¡Qué desvergüenza! ¿Y dónde está Smith según usted, abogado, si no está aquí?

ABOGADO.— Aquí, en esta sala, yo no veo a ningún Smith, por la simple razón de que los restos de aquel célebre campeón de carreras reposan diseminados a lo largo de las muchas autopistas de los Estados Unidos. En consecuencia, el veredicto que

seguramente pronunciará este tribunal a nuestro favor no podrá lesionar a ninguna persona física, porque nuestra firma no hará sino volver a entrar en posesión de lo que legítimamente le pertenece, desde el envoltorio de nylon hasta el último tornillo.

SMITH.— ¡Cómo! ¡Quieren despedazarme, quieren reducirme a prótesis!

PRESIDENTE DONOVAN.— ¡Lo que haremos con nuestros bienes no le interesa!

JUEZ.— Presidente Donovan, le ruego cálidamente conservar su sangre fría. Gracias, abogado. ¿Qué tiene que decir, Mr. Smith?

ABOGADO.— Señoría, para aclarar mejor la cuestión querría hacerle notar además que el acusado, para decir la verdad, no es realmente el acusado, sino únicamente un objeto material que pretende pertenecerse en toda propiedad. En efecto, dado que él no vive...

SMITH.— ¡Acérquese un poco, y se enterará de si estoy vivo o no!

JUEZ.— Verdaderamente, es un caso insólito. Mmmm... Abogado, la decisión de establecer si el acusado está vivo o no la dejo en suspenso hasta que la Corte haya emitido su juicio; de otra manera, nos arriesgaríamos a turbar el desarrollo normal de la audiencia. Ahora, tiene usted la palabra, Mr. Smith.

SMITH.— Honorabilísima Corte, y ustedes, ciudadanos de los Estados Unidos, que siguen atentamente los despreciables esfuerzos de un gran trust para destruir en mi persona una libre personalidad pensante...

JUEZ.— Le ruego dirigirse exclusivamente a la Corte. ¡Esto no es un mitin!

SMITH.— De acuerdo, Su Señoría. La cosa se presenta así: efectivamente, yo he obtenido de la Cybernetics Company un cierto número de prótesis...

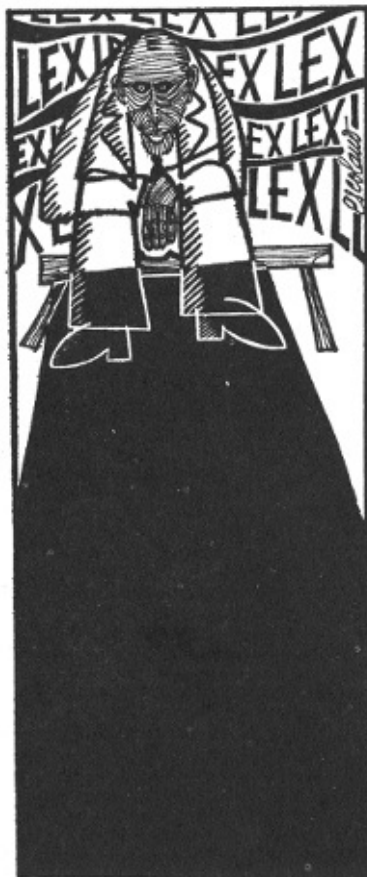
PRESIDENTE DONOVAN.— ¡Un cierto número de prótesis! ¡Y tiene la desfachatez de decirlo!

SMITH.— ¡Que la Honorabilísima Corte llame a orden a este señor! Sí, he obtenido aquellas prótesis. Poco importa lo que éstas sean. Poco importa si, incesantemente, cuando estoy sentado, cuando camino, cuando como, cuando duermo, se oye un tal ruido en mi cabeza hasta el punto que he llegado a tener que retirarme a una habitación aparte porque despertaba a mi hermano durante la noche. Sí, a causa de estos Geniak con estas inclinaciones, contruidos a escondidas con los avances de las máquinas de calcular, he contraído la enfermedad del cálculo, hasta el extremo que debo contar sin tregua las cercas, los gatos, los palos, las personas que me encuentro a lo largo de los caminos, y Dios sabe qué otras cosas... Ustedes ya me entienden. Sea como sea, tenía verdaderamente intención de pagar todas las sumas debidas, pero el único medio que tengo de procurarme dinero es vencer en las carreras. Ahora he dejado pasar demasiadas, me he decorazonado, he perdido la cabeza y...

ABOGADO.— El acusado reconoce espontáneamente haber perdido la cabeza. Ruego a la Corte tome nota.

SMITH.— ¡No me interrumpa! Lo he dicho, pero no con ese sentido. He perdido la cabeza, he comenzado a jugar en la bolsa, he perdido y me he endeudado. En aquel período era un chasis lleno de achaques. Notaba continuamente dolores lacerantes en

la pierna izquierda, vahídos, tenía sueños idiotas: yo cosiendo a máquina, yo haciendo media, yo haciendo puntilla; me hice visitar por psicoanalistas, que inmediatamente me descubrieron un complejo de Edipo tan sólo porque mi madre cosía a máquina cuando yo era niño. Fue en aquel período, justamente entonces que era débil y que apenas podía valerme, que la Cybernetics Company comenzó a llevarme ante los tribunales. Los periódicos hablaron de ello y, como consecuencia de las pérfidas calumnias de las cuales fui objeto, la congregación metodista —yo soy metodista, ¿saben?— me cerró las puertas de su iglesia.



ABOGADO.— ¿Se lamenta por esto? ¿Cómo, usted cree en la vida de ultratumba?

SMITH.— Creo, aunque no veo por qué le interesa a usted esto.

ABOGADO.— ¡Me interesa porque Mr. Smith, actualmente, está ya viviendo una vida de ultratumba, y usted no es sino un infame usurpador!

SMITH.— ¡Mida sus palabras, señor!

JUEZ.— Ruego a las dos partes que mantengan la compostura.

SMITH.— Honorabilísima Corte, mientras me encontraba en tan penosas circunstancias, la Cybernetics Company me citó a juicio, y cuando sus impúdicas peticiones fueron rechazadas un individuo sospechoso, un tal Goas, vino a mi encuentro enviado por el presidente Donovan... aunque esto yo aún no lo sabía. Este tal Goas se hizo pasar por perito electrónico y me dijo que tan sólo existía un remedio para curar todos mis sufrimientos, los lacerantes dolores y los vértigos: hacerme «genializar» a fondo. En el ruinoso estado en el cual me encontraba era imposible

pensar en nuevas carreras automovilísticas. Por tanto, ¿qué otra cosa me quedaba? Acepté, lo reconozco ante la Honorabilísima Corte. Y Goas, al día siguiente, me condujo a la oficina de montaje de la Cybernetics...

JUEZ.— ¿Esto significa que se ofreció a llevarle?...

SMITH.— Ciertamente.

JUEZ.— ¿Y que se ofreció a introducirlo allí...?

SMITH.— Naturalmente; pero yo, yo, aún no comprendía por qué lo hacían tan de buen grado, con condiciones de favor y con largos plazos en el pago. ¡Ahora, por el contrario, lo entiendo perfectamente! Ellos querían, lo declaro ante la Honorabilísima Corte, que me desembarazase del viejo hemisferio cerebral que todavía me quedaba, dado que precedentemente sus peticiones habían sido rechazadas en consideración al hecho de que el desventurado pedazo original de mi cabeza no habría podido permanecer con vida por sí mismo si se me retiraba todo el resto. Y así el tribunal no les concedió nada. Y es por esto que ellos, aprovechando mi ingenuidad y la debilitación de mis facultades mentales, pensaron en mandarme a aquel tal Goas, para hacer que aceptase espontáneamente el sustituir el viejo pedazo de cerebro original, y hacerme caer en las redes de su diabólica maquinación. Ruego ahora a la Honorabilísima Corte que examine cuánto vale su razonamiento. Ellos dicen que tienen derecho a tomar posesión de mi persona. ¿A qué título? Supongamos que alguien adquiriera provisiones a crédito en su proveedor: harina, azúcar, carne... y que después de un cierto tiempo el tendero intente una acción legal para hacerse reconocer propietario de su deudor, dado que —según se enseña en medicina— las sustancias de nuestro cuerpo, gracias a los procesos de naturaleza química, son constantemente renovadas y sustituidas por los productos alimenticios. Es verdad: transcurridos algunos meses, el deudor por entero, cabeza, hígado, brazos y piernas comprendidas, se compone de aquellas grasas, de la leche, de los huevos y de los hidratos de carbono que el tendero le ha cedido a crédito. Pero, ¿existe en el mundo un tribunal dispuesto a pronunciarse a favor de este tal tendero? ¿Acaso vivimos en el medioevo, cuando Shylock podía exigir que su deudor le cediese una libra de su propia carne? ¡Estamos aquí frente a una situación análoga! En cuanto a mí, ¡yo soy el campeón de carreras Harry Smith y no una máquina!

PRESIDENTE DONOVAN.— ¡Es falso! ¡Es una máquina!

SMITH.— ¿Ah, sí? ¿Entonces, a quién es, en definitiva, a quién persigue la Cybernetics? ¿A quién ha sido enviada la citación del tribunal? ¿A una máquina cualquiera o por el contrario a mí, Harry Smith? Su Señoría, desearía que consintiese en que la cuestión fuera definitivamente aclarada.

JUEZ.— Mmmm... esto. La citación está dirigida a Harry Smith, Nueva York, calle 44.

SMITH.— ¿Ha oído, Mr. Donovan? Querría además dirigir a Su Señoría una pregunta referente al procedimiento: ¿la ley de los Estados Unidos prevé, de una forma u otra, la posibilidad de querellarse contra una máquina? ¿Prevé la ley la

posibilidad de citar a una máquina ante los tribunales, de acusarla de algo?

JUEZ.— Veamos... eh... no. ¡No! Esto no lo prevé la ley.

SMITH.— Entonces todo está aclarado. En suma, o yo soy una máquina, y entonces el desarrollo de este proceso es fundamentalmente imposible, siendo claro que una máquina no puede ser citada en juicio, o bien no soy una máquina, sino un hombre, y entonces ¿cuáles son esos derechos que la firma pretende ejercer sobre mi persona? ¿Debería acaso convertirme en su esclavo? ¿Trata Mr. Donovan de convertirse en un propietario de esclavos?

DONOVAN.— ¡Qué insolencia!

SMITH.— ¡Reconózcalo, está en una trampa! En cuanto a los métodos comerciales a los que recurre esta firma, basta decir lo siguiente: cuando, todavía enfermo, atornillado y chaveteado a más y mejor, dejé el hospital y me fui a la playa para respirar un poco de aire puro, una masa de gente me seguía siempre los pasos. Comprendí inmediatamente el motivo: sobre la espalda me habían impreso «made in the Cybernetics Company». He debido hacerme borrar la inscripción a mi costa y hacerme remendar lo mejor posible. ¡Y he aquí que ahora aún quieren perseguirme! Es verdad, el pobre está siempre expuesto a la cólera del rico, mi padre y mi madre me lo repetían siempre...

PRESIDENTE DONOVAN.— ¡Su padre y su madre son la Cybernetics Company!

JUEZ.— ¡Calma! ¿Ha terminado ya, Mr. Smith?

SMITH.— No. Querría subrayar, en primer lugar, que la firma debería pasarme una pensión alimenticia, dado que no tengo de qué vivir. La dirección del Automóvil Club ha anulado mi participación en las carreras panamericanas, hace un mes, apoyándose en el hecho de que mi vehículo sería pilotado —así dicen— por un complejo automático no humano. Pero, ¿quién me ha puesto en estas condiciones? ¡Ellos, la Cybernetics Company, que ha enviado al Automóvil Club una sucia carta difamatoria! ¿Tratan de sacarme el pan de la boca? Bueno, que paguen entonces mi manutención y que me suministren las piezas de recambio. Y no es eso todo: ¡cada vez que debo hablar con ellos, los empleados de la firma, especialmente los de la dirección, me cubren de insultos!

El presidente Donovan me ha propuesto, para normalizar la situación, una transacción amistosa: sería suficiente que aceptase figurar como modelo de reclamo. ¡Debería permanecer inmóvil, ocho horas diarias, en su vitrina! Por tal afrenta y otras similares, me constituí en parte civil contra la Cybernetics Company. Concluyendo, pido que la Honorabilísima Corte quiera atentamente escuchar a mi hermano en calidad de testigo, puesto que él conoce perfectamente todos los particulares de la causa.

ABOGADO.— Su Señoría, me opongo. El hermano del acusado no puede comparecer en calidad de testigo.

JUEZ.— ¿Tal vez a causa de la consanguinidad?

ABOGADO.— Sí... y no. La razón exacta es que el hermano del acusado fue

víctima, la semana pasada, de un accidente aéreo.

JUEZ.— Ah... ¿Y no puede comparecer ante la Corte?

HERMANO DE SMITH.— ¡Sí puedo, estoy aquí!

ABOGADO.— Puede, pero el hecho es que el accidente ha tenido para él consecuencias trágicas. Nuestra firma, a consecuencia de las órdenes llegadas a través de su esposa, ha debido proceder a la «genialización» y puesta a punto de un nuevo hermano del acusado...

JUEZ.— ¿Un nuevo qué?

ABOGADO.— Un nuevo hermano, que al mismo tiempo es el marido de la ex-viuda.

JUEZ.— Ah...

SMITH.— ¿Pero qué importa esto? ¿Por qué no puede testificar mi hermano? ¡Mi cuñada ha saldado la factura al contado!

JUEZ.— Silencio, por favor. Vista la necesidad de proceder al examen de estos elementos complementarios, ordeno el aplazamiento de la causa...

Título original:

CY ISTNIEIE NA PRAVTE PAN SMITH?

© 1968, *Stanislaw Lem*

Traducción de J. Orriola Marsá

ANTES DEL EDÉN

ARTHUR C. CLARKE

Científico, novelista, explorador, graduado en Física y Matemáticas Puras Aplicadas, miembro de la Real Sociedad Astronómica, presidente por dos veces de la Sociedad Interplanetaria Británica, ganador en 1962 del premio Kalinga de la UNESCO por sus trabajos de divulgación científica, autor de innumerables libros de ciencia y de ciencia ficción, escritor, científico y humanista, uno de los gigantes de la ciencia ficción universal... En fin, ¿para qué seguir? Éste es Arthur C. Clarke, y éste es uno de sus más significativos relatos.

ilustrado por JAIME AZPELICUETA

—Me parece —dijo Jerry Garfield parando los motores— que éste es el final de la línea.

Con un leve suspiro, la eyección del chorro cesó gradualmente. Privado de su colchón de aire, el vehículo explorador *Pecio Vagabundo* se posó sobre las retorcidas rocas de la Meseta Hesperiana.

Delante no había camino alguno; ni con sus eyectores a chorro ni con su tractor podía el S-5 —para dar al *Pecio* su nombre oficial— escalar la escarpadura que tenía enfrente. El Polo Sur de Venus estaba sólo a treinta millas, pero igual podría haber estado en otro planeta. No quedaba otra solución que volver atrás y desandar el camino de cuatrocientas millas hecho a través de aquel paisaje de pesadilla.

La atmósfera era fantásticamente clara, con una visibilidad de casi mil metros. No había necesidad alguna de radar para mostrar los riscos que tenían delante; por una vez, la simple vista bastaba. La verde luminosidad de la aurora, filtrándose a través de nubes que habían rodado compactas por un millón de años, prestaba a la escena un aspecto submarino, al que se añadía la sorprendente manera con que todos los objetos se empañaban en la calina. A veces era fácil para uno creer que se estaban moviendo a través de un insustancial lecho marino, y en más de una ocasión imaginó Jerry haber visto peces flotando sobre su cabeza.

—¿Llamo a la astronave para comunicar que volvemos? —preguntó.

—Aún no —respondió el doctor Hutchins—. Quiero pensar.

Jerry lanzó una suplicante mirada al tercer miembro de la tripulación, pero no encontró allí apoyo moral ninguno. Coleman era tan testarudo como su compañero; aunque los dos hombres discutían furiosamente la mitad de su tiempo, ambos eran científicos y, por ello, en la opinión de un no menos testarudo maquinista navegante, ciudadanos no cabalmente responsables. Si Cole y Huth tenían alguna brillante idea para seguir, no habría nada que hacer excepto registrar una protesta.

Hutchins estaba dando vueltas en la exigua cabina, examinando mapas e

instrumentos. Dirigió ahora el proyector del vehículo hacia los riscos y comenzó a observarlos detenidamente con los gemelos. ¡Seguramente, pensó Jerry, no esperará conducir este trasto por ahí! El S-5 era un revoloteador de carril y no una cabra montés...

Bruscamente, Hutchins encontró algo. Lanzó un suspiro que era más bien una súbita y explosiva boqueada, y se volvió a Coleman.

—¡Mira! —gritó con voz sumamente excitada—. ¡Justamente a la izquierda de aquella marca negra! ¿Qué es lo que ves?

Le tendió los gemelos, y ahora fue Coleman quien escrutó los riscos.

—¡Que me condenen si no tenías razón! —dijo al fin—. *Hay ríos en Venus. Ésa es una cascada seca.*

—Así, pues, me debes una cena en el *Bel Gourmet* cuando volvamos a Cambridge. Con champán.

—No necesitas recordármelo. De todos modos, es barato por el precio. Pero eso deja aún tus otras teorías a la altura del barro.

—¡Hey, un minuto! —interpeló Jerry—. ¿Qué es todo eso de ríos y cascadas? Todo el mundo sabe que *no pueden* existir en Venus: nunca se produce en este vaporoso planeta el suficiente frío como para que se condensen las nubes.

—¿Has mirado el termómetro recientemente? —preguntó Hutchins con engañosa suavidad.

—He estado *ligeramente* demasiado ocupado conduciendo.

—Pues entonces tengo noticias para ti. Está por debajo de los 230, y descendiendo todavía. No olvides que estamos en el polo, que es invierno y que nos encontramos a 18.000 metros sobre las tierras bajas. Todo esto se nota en el aire. Si baja un poco más la temperatura tendremos lluvia. El agua hervirá, desde luego..., pero será agua. Y aunque Jorge no lo admita aún, esto presenta a Venus con una fisonomía totalmente distinta.

—¿Por qué? —preguntó Jerry, aunque ya lo había supuesto.

—Porque donde hay agua debe haber vida. Nos hemos apresurado demasiado en conjeturar que Venus era estéril, simplemente debido a que el promedio de su temperatura es de más de quinientos grados. Aquí en las montañas hay lagos y quiero echarles un vistazo.

—¡Pero es agua *hirviente*! —protestó Coleman—. ¡Nada puede vivir en eso!

—Hay algas que lo logran en la Tierra. Y si hemos aprendido algo desde que comenzamos a explorar los planetas es esto..., que en cualquier lugar donde la vida tenga la más ligera probabilidad de supervivencia se la encontrará. Ésta es la única posibilidad que jamás se haya presentado sobre Venus.

—Desearía que pudiéramos comprobar tu teoría. Pero, ya lo puedes ver por ti mismo, es imposible escalar ese risco.

—Quizá lo sea en el vehículo, pero no será demasiado difícil hacerlo a pie, con los trajes térmicos. Todo lo que necesitamos es andar unas cuantas millas en

dirección al polo; según los mapas del radar, todo es muy llano una vez alcanzado el borde. Podemos apañárnoslas allá dentro... oh, durante doce horas o más. Cada uno de nosotros ha estado fuera más tiempo que ése, y en mucho peores condiciones.

Aquello era enteramente cierto. La ropa protectora que había sido diseñada para mantener con vida al hombre en las tierras bajas venusianas tendría una tarea más fácil aquí, donde la temperatura era sólo cien grados más calurosa que en el Valle de la Muerte en plena canícula.

—Bien —dijo Coleman—. Ya conoces las ordenanzas: no se puede ir solo, y alguien ha de quedarse aquí para mantener contacto con la nave. ¿Cómo lo zanjaremos esta vez: ajedrez o cartas?

—El ajedrez lleva demasiado tiempo —dijo Hutchins—, especialmente cuando lo jugáis vosotros dos. —Tendió la mano a la mesa de juego y tomó un naipe muy usado—. Córtalo, Jerry.

—Diez de picas —dijo Jerry—. Espero que puedas derrotarlo, Jorge.

—Así lo haré... ¡Maldita sea, sólo un cinco de tréboles! Bueno, dad mis recuerdos a los venusianos...

A pesar de la seguridad de Hutchins, resultaba tarea ardua el escalar la escarpadura. El declive no era muy pronunciado, pero el peso del aparato de oxígeno, el traje térmico refrigerado y el equipo científico alcanzaban un peso de más de cien libras por hombre. La menor gravedad —un trece por ciento más débil que la de la Tierra— proporcionaba una ligera ayuda, pero no mucha, cuando se afanaban por pedregales en declive, descansaban brevemente en los bordes para recuperar aliento y volvían a trepar a través del crepúsculo submarino. El esmeraldino fulgor que se derramaba en torno a ellos era más brillante que el de la luna llena en la Tierra. Una luna se habría disipado en Venus, se dijo Jerry; jamás hubiese podido ser vista desde la superficie, no había allí mar alguno cuyas mareas regir... y la incesante aurora era un manantial de luz mucho más constante.

Habían escalado más de seiscientos metros antes de que el terreno se nivelara en un suave declive, surcado aquí y allá por costurones que eran canales claramente tajados por el correr del agua. Al cabo de una breve búsqueda llegaron a una hondonada lo suficientemente ancha y profunda como para merecer el nombre de lecho de río, y echaron a andar por ella.

—Acabo de pensar en algo —dijo Jerry cuando hubieron caminado unos cientos de metros—. ¿Y suponiendo que haya una tormenta ante nosotros? No me hace ni pizca de gracia el tener que soportar un flujo de agua hirviendo.

—Si hay una tormenta la oiremos —replicó Hutchins con cierta impaciencia—. Tendremos tiempo de sobra para llegar a terreno elevado.

Tenía indudablemente razón, pero Jerry no se sintió más satisfecho por ello mientras continuaban remontando el suavemente inclinado lecho del curso del agua.

Su inquietud había estado aumentando desde que pasaran sobre la cresta del risco, perdiendo así contacto por radio con el vehículo explorador. El hallarse desconectado con sus compañeros resultaba para él una experiencia única y turbadora. Nunca le había ocurrido antes en toda su vida; hasta a bordo de la *Estrella de la Mañana*, aun hallándose a cientos de millones de millas de la Tierra, pudo siempre enviar un mensaje a su familia y obtener una respuesta en el lapso de breves minutos. Pero ahora, apenas unos cuantos metros de roca acababan de aislarles del resto de la humanidad; si algo les sucedía, nadie jamás lo sabría... a menos que alguna expedición posterior hallara sus cadáveres. Jorge esperaba el número de horas convenido y luego marcharía de regreso a la nave... solo. Se dijo a sí mismo que él no era ciertamente el tipo ideal de explorador, que lo que le gustaba era manipular complicadas máquinas, y que así fue como se vio mezclado en el vuelo espacial. Nunca llegó a pensar hasta dónde le conduciría aquello... y ahora era ya demasiado tarde para cambiar.



Habían cubierto quizá tres millas en dirección al polo, siguiendo los meandros del lecho del río, cuando Hutchins se detuvo para hacer observaciones y recoger muestras.

—¡Sigue descendiendo la temperatura! —dijo—. Ha bajado ya de los 199; es, con mucho, la menor registrada jamás en Venus. Quisiera poder llamar a Jorge y comunicárselo.

Jerry probó todas las bandas de ondas y hasta intentó captar a la astronave —los impredecibles altibajos de la ionosfera del planeta hacían a veces posible la recepción a larga distancia—, pero no se produjo ni un susurro portador de onda sobre el rugido y el crepitar de las fragorosas tormentas venusianas.

—Eso es aún mejor —dijo Hutchins, ahora con auténtica excitación en su voz—. La concentración de oxígeno ha aumentado... quince partes en un millón. En el

vehículo era sólo de cinco, y en las tierras bajas apenas se podía detectarlo.

—¡Pero quince en un *millón!* —protestó Jerry—. ¡Nada podría respirar eso!

—Inviertes la cuestión —manifestó Hutchins—. Nadie ni nada lo respira: algo *lo hace*. ¿De dónde crees que proviene el oxígeno de la Tierra? Todo él está producido por la vida..., por las plantas en desarrollo. Antes de que hubiese plantas en la Tierra, nuestra atmósfera era semejante a esta...», una mezcla de anhídrido carbónico y amoníaco y metano. Luego evolucionó la vegetación y lentamente convirtió nuestra atmósfera en algo que los animales podían respirar.

—Ya —dijo Jerry—. Y tú piensas que el mismo proceso ha comenzado aquí...

—Así parece. *Algo*, no lejos de aquí, se halla produciendo, oxígeno..., y la vida vegetal es la explicación más simple.

—Y donde hay plantas —reflexionó Jerry— es de suponer que más pronto o más tarde haya animales.

—Eso es —dijo Hutchins, recogiendo sus cosas y comenzando a remontar la hondonada—, aunque el proceso lleva unos cuantos millones de años. Puede ser que hayamos llegado aún demasiado pronto..., aunque espero que no.

—Todo esto está muy bien —respondió Jerry—. Pero ¿y suponiendo que topemos con alguien que no nos quiera? No tenemos armas.

—Ni las necesitamos. ¿Te has detenido a pensar en el aspecto que tenemos? No cabe duda de que cualquier animal echaría a correr apenas nos viera desde lejos.

Había algo de verdad en sus palabras. La envoltura metálica de los trajes térmicos, que les cubría de pies a cabeza, reverberaba como una flexible y destellante armadura. Insecto alguno tenía antenas más primorosas que las encajadas en sus cascos y mochilas, y los anchos lentes a través de los cuales miraban al mundo que los rodeaba semejaban unos ojos vacíos y monstruosos. Sí, pocos habrían sido los animales terrestres que quisieran enfrentarse a una tal aparición; pero los venusianos podían sustentar diferentes ideas.

Jerry estaba aún rumiando la cuestión cuando llegaron al lago. La primera ojeada le hizo pensar ya no en la vida que estaban buscando, sino en la muerte. Semejante a un negro espejo, yacía en medio de un pliegue de los cerros; su orilla extrema se hallaba oculta en la bruma eterna, y fantasmales columnas de vapor remolineaban y danzaban sobre su superficie. Todo lo que necesitaban, se dijo a sí mismo Jerry, era la barca de Caronte en espera de llevarlos a ellos a la otra orilla... o el cisne de Tuonela surcando mayestáticamente las aguas, en guardia de la entrada del averno...

Sin embargo, a pesar de todo, era un milagro... la primera agua libre que el hombre hallara jamás en Venus. Hutchins estaba ya de rodillas, casi en una actitud de rezo. Pero lo único que hacía era recoger gotas del preciado líquido para examinarlas a través de su microscopio de bolsillo.

—¿Hay algo en ellas? —preguntó ansiosamente Jerry.

—Si lo hay es demasiado pequeño para verlo con este instrumento. Te diré algo más cuando volvamos a la nave.

Taponó y precintó una probeta y la puso en su estuche de muestras con tanta ternura como un buscador que acabara de hallar su primera pepita de oro. Pudiera ser —y probablemente lo era— nada más que pura y simple agua. Pero también cabía la posibilidad de que fuese un universo de criaturas ignotas y vivientes en la primera fase de un recorrido de billones de años hasta la plasmación de la inteligencia.

No había caminado Hutchins más de una docena de metros a lo largo de la orilla del lago cuando volvió a detenerse, tan súbitamente que Garfield estuvo a punto de tropezar con él.

—¿Qué sucede? —preguntó Jerry—. ¿Has visto algo?

—Aquella mancha oscura de allí. La advertí antes de que nos detuviéramos en el lago.

—¿Y qué pasa con ella? A mí me parece bastante corriente.

—*Creo que se ha hecho más grande.*

En toda su vida recordaría Jerry aquel momento. De todos modos, nunca dudó de la afirmación de Hutchins; en aquellos momentos podía creer cualquier cosa, hasta que las rocas crecían. La sensación de misterio y aislamiento, la presencia de aquel oscuro y melancólico lago, el sordo ruido de las lejanas tormentas y el verde titilar de la aurora..., todo aquello había causado un fuerte impacto en su mente, disponiéndole para creer aun lo increíble. Sin embargo, no sentía miedo alguno: eso vendría después.

Miró a la roca. Estaba a unos ciento cincuenta metros, creyó calcular, aunque en aquella difusa luz esmeraldina resultaba enormemente difícil estimar distancias y dimensiones. La roca —o lo que fuese— parecía una losa horizontal de un material casi negro, situada cerca de la cresta de un risco bajo. Había una segunda mancha, mucho más pequeña, de material semejante, cerca de ella. Jerry intentó medir y registrar en la memoria el espacio que existía entre ambas a fin de poder tener una referencia que le permitiera descubrir cualquier cambio.

Aun cuando vio que aquel espacio iba estrechándose, no sintió ninguna alarma..., sólo una perpleja excitación. No fue hasta que hubo desaparecido totalmente que experimentó en su corazón una espantosa sensación de desamparado terror. No había allí rocas crecientes o movientes: lo que contemplaban era una oscura marea, una alfombra serpeante que iba extendiéndose inexorablemente hacia ellos sobre la cresta del risco.

El momento de pánico total, irrazonable, no duró por fortuna más allá de unos pocos segundos. El primer terror de Garfield comenzó a desvanecerse tan pronto como reconoció su causa..., es decir, que aquella marea que avanzaba le había recordado en los primeros momentos, muy vívidamente, una historia que había leído

hacía muchos años sobre el ejército de hormigas del Amazonas y la manera como destruían todo cuanto encontraban a su paso...

Pero, fuera lo que fuese aquella marea, se estaba moviendo demasiado lentamente como para suponer un peligro real, a menos que cortase su línea de retirada. Hutchins la estaba observando intensamente a través de sus gemelos; él era biólogo y estaba manteniendo su terreno. No voy a hacer el ridículo, pensó Jerry, huyendo como un gato escaldado si no es necesario.

—Por el amor del cielo —dijo al fin, cuando aquella alfombra viviente se halló a sólo cien metros, y Hutchins no había pronunciado aún una palabra ni movido un solo músculo—. ¿Qué es eso?

Hutchins se deshizo lentamente como una estatua cobrando vida.

—Lo siento —dijo—, te olvidé por completo. Es una planta, desde luego. Cuando menos, me parece que deberíamos darle este nombre.

—¡Pero se está *moviendo*!

—¿Y por qué habría de sorprenderte eso? Así lo hacen también las plantas terrestres. ¿Es que no has visto películas aceleradas de la hiedra en acción?

—Pero la hiedra permanece en su sitio..., no se extiende por todo el paisaje.

—¿Y qué hay de las plantas de plancton en el mar? *Ellas* pueden nadar cuando lo necesitan.

Jerry cedió; de todos modos, el prodigio que se aproximaba le había privado de palabras.

Siguió pensando en aquella cosa como una alfombra espesa, orlada en los bordes. Variaba de espesor al moverse; en algunas partes era tenue como una película, y en otras tenía treinta y más centímetros de grosor. Al aproximarse más, Jerry pudo comprobar su tejido, y lo comparó al terciopelo negro. Se preguntó cómo sería al tacto..., recordando luego que como menos quemaría sus dedos, aun cuando no les hiciera nada más. Otro pensamiento vino en persecución de éste, movido por la delirante reacción nerviosa que a menudo sigue a una repentina conmoción: «Si *existen* venusianos, jamás podremos estrechar nuestras manos con las de ellos; nos las quemarían, y nosotros se las helaríamos».

Hasta entonces aquella cosa no había dado muestra alguna de haberse percatado de su presencia. Había efectuado su flujo hacia adelante como la inconsciente marea que casi seguramente era. Aparte el hecho de que trepaba sobre pequeños obstáculos, bien podría haber sido una progresiva corriente de agua.

De pronto, cuando estuvo sólo a diez metros, la marea aterciopelada se detuvo en su frente, aunque siguió extendiéndose a los lados.

—Estamos siendo rodeados —dijo Jerry ansiosamente—. Será mejor retroceder hasta asegurarnos de que es inofensiva.

Para su alivio, Hutchins retrocedió al instante. Tras una breve vacilación, la cosa

prosiguió su avance estirando su línea frontal.

Entonces Hutchins se adelantó de nuevo... y la cosa se retiró lentamente. El biólogo avanzó media docena de veces, para retroceder otras tantas, y a cada una de ellas la marea viviente verificó un flujo y reflujo acorde por completo con sus movimientos. Nunca me imaginé, se dijo Jerry, ver a un hombre bailando un vals con una planta...

—Termofobia —dijo Hutchins—. Una reacción puramente automática. No le gusta nuestro calor.

—¡Nuestro calor! —protestó Jerry—. ¡Pero si somos témpanos en comparación con ella!

—Desde luego..., pero nuestros trajes no lo son, y eso es todo cuanto ella nota.

¡Estúpido de mí!, pensó Jerry. Hallándose uno abrigado y fresco en el interior del traje térmico, resultaba fácil olvidar que el aparato refrigerador, a su espalda, bombeaba constantemente ráfagas de calor al aire circundante. No era extraño que la planta venusiana retrocediera ante ellos.

—Vamos a ver ahora cómo reacciona a la luz —dijo Hutchins.

Encendió su lámpara pectoral, y el verde resplandor boreal fue ahuyentado al instante por el blanco y puro destello. Hasta que el hombre llegara a aquel planeta, ninguna luz blanca había brillado ni siquiera de día sobre la superficie de Venus. Como en el fondo de los mares de la Tierra, sólo había en ella un verdoso crepúsculo, intensificándose lentamente hasta una profunda oscuridad.

La transformación fue tan pasmosa, que ningún hombre hubiera podido reprimir una exclamación de asombro. Como en un chispazo, la negrura de la espesa alfombra aterciopelada desapareció a sus pies, dejando en su lugar un satinado tejido de brillantes y vivos rojos con áureas estrías. Ningún príncipe persa hubiera podido jamás encargarse a sus tejedores una tapicería tan suntuosa y que sin embargo no era más que el producto accidental de fuerzas biológicas, una gama de colores que hasta el momento de producirse el destello no habían existido... y que se desvanecerían nuevamente en cuanto la luz extraña de la Tierra dejara de conjurarlos a esa existencia.

—Tijov tenía razón —dijo Hutchins—. Me hubiera gustado que lo viera.

—¿Razón sobre qué? —preguntó Jerry, aunque parecía casi un sacrilegio hablar en presencia de aquella maravilla.

—Allá en Rusia, hace cincuenta años, observó que las plantas que viven en climas muy fríos tienden a ser azules o violetas, mientras que las de los cálidos son rojas o naranja. Predijo que la vegetación marciana sería violeta y que, si había plantas en Venus, su color sería encarnado. Pues bien, estaba en lo cierto en ambas conjeturas. Pero no podemos permanecer todo el día aquí; tenemos trabajo que hacer.

—¿Estás seguro de que esto... no es peligroso? —preguntó Jerry, volviendo a reafirmarse en él algo de su precaución.

—Absolutamente. No puede tocar nuestros trajes aunque lo quisiera. Y de todos

modos, se mueve pasando ante nosotros.

Así era. Podían ver ahora que toda aquella cosa —si era una simple planta y no una colonia— cubría una superficie circular de unos cien metros de diámetro aproximadamente. Iba barriendo el suelo igual que lo hace la sombra de una nube impelida por el viento..., y allá donde se había detenido, las rocas estaban punteadas de innumerables pequeños agujeros, tenues como quemaduras de ácido.

—Sí —dijo Hutchins en respuesta a la observación de Jerry sobre el particular—. Así es cómo se nutren los líquenes: segregan ácidos que disuelven la roca. Pero nada de preguntas, por favor, hasta que estemos de vuelta a la nave. Tengo aquí trabajo para varios días, y disponemos solamente de un par de horas para hacerlo.

Aquello fue casi botánica a la carrera... El borde sensitivo de la inmensa planta podía moverse con sorprendente velocidad cuando intentaba evadirlos. Era como si estuviese conteniendo con una hojuela animada de unos cuatro mil metros cuadrados de extensión. No se producía en ella reacción alguna —aparte la automática evitación del calor despedido por sus trajes— cuando Hutchins cortaba muestras o tomaba pruebas. Aquel objeto fluía constantemente, progresando sobre cerros y valles, guiado por algún singular instinto vegetal. Quizás estaba siguiendo alguna vena de mineral; los geólogos lo decidirían cuando analizaran las muestras de roca que Hutchins había recogido antes y después del paso del tapiz viviente.

Apenas había tiempo para pensar o incluso para enmarcar las innumerables cuestiones que había planteado su descubrimiento. Probablemente aquellas criaturas debían ser bastante numerosas, o no se hubieran topado tan pronto con una de ellas. ¿Cómo se reproducían? ¿Mediante retoños, esporas, escisión o cuál otro medio? Aquélla podía no ser la única forma de vida en Venus... La misma idea era absurda, pues indudablemente, habiendo una especie, ha de haber al mismo tiempo miles de ellas...

Un hambre canina y la fatiga les obligó finalmente a efectuar un alto. La criatura que estaban estudiando podía seguir, si lo deseaba, su camino nutritivo en torno a Venus —aunque Hutchins creía que no iba nunca mucho más allá del lago, aproximándose de cuando en cuando al agua e introduciendo en ella un largo zarcillo tubular—; los animales de la Tierra necesitaban descansar.

Supuso un gran alivio hinchar la tienda sobrecomprimida, meterse en ella a través de la cámara intermedia y despojarse de los trajes térmicos. Por primera vez, mientras se relajaban en el interior de su diminuto hemisferio plástico, ocupó sus mentes la verdadera maravilla e importancia del descubrimiento. Aquel mundo que los rodeaba no era ya el mismo: Venus no era más un planeta muerto, sino que se había unido a la Tierra y a Marte.

Pues la vida llama a la vida, a través de las simas del espacio. Todo cuanto se desarrollaba o se movía sobre la superficie de un planeta era un portento, una

promesa de que el hombre no estaba solo en aquel universo de brillantes soles y remolineantes nebulosas. Si hasta entonces no había encontrado compañeros con quienes poder hablar, aquello era de esperar, pues los años-luz y las eras se extendían aún inmensas ante él, en espera de ser explorados. Mientras tanto debía preservar y fomentar la vida que hallara en su camino, bien fuera sobre la Tierra, sobre Marte o sobre Venus...

Así se dijo Graham Hutchins, el biólogo más afortunado del sistema solar, mientras ayudaba a Garfield a recoger los residuos y meterlos en un hermético estuche de plástico. Cuando deshincharon la tienda e iniciaron el viaje de retorno no había señal alguna de la criatura que habían estado examinando. Era mejor así, pues de lo contrario podían haberse sentido tentados a demorarse para efectuar más experimentos, y estaba muy próximo el plazo de que disponían.

No importaba; dentro de pocos meses volverían con un equipo de ayudantes, mucho mejor dotados con todo lo necesario para la investigación y con los ojos del mundo posados sobre ellos. La evolución había seguido su curso operando durante un billón de años para hacer posible aquel encuentro; podía muy bien esperar un poco más.

Durante un rato nada se movió en la verdosidad titilante del paisaje envuelto en bruma, desierto a la vez de seres humanos y tapiz carmesí. Luego, discurrendo sobre los cerros tallados por el viento, reapareció la extraña criatura. O tal vez era otra de la misma extraña especie, nadie lo sabría jamás.

Pasó ante el pequeño montón de piedras donde habían enterrado sus desechos Hutchins y Garfield. Y luego se detuvo.

No estaba perpleja, pues no tenía mente alguna. Pero el impulso químico que la conducía inexorablemente sobre la meseta polar estaba gritando: ¡Aquí, aquí! En alguna parte próxima se encontraba el más precioso de todos los alimentos que necesitaba, el fósforo, el elemento sin el cual no podía jamás producirse la chispa de vida. Comenzó a hozar las rocas, a escurrirse entre las grietas y hendiduras, a arañar y raspar con sus tanteantes zarcillos. Nada de cuanto hizo superaba la capacidad de cualquier planta o árbol terrestre..., pero se movía mil veces más rápidamente, y necesitó tan sólo unos minutos para alcanzar su meta y atravesar la película de plástico.

Y luego se regaló con el alimento, de manera más concentrada que en cualquier otra forma de vida que conociera jamás. Absorbía los carbohidratos, y las proteínas y los fosfatos, la nicotina de las colillas, y la celulosa de los vasos de papel, y la celulosa de los vasos y las cucharas de cartón. Lo trituraba todo y lo asimilaba en su extraño cuerpo sin dificultad ni perjuicio.

Y asimismo absorbía todo un microcosmos de criaturas vivientes..., bacterias y virus que, sobre otros planetas, habían evolucionado de mil mortales linajes. Aun

cuando tan sólo muy pocos podían sobrevivir en aquella atmósfera y temperatura, eran suficientes. Cuando la alfombra se arrastró de nuevo al lago, llevaba el contagio a todo su mundo.

Y cuando la Estrella de la Mañana puso rumbo a su lejana patria, Venus estaba muriéndose. Las películas y fotografías y muestras de que era portador triunfal Hutchins eran aún más preciosas de lo que pensaba, pues eran el único archivo que jamás existiría del tercer intento de asentamiento de la Vida en el sistema solar.

Bajo las nubes de Venus, la historia de la Creación había terminado.

Título original:

BEFORE EDEN

© 1961, Ziff-Davis Publishing Co.

Traducción de Vicente Vila

Acerca de ARTHUR C. CLARKE

por Arthur Pottersman

Es un profeta del futuro, un vidente de las fronteras del espacio en las que los exploradores vagan por galaxias sin límites, uno de los modernos creadores de la ciencia ficción y, a veces, hasta un creador de la tecnología del mañana. Sin embargo, nunca conduce un automóvil, prefiriendo por el contrario que lo lleven en coche mientras él lee. No ve más allá en su vida que en la novela en la que **ahora** trabaja. Y su mayor felicidad consiste en practicar el submarinismo.

Éste es Arthur C. Clarke, nacido en una familia de campesinos de Somerset, hace cuarenta y ocho años, autor de un par de docenas de libros, de ciencia y de ciencia ficción. Y el hombre que inventó los satélites de comunicación casi veinte años antes que el «Telstar» se elevase.

En 1945 estaba trabajando, como teniente de la RAF, en el radar, y publicó en la revista técnica **Wireless World** (Mundo sin hilos) un artículo explicando cómo tres satélites artificiales, orbitando alrededor de la Tierra, podrían crear enlaces de radio y TV a escala mundial. Hoy, Arthur C. Clarke bromea acerca de «cómo perdí mil millones de dólares en mi tiempo libre», añadiendo más seriamente que uno no puede patentar una idea demasiado antes de que pueda ser llevada a la práctica.

¿Le duelen los millones perdidos? Aparentemente no: «Mis posesiones personales son muy simples: mi biblioteca y un telescopio. Gasto mi dinero haciendo amigos y viajando. Viajo entre Colombo (donde tiene su hogar en un **bungalow**), Nueva York y Londres. Soy muy feliz. Tengo problemas que puedo solucionar, pero no tengo preocupaciones, lo que es muy importante».



Claramente, Arthur C. Clarke tiene suficiente dinero. Pronto, indica, el film espacial en Cinerama en el que está trabajando (ver información en «Nueva Dimensión» n.º 1) con Stanley Kubrick, le dará bastante más.

Este film, llamado 2001, es una historia situada justamente a treinta y tres años en

el futuro. Ni Clarke ni Kubrick desean hablar del argumento, pero entiendo que se enfocan los adelantos en la tecnología espacial, a través del tema de una expedición dentro del sistema solar y sugiriendo que la tecnología avanzada es indistinguible de la magia. Se está realizando un enorme esfuerzo en esta cinta, incluyendo datos, diseños y asesoramiento de los científicos consejeros de las más grandes corporaciones norteamericanas, de dos expertos en cohetes que han trabajado con Wernher Von Braun y un equipo de consultores de la Vickers-Armstrong, una importante empresa aeroespacial británica. El film tiene un presupuesto de millones de dólares, lo cual lleva a decir a los cínicos que los señores Kubrick y Clarke están gastando más en sus cohetes que todo lo que emplea Gran Bretaña en la totalidad de su programa espacial del año.

Arthur C. Clarke ha recorrido un largo, largo camino desde que sus compañeros en la escuela de Taunton, divertidos por sus obsesiones (acostumbraba a escribir en la revista de la escuela), lo apodaron «Espacionave».

Su padre fue un empleado de Correos que se convirtió en agricultor tras la Primera Guerra Mundial. Esta vida nunca atrajo al joven Arthur: «Me gustaba visitar la granja», explica, «quiero mucho a los animales. Pero dirigirla, no. En esos días no era sino un trabajo manual glorificado, y no demasiado glorificado».

A la edad de 19 años llegó a ser auditor en el Servicio Civil y fue a Londres, donde trabajó en el Ministerio de Educación, la Oficina de Correos y el Ministerio de Alimentación. «El Servicio Civil es una ocupación para caballeros», dice. «Pude escribir mucho allí. Hacía mi trabajo en un par de horas con una regla de cálculo y empleaba el resto del tiempo en lo que quería».

«Compartía mi piso y me reunía con todo el mundo de la ciencia ficción en él. El número 88 de la **Grays Inn Road** fue el cuartel general de la **Science Fiction Association** (Asociación de Ciencia Ficción) y de la **British Interplanetary Society** (Sociedad Interplanetaria Británica)».

Arthur C. Clarke puede todavía señalar el momento en el cual tomó raíz su futura absorción por la ciencia: «Fue a causa de mi padre. Estábamos en un carro tirado por ponys, cruzando el camino en el pueblo... hace cuarenta años. Me dio cromos de cigarrillos de animales prehistóricos y me fascinaron. Así que mi primer interés fue por la paleontología, y la arqueología hasta cierto punto. Los dinosaurios me fascinaban. Luego, abruptamente, no puedo recordar porqué o cuando, cambié a la astronomía... y esto era lo mío».

«Leí el libro de Lasser "**The Conquest of Space**" ("La Conquista del Espacio"), el primer libro en inglés sobre viajes espaciales. Me abrumó. Simultáneamente leí los primeros números de la revista **Amazing**, conocía a alguien que casualmente los poseía. Tenía entonces 12 años y comencé a frecuentar Woolworth para comprar ejemplares de la otra revista: **Astounding**. En aquel tiempo tuve toda la colección, pero se perdió en la guerra».

Poco después de estallar la Segunda Guerra Mundial, el espacionauta en ciernes

Clarke dejó su confortable puesto en el Servicio Civil y entró voluntario en la R.A.F. «Un paso por delante del Ejército. Tenía la idea de trabajar como navegante debido a mis conocimientos de astronomía. Cuando lo solicité, me hablaron del radar. Esto sonaba interesante, así que me fui a eso».

De 1941 a 1946 viajó por Inglaterra, equipado con máquina de escribir y telescopio, escribiendo unos pocos artículos técnicos y recibiendo un invaluable entrenamiento en electrónica.

Después de la guerra, Arthur Clarke fue al **King's College** de Londres: «Deseaba tener un grado técnico. Estaba interesado en astronomía, pero en el Colegio no tenía ni idea de lo que deseaba hacer. Trabajé endemoniadamente duro», dice con orgullo apresurado, inclinándose hacia delante en su silla, «y conseguí una mención honorífica especial».

También escribió su primera novela, **Prelude to Space** («Preludio al Espacio», n.º 25 de la colección Nebulae), durante una vacación escolar. «Ya tenía una beca del Gobierno, así que me hice con una buena bolsa».

Clarke estaba laborando como postgraduado en Astronomía y Matemáticas Avanzadas cuando llegó su primer trabajo, que resultó ser el mejor que podía desear un futuro escritor de ciencia ficción.

El decano de su Colegio le consiguió el puesto de Editor Asistente de **Science Abstracts** (Extractos Científicos), la revista publicada por el Instituto de Ingenieros Eléctricos. Es ésta la principal revista científica británica, en la que se publican las tesis más importantes de matemáticas y física. Durante dieciocho meses Clarke manejó este fascinante trabajo. Tenía todas las revistas científicas del mundo para leer y un equipo de traductores le hacía accesible cualquier cosa.

«Seguía escribiendo en mi tiempo libre», prosiguió Arthur Clarke, «y cuando la curva de mis ganancias por este concepto intersectó la de mi salario, dije: ya está, así que hice un cambio sin dolor. Pasé de un elevador a otro en el momento exacto».

Los ejemplos técnicos abundan cuando habla Arthur Clarke. Gana fama como escritor cuando pasa de un elevador a otro. Se decide a abandonar el periodismo científico cuando una curva de ingresos corta a otra. Similarmente, mientras estábamos sentados hablando en la elegante casa de su hermano, en el norte de Londres, donde vivía Clarke antes de decidirse a residir en Ceilán, jugueteaba con el dial del teléfono y, cuando un aeroplano rugió atravesando el cielo, estiró su larguirucha figura para contemplar, a través de sus gafas, por la ventana.

Ciertamente, la ciencia ficción parece casi una obsesión en él. Una simple mención de Rudyard Kipling le hace exclamar: «Dos de sus cuentos cortos son pura ciencia ficción: **As Easy as ABC** (Tan Fácil como ABC) y **With the Night Mail** (Con el Correo Nocturno)».

No es un hombre que se relaje fácilmente. «Mis aficiones siempre se hacen absorbentes. Primero la astronomía: Ahora tengo un verdadero telescopio, el mejor

que se puede conseguir. El buceo por diversión terminó por hacerme vivir en Ceilán, dirigiendo un equipo de submarinistas y encontrando un tesoro hundido». Hace algunos años, Arthur Clarke y su socio, Mike Wilson, encontraron un buque de guerra que había naufragado hacía 360 años en las costas de Ceilán con, por lo menos, una tonelada de plata a bordo.

«Era bastante bueno jugando al ping-pong, el único juego que jamás me haya interesado, que aprendí durante la guerra mientras estaba de vigilante contra incendios. Todavía lo hago bastante bien, aunque estoy algo impedido». Estuvo completamente paralizado durante dos meses en 1962 y algunos débiles síntomas persisten.

«Nunca he llegado siquiera a aprender las reglas del ajedrez. Me asusta. Ese juego es infinito, demasiado atractivo. Uno podría gastar toda su vida en partidas de ajedrez sin llegar a ninguna parte. Puedo divertirme con un juego de damas, aunque el **Scrabble** es el único juego que practico ahora. Pero el ajedrez es una forma inútil de las matemáticas... no sé si pienso esto por mi pragmatismo o por mi puritanismo inherente».

¿Es él un puritano? «Estaba bromeando, pero tengo una especie de compulsión contra la pérdida de tiempo. Una buena parte de los occidentales la tenemos. Es esta maldición de ser incapaces de relajarnos. Una razón por la que me gusta Ceilán, y lo mismo puede decirse de todo el Oriente, es que uno puede descubrir cómo relajarse si ve a mucha gente haciéndolo. Eventualmente, uno se contagia».

Arthur Clarke pierde poco tiempo cuando le llega el momento de escribir. El día en que le hice la entrevista se había levantado a las 7,30 para trabajar en la novela que él y el director de cine Kubrick están escribiendo juntos. Va por delante de la película, para comenzar a hacer rodar la publicidad. Las dos primeras versiones no gustaron a sus autores, así que Clarke tiró 120.000 palabras ya escritas.

«Tengo unos hábitos de trabajo muy irregulares. Puede que no trabaje durante semanas... y luego hacerlo día y noche rompiéndome la cabeza sobre el primer borrador de una novela».

«Nunca he tenido desastres serios, aunque hubo un tiempo en el que el rechazo de una historia parecía el fin del mundo. Ahora, recuerdo aquello con ecuanimidad».

«No pienso siquiera lo que haré luego, cuando haya terminado este libro, excepto ir a casa y tomarme las cosas con calma, recuperar algo del tiempo pasado sin bucear. Comenzaré de nuevo a escribir algunas historias cortas, aunque nunca me agoto demasiado en ellas. Simplemente dejo que las ideas rondan por ahí. Nunca escribo si no tengo algo que decir; si lo hago es porque quiero escribirlo, porque el tiempo de hacerlo ha llegado».

«Como escritor no tengo unos objetivos específicos, excepto el hacer darse cuenta a la gente de la importancia del vuelo espacial y entretenerlos al mismo tiempo».

«Tampoco tengo ninguna imagen final de mí mismo como escritor. Creo que cuando uno puede ser definido está muerto. Este pensamiento no es original. Alguien

lo expresó mejor, creo que Parkinson, al decir que cualquier organización que es perfecta está al borde del colapso».

Estas palabras de Arthur Clarke fueron las primeras de un torrente regular de citas. Luego, cuando sugerí que su optimismo acerca de la gente no estaba realmente en correlación con sus opiniones sobre la estupidez del hombre, me lanzó una poesía de Walt Whitman a la cara:

«Me contradigo a mí mismo,
Soy amplio, contengo multitudes»

Puede enojarse con la estupidez de los seres humanos, diciendo por ejemplo que lo que los hombres no pueden entender lo destruyen, y sin embargo cree, como antes que él lo hizo H. G. Wells, que los hombres son susceptibles de mejorar y que un día construirán sociedades cuerdas y pacíficas.

En cuanto a la naturaleza de cualquier sociedad futura, Clarke no quiere especular: «Soy un pragmático. Otra frase que me gusta es: oportunista progresivo. No creo en **la forma** de hacer las cosas. Podría hacerse que cualquier sistema social funcionase eficiente y justamente si fuese llevado en la forma correcta. No puedo ponerme en tensión por esas cosas. Mis amigos comunistas se molestan mucho cuando me rehúso a tomarlos en serio. Lo mismo ocurre con mis amigos capitalistas».

Todo lo que quiere predecir es que a x años de ahora no habrán guerras: «No es posible, tal como no puedo imaginar a la gente de hoy en día en duelo con pistolas o espadas en Whitehall. La sociedad no puede existir sobre ese fundamento».

Y: «la sociedad cambiará tanto que nadie que no posea el equivalente a una educación a nivel de Ingeniería Superior podrá sobrevivir. Todos los trabajos no intelectuales desaparecerán, automatizados. ¿Y los millares de zánganos sentados sin hacer nada? Puede que tengan que haber reservas para la gente con un IQ inferior a cien. Exactamente el cincuenta por ciento de la población es subnormal, **por definición**, tal como el cincuenta por ciento es supranormal».

«¿Quién hará la selección?», pregunté, «¿usted?»

«Ah», gruñó en respuesta, «eso depende de como sean las reservas, tal vez prefiera ser uno de los seleccionados».

Pero éstas son cuestiones de las que Arthur Clarke no trata en sus historias. Son cuestiones **morales**, y él dice: «Mis intereses son tecnológicos».

Y hay más evidencia de esto en sus últimas predicciones. Arthur Clarke profetizó para 1970: laboratorio en el espacio, 1980: aterrizajes en otros planetas, 2000: colonización de otros planetas, 2030: contacto humano con extraterrestres, 2060: creación de vida artificial, 2080: la inteligencia de las máquinas sobrepasará la del hombre, 2090: inmortalidad.

¿No cree que está notándose su ausencia en esto? «Me doy cuenta de esto. Hay

millones de áreas de actividad sobre las cuales uno **podría** escribir...».

Arthur Clarke declara ser un hombre satisfecho. Sus novelas aparecen en más de veinte idiomas, incluyendo ahora el ruso. Ha ganado medallas de oro y otros trofeos por divulgar la ciencia. Habla con un comprensible orgullo de las brillantes referencias a su persona en un debate sobre el espacio en la Cámara de los Lores... y guarda varias copias del informe Hansard en su estudio.

¿Lamenta no tener familia? (Su matrimonio se rompió tras poco tiempo).

«Me casé una vez... esto fue suficiente. Tengo más hijos que la mayoría», dice, gesticulando hacia una biblioteca repleta de sus obras.

¿Es pues para su obra para lo que vive ahora?

«Mi trabajo nunca va a ninguna parte. Me gusta trabar amistades. Tengo un asombroso número de amigos, conozco a un increíble número de personas... en el cine, en los negocios, en la diplomacia, en tres continentes. A medida que me muevo de uno a otro, reanudo mis viejas amistades como si no hubiese habido ninguna pausa».

¿Hay todavía algo que desearía hacer?

«Deseo ir a la Luna...».

Título original:
A PROFILE: ARTHUR C. CLARKE
© 1968, *Arthur Pottersman*
Traducción de M. Sobreviela

Tras muchos años en las colinas, donde nacen los ríos y donde cae la lluvia, llenando los enormes depósitos con un agua que ya no es necesaria, Fobson volvió.

Volvió a la ciudad, para pasear por sus calles vacías y para respirar su aire artificial. Volvió porque había una pequeñísima parte de él que deseaba adorar la ciudad y otra, aún más pequeña, que deseaba profanarla, gritar blasfemias en sus oídos y escribir palabras en sus paredes. Volvió a ella como volvería el último hombre a la última mujer: para ser amado por ella, y para apretar una cuerda alrededor de su cuello y completar así su aislamiento.

Volvió desnudo porque hacía calor, y porque él era el hijo y también el amante de la ciudad.

Y, como siempre, volvió al Museo.

El Museo era el pulmón y la boca de la ciudad, tal como las gemelas Torres del Juicio, que se alzaban translúcidas a la luz del sol, una a cada lado del Gran Río, eran sus senos, y como los anchos paseos eran los lacrimarios de sus ligeramente pilosas mejillas. A través del Museo respiraba la ciudad. No había vida en otra parte.

Cuando Fobson se acercó y entró en el Museo, la Máquina que habitaba en su interior lo reconoció y le dio la bienvenida.

—¡Destruyo a la gente!

La Máquina, que era la voz de la ciudad, podía ser oída en la totalidad del Museo. La Máquina estaba en el piso treinta y ocho, Fobson se hallaba ahora en el segundo.

Y, sin embargo, podía oírla:

—¡Destruyo a la gente!

Atenuada, como los alienados murmullos de un loco encerrado, la fanfarronada se arrastraba hasta la vasta estancia, vacía excepto por Fobson y las pocas reliquias de la Cultura Americana que albergaba. La luz del sol ardía a través de las cristaleras, y la baladronada se soleaba en ellas y repetía despacio:

—¡Destruyo a la gente!

Fobson miró desesperadamente a su alrededor. Los tres objetos expuestos anhelaban ser tocados y tenidos en cuenta. Gritaban que no eran como la Máquina y hacían señas desesperadas a Fobson para que fuese y los admirase. El primero de ellos era un antiguo automóvil Ford, el segundo un avanzado mecanoide que dormía el largo sueño y que echaría sus brazos alrededor de aquel que se tendiera en su cama. El tercero era una máquina de venta automática del siglo veinte. Sus paneles cromados reflejaban el sol y lo enviaban a los distantes rincones de la sala como

formando unos filamentos dorados. Atraía a Fobson como lo hace la flor a la abeja, allá arriba en las colinas, donde crece la flor y vuela la abeja.

En un pedestal al lado de la máquina había una bandeja con delgados discos pulimentados. Fobson seleccionó uno. La luz del sol, al reflejarse en él, dañaba a la vista, y se notaba caliente al tacto. Todo estaba caliente. Deslizó el disco por una rendija en el panel y la máquina le habló en un zumbido caliente e irrelevante de tuercas y rodamientos, y luego quedó tan silenciosa como antes. En una pequeña ventana iluminada había aparecido un vaso de papel. Estaba lleno hasta el borde con un líquido marrón que burbujeaba como el agua de las fuentes allá arriba en las colinas. Alzó el vaso a sus labios y sorbió experimentalmente el contenido.

Estaba helado igual que, de pronto, lo estuvo el sol.

—¡Destruyo a la gente!

La Máquina habló en el frío y el líquido chapoteó en el suelo cuando Fobson dejó caer el vaso de su mano. El pasmo súbito lo llenaba todo. Serpenteaba subiendo a través de los bordes de la dura piel que cubría las suelas de sus pies descalzos y hormigueaba en sus dedos; soplabla en la corriente que surgía a través de las grandes puertas abiertas y helaba el sudor en su espalda.

La Máquina habló de nuevo desde el trigésimo octavo piso y Fobson no pudo soportar más el frío, la bravata, el Museo. La ciudad se había vuelto vieja y fría. Anhelaba detener su respiración.

Una barra metálica se proyectaba del radiador del viejo Ford. Fobson la agarró y la blandió como si fuera una espada. Brillaba como una espada a la luz del sol y, cual una espada, se notaba fría al tacto.

Y Fobson se erguía llevándola como un antiguo guerrero, con el salvaje deseo de matar en su corazón.

Pasó a través de la entrada de la sala, por entre las masivas puertas y las otras puertas, y las de detrás, alineadas y dispuestas en goznes bien aceitados, hasta que finalmente llegó a las grandes escalinatas de mármol que se elevaban por los treinta y ocho pisos hasta la Cámara de la Máquina.

—¡Destruyo a la gente!

Le llamaba mientras corría subiendo los escalones de dos en dos en su premura por matar. Le retaba a que se acercase, y lo hacía con una voz que era más potente que la del trueno en las colinas.

Y Fobson llegó al fin, apretando su arma, a la Cámara de la Máquina. Atravesó las grandes puertas abiertas entre el torrente sonoro que salía por ellas. Aquí no había grandes cristaleras. El sol brillaba en haces apretados a través de rendijas en el techo, muy por encima de él. Las paredes, finamente pulimentadas, reflejaban la luz de un lado a otro de la Cámara y la luz, en su camino, iluminaba la Máquina en su pedestal, en el centro geométrico de la habitación.

Fobson se acercó lenta y temerosamente a la Máquina. Su arma le parecía ahora enormemente pesada, y notaba su brazo débil tras llevarla subiendo todas aquellas

escaleras. Colgaba inútil a su costado. De repente se dio cuenta del silencio que ahora regía pero, mientras estaba pensando en ello, la Máquina habló una vez más. Llamándole. Vejándole.

—¡Destruyo a la gente! —murmuró con voz suave.

El frío de la muerte, que estaba ahora en la misma atmósfera de la Cámara, se deslizó por sus costados, cual un gran mar fluido.

Confidencialmente, la Máquina murmuró:

—Destruyo a la gente.

La Máquina tan sólo era una caja negra, brillantemente lisa, cuadrada y de un ancho aproximado de unos quince centímetros. Su voz hablaba desde cada rincón oscuro de la Cámara, y hablaba de muerte.

—Destruyo a la gente.

Atontado por el frío y la voz, hipnóticamente compulsiva, Fobson hizo caso del deseo de destruir que ardía de nuevo en su interior. Con un esfuerzo final y supremo, levantó su arma y la dejó caer sobre la Máquina.

Era un golpe desesperado, pero la alcanzó de lleno, haciendo que reventase en pedazos. La caja que era la Máquina estaba completamente vacía, una mera cáscara que ahora yacía en fragmentos.

Y todavía la voz susurraba burlonamente:

—Destruyo a la gente.

Y la terrible verdad apareció ante Fobson. La voz no era la de la Máquina. La voz era la del Museo.

Volviéndose, el hombre destruido vio cómo se cerraban las grandes puertas...

Título original:

DECOY

© 1968, *Graham Charnock*

Traducción de M. Sobreviela

Entre las características más diferenciadas que presenta el mundo de los faneditores anglosajones, comparado al de los del continente europeo, tal vez se halle su profunda sinceridad consigo mismos a la hora de plantearse la política editorial del fanzine.

Así, no es de extrañar las declaraciones como: «aparición irregular» o «aparecerá cada vez que tenga material para llenar un número». Y esto parece raro si se compara con los fanzines continentales europeos que, muy seriamente, empiezan su numeración en Año 1 Núm. 1 ó en 100 en una cuenta Inversa que pretende llegar al cero. Otra vertiente de ese fenómeno es el «one-shot», que podríamos traducir por «una sola vez» o por «no saldrá más». El one-shot es un fanzine, con vocación de número único, que sale sin propósito de continuidad, muchas veces tan sólo por usar un bonito título que se le ha ocurrido al faneditor que ya tiene una publicación en marcha que por otra parte no quiere abandonar, o bien para

destinarlo a propósitos especiales, como hablar de un libro, propagar una idea o dar noticia de un cambio de domicilio.

Éste es el caso del fanzine británico **Phile One**, cuyo faneditor, Graham Charnock, es también el autor del relato que aquí les presentamos. Lo que no es nada extraño si piensan que es también autor de todos los otros textos que aparecen en el fanzine, cosa corriente, sobre todo en las publicaciones con faneditores poco conocidos, que por esto mismo cuentan con pocos o ningún colaborador.

Como sea que hemos creído interesante continuar nuestra exploración del fandom siguiendo en el sector anglosajón, les ofrecemos en **Decoy** un relato que creemos tipifica los nuevos valores de la Gran Bretaña, valores que en su día esperamos tomen el relevo de Arthur C. Clarke, E. C. Tubb y John Whyndham.

PLANETA DE ARENA

CORDWAINER SMITH

Cordwainer Smith pertenece al grupo de autores injustamente desconocidos aún para los lectores de habla castellana, pese a ser uno de los maestros indiscutidos e indiscutibles de la ciencia ficción mundial. Considerado como uno de los escritores más imaginativos de nuestro tiempo, sus historias se apartan por completo de la línea que siguen los demás autores, destacando principalmente las que giran en torno al tema de la Instrumentalidad, base de toda su obra. A este tema precisamente pertenece este «Planeta de arena», una de sus narraciones más profundas y logradas.

ilustrado por J. F. de LOMBARDÍA

Ésta es la historia del planeta de arena en sí mismo: Mizzer, el cual perdió toda esperanza cuando el tirano Wedder impuso en él su reino de terror y virtud. Así, llegamos al clímax del romance de Casher O'Neill, de quien se decían cosas extrañas, desde los sangrientos días en que escapó de su ciudad nativa de Kaheer hasta que volvió a Kaheer y terminó el derramamiento de sangre para el resto de sus días.

Mientras tanto, Casher había ido a extraños lugares. Había visitado Pontoppidan, el planeta de piedras preciosas, y había encontrado allí a la hermosa Genevieve. Había errado por extraños caminos. Incluso había ido a Olympia, donde los ciegos agentes paseaban sus ciegos niños a través de las numeradas y cuadradas nubes. Incluso se había aventurado hasta el final de las cosas, el planeta de las tormentas Henriada, donde tornados sin fin destruían todo lo que encontraban a través de los pantanos y solamente el dominio de Murray Madigan permanecía en contra de la ruina ecológica y económica producida por el hombre en su abandono.

En todos los lugares en que Casher había estado, solamente había tenido un pensamiento: liberar a su patria de los tiranos que él mismo había dejado deslizar en el poder cuando habían conspirado contra su tío, el inmencionable Kuraf. Nunca lo olvidó, se hallara despierto o dormido. Nunca olvidó a Gibna. Nunca olvidó a la misma Kaheer, a lo largo del primer Nilo, donde los caballos corrían sobre el césped en la cercana arena. Nunca olvidó el cielo azul de su hogar y las grandes dunas del desierto entre un Nilo y los otros. Recordó la libertad de un planeta construido y dedicado a la libertad. Nunca olvidó que el precio de la sangre es sangre, que el precio de la libertad es la lucha, que el riesgo de la lucha es la muerte. Pero no era ningún loco. Estaba dispuesto, si era necesario, a correr el riesgo de su propia muerte; pero quería que en la batalla hubiera ciertas ventajas a fin de no ser atrapado en su patria, como un conejo en una trampa de acero, por la policía del dictador Wedder.

Y entonces, hacia el final de su camino a través de la vida, encontró la solución a

su cruzada sin que se diera cuenta al principio. Había llegado al final de todas las cosas, de todos los problemas, de todas las preocupaciones. Había llegado también al límite de toda esperanza normal.

Se encontró con T'ruth. T'ruth tenía la apariencia de una chiquilla, pero tenía casi un millar de años. T'ruth se veía delicada, femenina, agradable, sin madurez, alerta, inquisitiva, era el repositorio de la personalidad de la fallecida Agatha Madigan: la fallecida Agatha Madigan había sido la hipnotista y estratega más grande de todas, y había conseguido el terrible nombre de Hechicera de Gonfalon, por la batalla librada en aquel lugar: el lugar era el único sitio en todo el espacio donde una completa flota armada había huido de los fantasmas que surgían de la mente de una mujer sola y resuelta. El lugar estaba condenado: esta cualidad de condena pertenecía ahora a Casher O'Neill, para que hiciera con ella lo que le placiera.

Le placía retornar a Mizzer, entrar en la misma Kaheer, y enfrentarse a Wedder.

¿Por qué no ir? Era su hogar y estaba sediento de venganza. Más que venganza deseaba justicia. Había vivido durante muchos años para ese momento, y ese momento había llegado.

Entró en Kaheer por la puerta norte.

I

Casher llegó a Mizzer llevando el uniforme de un técnico médico del servicio militar del propio Wedder. Había asumido la apariencia y el nombre de un hombre muerto llamado Bindaoud. Casher caminó con nada más que sus manos como armas, y sus manos se balancearon libremente al final de sus brazos. Solamente la firmeza de sus pies, la resuelta gracia con que daba cada paso, traicionaban su propósito. Las muchedumbres en la calle lo vieron pasar, pero no lo vieron. Miraban a un hombre, y no podían darse cuenta de que veían su propia historia caminando paso a paso a través de las variadas calles. Pocos momentos después de que hubiera entrado en la ciudad de Kaheer, Casher O'Neill sabía que estaba siendo seguido. Lo podía sentir.

Miró a su alrededor.

En sus muchos años de lucha y esfuerzos, sobre extraños planetas, había aprendido innumerables reglas en aventuras olvidadas. Estando alerta, sabía lo que era. Era un suchesache. Por el momento, el suchesache había adoptado la forma de un pequeño muchacho retardado, de unos ocho años de edad, que tenía dos rastros de mocos manchados colgando de sus narices, que tenía los labios siempre abiertos listos para replicar con el duro ladrido de la idiotez, que tenía ojos que no enfocaban bien. Casher O'Neill sabía que era un muchacho y a la vez no era un muchacho. Era un instrumento de investigación y búsqueda frecuentemente usado por la policía de los Señores cuando aspiraban a convertirse en reyes o tiranos, un instrumento que cambiaba de forma a forma, de niño a mariposa o pájaro, que se trasladaba con el

suchesache y vigilaba la víctima; vigilando, diciendo nada, siguiendo. Odiaba al suchesache y estuvo tentado de lanzar contra él todos los poderes de su extraña mente de manera que el muchacho pudiera morir y la máquina oculta en su interior pudiera perecer. Pero sabía que esto conduciría a una cascada de fuego y derramamiento de sangre. Ya había visto sangre antes de ahora en Kaheer; no tenía deseos de verla otra vez en la ciudad.

En cambio, detuvo su deliberado paso con el que había seguido su cadencioso camino a través de la calle. Se volvió con calma y afabilidad y miró al muchacho, y dijo al muchacho y a la odiosa máquina dentro del muchacho:

—Ven conmigo, yo voy directo al palacio y te gustará verlo.

La máquina, confrontada, no tuvo elección.

El muchacho idiota puso su mano en la mano de Casher y, de un modo u otro, Casher O'Neill logró continuar la deliberada marcha que había marcado tantos de sus años, mientras guardaba asida la mano del muchacho demente que saltaba a su lado. Casher podía aún sentir la máquina que lo vigilaba desde el interior de los ojos del muchacho. No le importaba; no tenía miedo a las armas; podía detenerlas. No tenía miedo de ser envenenado; podía resistirlo. No tenía miedo al hipnotismo; podía tomarlo y devolverlo. No tenía temor al miedo; había estado en Henriada, había vuelto a casa a través del espacio-tres. No quedaba nada que temer.

Inmediatamente llegó al palacio. El mediodía brillaba en el resplandeciente sol amarillo que cabalgaba los cielos de Kaheer. Las blancas paredes de diseño arabesco permanecían como habían estado durante miles de años. Solamente en la puerta fue detenido y el centinela dudó porque Casher dijo:

—Soy Bindaoud, leal sirviente del Coronel Wedder, y éste es un muchacho de las calles a quien me propongo curar en forma que pueda ofrecer a nuestro buen Coronel Wedder una fidedigna demostración de mis poderes.

El centinela dijo algo a una pequeña caja que reposaba en la pared.

Casher pasó libremente. El suchesache trotaba a su lado. A medida que pasaba por los corredores, adornados con ricas alfombras, militares y civiles yendo y viniendo, se sintió contento. Éste no era el palacio de Wedder aunque Wedder viviese en él. Era su propio palacio. Casher había nacido en él. Lo sabía. Conocía cada corredor.

Los cambios habían sido pocos durante los años. Casher torció a la izquierda y entró en un patio abierto. Percibió el olor de agua salada y la arena y los caballos cercanos. Suspiró un poco por la familiaridad de todo aquello, por la bienvenida que representaba. Torció a la derecha y ascendió interminables escaleras. Cada escalón estaba tapizado con un diseño diferente.

Aquí su tío Kuraf había presidido el arranque de estas mismas escaleras mientras hombres y mujeres, niños y muchachas, le eran traídos para convertirse en juguetes de sus placeres malsanos. Kuraf estaba demasiado gordo para bajar las escaleras. Siempre dejaba que los cautivos subieran hasta él y su antro de placeres. Casher llegó

a la parte superior de las escaleras y torció a la izquierda.

Ahora esto no era un antro de placeres.

Era la oficina del Coronel Wedder. Él, Casher, había llegado allí.

Cuán extraño era llegar a esta oficina, el blanco de todas sus esperanzas, este definido y febril punto en todo el universo por el cual había estado sediento de venganza hasta pensar en volverse loco. Había pensado bombardear esta oficina desde el espacio exterior, o de cortarla con el delgado arco de un rayo láser, o de emponzoñarla con productos químicos, o de asaltarla con tropas. Había soñado en hacer libre a Mizzer incluso al precio de la bella ciudad de Kaheer, de encontrar un pequeño asteroide en alguna parte y de estrellarlo, en una tragedia interplanetaria, directamente en la misma ciudad de manera que ésta, bajo el rugido de ese impacto, hubiera brillado con incandescencia nuclear y se hubiera transformado en un lago venenoso al final de los Doce Nilos. Había pensado en mil maneras de entrar en la ciudad y de destruir la ciudad, solamente con el fin de destruir a Wedder.

Ahora estaba aquí. También estaba Wedder.

Wedder no sabía que él, Casher O'Neill, había vuelto. Menos aún sabía Wedder en quien se había transformado Casher O'Neill, el dueño del espacio, el viajero que viajaba sin naves, el vehículo de extraños instrumentos que ninguna mente había concebido nunca en Mizzer.

Muy calmado, muy relajado, muy tranquilo, muy seguro, la condena que era Casher O'Neill entró en la antecámara de Wedder. Muy modestamente pidió por Wedder.

El dictador le recibió. Había cambiado poco desde la última vez que Casher lo vio: un poco más viejo, un poco más grueso, un poco más juicioso... tal vez todo eso. Casher no estaba seguro. Cada célula y cada filamento de su cuerpo viviente se habían puesto en alerta. Estaba dispuesto a cumplir la tarea por la que los años-luz habían dolido, por la que los mundos habían girado, y sabía que dentro de un instante estaría hecha. Confrontó a Wedder, ofreció a Wedder una sonrisa modesta y segura.

—Vuestro sirviente, el técnico Bindaoud, señor y coronel —dijo Casher O'Neill. Wedder lo miró en forma extraña. Alargó su mano y, cuando sus manos se tocaron, Wedder dijo las últimas palabras que diría por sí mismo.

Mientras se estrechaban las manos, Wedder habló otra vez, y su voz era extraña.

—¿Quién eres?

Casher había soñado que diría: «Soy Casher O'Neill y he venido desde distancias inimaginables para castigarte», o que diría: «Soy Casher O'Neill y he vagado por las sendas de las estrellas durante años y más años para hallar tu destrucción». E incluso había pensado que podría decir: «Ríndete o muere, Wedder; tu hora ha llegado». Algunas veces había soñado que diría: «Mira, Wedder», y entonces le mostraría el cuchillo con el que tomaría su sangre.

Y sin embargo, éste era el clímax, y no ocurría ninguna de estas cosas.

El muchacho idiota con la máquina en su interior estaba tranquilo.

Casher O'Neill estrechó simplemente la mano de Wedder y dijo:

—Vuestro amigo.

Mientras decía esto, lo examinó de arriba a abajo. Podía sentir unos ojos interiores dentro de su propia cabeza, ojos que no se movían dentro de las cuencas en su rostro, ojos que no tenía y con los que no obstante podía ver. Éstos eran los ojos de su percepción. Rápidamente ajustó la anatomía de Wedder, trabajando cinestéticamente, apretando una arteria allí, pellizcando una glándula allá, endureciendo aquí el tejido a través del cual las secreciones de cierto material endocrino tenían que pasar. En menos que necesitaría un doctor ordinario para describir el proceso, había cambiado a Wedder. Wedder había sido sintonizado como una radio con los mandos reajustados, como una nave espacial con sus compuertas arregladas.

El trabajo que Casher había efectuado era menos que el que un piloto hacía en el curso de un aterrizaje ordinario, pero el pilotaje que había efectuado era dentro del sistema bioquímico del mismo Wedder. Y los cambios que había ejecutado eran irreversibles.

El nuevo Wedder era el antiguo Wedder. La misma mente. La misma voluntad. La misma personalidad. Pero esta permutación era diferente. Y su método de expresión era ya un tanto diferente. Más benigno. Más tolerante. Más calmado. Más humano. Incluso un poco corrupto mientras sonreía y decía:

—Ahora te recuerdo, Bindaoud. ¿Puedes ayudar a este muchacho?

El supuesto Bindaoud pasó sus manos sobre el muchacho. El muchacho lloró con dolor y sorpresa por un momento. Se limpió su sucia nariz y el labio superior con la manga de su traje. Sus ojos enfocaron claramente. Sus labios se apretaron. Su cerebro ardió brillantemente mientras sus gastados canales se volvían humanos en vez de idiotas. La máquina suchesache se dio cuenta de que estaba fuera de lugar, y huyó en busca de otro refugio. El muchacho, con su cerebro sin palabras, sin educación aún, permaneció quieto y sollozó de alegría.

—Esto es notable. ¿Es todo lo que tienes que mostrarme? —dijo Wedder, placentemente.

—Todo —dijo Casher O'Neill—. Pero vos no erais él.

Volvió su espalda a Wedder, y lo hizo con perfecta seguridad. Sabía que Wedder nunca mataría a otro hombre.

Casher se detuvo en la puerta y miró hacia atrás. Por la postura de Wedder podía decir que lo que tenía que hacer había sido hecho. Que los cambios dentro del hombre eran más grandes que el hombre en sí mismo. Que el planeta era libre y que su propio trabajo había sido hecho. El muchacho que había perdido el suchesache, súbitamente asustado, lo siguió con ciego instinto.

Los coroneles y oficiales del estado mayor no supieron si saludar o detenerse cuando vieron a su jefe pararse en la puerta y saludar con la mano, en un gesto de inesperada amistad, a Casher O'Neill mientras Casher descendía los amplios y

tapizados escalones, el muchacho dando traspiés detrás de él. En los últimos escalones, Casher miró por última vez al enemigo que se había transformado casi en una parte de sí mismo. Allí estaba Wedder, el hombre de la sangre. Y ahora él mismo, Casher O'Neill, había borrado la sangre y rehecho el pasado, transformando el futuro. Todo Mizzer volvía hacia la franqueza y libertad de que había disfrutado en los tiempos de la vieja República de los Doce Nilos. Continuó caminando, pasando de un corredor a otro y usando atajos hacia los patios, hasta que llegó a la puerta del palacio. El centinela presentó armas.

—Descanse —dijo Casher. El hombre bajó su rifle.

Casher se detuvo fuera del palacio, el palacio que había sido de su tío, que había sido suyo, que en realidad había sido él mismo. Miró al diáfano aire de Mizzer. Miró al sereno cielo azul que siempre había amado. Miró al mundo al que él había prometido que volvería, con justicia, con venganza, con estruendo, con poder. Gracias a las extrañas y sutiles habilidades que había aprendido de la muchacha tortuga, T'ruth, oculta en su propio mundo entre la atormentada atmósfera de Henriada, no había necesitado luchar.

Casher se volvió hacia el muchacho y dijo:

—Soy una espada que ha sido puesta en su vaina. Soy una pistola sin cartuchos. Soy un interruptor sin batería. Soy un hombre, pero estoy vacío.

El muchacho emitió sonidos ahogados y confusos, como si tratara de pensar, de ser él mismo, de aprovechar todo el tiempo perdido cuando era idiota.

Casher actuó impulsivamente. Por curiosidad, dio al muchacho su propio lenguaje nativo de Kaheer. Sintió como se ponían rígidos sus músculos, hombros, cuello, la punta de los dedos, mientras se concentraba en las artes que había aprendido en el palacio de Beauregard, donde la muchacha T'ruth gobernaba casi siempre en el nombre de Señor y Dueño Murray Madigan. Utilizó las artes y memorias que necesitaba. Cogió al muchacho ruda pero firmemente por los hombros. Miró en sus asustados, lacrimosos ojos, y entonces, en una simple ráfaga de pensamiento, dio al muchacho el habla, palabras, memoria, ambición, destreza. El muchacho se detuvo ofuscado.

Al final el muchacho habló y dijo:

—¿Quién soy?

Casher no pudo contestar a eso. Acarició al muchacho en un hombro.

—Vuelve a la ciudad y averígualo. Yo tengo otras cosas que hacer. Tengo que averiguar lo que yo mismo pueda ser. Adiós, y que la paz sea contigo.



II

Casher recordó que su madre aún vivía aquí. La había olvidado a menudo. Hubiera sido más fácil olvidarla. Su nombre era Trihaep y era ella la que había sido hermana de Kuraf. En lo que Kuraf había sido vicioso, ella había sido virtuosa. En lo que Kuraf algunas veces había sido agradecido, ella había sido frugal y cambiante. En lo que Kuraf, aún con todos sus defectos, había adquirido una tolerancia para hombres, cosas e ideas, ella continuaba siendo rígida en unas normas que sus padres le habían inculcado hacía mucho tiempo.

Casher O'Neill hizo algo que había pensado que nunca haría. En realidad, nunca había pensado en hacerlo. Era demasiado sencillo.

Fue a casa.

En la puerta de la casa, la vieja sirvienta de su madre lo conoció a pesar del cambio en su rostro y dijo con un terrible temor reverente en su voz:

—Me parece que estoy viendo a Casher O’Neill.

—Uso el nombre de Bindaoud —dijo Casher—, pero soy Casher O’Neill. Déjame pasar y dile a mi madre que estoy aquí.

Entró en el apartamento privado de su madre. Los viejos muebles aún estaban allí, las pulidas piezas de cien edades, las viejas pinturas y los antiguos espejos, y la gente muerta que él nunca había conocido, representada por sus retratos y sus recuerdos. Se sentía tan fuera de lugar como se había sentido cuando era un muchacho y había visitado la misma estancia, antes de que su tío viniera para llevárselo al palacio.

Su madre entró. No había cambiado.

Casi pensó que ella abriría sus brazos y gritaría con una pasión deliberadamente moderna:

—¡Mi hijo! ¡Mi tesoro! ¡Ven a mí!

Pero no hizo semejante cosa. Lo miró fríamente, como si fuera un completo extraño.

—No te pareces a mi hijo, pero supongo que lo eres. Ya creaste bastantes problemas en tus tiempos. ¿Estás creando disturbios ahora?

—Yo no creo disturbios maliciosos, Madre, y nunca lo he hecho —dijo Casher—, a pesar de lo que puedas pensar de mí. He hecho lo que tenía que hacer. He hecho lo que era justo.

—¿Traicionar a tu tío fue justo? ¿Abandonar a tu familia fue justo? ¿Deshonrarnos a todos fue justo? Debes estar loco para hablar así. He oído que eras un trotamundos, que habías tenido grandes aventuras y habías visto muchos mundos. Eso no crea ninguna diferencia para mí. Eres un hombre viejo. Pareces tan viejo como yo. Yo tuve un hijo una vez, pero ¿cómo podría ser que fueras tú? Tú eres un enemigo de la casa de Kuraf O’Neill. Tú eres uno de los que la hundieron en sangre. Pero vinieron de fuera con sus principios y sus ideas y sus sueños de poder. Y tú te comportaste como un perro de mala ralea. Tú abriste la puerta y dejaste entrar la ruina. ¿Quién eres para que deba perdonarte?

—Yo no pido tu perdón, Madre —dijo Casher—. Ni siquiera pido que lo comprendas. Tengo que ir a otros sitios y tengo otras cosas que hacer. Que la paz sea contigo.

Ella lo miró sin decir nada.

Él continuó:

—Verás que Mizzer es un lugar más agradable para vivir desde que esta mañana he hablado con Wedder.

—¿Hablaste con Wedder? —gritó ella—. ¿Y no te mató?

—No me conoció.

—¿Wedder no te conoció?

—Te aseguro madre, que no me conoció.

—Debes ser un hombre muy poderoso, hijo mío. Tal vez puedas reparar la fortuna de la casa de Kuraf O’Neill después de todo el daño que hiciste y toda la congoja que produjiste a mi hermano. ¿Supongo que sabes que tu esposa ha muerto?

—Eso oí decir —dijo Casher—. Espero que muriera instantáneamente, en un accidente y sin dolor.

—Desde luego fue un accidente. ¿De qué otra forma muere la gente hoy en día? Ella y su esposo probaban una de esas nuevas lanchas, y ésta volcó.

—Lo siento. No estaba allí.

—Lo sé. Lo sé perfectamente, hijo mío. Tú estabas ahí fuera, de manera que tenía que mirar con miedo a las estrellas. Podía mirar hacia el cielo y contemplar al hombre que era mi hijo acechando allí con sangre y ruina. Con venganza sobre venganza acumulada sobre todos nosotros, solamente porque él pensaba que sabía que estaba en lo cierto. Te he tenido miedo por largo tiempo, y he pensado que si nunca te encontraba otra vez te temería con todo mi corazón. No parece ser lo que yo esperaba, Casher. Tal vez pueda quererte. Tal vez pueda amarte como debería una madre. No es que esto importe. Tú y yo somos demasiado viejos ahora.

—No estoy laborando más en esa clase de misión, madre. He estado lo suficiente en esta vieja habitación y te deseo felicidad. Pero también deseo felicidad a bastantes otras gentes. He hecho lo que debía hacer. Tal vez es mejor que te diga adiós ahora y más tarde, tal vez, vuelva y te vea otra vez, cuando ambos de nosotros sepamos más acerca de lo que hemos de hacer.

—¿No deseas siquiera ver a tu hija?

—¿Mi hija? —dijo Casher O’Neill—. ¿Tengo una hija?

—Oh, pobre tonto. ¿No lo supiste después de que te fuiste? Ella llevaba tu hija. Incluso pasó por el viejo sistema del parto natural. La niña hasta se parece en algo a como tú habías sido. En realidad, es bastante arrogante, como tú. Si quieres puedes ir a verla. Vive en la casa que está al lado de la plaza del Dorado Laut, en el área de los peleteros, y el nombre de su marido es Ali Ali. Ve a verla si quieres.

Ella alargó una mano. Casher la tomó como si ella hubiera sido una reina, y besó los fríos dedos. Mientras la miraba en la cara hizo uso aquí también de sus habilidades de Henriada. Exploró y sintió su personalidad como si fuera un cirujano del alma, pero en este caso no había nada que hacer. Ésta no era una personalidad dinámica, agitándose y luchando y moviéndose contra las fuerzas de la vida y esperanza y desilusión. Ésta era algo diferente, una persona ya fijada en la vida, inmóvil, determinada, rígida aún para un hombre con sus poderes curativos, que podía destruir una flota con sus pensamientos o que podía devolver a la normalidad a un idiota con una simple orden. Podía ver que éste era un caso más allá de sus poderes.

Acarició amistosamente la vieja mano y ella sonrió con calor, no sabiendo lo que esto significaba.

—Si alguien pregunta —dijo Casher—, el nombre que he estado usando es el de

Doctor Bindaoud. Bindaoud el técnico. ¿Puedes recordar eso, madre?

—Bindaoud el técnico —repitió ella, mientras lo despedía en la puerta de salida a la calle.

A los veinte minutos estaba llamando a la puerta de su hija.

III

La misma hija contestó a la llamada. Abrió la puerta. Miró al hombre extraño, examinándolo de la cabeza a los pies. Observó la insignia médica en su uniforme. Observó el rango de su categoría. El examen fue hecho astutamente, rápidamente, y ella se dio cuenta de que él no tenía nada que hacer en el barrio de los peleteros.

—¿Quién es usted? —preguntó, rápida y claramente.

—En estas horas y en estos momentos, paso bajo el nombre del experto Bindaoud, un técnico y médico en las fuerzas especiales del Coronel Wedder. Estoy de permiso, pero más tarde, señora, tal vez sepa realmente quién soy, y creo que es mejor que lo oiga de mis labios. Yo soy su padre.

Ella no se movió. Lo más significativo es que ella no se movió lo más mínimo. Casher la estudió y pudo ver el molde de sus propios huesos en la forma de su cara, pudo ver la largura de sus propios dedos repetidos en sus manos. Sentía que las tormentas del deber que lo habían impulsado de tristeza en tristeza, el viento de la conciencia que había mantenido vivos sus sueños de venganza, se habían transformado en algo muy diferente en ella. Esto, también, era una fuerza, pero no la clase de fuerza que él pudiera comprender.

—Ahora tengo niños y preferiría que no los viera. En realidad, usted nunca me ha hecho un favor excepto engendrarme. Nunca me ha hecho nada malo excepto amenazar mi vida desde más allá de las estrellas. Estoy cansada de usted, y estoy cansada de todo lo que usted haya sido o pueda haber sido. Olvidémoslo. ¿No puede usted irse y dejarme en paz? Yo puedo ser su hija, pero eso es algo que no puedo remediar.

—Como quiera, señora. He tenido muchas aventuras y no tengo intención de contárselas. Puedo ver que usted lleva lo que parece ser una buena vida, y espero que mis acciones de esta mañana en el palacio puedan hacerla mejor. Usted se dará cuenta bastante pronto. Adiós.

La puerta se cerró delante de él, y él caminó otra vez a través del mercado bañado en sol y de los peleteros. Había allí pieles doradas, pieles de animales que habían sido artísticamente grabadas con finas tiras de oro batido de forma que brillasen en el sol. Casher miró hacia arriba y a su alrededor.

«¿Dónde voy ahora?», pensó. «¿Dónde puedo ir cuando ya he cumplido todo lo que tenía que hacer? ¿Cuándo he amado a todos los que quería amar, cuándo he sido todo lo que quería ser? ¿Qué hace un hombre con una misión cuando la misión ha

sido cumplida? ¿Quién puede estar más vacío que un vencedor? Si hubiera perdido, aún podría desear venganza. Pero no ha sido así. He vencido. Y no he ganado nada. No he deseado nada para mí de esta ciudad amada. No deseo nada de este mundo amado. No está en mi poder el darlo o tomarlo. ¿Dónde ir cuando no tengo ningún sitio a dónde ir? ¿En qué me convierto cuando no estoy listo para morir y no tengo razón alguna para vivir?».».

Entonces le vino a la mente la memoria del mundo de Henriada, con las retorcidas serpientes de sus pequeños tornados. Podía ver la delgada, pálida, sosegada faz de la muchacha T'ruth, y recordó al final qué era lo que ella había tenido en su mano. Era la magia. El signo secreto de la vieja y fuerte religión. Era el hombre muriendo eternamente clavado a dos piezas de madera. Era el misterio detrás de la civilización de todas esas estrellas. Era la emoción de la Primera Unidad Prohibida, de la Segunda Unidad Prohibida, de la Tercera Unidad Prohibida. Era el misterio sobre el que el robot, rata y Copt estaban de acuerdo cuando volvieron del espacio-tres. Sabía lo que tenía que hacer.

No podía encontrarse a sí mismo porque no había nada que encontrar. Él era una herramienta usada. Un recipiente desechado. Él era un pedazo lanzado en las ruinas del tiempo, y sin embargo era un hombre con ojos y cerebro para pensar y con varios poderes insólitos.

Penetró en el cielo con su mente y llamó a una máquina volante pública. «Ven y recógeme», dijo, y la gran máquina, alada como un pájaro, vino planeando sobre los tejados y se posó suavemente en la plaza iluminada por el sol.

—Creo haber oído que Vd. llamaba, señor.

Casher buscó en su bolsillo y sacó su pase imaginario firmado por Wedder, autorizándole a usar todos los vehículos de la república en nombre del servicio secreto del régimen del Coronel Wedder. El sargento reconoció el pase y sus ojos casi se le salieron de respeto.

—¿Puedes llegar al Noveno Nilo con esta máquina?

—Fácilmente —dijo el sargento—. Pero es mejor que primero consiga algunos zapatos. Zapatos de hierro, porque allí el terreno es casi todo de vidrio volcánico.

—Espera aquí —dijo Casher—. ¿Dónde puedo conseguir los zapatos?

—Dos calles más allá. Y mejor que consiga dos botellas de agua también.

IV

En cuestión de momentos estaba de vuelta. El sargento observó cómo llenaba las botellas en la fuente. Miró a su insignia de médico sin ningún recelo y le mostró cómo sentarse en el estrecho asiento dentro de la gran máquina-pájaro. Se ajustaron los cinturones del asiento y el sargento dijo: «¿Listo?», y el ornitóptero desplegó sus alas y la máquina-pájaro se impelió con sus poderosas patas, lanzándose en el aire.

Las enormes alas eran como remos hundiéndose en un vasto mar. Se elevaron rápidamente y pronto estuvo Kaheer debajo de ellos, los frágiles minaretes y la blanca arena con su curso de césped a lo largo del río, y los verdes campos, y aún con pirámides copiadas de algo de la Anciana Tierra.

El piloto hizo algo, y la máquina voló más rápida. Las alas, aunque más lentas que una aeronave a reacción, eran firmes, y se movían con una respetable velocidad a través del extenso desierto árido. Casher aún llevaba un reloj decimal de Henriada, y pasaron dos horas decimales completas antes de que el sargento se volviera, pellizcándole discretamente para despertarlo de la somnolencia en que había caído, gritando algo y señalando hacia abajo. Una cinta de plata, acompañada por dos cintas de verde, errantes a través de un desierto de negrura, brillante y centelleante, con las arenas beige del eterno desierto alargándose a todos los sitios en la distancia.

—¿El Noveno Nilo? —gritó Casher. El sargento sonrió con la sonrisa de un hombre que no ha oído nada pero desea ser obsequioso, y el ornitóptero picó con súbita brusquedad hacia donde el río torcía. Unos pocos edificios se hicieron visibles. Eran modestos y pequeños. Verandas, tal vez, para el uso de visitantes. Nada más.

No era incumbencia del sargento hacer preguntas a nadie con órdenes secretas del Coronel Wedder. Ayudó al apretujado Casher O'Neill a salir del ornitóptero, y entonces, de pie en su asiento, saludó, y dijo:

—¿Algo más, señor?

—No —dijo Casher—. Continuaré mi camino. Si te preguntan quién era, soy el Doctor Bindaoud, y me has dejado aquí siguiendo órdenes.

—Bien, señor —dijo el sargento; y la gran máquina desplegó sus relucientes alas, aleteó, ascendió en espiral, se transformó en un punto y desapareció.

Casher permaneció allí, solo. Totalmente solo. Durante varios años había sido soportado por un sentido de propósito, por el estímulo de hacer algo. Ahora el estímulo y el propósito habían desaparecido, y su vida había desaparecido. El uso de su futuro había desaparecido, y no tenía nada. Todo lo que tenía era el poder último, el acceso a toda mujer que deseara, riqueza más allá de la imaginación normal, salud, y grandes habilidades. Esto no era lo que él quería. Él quería la liberación de todo Mizzer. Pero ya había conseguido todo eso, de modo que ¿qué más quería? Dando casi traspies se dirigió a uno de los edificios cercanos.

Una voz habló. Una voz de mujer. La voz amistosa de una vieja mujer.

Muy inesperadamente, ella dijo:

—Te he estado esperando, Casher; puedes pasar.

V

Él la miró.

—Te he visto antes —dijo—. Te he visto antes en algún sitio. Te conozco bien.

Tú has afectado mi destino. Me hiciste algo y aún no sé quién eres. ¿Cómo podías estar aquí para encontrarme, cuando ni yo sabía que iba a venir?

—Cada cosa a su tiempo —dijo la mujer—, con un tiempo para cada cosa. Lo que necesitas ahora es descansar. Yo soy D'alma, la mujer-perro de Pontoppidan, la que lavaba los platos.

—Ella —dijo él.

—Yo —dijo ella.

—Pero tú... tú... ¿cómo llegaste aquí?

—Llegando aquí —dijo ella—. ¿No es obvio eso?

—¿Quién te envió?

—Estás en parte del camino de la verdad —dijo ella—. Puedes oír un poco más sobre ella. Fui enviada aquí por un Lord cuyo nombre nunca mencionaré, un Lord de la sub-gente, actuando desde la Tierra. Él envió a otra mujer-perro a ocupar mi puesto, y me envió aquí transportada como simple equipaje. Trabajé en el hospital donde te recobraste, y leí tu mente a medida que te recuperabas. Sabía lo que ibas a hacer a Wedder, y estaba bastante segura de que vendrías aquí, al Noveno Nilo, porque éste es el camino que todos los que buscan deben tomar.

—¿Quieres decir —dijo él— que sabes el camino al... —hesitó y luego se zambulló en su pregunta— Sagrado de la Profanidad, el Treceavo Nilo?

—No veo que eso signifique nada, Casher. Excepto que sería mejor que te quitaras esos zapatos de hierro, puesto que aquí aún no los necesitas. Mejor que vengas aquí. Pasa.

Apartó a un lado la cortina de abalorios y entró en el bungalow. Era una simple vivienda oficial de la frontera. Había unos catres aquí y allá, una habitación en la parte posterior que parecía obviamente ser la de ella, un comedor hacia la derecha, una máquina visora, cartas y juegos sobre la mesa. La habitación era asombrosamente fresca.

—Casher, tienes que relajarte —dijo ella—. Y eso es lo más difícil de conseguir. Relajarte, cuando tú has tenido una misión durante tantos años.

—Lo sé —dijo él—; lo sé. Pero saberlo y hacerlo no son la misma cosa.

—Ahora puedes hacerlo —dijo D'alma.

—¿Hacer, qué? —dijo él abruptamente.

—Relajarte, tal como decíamos. Todo lo que tienes que hacer aquí es tener algunas buenas comidas, dormir unas cuantas veces, nadar en el río si lo deseas. He enviado lejos a todo el mundo, y tú y yo tendremos esta casa. Yo soy una mujer vieja, ni siquiera un ser humano. Tú eres un hombre, un verdadero hombre, que ha conquistado un millar de mundos, y que ha triunfado finalmente sobre Wedder. Creo que nos entenderemos. Y cuando estés listo para el viaje, yo te guiaré.

Los días pasaron como ella había dicho que lo harían. Con insistente pero firme afabilidad, ella le hizo jugar pasatiempos. Juegos de niños, simples, con dados y cartas. Una o dos veces él la trató de hipnotizar, de hacerla tirar los dados como él

quería. Cambió las cartas en sus manos. Descubrió que ella tenía muy poco poder telepático ofensivo pero que sus defensas eran magníficas. Ella le sonrió cada vez que lo atrapó tratando de hacer trampas. Y sus trampas fallaron.

Con esta clase de ambiente empezó a relajarse. Ella era la mujer que le había presagiado felicidad en Pontoppidan, cuando él no sabía lo que era la felicidad, cuando él había dejado a la hermosa Genevieve para seguir adelante en su búsqueda de venganza.

Lentamente, la paz, la sencillez, la seguridad, la ingenuidad, la dulce calma de todo eso se le infiltró, y empezó a darse cuenta de la naturaleza de su terapia. No era nada más que lograr calmarlo. Tenía que encontrarse otra vez a sí mismo.

Tal vez era el décimo día, tal vez el decimocuarto, cuando él dijo:

—¿Cuándo partimos?

—He estado esperando esa pregunta y ahora ya estamos listos —dijo ella—. Nos vamos.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo. Ponte los zapatos. No los vas a necesitar demasiado, pero tal vez sean necesarios cuando aterricemos. Yo te voy a guiar a través de una parte del camino.

En pocos minutos estaban en el exterior. El río en el que había nadado quedaba más abajo. Un cobertizo que no recordaba haber observado se hallaba al final del terreno de la vivienda. Ella hizo algo en la puerta, quitando un cerrojo, y la puerta se abrió de par en par. Y ella sacó el armazón del motor de un ornitóptero, alas, colas. El fuselaje era solamente una barra de metal. La fuente de energía era como de costumbre una batería nuclear ultraminiaturizada. En lugar de asientos había dos pequeños sillines, como los sillines utilizados en las bicicletas de la vieja, vieja Tierra, que él había visto en los museos.

—¿Puedes hacer volar eso? —dijo él.

—Claro que puedo. Es mucho mejor que caminar sobre trescientos kilómetros de vidrios rotos. Ahora vamos a dejar la civilización. Dejamos la civilización, Casher. Dejamos todo aquello que está sobre los mapas. Vamos a volar directamente al Treceavo Nilo, como tú esperabas hacer.

—Lo sabía —dijo él—. Nunca esperé alcanzarlo tan pronto. ¿Tiene esto algo que ver con el Signo del Pez de que tú me habías hablado?

—Ciertamente, Casher; ciertamente. Pero cada cosa en su lugar. Sube detrás de mí.

Él se sentó sobre el ornitóptero, y éste corrió sobre el suelo con sus altas y elegantes patas mecánicas antes de que el aleteo de sus alas lo levantara en el aire. Ella era mejor piloto que lo había sido el sargento, ella planeaba más y batía menos las alas. Volaban sobre una comarca que él, un nativo de Mizzer, nunca había soñado que existiera.

Llegaron a una ciudad de colores brillantes. Podía ver grandes fuegos ardiendo a

lo largo del río, y gente pintada con resplandecientes colores con sus manos levantadas en oración. Vio templos y extraños dioses en ellos. Vio mercados con género que nunca hubiera pensado ver en un mercado.

Ella hizo tomar tierra al ornitóptero, y mientras bajaban de sus sillines éste se elevó por sí mismo y voló retornando en la dirección en que habían venido.

—¿Te quedas conmigo? —dijo Casher.

—Claro que sí. Fui enviada para estar contigo.

—¿Para qué?

—Tú eres importante para los mundos, Casher, para todos los mundos. No solamente Mizzer. En la autoridad de los amigos que tengo, me han enviado aquí para ayudarte.

—¿Qué obtienes con ello?

—No obtengo nada, Casher. Tal vez encuentre mi propia perdición, pero aceptaré lo que venga. Incluso la pérdida de mi propia esperanza si eso te lleva más adelante en tu camino.

—¿Qué es esto? —dijo él.

—¿Esto? ¿No has oído hablar de esto? Ésta es la Ciudad de la Esperanza Perdida. Vamos a visitarla.

VI

Caminaron a través de las extrañas calles. Casi todos los que estaban en ellas parecían hallarse ocupados en prácticas religiosas. Alrededor de ellos flotaba el hedor de los muertos quemados. Había una abundancia universal de talismanes, amuletos de la suerte y objetos funerarios.

Hablando en voz baja, Casher dijo a D'alma:

—Nunca supe que hubiera algo así en este planeta civilizado.

—Obviamente —replicó ella— debe haber bastante gente que cree y se preocupa acerca de la muerte. Hay muchos que no conocen este lugar; si no, habría aquí una multitud. Ésta es la gente que tiene una esperanza equivocada y que no va a ningún sitio, que encuentra su cumplimiento final en esta tierra y bajo las estrellas. Éstos son los que están tan seguros de estar en lo cierto que nunca lo están. Debemos pasar rápidamente a través de ellos, Casher, a menos que nosotros empecemos a creer lo mismo.

Nadie les impidió su camino en las calles, aunque algunos se detuvieron al ver que un soldado, aunque fuera médico, en uniforme, tenía la audacia de ir hasta allí.

Aún se sorprendieron más de que una vieja asistente de hospital, que parecía ser un perro de otro planeta, caminara junto a él.

—Ahora cruzaremos el puente, Casher, y este puente es la cosa más terrible que nunca he visto; porque ahora vamos a llegar a los Jwindz, y los Jwindz se oponen a ti

y a mí y todo lo que representas.

—¿Quiénes son los Jwindz? —dijo Casher.

—Los Jwindz son los perfectos. Ellos son perfectos en esta tierra. Pronto los verás.

VII

Mientras cruzaban el puente, un oficial de policía, alto, alegre, vestido con un sencillo uniforme negro, se acercó a ellos y dijo:

—Volved atrás. La gente de vuestra ciudad no es bienvenida aquí.

—Nosotros no somos de esa ciudad —dijo D'alma—. Nosotros somos viajeros.

—¿Adónde vais? —dijo el oficial de policía.

—Vamos al nacimiento del Treceavo Nilo.

—Nadie va allí —dijo el guardia.

—Nosotros vamos allí —dijo D'alma.

—¿Con qué autoridad?

Casher buscó en su bolsillo y sacó una tarjeta genuina. Había rehecho una, merced a los recuerdos que había retenido en su mente. Ésta era un pase para todos los planetas, autorizado por la Instrumentalidad.

El oficial de policía lo vio y sus ojos se ensancharon.

—Señor y dueño, yo creí que vos erais solamente uno de los hombres de Wedder. Vos debéis ser alguien de gran importancia. Voy a avisar a los eruditos del Salón de la Ciencia, que se halla en medio de la ciudad. Esperad aquí: vendrá un vehículo.

D'alma y Casher O'Neill no tuvieron que esperar mucho. Ella no dijo nada durante todo este tiempo. Su semblante de buen humor y aplomo se oscureció rápidamente. Estaba angustiada por la limpieza y la perfección a su alrededor, por el silencio, por la dignidad de la gente.

Cuando el vehículo llegó, vino con un conductor, tan correcto, tan cuidadoso y tan cortés como el guardia del puente. Abrió y les hizo entrar. Subieron, y fueron transportados silenciosamente a través de las bien cuidadas calles. Casas, cada una de ellas de estética inmaculada. Árboles plantados en la forma en que los árboles deben ser plantados.

Se detuvieron en la plaza en el centro de la ciudad. El chófer salió, dio la vuelta al vehículo y abrió la puerta. Señaló hacia el pórtico del gran edificio y dijo:

—Os están esperando allí.

Casher y D'alma subieron las escaleras a disgusto. Ella estaba disgustada porque tenía cierta intuición de lo que era este lugar, una morada especial para un destino tranquilo y una arrogante finalidad. Él estaba disgustado porque podía darse cuenta de que ella resentía este lugar con cada hueso de su cuerpo. Y él se resentía también.

Fueron guiados a través del pórtico y un patio hasta una gran habitación de

conferencias.

En la habitación había sido instalada una mesa circular en preparación de una comida.

Diez hombres atractivos se levantaron para saludarles.

—Tú eres Casher O'Neill —dijo el primero—, el trotamundos. Tú eres el hombre dedicado a este planeta, y apreciamos lo que has hecho por nosotros, aunque el poder del Coronel Wedder nunca llegó hasta aquí.

—Gracias —dijo Casher—. Estoy sorprendido de saber que me conocéis.

—Eso no es nada —dijo el hombre—. Conocemos a todo el mundo. Y tú, mujer, sabes muy bien que nunca admitimos mujeres aquí. Tú eres la única sub-persona en esta ciudad. Un perro, además. Pero en honor a nuestro huésped te dejaremos pasar. Sentaos si os place. Queremos hablar con vosotros.

Fue servida una comida. Pequeños trozos de carne dulce, frutas frescas, trozos de melón, seguidos de bebidas armoniosas que aclaraban la mente y la estimulaban, sin intoxicar ni drogar.

El lenguaje de su conversación era claro y elevado.

Todas las preguntas fueron contestadas rápidamente, sin vacilaciones y con absoluta claridad.

Finalmente, Casher se decidió a preguntar:

—No he oído hablar de vosotros, los Jwindz, antes de ahora. ¿Quiénes sois vosotros?

—Nosotros somos los perfectos —dijo el Jwindz más viejo—. Nosotros tenemos todas las respuestas; no hay nada que no sepamos.

—¿Cómo llegáis aquí?

—Somos seleccionados entre muchos mundos.

—¿Dónde están vuestras familias?

—No las traemos con nosotros.

—¿Cómo evitáis los intrusos?

—Si son buenos, eligen quedarse. Si no lo son, los destruimos.

Casher, aún conmovido por su experiencia de haber ejecutado el trabajo de su vida en la confrontación con Wedder en el palacio de Kaheer, dijo sin darle importancia, aún cuando su vida podía estar en juego:

—¿Habéis decidido ya si soy perfecto para unirme a vosotros? ¿O no soy perfecto y he de ser destruido?

El más grave de los Jwindz, un hombre alto, majestuoso, con una gran mata de pelo negro, replicó ponderosamente:

—Estás forzando nuestra decisión, pero creo que eres algo excepcional. No podemos aceptarte. Hay demasiada energía en ti. Puedes ser perfecto, pero eres más que perfecto. Nosotros somos hombres, pero yo creo que tú ya eres algo más. Casi una máquina. Tú eres gente muerta. Eres la magia de viejas batallas viniendo a atacarnos. Estamos todos un poco temerosos de ti, y a pesar de ello no sabemos qué

hacer contigo. Si permanecieras aquí un poco, si te calmaras, podríamos darte esperanza. Sabemos perfectamente bien cómo llama a nuestra ciudad esa mujer-perro que te acompaña: la llama el suburbio de la Esperanza Perdida. Nosotros la llamamos Jwindz Jo, en memoria del antiguo Reino de los Jwindz, que alguna vez existió sobre la vieja Tierra. Por esto, creemos que ni podemos matarte ni aceptarte. Nosotros pensamos, ¿no es verdad, señores?, que vamos a ayudarte en tu camino como no hemos ayudado a ningún otro viajero. Y que vamos a enviarte, entonces, a un lugar que muy poca gente puede atravesar. Pero tú tienes la fuerza y, si vas al nacimiento del Treceavo Nilo, la vas a necesitar.

—¿Necesitaré la fuerza? —dijo Casher.

El primer Jwindz que los había recibido en la puerta dijo:

—Ciertamente vas a necesitar la fuerza si vas a Mortoval. Podemos resultar peligrosos para el neófito. Mortoval es peor que peligroso. Es una trampa mucho peor que la muerte. Pero ve si debes hacerlo.

VIII

Casher O'Neill y D'Alma llegaron a Mortoval con un monorraíl que corría sobre un alto cable a lo largo de pintorescas gargantas montañosas, elevándose sobre dos series de picos dentados y descendiendo finalmente hacia otra curva en el mismo río, el ilegal y olvidado Treceavo Nilo.

Cuando el vehículo se detuvo salieron. Nadie los había acompañado. El vehículo, sostenido en su lugar por giróscopos y brújulas, se encontró relevado de su peso y retornó a su punto de partida.

Esta vez no había ninguna ciudad: solamente un gran arco. D'alma se pegó a él. Incluso tomó su brazo y se lo puso alrededor de sus hombros como si necesitara protección. Lloriqueó un poco mientras caminaban hacia una baja colina y alcanzaban finalmente el arco.

Pasaron el arco y una voz, que no estaba hecha de sonido, les gritó:

—Soy la juventud y soy todo lo que habéis sido o podáis ser. Sabed esto ahora, antes de que os muestre más.

Casher era valeroso y esta vez se hallaba jovialmente desesperado, de modo que dijo:

—Yo sé quién soy. ¿Quién eres tú?

—Yo soy la fuerza del Gunung Banga. Yo soy el poder en este planeta que mantiene a todos y que asegura el orden que persiste entre las estrellas, y promete que los muertos no deben caminar entre los hombres. Yo sirvo al destino y la esperanza del futuro. Pasa si piensas que puedes.

Casher buscó en su mente y encontró lo que quería. Encontró la memoria de una muchacha de once años, T'ruth, que había estado casi un millar de años sobre el

planeta Henriada. Una chiquilla suave y dulce en el exterior, pero inteligente y formidable y terrible más allá de lo increíble en los poderes que poseía, los cuales habían sido grabados en ella.

Mientras pasaba el arco proyectó imágenes verdaderas aquí y allí. Por eso él no era ya sólo una persona, sino una multitud. Y la máquina y el ser viviente que se escondía detrás de la máquina, el Gunung Banga, podían verlo obviamente a él y podían ver a D'alma caminando, pero la máquina no estaba preparada para reconocer viejas multitudes de muchedumbres gritonas.

—¿Quiénes sois vosotros que venís por miles aquí ahora? ¿Cuáles son esas multitudes que son dos personas? Os percibo a todos, los luchadores y las naves y los hombres sangrientos, los buscadores y los olvidados. Incluso hay un Antiguo Nor-Australiano renunciante, y el gran capitán Go-Tree, y hay incluso un par de hombres de la vieja Tierra. Todos estáis andando a través de mí. ¿Cómo puedo contender con vosotros?

—Haz que seamos nosotros —dijo Casher firmemente.

—Conviértete en ti —replicó la máquina—. Sé tú mismo. ¿Cómo puedo hacer que tú seas tú cuando no sé quién eres, cuando tú pasas como fantasmas y confundes mis computadores? Hay demasiados, repito. Hay demasiados de vosotros. Está ordenado que debéis pasar.

—Si está ordenado, déjanos pasar entonces. —Súbitamente, D'alma se irguió erecta y orgullosa.

Pasaron.

—Has conseguido que pasemos —dijo ella.

Ciertamente habían pasado más allá del arco, y allí, detrás del arco, se extendía la apacible orilla de un río con botes a lo largo de la ribera, sus remos arriados a bordo.

—Esto parece ser lo inmediato —dijo Casher O'Neill.

D'alma afirmó:

—Yo soy tu perro, señor. Iremos donde quieras.

Subieron a un bote. Ecos de tumulto les llegaron desde el arco.

—Adiós a los disturbios —decían los ecos—. Si hubieran sido gente habrían sido detenidos, pero ella era un perro y un sirviente que había vivido muchos años en la felicidad del Signo del Pez, y él era un hombre preparado para el combate que había incorporado en sí mismo los recuerdos de adversarios y amigos, demasiado tumultuoso para ser medido en un detector, demasiado complejo para ser analizado por ningún computador.

En el otro lado, incluso había un muelle. Casher ató el bote al muelle, y ayudó a la mujer-perro en su camino hacia los edificios que se veían detrás de algunos árboles.



IX

—He visto imágenes de este lugar —dijo D'alma—. Ésta es la Kermesse Dorgueil, y aquí podemos perder nuestro camino porque éste es el lugar donde todas las cosas felices de este mundo vienen al mismo tiempo, pero donde el hombre y las dos piezas de madera nunca se filtran. No veremos a nadie triste, nadie enfermo, nadie loco; todos están disfrutando de las cosas buenas de la vida. Tal vez yo también disfrute. Que el Signo del Pez me ayude a no convertirme en perfecta demasiado pronto.

—No lo serás —prometió Casher.

No había ningún guardia a la puerta de esta ciudad. Pasaron al lado de algunas gentes que parecían estar paseando fuera de la villa. Dentro de la ciudad se dirigieron a lo que parecía ser un hotel o una posada o un hospital. De cualquier modo, era un lugar donde otras gentes obtenían comida.

Un hombre salió y dijo:

—Vaya, esto es algo nunca visto. No sabía que el Coronel Wedder dejaba ir tan lejos a los oficiales, y en cuanto a ti, mujer, no eres siquiera un ser humano. Sois una extraña pareja y no estáis enamorados el uno del otro. ¿Qué puedo hacer por vosotros?

Casher buscó en su bolsillo y lanzó al aire, frente al hombre, varias monedas con denominación de cinco créditos.

—¿Significa algo eso? —dijo Casher.

—¡Oh! —dijo el hombre, cogiéndolas entre sus dedos—, ¡podemos usar el dinero! Lo usamos ocasionalmente para cosas importantes; no necesitamos el vuestro. Aquí vivimos bien y tenemos una vida tranquila, no como esos dos lugares al otro lado del río que se apartan de la vida. Todos los hombres que son perfectos no son más que charlatanes. Se llaman a sí mismos Jwindz, los perfectos. Bien, nosotros no somos tan perfectos. Nosotros tenemos familias y buena comida y buenos vestidos, y nos llegan las últimas noticias desde todos los mundos.

—Noticias —dijo Casher—. Yo creía que eso era ilegal.

—Nosotros lo tenemos todo. Os sorprendería saber lo que tenemos aquí. Éste es un lugar muy civilizado. Pasad. Éste es el hotel de los Cisnes Cantores, y podéis vivir aquí por todo el tiempo que queráis. Y lo que digo es verdad. Nuestra tesorería tiene recursos inusitados, y puedo ver que vosotros sois gente inusitada. Tú no eres un técnico médico, a pesar del uniforme; y si tu acompañante no fuera más que un perro sub-persona, no habríais llegado tan lejos.

Entraron en un paseo, alto como dos pisos; pequeñas tiendas se alineaban a cada lado del corredor exhibiendo los tesoros de todos los mundos. Los precios estaban marcados y explicados, pero no había nadie en las tiendas.

El olor de buena comida llegó desde el fresco comedor del mesón.

—Venid a mi oficina y beberemos algo. Mi nombre es Howard.

—Ése es un antiguo nombre terrestre.

—¿Por qué no puedo tenerlo? —dijo Howard—. Yo vine aquí procedente de la vieja Tierra. Yo busqué el mejor de los sitios y la búsqueda me tomó un largo tiempo, y aquí estoy. La Kermesse Dorgueil. Todo lo que tenemos aquí son simples y limpios placeres, solamente tenemos aquellos vicios que ayudan y soportan, nosotros cumplimos lo posible, desechamos lo imposible, vivimos la vida, no la muerte. Nuestra conversación es sobre cosas y no sobre ideas. Nosotros no tenemos más que desprecio para esa ciudad detrás vuestro, la Ciudad de los Perfectos, y no tenemos sino piedad para esos santísimos santos que están donde claman tener la Esperanza Perdida, y practican nada más que esa religión depravada. Yo he estado en esos lugares también, aunque tuve que pasar por el exterior de la Ciudad de los Perfectos. Sé lo que son y he venido directo desde la Tierra, y habiendo venido directo desde la vieja Tierra, debiera saberlo. Podéis tomar mi palabra por cierta.

—Yo también he estado en la Tierra —dijo Casher un tanto secamente—. No es tan inusitado.

—¿Tú has estado en la Tierra? —preguntó el hombre deteniéndose con sorpresa—. ¿Quién eres?

—Mi nombre —dijo Casher— es Casher O'Neill.

El hombre vaciló y luego le hizo una profunda reverencia.

—Si vos sois Casher O'Neill, habéis cambiado este mundo. Habéis vuelto, mi señor y dueño. Bienvenido. Ésta es vuestra ciudad. ¿Qué deseáis de nosotros?

—Mirar un poco, descansar un poco, preguntar direcciones para el viaje.

—¿Direcciones? ¿Por qué quiere nadie direcciones para irse de aquí? La gente viene aquí y pregunta direcciones en un millar de lugares para llegar a la Kermesse Dorgueil.

—No discutamos esto ahora —dijo Casher—. Muéstranos las habitaciones, vamos a asearnos un poco. Dos habitaciones separadas.

Howard subió las escaleras. Con un intrincado retorcimiento de su mano abrió dos habitaciones.

—A vuestro servicio —dijo—. Llamadme con vuestra voz; os puedo oír en cualquier lugar del edificio.

Casher llamó una vez pidiendo ropa de dormir, cepillo de dientes, equipo de afeitar. Insistió en que enviaran la peluquera, una mujer de aparente origen terrestre, a atender a D'alma; y D'alma vino a llamar a su puerta y rogó que no la colmara con esas atenciones.

—Tu profunda bondad me ha ayudado mucho. Ahora yo te ayudo un poco a ti.

Tomaron juntos un ligero refrigerio en el jardín situado debajo de sus habitaciones, y se fueron a sus habitaciones y durmieron.

Y fue solamente en la mañana del segundo día que fueron con Howard a la ciudad

para ver lo que podían encontrar.

En todos los sitios la ciudad era activa con felicidad. Su población no podía haber sido muy grande, tal vez veinte o treinta mil personas. Casher se paró en un lugar; podía percibir el olor de ozono en el aire. Sabía que la atmósfera había sido quemada, y esto sólo significaba una cosa: naves del espacio yendo o viniendo.

—¿Dónde está el espaciopuerto para la Tierra?

Howard lo miró rápida y agudamente, diciendo:

—Nunca os lo diría si no fuerais el Lord Casher O'Neill. Tenemos un pequeño espaciopuerto allí. Ésta es la forma en que evitamos nuestro tráfico con el resto de Mizzer. ¿Lo necesitáis, señor?

—Ahora no —dijo Casher—. Me preguntaba dónde podía estar.

Llegaron a una mujer que bailaba mientras cantaba al acompañamiento de dos hombres con guitarras arcaicas. Sus pies no tenían la alegría de una danza normal, pero sí la imperiosidad, la compulsión de un significado. Howard la miró apreciativamente; incluso se pasó la punta de la lengua por su labio superior.

—Ella aún no ha hablado de sí misma —dijo Howard—. Y sin embargo, ella es algo completamente inusitado. Una ex-dama que renunció a la Instrumentalidad.

—Eso es ciertamente inusitado. ¿Cuál es su nombre?

—Celalta —dijo Howard—. Celalta, la diferente. Ella ha estado en muchos mundos, tal vez en tantos como vos, señor. Ella se ha enfrentado con peligros. Ha afrontado tantos peligros como los que vos habéis afrontado. Y ¡oh!, mi señor y dueño, perdonadme por decirlo, pero cuando la veo danzando y os veo a vos mirándola, puedo ver un poco en el futuro; y puedo veros a ambos muertos juntos, los vientos haciendo desaparecer lentamente la carne de vuestros huesos. Y vuestros huesos, anónimos y blancos, yaciendo dos valles más allá de este mismo sitio.

—Ésa es una profecía bastante extraña —dijo Casher—. Especialmente viniendo de alguien que no parece ser poético. ¿Qué es eso?

—Parece ser que os veo en el Profundo Lago Seco de Irene la Maldita. Hay un camino desde aquí hasta allí, y alguna gente, no muchos, van allí, y cuando van allí mueren. No sé por qué —dijo Howard—, no me lo preguntéis.

—Ése es el camino al Altar de los Altares —susurró D'alma—. Es el lugar del mismo Quel. Averigua dónde empieza.

—¿Dónde empieza ese camino? —preguntó Casher.

—¡Oh!, lo encontraréis; no hay nada que vos no podáis encontrar. Perdón, mi señor y dueño. El camino empieza justo detrás de aquel brillante tejado de color naranja. —Señaló a un tejado y luego se volvió.

Sin decir nada más, aplaudió a la danzarina, y ella le miró despreciativamente. Howard aplaudió otra vez; ella se paró y se le acercó.

—¿Y qué es lo que quieres ahora, Howard?

—Mi antigua dama —dijo, haciéndole una profunda reverencia—, mi señora, aquí está el señor y dueño de este planeta, Casher O'Neill.

—No soy realmente el dueño y señor —dijo Casher O’Neill—. Solamente lo hubiera sido si Wedder no le hubiera quitado el poder a mi tío.

—¿Debe importarme eso? —preguntó la mujer.

—No veo el porqué.

—¿Tenéis algo más que decirme?

—Sí —dijo Casher, cogiéndola por la muñeca. La muñeca de ella era casi tan fuerte como la suya—. Habéis bailado vuestra última danza, señora, al menos por ahora. Vos y yo vamos a ir a un lugar del que este hombre sabe algo, y él dice que vamos a morir allí y nuestros huesos serán desmenuzados por el viento.

—¿Vos me dais órdenes? —gritó ella.

—Yo os doy órdenes —dijo él.

—¿Cuál es vuestra autoridad? —dijo ella despectivamente.

—Yo —dijo él.

Ella lo miró, él le devolvió la mirada, con su muñeca aún cogida.

—Tengo poderes —dijo ella—. No me obliguéis a usarlos.

—Yo también tengo poderes —dijo él—, y nadie puede obligarme a usarlos.

—No os tengo miedo; mostradlos.

Sintió la estocada de la mente de ella contra la suya como un ramalazo de fuego, su ataque, su huida para liberarse, pero continuó asiendo su muñeca y ella no dijo nada.

Y con su mente respondió a la de ella y reveló los varios mundos, la misma vieja Tierra, el planeta Gema, Olympia y sus ciegos agentes, el planeta de las tormentas Herniada, y un millar de otros lugares que mucha gente sólo sabía por historias o sueños. Y entonces, solamente por un momento, le mostró quién era él, un nativo de Mizzer que se había transformado en un ciudadano del Universo, un luchador que se había transformado en un hacedor. La dejó saber que en su propia mente llevaba los poderes de T’ruth, la muchacha-tortuga, y detrás de T’ruth estaban las personalidades de la Hechicera de Gonfalon. La dejó ver las naves en el cielo, girando y retorciéndose mientras luchaban contra el vacío, porque su mente u otra mente que se había convertido en la suya se lo ordenaba así.

Entonces, con la sorpresa de una repentina visión, proyectó hacia ella las dos piezas de madera, la imagen del hombre en dolor, mientras le gritaba. Lentamente, con la sencilla retórica de la fe profunda, enunció: «Ésta es la llamada de la Primera Unidad Prohibida, y de la Segunda Unidad Prohibida, y de la Tercera Unidad Prohibida. Éste es el símbolo del Signo del Pez. Por esto vas a dejar esta ciudad y vas a venir conmigo, y puede ser que tú y yo nos enamoremos».

Detrás suyo, una voz habló.

—Y yo —dijo D’alma— permaneceré aquí.

Él se volvió hacia ella.

—D’alma, has llegado hasta aquí; has de ir más lejos.

—No puedo, mi señor; yo cumplo mi deber como lo interpreto. Si las autoridades

que me enviaron me desean aún, me enviarán a mi sitio de lavar platos en Pontoppidan; si no, me dejarán aquí. Soy temporalmente hermosa y soy rica y soy feliz y no sé qué hacer conmigo misma, pero sé que te he servido tanto como podía. Que el Signo del Pez sea contigo.

Howard se limitó a estar a un lado, sin hacer ningún intento de estorbar o ayudar.

Celalta caminó al lado de Casher como un animal salvaje que nunca hubiera sido capturado.

Casher O'Neill continuó asiendo su muñeca.

—¿Necesitamos comida para este viaje? —dijo a Howard.

—Nadie sabe lo que necesitáis.

—¿Debemos llevar comida?

—No veo el porqué —dijo Howard—. Tenéis agua. Siempre podéis volver aquí si tenéis algún contratiempo. No está muy lejos realmente.

—¿Me rescataríais?

—Si insistís en ello —dijo Howard—, supongo que en algún sitio se os socorrería y se os traería aquí. Pero no creo que insistáis en ello, porque ése es el Profundo Lago de Irene la Maldita, y las gentes que van allí no salen de allí, y no quieren comer, y no quieren seguir adelante. No hemos visto nunca a nadie que lograra llegar al otro lado, pero tal vez lo consigáis.

—Yo estoy buscando algo —dijo Casher—. Estoy buscando algo que es más que el poder entre los mundos. Estoy buscando una esfinge que es más grande que la esfinge de la vieja Tierra, armas que corten más agudamente que los lasers, fuerzas que se muevan más rápidamente que los proyectiles. Estoy buscando algo que se lleve mi poder y me devuelva mi simple humanidad. Estoy buscando algo que no será nada, pero algo a lo que pueda servir y en que pueda creer.

—Parecís ser el hombre adecuado —dijo Howard— para esa clase de viaje. Id en paz, ambos de vosotros.

—No sé realmente quién sois —dijo Celalta—, mi señor y dueño, pero he bailado mi última danza. Comprendo lo que queréis decir. Éste es el camino que nos lleva lejos de la felicidad. Éste es el sendero que deja atrás los buenos vestidos y las tiendas llamativas. No hay restaurantes donde vamos, no hay hoteles, ningún río. No hay creyentes y no creyentes, pero hay algo que sale del suelo y que hace morir a la gente. Pero si vos pensáis, Casher O'Neill, que podéis triunfar sobre ello, yo iré con vos. Y si no lo pensáis, yo moriré con vos.

—Vamos a ir, Celalta. Yo no sabía que seríamos los dos, pero vamos a ir, y nos vamos ahora.

X

Solamente fue necesario andar dos kilómetros para pasar la colina más allá de los

árboles, lejos del aire húmedo a lo largo del río y entrar en el seco, pacífico valle, que tenía una limpia y tranquila quietud que Casher no había visto nunca anteriormente.

—¿Es éste —dijo Celalta casi alegremente—, es éste el Profundo Lago de Irene la Maldita?

—Supongo que sí —dijo Casher—, pero propongo que continuemos andando. No es muy grande.

Caminaron.

Mientras caminaban sus cuerpos se hicieron pesados; no solamente llevaban su propio peso, sino el de cada mes de sus vidas. Les pareció que sería una buena decisión el tenderse en el valle y descansar entre los esqueletos, descansar como los otros habían descansado. Celalta se desorientó. Tropezó, y sus ojos se extraviaron.

Pero no por nada había aprendido Casher O'Neill todas las artes de batalla de un millar de mundos. No por nada había atravesado el espacio-tres. Este valle podía haber sido tentador si él no hubiera deambulado ya por el cosmos con sólo sus ojos.

Sabía cómo salir de allí. Simplemente continuando. Celalta pareció volver más a la vida cuando llegaron a la cumbre de la colina. El mundo entero se transformó súbitamente en diez pasos. Lejos, detrás de ellos, algunos kilómetros tal vez, aún eran visibles los últimos tejados de la Kermesse Dorgueil. Detrás de ellos yacían los blanqueados esqueletos; al frente...

Al frente de ellos estaba el manantial final y el misterio, el Quel del Treceavo Nilo.

XI

No había señales de ninguna casa, pero había frutos y melones y mieses creciendo, y había frondosos árboles al lado de cuevas, y había aquí y allá signos de gente que había estado no hacía mucho. No había señales de nadie viviendo allí en el presente.

—Mi señor —dijo la ex-dama Celalta—; mi señor —repitió—, creo que es esto.

—Pero esto es nada.

—Exactamente. Nada es victoria, nada es el logro, ninguna parte es llegar allí. ¿No veis ahora por qué ella nos dejó?

—¿Ella? —dijo Casher.

—Sí, vuestra fiel compañera, la mujer-perro D'alma.

—No, no lo veo. ¿Por qué dejó esto para nosotros?

—En cierta manera somos Adán y Eva —rió Celalta—. No es para nosotros el sernos dado un dios o sernos dada una fe. Hemos de encontrar el poder, y éste es el más tranquilo y último de los lugares buscados. Los otros eran solamente fantasmas, peligros en nuestra ruta. El mejor modo de hallar la libertad es el de no buscarla, al igual que obtuvisteis completa venganza sobre Wedder haciéndole un poco de bien.

¿No podéis verlo, Casher? Por fin habéis ganado una victoria tan inmensa que ésta hace vanas todas las batallas. Hay comida alrededor nuestro, incluso podemos volver a la Kermesse Dorgueil si necesitamos vestidos o compañía o si queremos saber noticias, pero éste es el lugar en donde yo siento la presencia de la Primera Unidad Prohibida, de la Segunda Unidad Prohibida y de la Tercera Unidad Prohibida. No necesitamos una iglesia para esto; supongo que aún hay iglesias en algunos planetas. Lo que necesitamos es un lugar para encontrarnos a nosotros mismos y ser nosotros, y no estoy segura de que esta probabilidad exista en otra parte que no sea ésta.

—¿Queréis decir —dijo Casher— que todas las partes son ninguna parte?

—No es eso exactamente —dijo Celalta—. Tenemos algún trabajo que hacer para arreglar este sitio, cuidar de nosotros. ¿Sabéis cocinar? Bien, yo puedo cocinar mejor. Podemos coger algunas cosas para comer, podemos encerrarnos en esa cueva y entonces —entonces Celalta sonrió, su cara más bella de lo que él hubiera creído posible que una cara podía ser— nos tendremos el uno al otro.

Casher se irguió listo para luchar, enfrentándose a la bailarina más bella que nunca había encontrado. Se dio cuenta de que ella había pertenecido antes a la Instrumentalidad, una gobernadora de mundos, un genuino consejero en el destino de la humanidad. No sabía qué extraños motivos habían causado que ella dejase la autoridad y llegase hasta este río difícil de hallar, no señalado en los mapas. Ni siquiera sabía por qué Howard los había unido tan deprisa; tal vez había otra fuerza, una fuerza detrás de la mujer-perro que lo había enviado a su destino final.

Miró hacia Celalta, y entonces miró al cielo y dijo:

—El día se termina; cogeré algunos de esos pájaros si sabéis cómo cocinarlos. Parece que seamos una especie de Adán y una especie de Eva, y no sé si esto es el paraíso o el infierno, pero sé que estáis en él conmigo y que puedo pensar en vos porque no pedís nada de mí.

—Eso es verdad, mi señor, no pido nada de vos. Yo también miro por los dos, no por mí sola. Yo puedo hacer un sacrificio por vos, pero miro a esas cosas que nosotros dos, solamente los dos, obrando juntos, podemos encontrar en este valle.

Él afirmó con la cabeza.

—Mirad —dijo ella—, ése es el mismo Quel; allí el Treceavo Nilo nace en las rocas, y aquí debajo están los bosques. Creo que he oído hablar de esto. Bien, tendremos mucho tiempo. Voy a encender el fuego, pero vos iréis a coger dos de esas gallinas. No creo que sean pájaros salvajes. Creo que son gallinas que otra gente se dejó y han crecido libres después de que los propietarios se fueron...

—O murieron —dijo Casher.

—O murieron —replicó Celalta—. ¿No es un riesgo que ha de correr todo el mundo? Vivamos, mi señor, vos y yo, y encontremos el encanto, la libertad que extraños destinos han arrojado frente a vos y a mí. Vos habéis liberado a Mizzer; ¿no es eso suficiente? Simplemente tocando a Wedder, vos habéis hecho lo que de otra manera solamente se podría haber conseguido al precio de la batalla y un gran

sufrimiento.

—Gracias —dijo Casher.

—Yo pertenecí a la Instrumentalidad, mi señor, y sé que a la Instrumentalidad le gusta hacer las cosas súbita y victoriosamente. Cuando estaba allí, nunca aceptábamos la derrota, pero nunca pagábamos más de lo necesario. El camino más corto entre dos puntos puede parecer una larga vuelta a su alrededor; no lo es: simplemente es la forma más sencilla de llegar allí. ¿Se os ha ocurrido alguna vez que la Instrumentalidad os podría estar recompensando por lo que habéis hecho por este planeta?

—No lo había pensado —dijo Casher.

—¿No lo habíais pensado? —sonrió ella.

—Bien —dijo Casher, desconcertado y sin palabras.

—Soy una clase de mujer muy especial —dijo Celalta—. Ya lo veréis en las próximas semanas. ¿Por qué, si no, creéis que os iba a ser entregada?

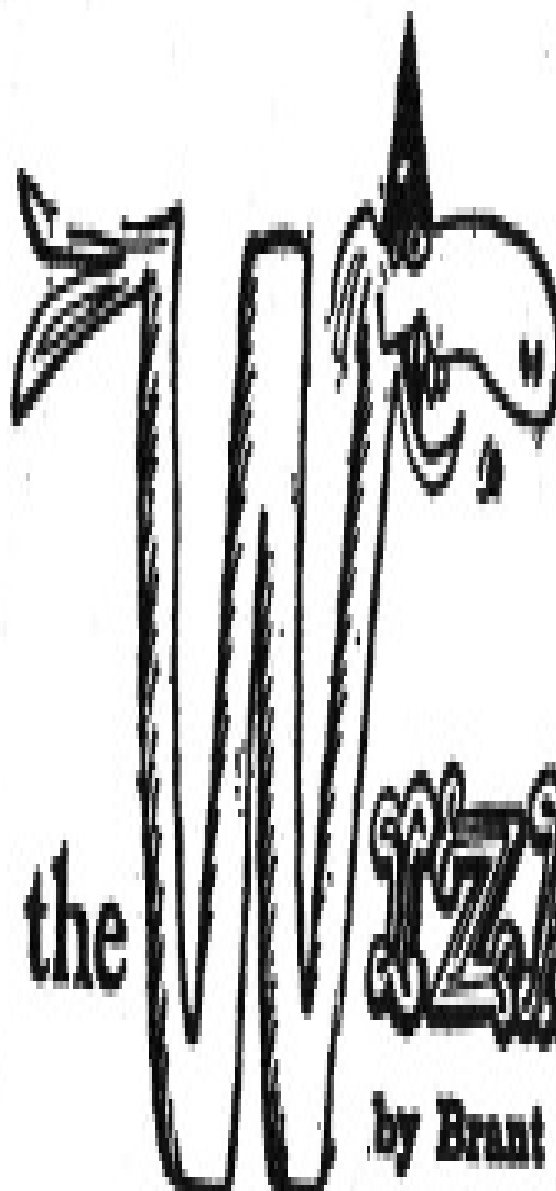
Y él no se fue a cazar las gallinas; no en aquel momento. Abrió sus brazos y, con más confianza y menos miedo que había sentido en muchos años, la acogió entre ellos y la besó en los labios. Esta vez no había ninguna cautela secreta en su mente, ninguna promesa de que después de esto tenía que seguir su jornada hacia Mizzer. Había vencido, su victoria estaba tras él, y frente a él no había nada, nada excepto aquel hermoso y poderoso lugar... y Celalta.

Título original:

ON THE SAND PLANET

© 1965, *Ultimate Publishing Co., Inc.*

Traducción de S. Mas

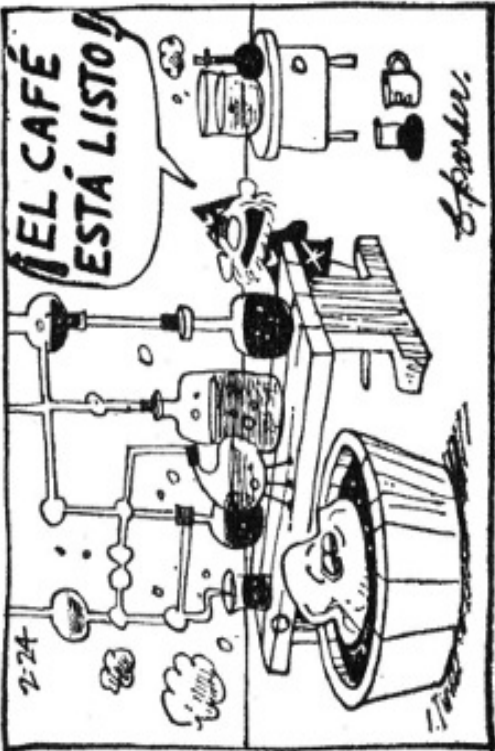
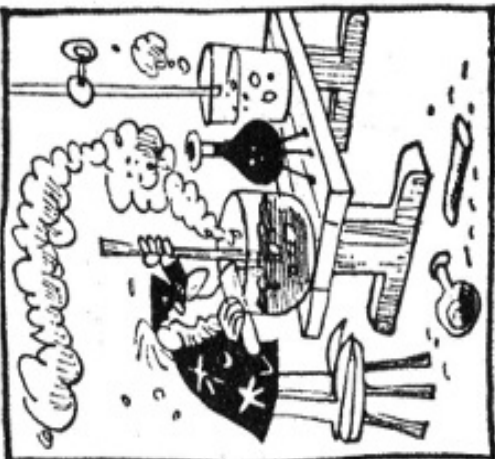
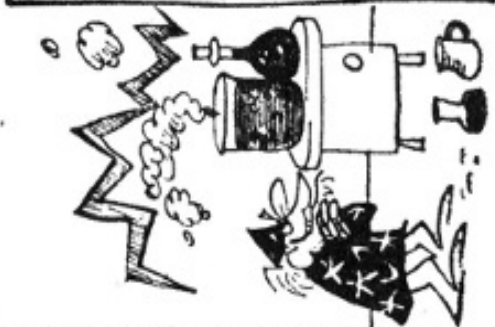
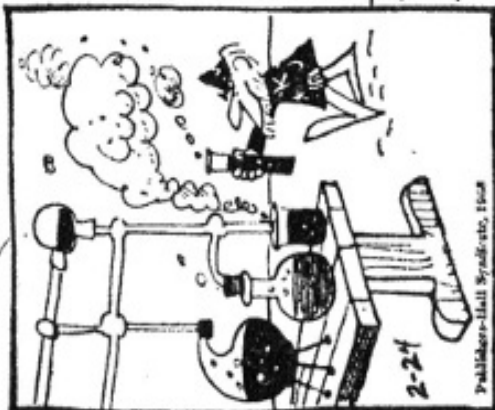


the

WIZARD of ID

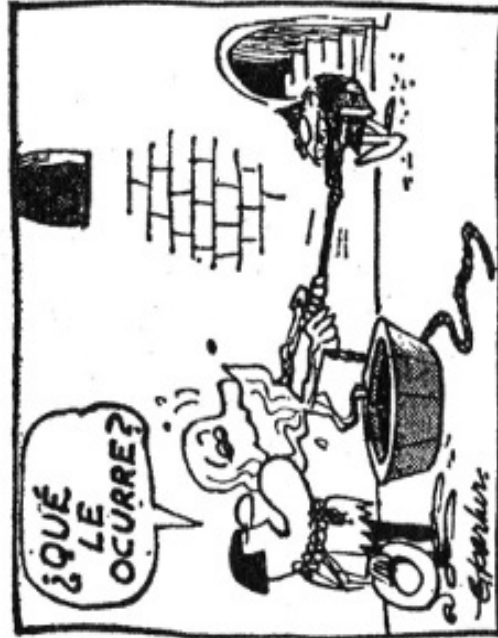
by Brant parker and Johnny hart

THE WIZARD OF ID



by Brant parker and Johnny hart

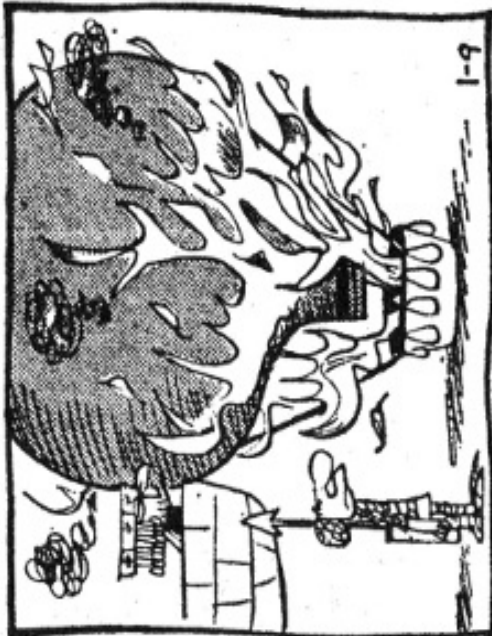
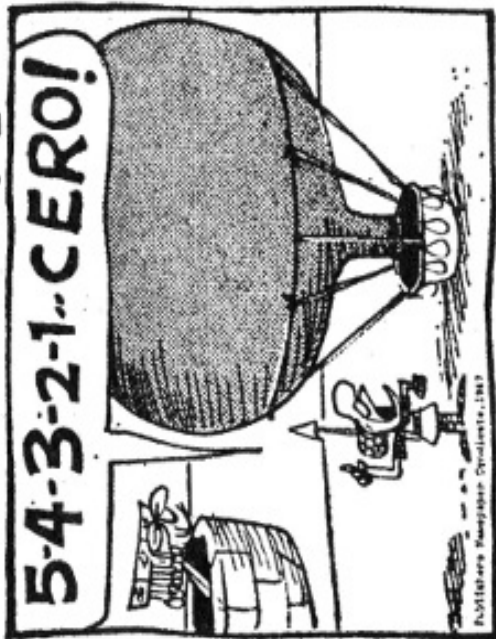
THE WIZARD OF ID



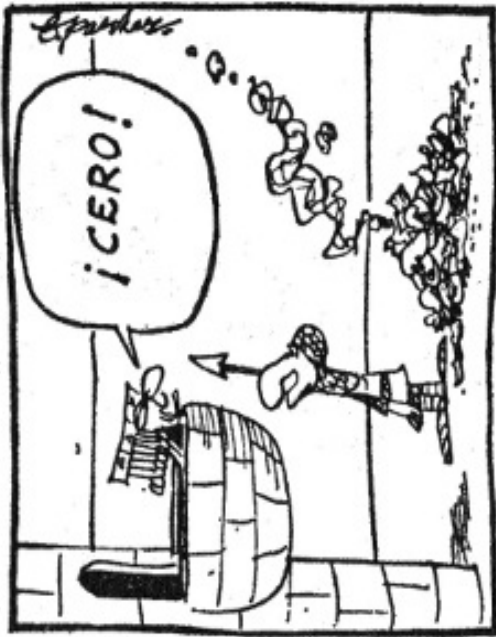
by Brant parker and Johnny hart

THE WIZARD OF ID

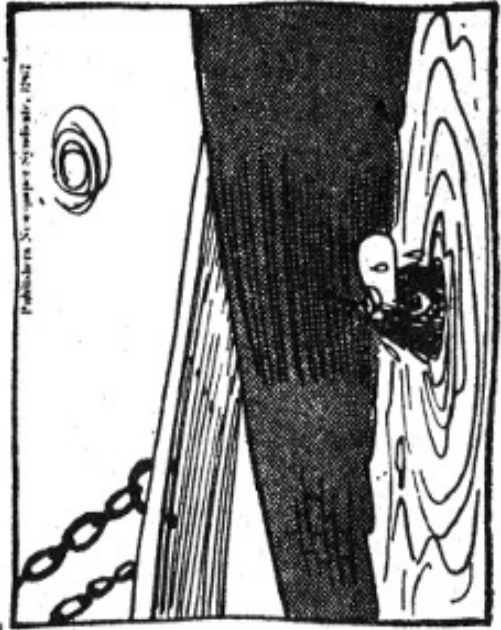
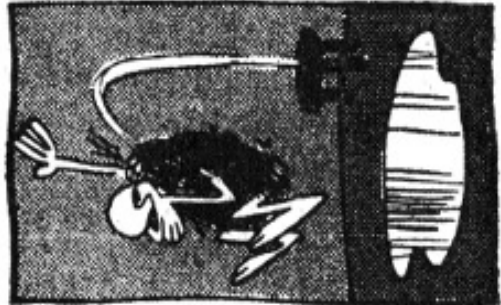
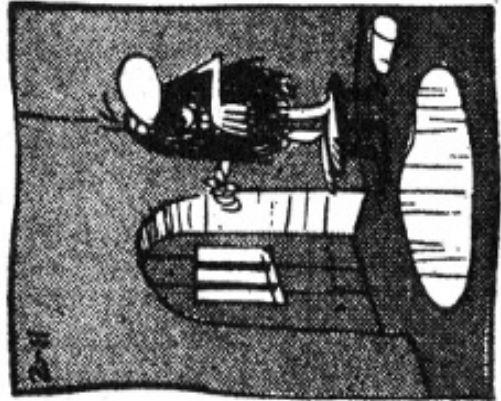
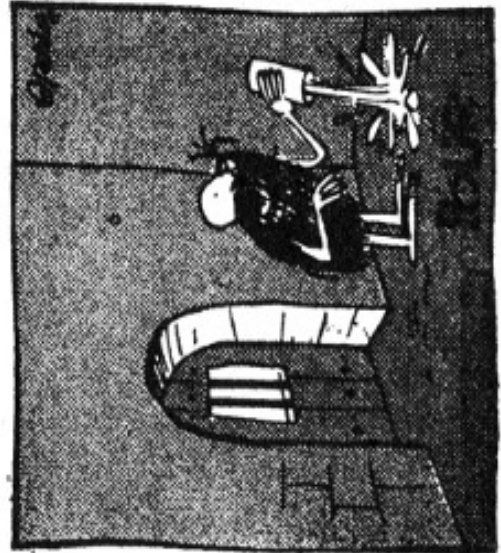
5-4-3-2-1-CERO!



by Brant parker and Johnny hart



THE WIZARD OF ID



by Brant parker and Johnny hart

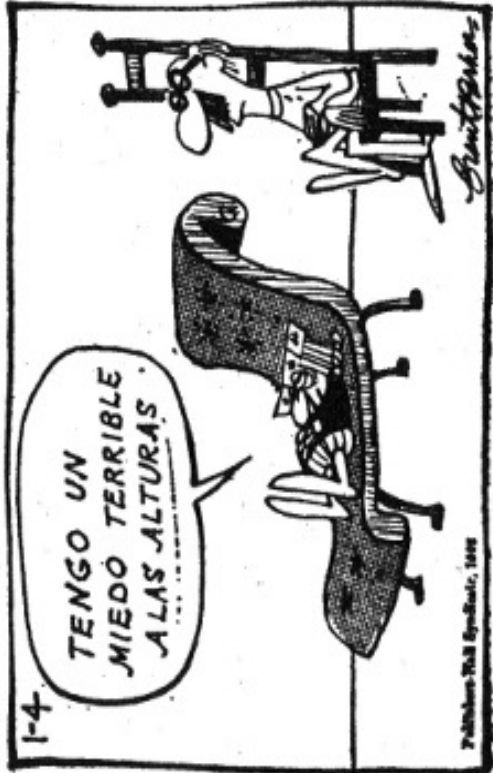
THE WIZARD OF ID



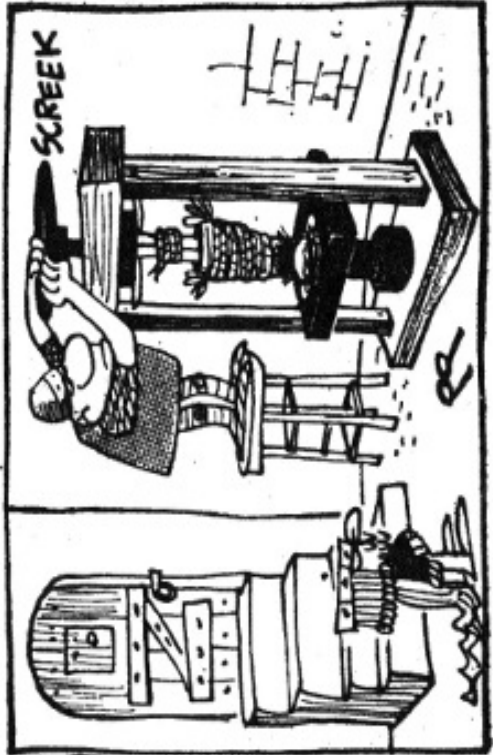
by Brant parker and Johnny hart



THE WIZARD OF ID



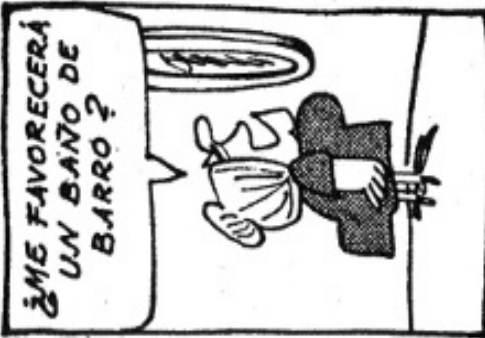
by Brant parker and Johnny hart



THE WIZARD OF ID

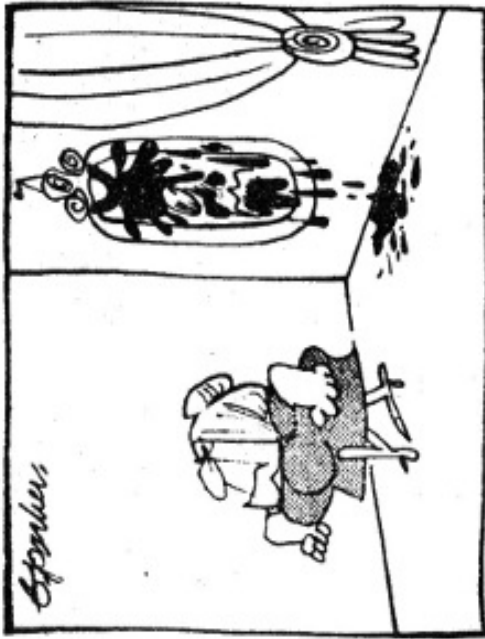


Publishers-Hall Syndicate, 1948

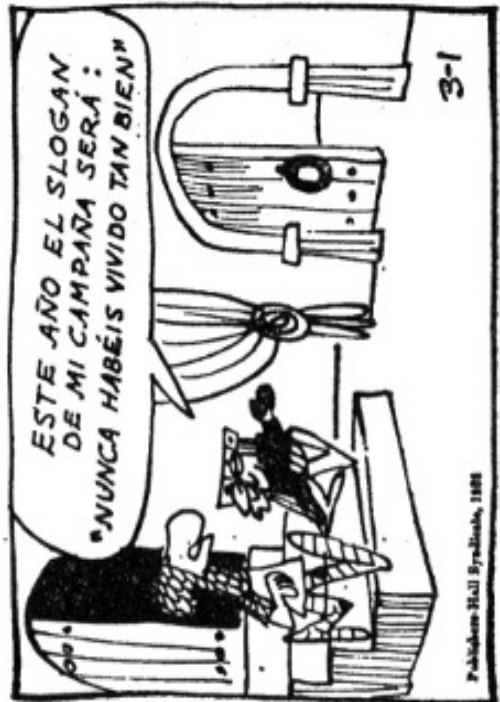


2-76

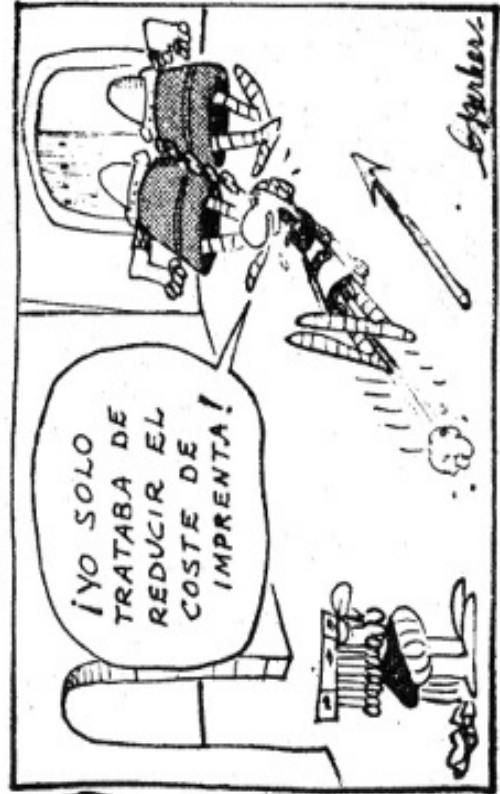
by Brant parker and Johnny hart



THE WIZARD OF ID



by Brant parker and Johnny hart



THE WIZARD OF ID

by Brant parker and Johnny hart



© 1968, Agencia Zardoya

EL EXTERMINADOR

CLÁSICO

A. HYATT VERRILL

En las décadas de los años 20 y 30 gran cantidad de científicos escribían relatos de ciencia ficción para distraerse de sus tareas cotidianas, y era frecuente ver en los magazines de la época la asidua colaboración de prestigiosas firmas. Hyatt Verrill, arqueólogo y naturalista de fama internacional, fue uno de ellos, y sus novelas «el prisma verde», «más allá del prisma verde» y «el puente de luz» son recordadas aún por multitud de aficionados. La característica científica de sus obras queda claramente patente en este relato, uno de los pocos cuentos cortos que escribió.

Era un magnífico ejemplar de su especie: translúcido, blanco, de rápidos movimientos, con una facultad casi misteriosa para descubrir a su presa e invariablemente triunfante sobre sus enemigos naturales. Pero su rasgo más sobresaliente era su insaciable apetito. Era tan despiadado como para diferenciarlo de una comadreja o un hurón, pero al contrario de esos perversos destructores que matan por el sólo placer de hacerlo, el Exterminador no desperdiciaba nunca su víctima. Sea lo que fuere sobre lo que cayese, lo devoraba al instante. Habría sido fascinante el contemplarle en esta actividad: una carrera al precipitarse sobre su presa, un breve instante de inmovilidad, de aparente vacilación, un leve temblor en su cuerpo... y todo había terminado; el desgraciado ser que había estado moviéndose en su manera acostumbrada, sin sospechar el peligro, había desaparecido por completo, y el Exterminador se apresuraba a ir en busca de otra víctima. Se movía constantemente en un flujo invariable de líquido, en medio de la oscuridad: de ahí que sus ojos no le fueran necesarios, y estuviera guiado enteramente por el instinto o la naturaleza más bien que por las facultades que conocemos.

No estaba solo. Otros de su especie discurrían a su alrededor, y la corriente estaba atestada por un número incalculable de otros organismos: objetos redondeados de color rojizo que se movían lentamente, culebreantes criaturas semejantes a renacuajos, cuerpos de forma estrellada, gráciles y tenues objetos dotados de vida; criaturas globulares, cosas informes cambiando constantemente de configuración al moverse o más bien nadar; seres diminutos, casi invisibles; organismos filiformes, serpentinos o semejantes a anguilas, e innumerables otras formas. El Exterminador atravesaba la atestada cálida corriente al azar, aunque siempre con un propósito definido: matar y devorar.

Por algún misterioso e inexplicable mecanismo, reconocía a los amigos y podía distinguir inequívocamente a los enemigos. Evitaba las muchedumbres rojizas: sabía que no había que molestarlas e incluso en las ocasiones, como a menudo sucedía, en que se veía rodeado, cercado, casi ahogado por verdaderas hordas de aquellos seres,

empujado por ellos, permaneció imperturbable, sin efectuar intento alguno de devorarlos o dañarlos. Pero los demás, las criaturas serpenteantes, globulares, angulares, radiantes y semejantes a barras, los organismos rápidamente contorsionantes, parecidos a renacuajos... eran distintos. Entre ellos ejercía una rápida y terrible destrucción. Sin embargo, aún aquí ejercía una sorprendente discriminación. Pasaba ante algunos sin hacerles el menor daño, mientras que atacaba, destrozaba y devoraba a otros con indescriptible ferocidad, Y todos los de su especie hacían también lo mismo. Eran como una horda de voraces tiburones en un mar rebosante de caballas. Parecían obsesionados por el consuntivo deseo de destruir, y eran a veces tan expeditivos y metódicos que durante largos períodos la corriente siempre fluyente que habitaban quedaba totalmente desierta de presas.

Sin embargo, ni el Exterminador ni sus congéneres parecían sufrir entonces por falta de sustento. Eran capaces de permanecer largo tiempo sin alimento y surcaban, o mejor dicho nadaban por sus dominios lentamente, tan satisfechos al parecer como cuando estaban celebrando una verdadera orgía de matanzas. Y hasta cuando la corriente no arrastraba presa alguna al alcance del Exterminador o sus iguales, nunca intentaban dañar o molestar a las siempre presentes formas rojas, ni a los innumerables organismos más pequeños, a los cuales parecían considerar como amigos. De hecho, de haber sido posible interpretar sus sensaciones, se habría observado que estaban mucho más contentos, mucho más satisfechos cuando no había enemigos sobre los que lanzarse que cuando el río borboteaba con su presa natural y se presentaba el incesante impulso de matar, matar, matar.

Y de pronto, la corriente en la que se movía el Exterminador se volvía incómodamente caliente, lo cual hacía que él y sus congéneres despertaran a una renovada actividad en busca de espacio, pero que producía la muerte a muchos de aquellos salvajes seres. Y, siempre siguiendo a estas bajas, las hordas de enemigos aumentaban rápidamente, hasta que el Exterminador hallaba casi imposible el diezmarlas. A veces, también, la corriente fluía lenta y débilmente, y una especie de letargia asaltaba al Exterminador. A menudo, en tales ocasiones, flotaba más que nadaba, con sus fuerzas menguadas y casi apagada su codiciosa apetencia de matar. Pero siempre, luego, ocurría el cambio: la corriente adquiría un peculiar sabor amargo, e innumerable número de enemigos del Exterminador morían y desaparecían, mientras el propio Exterminador se veía poseído de una súbita e inusitada fuerza y caía vorazmente sobre los restantes enemigos. En tales ocasiones, el número de sus congéneres aumentaba siempre de una manera misteriosa, como lo hacía también el de los seres rojos. Parecían salir de ninguna parte, más y más, hasta que la corriente se encontraba atiborrada de ellos.

El tiempo no existía para el Exterminador. No sabía nada de distancias, ni de días, ni de noches, únicamente era susceptible a los cambios de temperatura de la corriente donde siempre había vivido, y a la presencia o ausencia de sus enemigos y aliados. Aún cuando quizá se percatara de que la corriente llevaba un curso irregular, de que

discurría a través de al parecer interminables túneles, que se retorcían y giraban y se extendían en ramales proyectados en innumerables direcciones formando un laberinto de corrientes más pequeñas, no sabía nada de por dónde circulaban sus cursos, ni de sus fuentes o límites, sino que nadaba o más bien derivaba al azar por todos los lugares. No había duda de que en alguna parte, en el interior de los cientos de túneles y ramificaciones, había otras bestias tan grandes, tan poderosas y tan insaciablemente destructoras como él mismo. Pero como él era ciego y no poseía el sentido del oído ni otros de los que permiten a formas de vida más elevadas observar y juzgar sus alrededores, no se percataba en absoluto de la proximidad de tales compañeros. Y así fue el único de su especie en sobrevivir el indeseado acontecimiento que ocurrió eventualmente, y por cuyo hecho merecía ser llamado con el nombre de Exterminador.

Durante un período desacostumbradamente dilatado, la corriente en el túnel había sido molestamente cálida, y había abundado en una incalculable cantidad de enemigos que, atacando a las formas rojas, las habían diezmado. Se había experimentado también una desastrosa disminución en los congéneres del Exterminador, y él y los pocos supervivientes se habían visto obligados a esforzarse al máximo para evitar ser dominados. Y a pesar de ello las hordas de enemigos culebreantes, danzantes, zigzagueantes, parecían aumentar con mayor rapidez de lo que eran muertos y devorados. Comenzaba a parecer como si su ejército fuera a vencer, y vencidos el Exterminador y sus congéneres, destruidos, aniquilados por completo, cuando súbitamente la lenta y cálida corriente cobró un extraño sabor acre y picante. Casi al mismo tiempo descendió la temperatura, aumentó el caudal, y disminuyeron las enjambreantes huestes de innumerables formas extrañas, como si estuvieran expuestas a un ataque por gas. Y casi instantáneamente también aparecieron como de ninguna parte nuevos congéneres del Exterminador, y se lanzaron vorazmente sobre los supervivientes enemigos. En un sorprendentemente breve espacio de tiempo, las vengativas criaturas blancas exterminaron prácticamente a sus multitudinarios enemigos. Un enorme número de organismos rojizos colmaban ahora la corriente, y el Exterminador seguía abalanzándose acá y allá buscando probables presas. En los remolinos y túneles menores tropezó con algunas, destrozándolas y engulléndolas casi al momento. Guiado por algún inexplicable poder o fuerza, surcó a lo largo de un angosto túnel. Se dio cuenta de pronto que tenía ante él a un grupo de tres seres filiformes, sus más mortales enemigos... y precipitose a la caza. Alcanzaba ya a uno, estaba a punto de apresarle, cuando ocurrió un terrible cataclismo. La pared del túnel se hundió, se produjo una gran grieta, y a través de ella se desbordó la contenida corriente.

Arrastrado desvalidamente por ella, el Exterminador remolineaba locamente en la abertura. Pero su única obsesión, una devoradora ansia de matar, superó todo su

terror, todas sus demás sensaciones. Mientras el líquido elemento lo precipitaba hacia no sabía dónde, asió al culebreante enemigo y lo engulló vivo. En el mismo instante los otros dos estaban siendo llevados por la precipitada corriente, allá a su alcance. Con su súbito esfuerzo se lanzó sobre el más próximo, y mientras aquél desaparecía en su estómago fue arrastrado de la eterna oscuridad a la cegadora luz.

Instantáneamente, la corriente cesó de fluir. El líquido se estancó, y los innumerables seres rojos que rodeaban al Exterminador se arracimaron como para prestarse mutuo apoyo. En algún lugar próximo, el Exterminador sintió la presencia del último miembro superviviente del trío que había estado persiguiendo cuando ocurrió la catástrofe. Pero en el denso líquido estancado, obstruido por los seres rojos, no podía moverse libremente. Pugnó por alcanzar a aquel enemigo restante, pero en vano. Se sintió sofocado, cada vez más débil. Y estaba solo. De todos sus compañeros, él era el único que había sido arrastrado a través de la grieta del túnel que durante tanto tiempo había sido su morada.

De pronto se sintió alzado, arrastrado hacia arriba junto con unos cuantos seres rojizos y una pequeña porción de su elemento nativo. Luego fue arrojado con los demás y, al caer, sintió correr nueva vida por su interior, al percatarse de que su enemigo hereditario —aquel ser filiforme— se hallaba muy próximo, que aún podía abalanzarse sobre él y destruirlo.

En el siguiente instante, un objeto pesado cayó sobre él, y se sintió aprisionado allí, con su gran enemigo a una distancia infinitesimal de su cuerpo, pero desesperadamente fuera de su alcance. Le recorrió un demencial deseo de venganza. Estaba perdiendo fuerzas rápidamente. Los seres rojos que le rodeaban estaban inertes, sin movimiento; únicamente él y aquel ente filiforme mostraban aún señales de vida. Y el líquido se estaba espesando con rapidez. Súbitamente, durante una fracción de segundo, se sintió libre. Y, con un espasmódico movimiento final, alcanzó a su enemigo y, triunfante al fin, quedó convertido en una cosa inmóvil e inerte.

—¡Es extraño! —murmuró una voz humana al examinar su poseedor a través del microscopio la gota de sangre en la plaquita de vidrio—. Podría haber jurado que capté el vislumbre de un bacilo hace un momento. Pero ahora no hay la menor huella de él.

—Esa nueva fórmula que inyectamos produjo un efecto casi milagroso —observó una segunda voz.

—Sí —convino la primera—. La crisis ha pasado, el paciente se encuentra fuera de peligro. Ni un simple bacilo en esta muestra. Jamás lo hubiera creído posible.

Ninguno de ambos doctores se daría cuenta jamás de la parte que había desempeñado el Exterminador: para ellos era, simplemente, un blanco corpúsculo yaciendo muerto en la gota de sangre que se secaba rápidamente sobre la plaquita de vidrio.

Título original:
THE EXTERMINATOR
© 1931, *Radio-Science Publications Inc.*
Traducción de Vicente Vila

MUY ARRIBA, MUY ADENTRO

JUAN G. ATIENZA

Juan G. Atienza podría ser el introductor de la ciencia ficción de calidad en el cine español..., si no mediara el crónico cretinismo de unos productores que aún creen en las niñas prodigio, las películas folklóricas y las comedias memas como base del éxito comercial. Mientras esto sucede, Atienza sigue machacando incansablemente en su idea, y se desahoga escribiendo de tanto en tanto cuentos como el presente, en los que siempre hay la base de una magnífica idea, y muchas veces el germen de lo que podría ser el guión de una película... si algún productor inteligente se decidiera a hacerla.

ilustrado por ENRIC SIÓ

LISTO, PILOTO... TRASMITE MIENTRAS PUEDas. BASE A PILOTO: NO TE OÍMOS. ¿TODO O.K.? CAMBIO.

Todo O.K., sí... No puede ser de otro modo, me habéis enseñado a resistir una aceleración de 10 g. y a manejar sin la mínima duda todos los resortes de la nave, desde el computador más chico hasta los cohetes iónicos que pondré en funcionamiento dentro de unos instantes, cuando esté en órbita y lo suficientemente lejos para que los chorros de energía no sean peligrosos para vosotros... Todo O.K., sí, todo...

—Piloto a base: Sin novedad, he alcanzado la altura prevista menos seis mil. Órbita helicoidal. Menos cinco quinientos... Menos. Menos. La aguja se acerca al punto cero y entonces habrá que oprimir el botón rojo y la nave y los computadores harán lo demás, sin intervención de nada que no sea su fabulosa memoria mecánica sin fallos, para seguir enviándome hacia arriba, en... ¿cómo dirán mañana los periódicos?, «EN LA PRIMERA DISTORSIÓN DEL ESPACIO-TIEMPO, LA PRIMERA EXPERIENCIA HUMANA DEL VIAJE SUPERLUMÍNICO INTERESTELAR», grandes titulares de media página en siete millones de periódicos del planeta que está quedando a mis espaldas...

—Menos cuatro mil quinientos...

... cada vez más chico, la Tierra sin importancia, sólo mi nave tiene importancia en medio de las estrellas, hacia ellas, ¿hasta cuándo?, programa previsto, no caben preguntas, aunque se sientan tentaciones de hacerlas, porque una cosa es calcularlo todo sobre el papel con la ayuda de las i, be, eme, y otra vez el cielo negro negro negro a través de la escotilla... y saber que las estrellas mandan su luz hacia mí a trescientos mil kilómetros por segundo y que yo voy a ir hacia ellas a la misma velocidad y más, con todo el espacio que me rodea, hasta alcanzar el ¿punto previsto? y ¿regresar? ¿habrá regreso? tiene que haber regreso, está previsto también, no ha

habido accidente hasta ahora, únicamente aquél, ¿cómo se llamaba? ya no me acuerdo, muy viejo, aquel a quien en el principio de todo le cayó un espejo y le dio en la sien y...

—Menos mil. Menos quinientos. Menos cien. Cincuenta, veinte, diez-nueve-ocho-siete-seis-cinco-cuatro-tres-dos-uno-¡CERO!

El silencio. Se ha interrumpido el ascenso. Estoy en órbita, en medio de las estrellas, con la Tierra allá abajo, en algún sitio. Gravedad cero...

Floto, flotaría si las correas no me mantuvieran fijo al asiento. El botón. Rojo. El sol encendiéndose por detrás del lago, rojo también. El lago, Isabel y yo. Acta matrimonial, risas, feliz. Isabel me espera. He oído su voz, hace apenas un minuto. O un siglo.

—BASE A PILOTO. PREPARADO... ¿LISTO PARA LANZAMIENTO? CAMBIO.

—Listo...

Botón rojo y hacia las estrellas, más veloz que la luz que me llega de ellas. Un-año-luz, un-día-luz y volver y haber pasado cinco días o más en la Tierra y encontrar a Isabel cinco días más vieja.

—ATENTO PILOTO. ULTIMAS INSTRUCCIONES. CUANDO ENCIENDAS MOTORES IÓNICOS DEJARAS DE ESCUCHARNOS, RECUERDA, NO HABRÁ...

... no habrá escucha, porque mi ¿velocidad? será superior a la de las ondas de los transmisores, t-r-e-s-c-i-e-n-t-o-s m-i-l k-i-l-ó-m-e-t-r-o-s-p-o-r-s-e-g-u-n-d-o pero yo sí podré transmitir, aunque mi voz llegue a vosotros cuando ¿yo? ya esté del otro lado del espacio y del tiempo Isabel volviendo el calcetín del cielo —lo decía el comodoro, calcetín— del revés, volviéndome yo mismo del revés...

—... NO DEJES DE TRANSMITIR MIENTRAS PUEDES, RECUERDA: CADA PALABRA, CADA SONIDO QUE LLEGUE DE TI ES PRECIOSO, DI CUANTO SE TE OCURRA, CUÉNTALO TODO... DIEZ... NUEVE... OCHO...

Hasta...

—¡CERO! CONTACTO. ¡CORTO!

Botón. Rojo.

Negro.

Luz. Por todas partes. Luz desde todo el Universo. Hacia mí. Debo comunicar. Decirlo. Todo cuanto veo, toda la luz. Sólo que la luz no se puede decir. Se ve. Se siente. Se palpa. Entra por todas partes. Por la boca, por la piel.

Todo es luz, desde el momento en que vi ponerse el sol rojo como el botón por detrás del lago, tiñendo de luz las aguas, nosotros. (No se siente nada nada como si hubiera dejado mi cuerpo al otro lado del tiempo, como si sólo hubiera conservado ojos y cerebro, como si formasen parte de la nave, sin mí, con la luz).

... ¿Quieres casarte conmigo? Lo digo en serio Isabel nunca he hablado así en mi vida no te sonrojes sabes que soy incapaz de decirte lo que no siento la tarde se tiñe

también de rojo detrás de los árboles de la Universidad está silenciosa sólo nosotros en el parque Isabel esperaba este instante para...

(Es luz de muerte. Un ser humano ¡no puede! distorsionar el espacio-tiempo. Sí puede. Yo puedo. Como un calcetín. No hay Tierra ya, no existe nada, ni la base, ni nada de Nada).

... tienes que estudiar Tomás no puedes dedicarte a piloto de pruebas eso está bien para la guerra pero ya no hay guerras y la luna está lejos lejos ya lo sé mamá yo no quiero ir a la Luna sino más lejos tan lejos como pueda ir un ser humano y más hijo dices tonterías sueñas siempre te ha gustado soñar despierto pero hay que tener los pies firmes en la Tierra...

(En la Tierra, ¿qué Tierra? No hay Tierra, sólo vacío y luz, nada más que yo. Y la nave en medio de la Nada, la NADA, LA NADA).

... la Tierra la arena de la playa no me tires arena a los ojos está salada y escuece como el agua del mar que irrita los ojos yo haré el castillo y tú harás el canal para que el agua llegue hasta el foso ¡cuidado! que el castillo se seca y el agua va a tirarlo...

(No podré regresar, no se puede regresar de la Nada. Yo mismo soy Nada, estoy suspendido en mitad del vacío para siempre, hasta que el Tiempo exista, hasta Nunca, hasta Nada).

... si sacas los exámenes te llevaré a la playa Tomás tienes que estudiar de firme tienes que sacar el curso los niños no os dais cuenta pero hay que aprovechar el tiempo para ganarse la vida sobre todo cuando tu padre ya no vive Tomás ¿te das cuenta? tú eres el hombre de la familia mi apoyo no tengo más que a ti...

(No quiero no quiero, ¡no quiero! Es como muerte sin morirse, como muerte y desintegración a un tiempo, de todo, de mí, sólo la nave y yo en el vacío sin fin ni principio. ¡No!).

... no entres en el cuarto vete a casa con la tía Sara papá se pondrá pronto bueno no llores no será nada dale un beso y se pondrá bueno yo no estoy llorando ¿verdad papá? no lloro tú me dijiste que los hombres valientes no tienen que hacerlo y yo soy valiente ¿por qué se ha puesto enfermo papá? no quiero que se lo lleven al hospital no quiero no quiero quiero ir con él me tiene que enseñar aún dónde se pegan los sellos en el álbum...

(Cobarde. Soy cobarde. Y no se puede ser cobarde. Me lo juré a mí mismo cuando di un paso al frente. Pidieron un voluntario porque no quisieron decírnoslo todo. Y todo era por eso, porque no hay regreso, sino sólo infinitud y alcanzar el límite de la Galaxia un día —¿cuándo?— convertido uno mismo en nada, en polvo cósmico si la nave no resiste. Pero la nave resiste, es el único rincón, el último, del Universo donde aún cabe vivir, vivir... es mi mundo, mi todo y todo el resto es NADA, NADA, NADA).

... Sed hambre visión de alguien que ríe papá y de alguien que me da de comer mamá comer sed hambre frío ruidos se contraen los ojos alegría descubrir mis miembros tengo miembros tengo manos que saben agarrar un dedo fuerte fuerte río

hambre sed ropa huele a limpio río río sueño...

(No debo dormirme, dormirme y morir es lo mismo. Está todo delante de mí, tengo que aguantar cuanto pueda, tengo que transmitir, están esperando mi transmisión desde la base, ¿qué base?, ¿hay una base en algún lugar del Infinito? ¿Hay algo más que yo mismo flotando en la Nada dentro de la cápsula? Están esperando mi transmisión, será la única prueba que tendrán de que sigo vivo, si es que sucede realmente eso. ¡No quiero morir!... Tengo que transmitir, para que sepan que no he muerto, para que lo sepa Isa, que vivo aquí, dentro de la cápsula, dentro, en mi mundo, en el único mundo que existe).

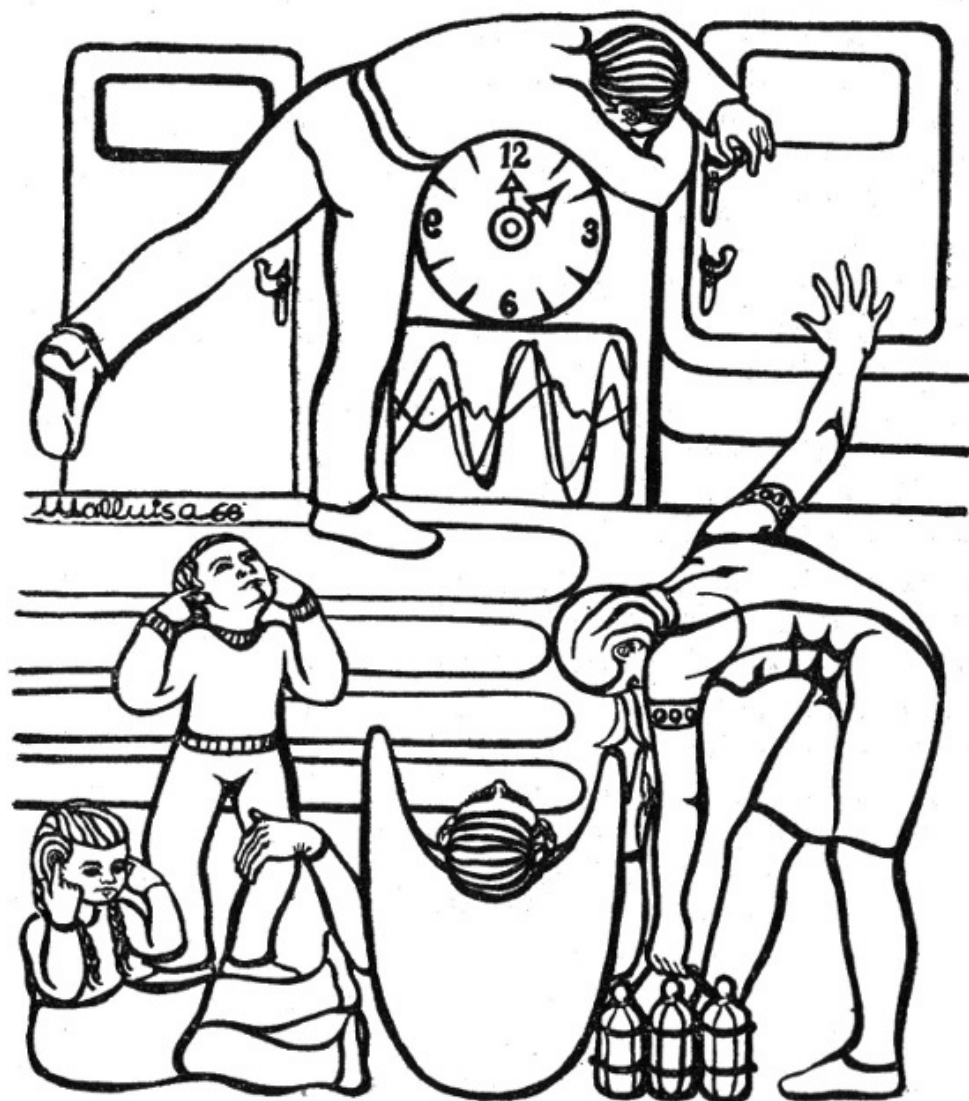
... caliente caliente caliente tibio paz algo llega a través de las paredes como una vibración como un sonido lejanísimo pero aquí estoy seguro rodeado de una luz roja muy tenue viviendo de lo que ella me da alimentándome y alimentándose por mí y para mí y yo encogido pequeño muy pequeño no quiero crecer quiero estar siempre aquí dentro calentito seguro seguro no hay nada fuera de esto nada nada nada nada nada...

—M a m á... M am á...

© 1968, Juan G. Atienza y Nueva Dimensión



PETER PORTER



ilustrado por M.ª LLUISA PAYTUBÍ

your attention please

The Polar dew has just warned that
A nuclear rocket strike of
At least one thousand megatons
Has been launched by the enemy
Directly at our major cities.
This announcement will take
Two and a quarter minutes to make,
You therefore have a further
Eight and a quarter minutes
To comply with the shelter
Requirements published in the Civil
Defence Code — section Atomic Attack.
A specially shortened Mass
Will be broadcast at the end
Of this announcement —
Protestant and Jewish services
Will begin simultaneously
Select your wavelength immediately
According to instructions
In the Defence Code. Do not
Take well-loved pets (including birds)
Into your shelter — they will consume
Fresh air. Leave the old and bed-
ridden, you can do nothing for them.
Remember to press the sealing
Switch when everyone is in
The shelter. Set the radiation
Aerial, turn on the geiger barometer.
Turn off your Television now.
Turn off your radio immediately
The Services end. At the same time
Secure explosion plugs in the ears
Of each member of your family. Take
Down your plasma flasks. Give your children
The pills marked one and two
In the C.D. green container, then put

Them to bed. Do not break
The inside airlock seals until
The radiation All Clear shows
(Watch for the cuckoo in your
perplex panel), or your District
Touring Doctor rings your bell.
If before this, your air becomes
Exhausted or if any of your family
Is critically injured, administer
The capsules marked 'Valley Forge'
(Red pocket in No. 1 Survival Kit)
For painless death. (Catholics
Will have been instructed by their priest
What to do in this eventuality).
This announcement is ending. Our President
Has already given orders for
Massive retaliation — it will be
Decisive. Some of us may die.
Remember, statistically
It is not likely to be you.
All flags are flying fully dressed
On Government buildings — the sun is shining
Death is the least we have to fear.
We are all in the hands of God,
Whatever happens happens by His Will.
Now go quickly to your shelters.

Peter Porter

su atención por favor

La Línea de Alerta Polar acaba de avisarnos
que un ataque con cohetes nucleares
de por lo menos un millar de megatones
ha sido lanzado por el enemigo
directamente contra nuestras principales ciudades.
Este anuncio tardará
dos minutos y un cuarto en ser hecho,
ustedes, por lo tanto, tienen otros
ocho minutos y un cuarto
para cumplir con las formalidades de refugios
publicadas en el Código Civil
de Defensa — sección Ataque Atómico.
Una Misa especialmente abreviada
será retransmitida al final
de este anuncio;
los servicios Protestantes y Judíos
comenzarán simultáneamente.
Seleccionen su longitud de onda inmediatamente
de acuerdo con las instrucciones
del Código de Defensa. No lleven
a sus animales más queridos (pájaros inclusive)
dentro de su refugio: consumirían
aire fresco. Dejen a los viejos e inválidos,
nada pueden hacer por ellos.
Recuerden accionar el conmutador
de cierre cuando todo el mundo esté dentro
del refugio. Instalen la antena
de radiación, pongan en marcha el barómetro geiger.
Apaguen su Televisión ahora.
Apaguen su radio inmediatamente,
los Servicios terminan. Al mismo tiempo
aseguren los tapones de explosión en los oídos
de cada miembro de sus familias. Lleven
abajo sus ampollas de plasma. Den a sus niños
las píldoras marcadas uno y dos
en el container verde de Defensa Civil. Luego pónganlos
en la cama. No rompan
los sellos interiores de las compuertas

hasta que la señal de radiación «Limpio» aparezca
(estén atentos al cucú
en sus paneles de plástico) o hasta que su Doctor
Ambulante de Distrito llame a su timbre.
Si, antes de esto, su aire se termina,
o si alguien de su familia
tiene un grave accidente, adminístrenle
las cápsulas señaladas «Valley Forge»
(bolsillo rojo en el Equipo de Supervivencia n.º 1)
para una muerte indolora. (Los católicos
habrán sido instruidos por sus sacerdotes
sobre qué hacer en esta eventualidad).
Este anuncio está terminando. Nuestro Presidente
ha dado ya órdenes para
el contraataque masivo: será
decisivo. Algunos de nosotros podemos morir.
Recuerden, estadísticamente
es posible que no sea usted.
Todas las banderas están flotando al viento
en los edificios Gubernamentales; el sol brilla.
La muerte es lo que menos tenemos que temer.
Estamos todos en las manos de Dios,
sea lo que sea que ocurra ocurre por Su Voluntad.
Vayan ahora rápidamente a sus refugios.

traducción de M. Sobreviela

37 CENTÍGRADOS

LINO ALDANI

A decir de algunos críticos la ciencia ficción no es más que una galería de infiernos: infierno de la cibernética, de la publicidad subliminal, de la política tecnocrática o de las criaturas extraterrestres. Lino Aldani, de quien *Nebulae* va a publicar en fecha breve un volumen de sus mejores relatos, nos ofrece en esta narración un «infierno médico» en el que, a través de un acre y en ocasiones trágico humor, nos plantea un problema que se insinúa ya, actualmente, en algunos estratos de nuestra sociedad.

ilustrado por RICCARDO LEVEGHI

Como de costumbre, la primera persona que Nico encontró al salir de casa fue el agente de la C.M.G., el hombrecillo seco y arrugado cuyo uniforme carmesí le caía de las espaldas un poco curvadas, todo él pliegues y protuberancias, como la seda de un paraguas cerrado. Se llamaba Espósito, un meridional de piel verdosa, con un bigotito delgado y una gran verruga pilosa cerca de la oreja.

Era el responsable del bloque de casas, una carroña, metomentodo e invasor, como todos los controladores de la C.M.G.

Nico se detuvo a diez pasos y se abotonó el abrigo. Se sentía en forma, el cielo era azul, sin una nube: un verdadero día de cofias y cochecitos de niño en los jardines públicos. Y sin embargo, a la vista de Espósito, se levantó el cuello y hundió las manos en los bolsillos.

—Buenos días —saludó el hombrecillo de la C.M.G.

Nico sacó una mano, pero sólo por un instante; agitó los dedos en el aire en un saludo que quería ser confidencial, y probó a escapar con el aire de quien lo tiene todo en regla.

Pero el controlador Espósito lo agarró por un brazo.

—¿Faja? —preguntó.

—Todo en su sitio —declaró Nico.

—¿Jersey grueso?

—¡Lo llevo, lo llevo!

—Bien —dijo sin descomponerse el hombrecillo de la C.M.G.—. Se lo ruego, señor Berti, tenga cuidado. Abril es traidor, no se quite el abrigo. Sería sancionado.

—Esté tranquilo, controlador.

Se alejó con rapidez, mientras una mancha de azul oscuro le rozaba peligrosamente. Nicola Berti suspiró, continuó caminando con la mirada un poco hacia su izquierda, por donde los levacar, lúcidos y rutilantes, corrían suspendidos sobre la pista de vitroplast. Eran todos hermosísimos, incluso aquellos ya algo viejos,

aún los pequeños vehículos utilitarios, minúsculos pero sin embargo comodísimos. Amarillo, rojo, amarillo otra vez, después uno azul, después verde, rojo, rojo, azul, blanco plateado, azul oscuro, verde...

Nico suspiró otra vez. Con pasos lentos, casi estudiados, recorrió los cincuenta metros que lo separaban de la parada. El helibús no se veía aún. Se introdujo entre el grupo de pasajeros que aguardaban, treinta o cuarenta personas. Un señor robusto trató de impedirle el paso, pero Nico hinchó el tórax y, manejando los codos, logró alcanzar los primeros puestos. Cuando el helibús llegó, dio un empujón a la mujer que estaba a su lado, resistió las cargas del señor robusto, y entró el primero. Alguien maldijo.

—Estas cosas no pasan en el extranjero —gruñía una señora gorda, de senos enormes y esponjosos.

—¡Villano! —chillaba en falsete un viejecillo con gafas—. Si tiene prisa, coja un taxi.

Nico sintió un dolor en la pantorrilla: un muchacho, tratando de pasarle delante, maniobraba su cartera de fibra sintética en medio de la selva de piernas.

La puerta automática se cerró, un paraguas permaneció atascado en medio, se oyó una imprecación sofocada, después una blasfemia, otro se echó a reír, mientras el helibús volvía a partir dejando en tierra a veinticinco personas con los brazos levantados en gesto de amenaza.

Fatigosamente, Nico contorneó a la mujer gorda, dio una patada a la tibia del muchacho y, deslizándose entre el viejo de las gafas y la máquina expedidora de billetes, llegó al centro del vehículo, donde había un poco menos de gente. Cogido al pasamanos, su mirada cayó de nuevo sobre los carteles publicitarios encajados entre el techo y las ventanillas.

Los sabía de memoria. Cojines neumáticos Lichemin, Levacar-Ocasiones, Cojines neumáticos Lireppi, Giulia-Gamma, Troënci, Demerces, Dorf, Volkscar Alfa y Beta. Estaban todos. Una galería de tentaciones ante la cual era imposible tener los ojos cerrados.

¿HAS DECIDIDO SEGUIR SIENDO
UN GUSANO
DURANTE TODA TU VIDA?
¿QUÉ ES LO QUE ESPERAS
PARA COMPRAR
UN TROËNCI?
¡TROËNCI!
70.000 LIRAS MENSUALES
SIN ANTICIPO
¡TROËNCI!
EL LEVACAR QUE SE IMPONE

Y TRIUNFA
¡TROËNCI!
¡TROËNCI!
¡TROËNCI!

Tragó saliva amargamente. Los otros carteles tenían poco más o menos el mismo tono.

DEMERCES
EL LEVACAR QUE OS HACE
SENTIROS IMPORTANTES
¿A QUÉ ESPERÁIS?
LA MITAD AL CONTADO
EL RESTO EN CÓMODOS PLAZOS

Y aún:

AMIGO, ABRE LOS OJOS
SI TE GUSTAN
LOS COCHES DEPORTIVOS
ESCOGE LA GIULIA-GAMMA
280 KM. A LA HORA
VEHÍCULO APROBADO POR LA
C.M.G.

¡La C.M.G., la Convención Médica General! Una obsesión, eso es lo que era. Siempre entre tus pies, con un reglamento medieval y miles y miles de controladores atareadísimos en levantar infracciones.

Nico giró sobre sí mismo, pero incluso en el otro lado del helibús los anuncios de la C.M.G. brillaban con letras fosforescentes. Probó a cerrar los ojos. Inútil. Aquellos cochinos sabían su trabajo, incluso en publicidad eran los primeros. Imposible no leer sus slogans.

CIUDADANO
¿CREES VERDADERAMENTE
TENER
LA CONCIENCIA TRANQUILA?
¿ESTÁS SEGURO
DE TRAER CONTIGO
TU TUBO DE ASPIRINAS?

Inconscientemente, Nico se dio cuenta de que estaba rebuscando en sus bolsillos

en busca del tubo.

NO DIGAS HABER OLVIDADO
EL TERMÓMETRO
EN EL BOLSILLO
DE LA OTRA CHAQUETA.
ES UNA MEZQUINA
JUSTIFICACIÓN.
PARA CUALQUIERA QUE SEA HALLADO
SIN TERMÓMETRO
LA SANCIÓN ES DE
TRESCIENTAS OCHENTA LIRAS

Se llevó una mano al costado. El termómetro estaba allá, al lado de la pluma de duroplomo y del peine de concha artificial.

¡AYUDADNOS
A SERVIROS MEJOR!
RECORDAD:
POLIVITAMÍNICO
DOS VES AL DÍA



Nico resopló. Buscó el dispositivo que regulaba la apertura de la ventanilla, pero una mano rápida cayó sobre la suya.

—¿Qué es lo que quiere hacer? —preguntó con voz amable pero firme un hombre

que estaba a su lado.

—Abrir —dijo jadeante—. Tengo un calor de infiernos, me estoy sofocando.

El otro lo miró con calma, cara a cara, después sacudió la cabeza resueltamente.

—La ventanilla no se abre.

Nico se echó a reír.

—Ésta sí que es buena. Me falta aire. ¿Qué le importa a usted si bajo o no el cristal?

—Basta ya —dijo el hombre con voz decidida. Había sacado de su bolsillo una tarjeta y la agitaba delante de su nariz—. Soy controlador de primera clase de la C.M.G., y la ventanilla permanecerá cerrada: artículo 5, apartado segundo, del acuerdo estipulado entre la Compañía de Transportes Públicos y la Convención Médica General.

Nico abrió la boca, después alzó los hombros en un residuo de protesta destinado de antemano al fracaso.

—No diga nada —cortó el otro—. El reglamento habla claro: los medios de transporte público deberán mantener las ventanillas cerradas hasta el 31 de mayo. ¡Y estamos aún en abril! Usted está convencionado, ¿verdad?

—Sí —dijo Nico, bajando de tono la voz súbitamente.

—Sus documentos, por favor.

—Pero... ¡Mis documentos no tienen nada que ver!

—Sus documentos he dicho. Tarjeta de identidad, tarjeta sanitaria y contrato de trabajo.

—¡Pero es inaudito! Sólo porque he intentado bajar el cristal...

—¡Conductor! —gritó el hombre de la C.M.G.—. Pare, por favor. Quiero efectuar un control.

El conductor frenó. Bajaron del helibús, y la puerta automática volvió a cerrarse ante un mar de caras irónicas.

—Sígame.

—Pero mire, voy retrasado, tengo sólo doce minutos para llegar a la oficina.

El hombre de la C.M.G. hizo detenerse a Nico en un portal.

—Estoy en regla —dijo éste, dándole sus documentos—. Aquí está el termómetro, el tubo de aspirinas, las pastillas para la tos... Ésta es la vitamina C, ésta la B-12, el antiséptico, el leucoplasto, la pomada oftálmica y el estuche de los antibióticos. Lo tengo todo, no puede sancionarme.

El controlador examinó cada cosa minuciosamente.

—¿Faja? —dijo después, mirándole a los ojos.

—Escuche, estoy haciendo tarde. El Ministerio de la Canción está en la plaza Flaminio, si me hace perder el próximo helibús no llegaré a tiempo...

—¿Faja? —insistió el hombre de la C.M.G.

—¡Cristo! Sí, llevo la faja. Y camiseta gruesa. Y calcetines de lana.

Abrió el abrigo, la chaqueta, se levantó el jersey y se desabotonó la camisa a la

altura del estómago.

—Aquí está, véalo. Camiseta gruesa y faja. Estoy en regla.

El otro abrió una libreta de notas y empezó a escribir.

—Una inspección especial le hará bien —dijo.

—¿Inspección especial? ¿Por qué? Estoy en regla.

—Sí, por el momento sí. Pero su tentativa de abrir la ventanilla del helibús es síntoma de tendencias individualistas muy peligrosas. Señalaré su nombre a la Comisión Superior de Vigilancia. Puede irse.

Una mirada lívida, rabiosa. Nico se metió en los bolsillos termómetro, tubos y documentos y salió a la carrera del portal.

El helibús estaba parado a cien metros de distancia, con el acostumbrado grupo de obsesos que pugnaban por subir. Nico se lanzó, en pocos segundos estuvo en medio del grupo, trabajó con piernas y brazos hasta que logró asirse a la barra del helibús, se izó a pulso y ganó la plataforma. El vehículo partió en aquel momento.

Entonces se pasó el dorso de la mano por la frente húmeda de sudor y miró afuera, a la calle. Una hilera brillante de levacars seguía al helibús y lo bordeaba al pasarle: rojo, azul, azul, amarillo, azul marino, blanco plateado, rojo, amarillo, azul, verde oliva... Cerró los ojos, se volvió, los abrió de nuevo mirando al techo. Pero después su mirada resbaló lentamente por el cóncavo metal y se detuvo en el anuncio fosforescente de la Troënci.

LOS GUSANOS SE ARRASTRAN
EL HOMBRE
QUE SABE LO QUE SE HACE
VIAJA A 200
EN TROËNCI
EL LEVACAR DE NUESTRO TIEMPO

No había escapatoria. Se dio la vuelta una vez más. El rojo de otro anuncio lo golpeó con la violencia de un puño. Era un cartel enorme, ocupaba casi toda la parte derecha del vehículo.

CIUDADANO
AL PRIMER SÍNTOMA DE RESFRIADO
¡ASPIQUININA!
HOMBRE AVISADO
A MEDIAS SALVADO
100 LIRAS DE SANCIÓN
A TODO CONTRAVENTOR
CONVENCIONADO

Trabajó durante dos horas seguidas, sin levantar la cabeza ni un instante. A las

diez entró un botones y dejó sobre su mesa otro paquete de expedientes, a las diez y media lo llamó a informar el jefe del departamento, a las once tomó un café y la pastilla de vitaminas.

A las once y cinco sonó el teléfono.

—Nicola Berti —dijo, levantando el auricular nerviosamente. Esperaba que fuera Doris, pero se sintió decepcionado. Era una voz masculina, entre barítono y bajo.

—Aquí D'Andrea, de parte de la Comisión Superior de Vigilancia.

—Diga —balbuceó Nico.

—Esta tarde a las diecinueve queda usted convocado al Ambulatorio Central de *via del Gambero*.

—Ah... ¿Y por qué?

—Análisis de sangre, radiografía pulmonar...

—¿Eh?

—... control de índice alcohólico y nicotínico. Buenos días, señor Berti.

Aquello era lo único que faltaba. Aquel cerdo de controlador que había encontrado en el helibús había demostrado un celo casi vehemente.

Sacó de su bolsillo el paquete de cigarrillos y lo vació sobre la mesa: quedaban aún seis. Sentía deseos de encender uno, pero se contuvo: aquellos seis cigarrillos debían durarle para todo el resto del día.

—¡Puerca vida!

El compañero de la mesa de enfrente dejó la pluma y levantó los ojos de su trabajo.

—¿Qué ocurre?

Nico alzó los hombros. No era su intención desahogarse con aquel refractario de Giobbi, un imbécil digno del nombre que llevaba. Por otro lado, Giobbi nunca había fumado en su vida, no podía comprender que el límite máximo e insuperable de diez cigarrillos diarios era ridículo para un hombre de veinticinco años, siempre en movimiento y con dos pulmones a prueba de bombas. Ciertamente, era libre de fumar más: los distribuidores automáticos estaban repletos de cigarrillos, bastaba echar una, dos, tres, cinco monedas y la máquina le suministraría todos los cigarrillos del mundo. Pero... ¿y después? En el control del índice nicotínico la placa haría de espía, bastaba superar tan sólo un poco el límite de tolerancia para ver caer sobre sí una multa de las peores: cuarenta o cincuenta mil.

Nico hizo examen de conciencia. Durante la última semana había fumado algunos cigarrillos de más, con el propósito sin embargo de nivelar el promedio en la próxima semana. Aquel estúpido de controlador lo había arruinado todo. La radiografía pulmonar era para hoy, a las diecinueve. No había forma de arreglarlo. O quizá sí, quizá bebiendo leche y obligándose a no fumar hasta la noche...

Tomó los cigarrillos y los metió en el cajón, cerró con llave y miró a Giobbi.

—Toma —dijo, tirándole la llave—. Devuélvemela cinco minutos antes de irnos. Y si te la pido antes, házmela tragar.

El deseo de fumar se convirtió en una necesidad imperiosa. Nico mordisqueó una punta de lápiz y abrió la tapa de un nuevo expediente: el autor de «alma rota» y «ojos tristes» denunciaba que en algunas revistas de poca monta sus canciones habían sido ilícitamente parodiadas. La instancia, enviada también para conocimiento al Sindicato de Letristas, terminaba con una enérgica demanda a la superior autoridad para que procediese con un mayor celo a la tutela artística de las creaciones de los autores.

A Nico le vino de pronto a la memoria el texto original de la canción: Dulce amor, hay en mi interior, un dolor, por ti, corazón, moriré, si me niegas, el sí...

Pasó, atareadísimo, el resto de la mañana en medio de una densa documentación toda a base de «corazón, pasión, emoción, por siempre, te querré, te amaré, sólo tú, tú, tú...» interrumpido, pero sólo un minuto, por aquel cargante de Ortensi, el controlador de la C.M.G. que supervisaba, con la ayuda de dos asistentes, todo el Ministerio de la Canción.

—¿Todo bien? —se informó Ortensi, asomando la cabeza por la ventanilla.

—¡Todo bien! —respondieron al unísono Giobbi y Nico.

—¿Tomada la pastilla?

Dos cabezas bascularon rítmicamente en un gesto afirmativo.

—¿Y la temperatura?

—Treinta y seis con ocho —declaró Giobbi sin levantar la cabeza de la calculadora.

—Treinta y siete —mintió Nico al azar. Aquella mañana su termómetro había permanecido inactivo en el fondo de su bolsillo. Ortensi, sin embargo, parecía tener prisa, no entraría para efectuar un control.

Doris no telefoneaba y el hecho lo ponía aún más nervioso que la convocatoria en el Ambulatorio. Varias veces estuvo a punto de marcar el número del notario Aloisi, donde Doris trabajaba, pero siempre se contuvo: el notario tenía un carácter de perros, no toleraba que sus empleados usaran el teléfono para motivos que no fueran de su trabajo.

Finalmente llegó la una, y el timbre sonó. Introdujo los expedientes en el cajón y salió de la oficina, bajó a la carrera las escaleras que conducían al subsuelo, donde estaba instalada la cantina del Ministerio.

El local estaba desierto, sólo un par de empleados habían llegado antes que él, pero pronto los distribuidores automáticos de comidas serían tomados por asalto.

Giobbi se detuvo a su lado.

—¿Qué vas a tomar?

—Leche y macedonia de frutas.

—¿Estás loco? Yo me tomaré un hermoso bistec con patatas fritas.

—Hazme un favor, Giobbi: no me llenes más la cabeza. La C.M.G. me está haciendo difícil la existencia. Esta tarde debo pasar el control de la nicotina.

—¡Hum! Mal asunto, Berti.

—Sí, en estos últimos días he fumado como un turco. Me van a multar. Y toda la

culpa es de aquel hediondo que he encontrado esta mañana en el helibús. Estaba en regla, pero ha querido someterme igualmente a una inspección especial. Si me lo encuentro ahora, palabra que lo hago trizas.

Se sentaron en un ángulo, de espaldas al gran cartel en el cual la C.M.G. recordaba a todos los convencionados un antiguo aforismo de la escuela médica de Salerno: «Defecatio matutina est tamquam medicina». Una vez, Nico había presentado un escrito pidiendo que quitaran de la pared al menos aquel cartel, pero no obstante las doscientas firmas recogidas la petición había sido denegada.

La leche tenía un sabor desagradable. Nico engulló tres vasos y se quitó el mal gusto con la macedonia de frutas, después se quedó absorto contemplando el plato de Giobbi. El bistec parecía excelente, y la pequeña pirámide de patatas fritas exhalaba un aroma tentador.

Se levantó de golpe.

—Préstame el periódico —dijo—. Me voy arriba.

Tomó un vaso, otra botella de leche, y salió de la cantina con la cabeza baja.

Arriba y abajo, a lo largo del corredor de la oficina de correos. De tanto en tanto se acercaba a las grandes mesas del vestíbulo, daba una ojeada a los impresos de giro postal y telegramas, miraba el cuadrante luminoso del gran reloj eléctrico.

Nico acostumbraba ser puntual. A las ocho y media Doris comenzó a sentirse preocupada. Taconeó nerviosamente. Después, no pudiendo dominar su impaciencia, reemprendió su paseo arriba y abajo, los ojos ahora fijos en la encristalada puerta de acceso, ahora vueltos ansiosamente a la esfera del reloj.

No viene, empezó a pensar. Le ha sucedido algo y no viene. Esperaré aún cinco minutos, luego me iré a casa. Su mirada se posó en la ventanilla de certificados. C-e-r-t-i-f-i-c-a-d-o-s. Doris se puso a contar las letras que formaban la palabra: sí, no, sí, no, viene, no viene, sí, no, sí, no... ¡No! No viene, no viene ya, le ha sucedido algo.

Sin embargo, Nico apareció precisamente en aquel momento. Pálido, el rostro un poco distendido, los ojos muy abiertos y la corbata eternamente torcida.

Él no dijo nada. La tomó por la mano y se apresuró a largas zancadas hacia la salida, la condujo fuera en medio de la multitud, allí donde el tráfico era ensordecedor.

La *via* del Corso parecía la entrada de un hormiguero, confusión, atascos, cuatro pistas elevadas llenas hasta los topes, grupos de gente delante de los escaparates y en las entradas de las aceras rodantes.

—Telefonea a casa —dijo Nico parándose en la entrada de un bar—. Di que esta noche cenas fuera.

—¿Pero por qué? ¿Qué te pasa? Responde.

—Telefonea, hazme caso. Siento deseos de estar contigo, pero tengo un hambre de lobo. ¿Has comprendido? Una pizza, una cerveza, y después a Villa Borghese.

Doris entró en el bar, se metió dentro de la cabina telefónica y arregló las cosas en

treinta segundos.

—Después me explicarás —dijo, reuniéndose con él.

—Seguro, seguro... —Dio vuelta a la esquina de *via Frattina*, condujo a la muchacha hasta un local tranquilo, la ayudó a sentarse en la alta silla, al fondo de una sala estrechísima donde no había nadie.

Comieron en silencio. Nico engullía grandes bocados con voracidad, como si estuviera en ayunas desde hacía una semana. Doris, en cambio, jugueteaba con los cubiertos. Lo miraba absorta, una mirada melancólica, maternal, ahora dirigida al movimiento rítmico de sus mandíbulas, ahora al latido de las venas de sus pulsos.

Es un chiquillo, pensaba. Es como un chiquillo. A veces, sin embargo, Nico le parecía como un ser autónomo venido al mundo sin el concurso de progenitores, una especie de deidad absurda, inasequible.

No dijo nada, esperó a que Nico terminara. Nico retiró el plato suavemente, un gesto rudo y mesurado al mismo tiempo, se limpió los labios con la servilleta de papel, hizo una pelota con ella, la arrojó al plato y se hurgó los bolsillos en busca de los cigarrillos.

—He estado en *via del Gambero* —dijo.

—¿En la *via del Gambero*? ¿Y por qué?

—He estado en *via del Gambero* —repitió Nico—. En el Ambulatorio Central. He pasado el control nicotínico.

Doris abrió su bolso, se puso a buscar algo en su interior, más que nada para darse una continencia. Nico se lo contó todo.

—¿Y entonces?

—El resultado de los análisis no estará hasta pasado mañana. Pero estate tranquila, no ocurrirá nada. Hoy he bebido leche casi hasta la náusea. ¡Y no he fumado, sólo cuatro cigarrillos!

Al fondo de la *via Frattina*, la escalinata de la Plaza de España se extendía en sus blancos peldaños de piedra como el salto de una cascada de leche sucia. La luna asomaba los ojos tras los tejados, entre una inextricable maraña de antenas de televisión.

—Estate tranquila —seguía repitiendo Nico—. No ocurrirá nada, les he engañado, ya lo verás.

Continuaba sujetándola por la mano, la conducía lentamente por las suaves curvas de la escalinata, subiendo bajo los globos de luz y los densos arbustos de laurel rosa.

Se detuvieron a lo largo de la avenida, junto a la balaustrada. Había una bóveda de palmeras y de pinos altísimos. Y una fuente, al lado, que murmuraba levemente. Una sombra profunda, olorosa. Más allá de las terrazas del Pincio, bajo una cúpula fosforescente, Roma parpadeaba enigmática.

Comenzó a besarle las manos, las muñecas, los antebrazos. Doris intentaba resistirse, un poco por juego, un poco por temor a que alguien los viese.

—Escucha —dijo Nico, sujetándola por los hombros mientras la besaba en el

cuello—. Escucha...

—Estate quieto, Nico. Ven, vamos a sentarnos.

Pero él la tenía prisionera. La besó en la boca, largamente, y otra vez, y otra, hasta que sintió el cuerpo de Doris relajarse y abandonarse entre sus brazos.

Un levacar vino a detenerse a pocos pasos. El conductor abandonó la calzada de vitroplast e hizo tomar tierra al aparato al borde del terreno herboso. La luz de los faros les dio de lleno.

—¡Mira este cretino dónde ha ido a meterse!

Ella recobró rápidamente la compostura.

—Vayamos a sentarnos —dijo—, ahí hay un banco libre.

La siguió de mala gana. Doris reía, pero él estaba furioso, caminaba con los puños apretados, los músculos contraídos.

—Cálmate, Nico. No seas ridículo. Siéntate aquí a mi lado y dime alguna cosa...

Nico resopló.

—¡Vamos, vamos! ¿Por qué te lo tomas tan a pecho?

—Voy a ir allá y le desfondaré el coche a fuerza de patadas.

Ella le apoyó los dedos sobre los labios.

—Nico, aquí también se está bien, cálmate.

—Sí... El día que me compre yo el levacar, voy a hacer una degollina. Voy a llenar el tubo de escape de bombas fétidas. Quiero apestar Roma, quiero asfixiarlos a todos, y al primero que se atreva a decirme una palabra le parto la cara.

Recogió un puñado de piedrecillas y se puso a echarlas, una a una, a la fuente. La cólera desapareció lentamente, dejando su lugar a una melancólica resignación. Poco a poco la conversación tomó el giro acostumbrado, el tema fue el de todas las tardes, tú de qué color lo preferirías, yo gris, aunque el azul marino también me gusta, pero negro no, el negro es fúnebre, de todos modos no tengo más que sesenta mil, hace falta esperar aún un año, si no tuviera que pagar todos los meses la cuota de la C.M.G. podría comprarlo ahora mismo, el día menos pensado rescindo el contrato, cállate, Nico, es una locura, sabes bien que la C.M.G. es indispensable, lo sé, lo sé... pero también el levacar es indispensable.

Y aún: pero incluso el rojo es dentro de todo un buen color, tengo ya sesenta mil, es mejor que las guardes tú aparte, podré reunir probablemente otras sesenta mil este verano con las horas extraordinarias, si no fuera por la C.M.G. todo sería tan sencillo, por favor Nico no empieces otra vez, piensa un poco, sí, sí, pero con el dinero que todos los meses regalo a esos cerdos podría pagar los plazos, cállate, no digas eso, ya lo sé, pero sería todo tan sencillo, tan sencillo...

—Sí, pero dime, ¿y si te sales de la Convención y después te pones enfermo?

—¿Quién, yo? Reviento de salud, nunca he tenido ni siquiera un poco de temperatura en toda mi vida. Se me han comido millones, esos cochinos. Desde que nací estoy pagando esta estúpida tasa.

Hablaron aún, largamente. Después Doris empezó a mirar el reloj.

—Es tarde —dijo suspirando.

—¿Tarde? ¿Quieres acaso volver ya a casa?

La acariciaba suavemente.

Doris apoyó la cabeza contra su hombro y le dejó hacer. Le gustaba la voz de Nico cuando le hablaba dulcemente, con los labios pegados a su oreja.

Cerró los ojos, pero un rumor de pasos sobre la arena se los hizo abrir de golpe. El hombre de la C.M.G. se había parado delante de ellos, inmóvil en la penumbra. La placa fosforescente con las dos serpientes entrelazadas campeaba en su ropa, un ojo sádico e inquisidor.

—¿Y bien? —dijo Nico con voz súbitamente agresiva—. ¿Qué pasa, está prohibido?

El otro encendió su linterna eléctrica, miró su reloj, después sacó el higrómetro del departamento especial de su sombrero.

—Es demasiado tarde —dijo—. Y hay humedad, muchachos. Mejor que se vayan a un café.

—¡Pero qué tarde ni qué café! Nosotros vamos donde nos parece.

—Con cortesía, jovencito. No se agite. Yo le he dado un consejo... —consultó de nuevo el higrómetro—. Dentro de media hora esto estará lleno de niebla, será mejor que se vayan. Si la humedad aumenta y algún compañero mío los coge aquí, entre las plantas, se encontrarán en un atolladero.

—¡Pero aquí no estamos ni mucho menos solos! ¡Hay una pareja tras cada arbusto, y viene a tomarla conmigo, precisamente conmigo! ¡Basta, por Dios! Vaya a pararle los pies a algún otro, a aquellos del 600 por ejemplo.

El hombre de la C.M.G. dirigió la luz de su linterna en la dirección indicada.

—Aquel señor está en el levacar —dijo tranquilamente—. La capota está cerrada, los cristales alzados. No hay infracción. Para mí es como si estuvieran en su casa.

Nico apretó los dientes, echando espuma por la boca. Doris tiraba de su manga, lo irritaba aún más. Pero su garganta estaba bloqueada, no conseguía pronunciar ni media palabra.

—Yo les he advertido —dijo el hombre de C.M.G.—. Era mi deber. Buenas noches, buena suerte y salud.

Nico necesitó un cuarto de hora para tranquilizarse.

—Ha sido un día negro —murmuró—; todo me ha salido mal, todo se me ha atravesado.

Lentamente recorrieron las pendientes del Pincio, la Piazza del Popolo, el paseo de Ripetta. La casa de Doris estaba en el Trastevere, faltaba aún un buen trecho, pero Nico prefirió acompañarla a pie, no obstante las aceras rodantes que aún estaban en funcionamiento.

—Adiós —la saludó, cuando llegaron, deteniéndose delante del cerrado portal. Una cariñosa palmada, una sonrisa leve—. Te llamaré mañana.

Era tarde. Nico apresuró el paso, compró un periódico en el kiosco del Puente

Garibaldi y echó a correr para alcanzar el helibús-exprés.

Mantuvo los ojos bajos durante todo el trayecto, atormentando el periódico entre sus manos nerviosas. Estaba irritado, irritado hasta reventar. La C.M.G. lo perseguía por todas partes, en la oficina, en la calle, en casa, en el helibús, en el espaciocine. ¿Cuánto tiempo resistiría? Él no era como Giobbi, no era una oveja imbécil dispuesta a dejarse llevar por la nariz para siempre.

En casa se sirvió una abundantísima dosis de coñac, llevó el vaso y el periódico sobre la mesilla de noche y se desvistió lentamente. Después, encendió un cigarrillo y se metió en la cama. Fumaba y leía, bebía y pensaba. Una isla, pensaba, quería una isla desierta. Yo y Doris, en la isla, y vivir como Dios manda.

—¡Ahí en el cuarto piso! —gritó una voz de hombre desde la calle—. ¡Eh, ahí arriba, señor Berti!

Era Espósito, el controlador del bloque. Nico no se movió.

—¡Cierre la ventana, señor Berti!

—¡Muérete! —dijo Nico en voz baja. Y bebió un largo sorbo de coñac.

—¡La ventana, señor Berti!

—¡Muérete! —repitió Nico. Y aspiró ávidamente el humo del cigarrillo. Mejor no responder, pensó. Mañana, cuando lo encuentre y me pida explicaciones, le diré que no estaba en casa y que me había dejado la luz encendida.

Espósito llamó aún cinco o seis veces, después se hizo el silencio. Antes de apagar la luz. Nico terminó el paquete de cigarrillos.



—Mi joven amigo —decía el profesor Crescenzo—, usted es un hipersensible. Como todos los jóvenes, por otra parte. Pero esté tranquilo, la juventud es una enfermedad que no dura mucho, un buen día incluso usted se dará cuenta de que

estará completamente curado...

Tocó el borde del tablero, lo alineó con el de la mesa y colocó las piezas en sus casillas, meticulosamente.

—¿Y entonces? —dijo Nico—. ¿No hay esperanzas de que la cosa cambie algún día? El sistema es absurdo, es inicuo, es insoportable...

—Perdóneme —lo interrumpió el profesor Crescenzo—, pero usted ¿ha venido aquí a jugar al ajedrez o a discutir problemas sociales?

—Yo... yo querría un consejo, profesor.

—¿Un consejo? —Crescenzo levantó la cabeza y por un instante lo miró fijamente. Después se quitó las gafas, echó el aliento sobre los cristales y se los limpió con un pañuelo—. Un consejo... Hummm... ¿Y de qué naturaleza?

Nico vaciló.

—Éste... Querría salirme de la Convención.

El profesor Crescenzo permaneció impasible. Terminó de limpiar las gafas y encendió otro cigarrillo, el cuarto desde que Nico había entrado.

—No espere que yo le diga bravo —dijo Crescenzo—. ¿Ha reflexionado lo suficiente sobre lo que intenta hacer?

—Bien, es una idea que estoy acariciando desde hace ya bastante tiempo.

—Hágame caso, acaricie todo lo que quiera la idea, pero continúe acariciándola. No tome nunca una decisión de este género.

Nico sonrió.

—Dígame, profesor, ¿desde hace cuántos años está usted fuera de la Convención?

—¿Fuera? Yo nunca he estado inscrito en ella. En el 74, cuando las viejas formas de asistencia sanitaria adoptaron la estructura actual, hice un profundo examen de conciencia y decidí que no. No fue por el dinero, se lo aseguro. La cuota mensual, al menos en los primeros tiempos, no era muy alta. Pero en mi vida jamás he aceptado imposiciones o chantajes. Lo hice por una cuestión de principios. Y me equivoqué.

—Pero en suma, ¿se ha arrepentido de ello?

El profesor se levantó, abrió una alacena y volvió al lado de la mesa con dos vasos y la botella de whisky.

—Escúcheme bien —dijo, sirviendo el licor—. He fumado siempre cuarenta cigarrillos al día, he bebido todo el alcohol que me ha dado la gana, no he seguido nunca ninguna dieta alimenticia, ninguna cura de calcio, rayos, reconstituyentes o cosas así. No sé en absoluto lo que son todas esas pastillas, pomadas o inyectables que todos ustedes están obligados a llevar encima, en los bolsillos. ¡Incluso he ahorrado mucho dinero, es cierto! Esta casa, los libros, los cuadros, los objetos de arte... Seguramente no tendría nada de eso si hubiera tenido que pagar a la caja de la C.M.G. mi contribución mensual. Pero esto no significa que yo no haya sufrido. Jovencito, usted no puede saber lo que significa despertarse sobresaltado, en medio de la noche, bañado en el sudor helado de la pesadilla. Usted no sabe nada de la lenta, continua y corrosiva aprensión, del miedo que se insinúa en cada pensamiento, un

miedo siempre presente, siempre listo para envenenarte cualquier instante de alegría, para destruirte cualquier momento de serenidad. Esto no es retórica, jovencito. Desde hace demasiados años me voy cada noche a dormir con el terrible pensamiento de levantarme enfermo, moribundo, sin un perro de médico dispuesto a visitarme, a prescribirme una cura eficaz.

Nico frunció los labios, como para hablar, pero el profesor le previno:

—No me plantee ahora la estúpida pregunta de costumbre. Usted sabe bien por cuáles motivos, muy a mi pesar, he debido renunciar siempre a la idea de reconciliarme con la C.M.G. Usted sabe bien que para volver a entrar es necesario el pago de todos los atrasos, más una sanción que da vértigo, una cifra que en conjunto es imposible reunir. Piénselo bien, amigo. No tome decisiones precipitadas. Una vez se haya separado no tendrá otro médico que usted mismo, deberá fiarse únicamente de su buen sentido, de su instinto. Y de la suerte. Sobre todo de la suerte.

—Pero en compensación seré libre —suspiró Nico amargamente—. Podré comprar inmediatamente el levacar y un montón de otras cosas. Y después... Y después no deberé soportar más los reglamentos, todos esos controles ridículos, los rostros estúpidos de los controladores cuando te soban para ver si llevas la faja...

—Tonterías —decía Crescenzo—. Tonterías... Bien, ¿empezamos esta partida?

Nico sujetó el tablero por un lado, indeciso.

—Siento necesidad de desahogarme, profesor. Ya no puedo más. Yo... yo no comprendo cómo el gobierno puede dar su beneplácito a una organización como la C.M.G.; no comprendo cómo haya podido enraizarse, imponer sus propias condiciones a placer, sin control, sin freno, sin que nadie en un cierto momento haya dicho basta, terminemos con esa payasada y volvamos al viejo sistema. Sé que hace cincuenta años el médico, sin ser un millonario, vivía igualmente bien. Cuando uno se sentía mal lo llamaba, se hacía visitar y después lo pagaba, más o menos como se pagan todas las prestaciones de este mundo. Ahora no, ahora es necesario pagar una prima cuando se está sano, para tener el triste consuelo de interrumpir el pago cuando uno enferma. Es un contrasentido idiota, un abuso, un absurdo más de nuestro loco siglo...

—No, amigo mío. No es un absurdo. Es un sistema que fue puesto ya en práctica hace cinco mil años.

—¿Eh?

—Estoy doctorado en historia, y si lo digo yo... Mire, hace cincuenta siglos los ciudadanos de Manchuria tenían poca confianza en la seriedad comercial de sus médicos. Y siempre ha sido así, en cualquier época y lugar. El médico, en general, ha tenido siempre tendencia a aprovecharse de las enfermedades de sus clientes: cuanto más larga es la enfermedad, mayores son sus honorarios. En resumidas cuentas, digamos la verdad: aunque se trate de una enfermedad sin importancia, un médico sin escrúpulos sabe sacarle provecho, comienza a prescribirte esto y aquello, te receta pastillas que no te sirven para nada, te mira, te palpa, te examina, viene a visitarte día

y noche. Bien, un buen día un ciudadano chino se sintió harto de ser engañado. «Te pagaré cuando esté bueno —dijo a su médico— y continuaré pagándote cada luna una cantidad igual mientras guarde buena salud; pero si vuelvo a enfermar, desde aquel mismo momento no recibirás de mí ni un gramo de plata ni un grano de arroz, no te daré nada durante todo el tiempo que esté enfermo». El médico aceptó la propuesta y el hombre sanó al día siguiente. ¿Has comprendido? Nosotros nos hemos dado cuenta con cincuenta mil años de retraso que es más conveniente apoyarlo todo en el aspecto económico del asunto que en la ética profesional...

Nico palideció.

—Pero entonces... ¿Entonces usted da la razón a la C.M.G., usted encuentra que es justo, usted defiende el sistema!

—Sí, pero condeno el método que ha hecho degenerar el sistema. La sabiduría china supo indicar el camino justo, pero la avidez occidental lo ha arruinado todo. Y esto era preciso prevenirlo, era preciso desde el principio impedir que la unión de los médicos adquiriese tanto poder, la ley debería haber intervenido fijando las tarifas y sobre todo no permitiendo que el interesado celo de los Esculapios penetrase poco a poco en la vida privada de los ciudadanos, asfixiándolos. Ciegos y obtusos legisladores no han visto todo eso. O quizá sí, quizá lo han intuido, pero alguno habrá abierto los cordones de su bolsa y así la ley ha pasado. Al principio era una locura. Usted no lo sabe, no puede recordar, pero había gente en aquella época que corría a hacerse visitar cuatro veces al día, así, por el simple gusto de desnudarse delante de una bata blanca. Y los médicos, siempre amables, siempre paternales. Tenían buenas palabras para todos, para los histéricos, para los crónicos, para los enfermos imaginarios. Venían después los inconscientes, aquellos que no tenían el menor cuidado con su salud: ¿para qué?, decían; si enfermo, tengo ahí al doctor listo para curarme en un dos por cuatro. La C.M.G. se cansó pronto. Y entonces, de organización exclusivamente curativa, terminó transformándose en organización también y principalmente preventiva. De este modo, los médicos trabajan menos y ganan más, las enfermedades son menos frecuentes, los ingresos son mayores...

—¡Es una vergüenza, eso es lo que es!

—Mi joven amigo, las recriminaciones son del todo punto inútiles; hay que considerar la realidad efectiva, como decía un historiador del siglo dieciséis. Los métodos que hoy persigue la C.M.G. son ciertamente inicuos, pero en absoluto extravagantes. En resumen, una vez que uno acepta ponerse bajo la tutela de la Convención, no debe asombrarse de que luego la Convención haga todo lo posible por impedir que la temperatura de su cuerpo supere los treinta y siete grados centígrados.

—De acuerdo, pero ¿y el gobierno? ¿Por qué el gobierno no acude a resolver la situación?

—¡Pfff! —rezongó el profesor Crescenzo—. El gobierno, desde que el mundo es mundo, ha estado siempre al servicio de las clases más poderosas. Eso es una

emanación directa de los centros de poder económico. Su deber es defender el capital. ¿Qué queremos entonces? La riqueza está hoy en manos de la C.M.G., de los constructores de levacars, de los canta-autores de canciones...

—¡Por caridad, no me hable de canciones: paso todo el día en medio de litigios musicales!

Pero el profesor estaba ya lanzado, de su boca salían ráfagas de palabras, y Nico no era capaz de seguirlo.

—El grupo más potente es el de los médicos —continuaba Crescenzo impertérrito—, tan potente que incluso ha puesto a la iglesia bajo sus órdenes. Siempre ha habido una cierta tirantez entre la medicina y la religión, entre los que cuidan la salud del cuerpo y la del alma, entre *los de allí* y *los de acá*. Hoy la balanza parece inclinada hacia la parte de aquí, la de la tierra. El mundo siente unos deseos incontenibles de vivir, no tiene tiempo de escuchar a la religión. El cuerpo ha ganado su batalla ideológica, y el médico su batalla económica. Él es el dueño, el dominador absoluto e indiscutible, el que tiene en sus manos las dos llaves de Federico...

—No le comprendo, profesor.

—Bromeaba, muchacho. Decía cosas por decir. Pero se vocifera que el treinta y cinco por ciento de las acciones de las Industrias Automovilísticas Reunidas pertenece a la C.M.G. Son potentes, amigo mío. Son potentísimos, tienen en sus manos las dos llaves: la salud y el levacar, las dos más grandes preocupaciones del hombre moderno. Sí, uno puede siempre intentar evadirse a través del pathos de la canción, ese grano de opio que se ofrece al pobre para idiotizarlo debidamente, para desviarlo, para no hacerle pensar en cosas importantes. Creo, sin embargo, que la C.M.G. también ha puesto sus tentáculos incluso en las casas editoras musicales.

El profesor Crescenzo se echó a reír, una risa demente que hizo sobresaltarse a Nico.

—Esculapiocracia... —decía Crescenzo—. ¡Es-cu-la-pio-cra-cia!

Y reía, reía, con los dientes apretados. Reía...

Sábado. Sábado por la mañana, a las nueve. Es hermosa Roma, toda agujas y cúpulas, el cielo azul pálido y las cascadas de estilizadas golondrinas que se lanzan desde los campanarios. El aire huele a pino y a menta. A lo largo del Tíber no hay aceras rodantes, allí no pasan tampoco los helibús. ¡Son tantas las calles de la Roma vieja que aún permanecen así, como cien años antes!

Doris camina lentamente. La oficina ya no existe, está cerrada, han desaparecido todos, esfumados como fantasmas, hombres y cosas, la máquina de escribir, los papeles timbrados, los sellos, las copias de las cartas. El notario ha muerto, ha muerto hasta el lunes. Por dos días no deberá soportar su voz estridente como una sierra, sus cambios de humor, la fatiga, el aburrimiento.

Nico la espera a la entrada del metro que conduce a los Castelli, pero ella ha

llegado demasiado pronto; vacila, vuelve casi sobre sus pasos, se detiene un instante delante del puesto de flores, atraviesa la calle, se apoya en el pretil del puente y mira abajo; el Tíber se desliza en vórtices de oro líquido, una motora emerge de bajo la arcada, el hombre que hay a bordo parece de metal.

A lo largo de la calle los plátanos tienen las hojas translúcidas, puñados de gemas, parece que los troncos blancos y azulados distiendan sus cortezas, como animales bostezando al final de su letargo. Le gusta pasar la mano sobre la áspera corteza, acariciar, caminando, los nudos y las irregularidades de la madera, sentir que más allá del cemento, el plástico y el acero existe también el misterio vital de las plantas, algo hecho por sí mismo y no por las manos del hombre.

Se da cuenta, en aquel momento, de que es realmente primavera. Y entonces, a la luz de la calle que se le aparece repentinamente distinta, acelera el paso, casi corre, como abrazando estrechamente su descubrimiento...

—¡Nico!

Está aún pálido, con el rostro distendido. Tiene profundas ojeras, pero su mirada es lúcida, cariñosa. Y las manos. Las siente, las reconoce: un nido de ternura, una certeza.

Nico la toma del brazo, se encamina en dirección opuesta a la entrada del metro.

—¿Qué pasa? ¿Algún contratiempo? No me digas que el paseo se ha ido al traste.

Nico se detiene delante de un puesto de bebidas.

—Tomemos un café —dice. Y se pone a silbar, tabalea en la tapa del azucarero, mira al techo y al tubo neón violeta que circunda toda la pared.

—Pero en fin, ¿vamos a los Castelli o no?

—Por supuesto; el tiempo de tomar un café y nos vamos.

Mira afuera, la taza pegada a los labios. Hay un levacar al lado de la acera rodante, un utilitario rojo, nuevo flamante.

—Me gustaría ir en aquello —suspira, señalando con la barbilla— en lugar del metro, más de veinte kilómetros bajo tierra, apretados como sardinas...

Doris sacude la cabeza.

—Por favor, Nico, no comiences otra vez.

Salen. Pero él vacila, da una vuelta al vehículo, lo acaricia con los ojos y después apoya una mano en la carrocería.

—Es hermoso —dice—. ¿Qué te parece?

—Es hermoso, sí. Pero ahora vámonos, si no encontraremos todos los sitios ocupados.

—¿Te gusta de verdad?

Un manojo de llaves. Nico tiene en la mano un manojo de llaves, lo tiene bien a la vista, a la altura de los ojos, y lo agita, ríe, lo hace tintinear.

—¡Es mío!

Doris se echa a reír.

—¡Loco! ¡Siempre tienes ganas de andar bromeando!

Pero cuando él introduce la llave en la cerradura y abre la portezuela, palidece.

—¡Oh, Dios!, ¿qué historia es ésa?

—Sube.

—No. Quiero primero una explicación.

—¡Vamos, sube! Te lo contaré todo.

Doris está indecisa, mira con desconfianza el tapizado de los asientos, la palanca del cambio, los pedales. Nico ha insertado ya la llave del contacto, en el cuadro de mandos se han encendido las luces espía verde y roja. Se ve ridículo al volante, no parece verdadero, no, todo es una broma, ahora bajará y dirá que estaba jugando, pedirá excusas, se dará cuenta de que ha sido una broma de mal gusto, una tontería...

—¡Vamos, ¿qué esperas?!

Las piernas le tiemblan. Entra en el levacar con movimientos torpes, casi se deja caer en el asiento y no sabe cómo se cierra la portezuela.

—Hermoso, ¿eh? Nuevo flamante. Y tiene de todo, ¿sabes? Mira, esto es la radio; aquí está la boca de la calefacción, el limpiaparabrisas, las luces de mando, el portarevistas, la refrigeración... Y aquí el sitio para el tocadiscos. Apenas reúna un poco de dinero lo haré instalar.

—Pero entonces... ¡Entonces es realmente tuyo!

—¿Y de quién quieres que sea? ¿De mi abuelo?

Nico introduce la marcha, el levacar se empina en una arrancada un poco brusca, de principiante. Al otro lado del parabrisas, la calle parece un teatro, los peatones andan aprisa, aprisa, grotescos, son grotescos, parecen marionetas.

—Por favor, Nico. Explícame...

El levacar se ha metido en medio del tráfico. Nico conduce atentamente, gira a golpes la mirada, teme los cruces, frena, acelera de nuevo, se ladea en las curvas, rozando casi la calzada opuesta al entrar en ellas.

—Nico...

—¡Calla!

El levacar es pequeño, una cosa insignificante, pero Nico coge el volante como si fuera el timón de un velero. Después la ciudad se termina, los edificios se hacen más raros, comienzan las fábricas, los prados desnudos aparecen entre las manzanas de casas como tapetes sucios y llenos de agujeros.

La carretera es ancha, con cuatro pistas. El vehículo se desliza veloz, no se advierte ni un zumbido. Ahora Nico está tranquilo, enciende un cigarrillo.

—Llegó ayer —dice—. Al mediodía.

—¿Ayer? ¿Qué?

—El resultado del análisis.

Doris hace chasquear los dedos.

—Ahora comprendo. Los has engañado, ¿eh? Te has quitado de encima el miedo a la sanción, y con el dinero que tenías aparte has comprado el coche. Pero no tenías bastante. ¿Quién te ha dado lo que faltaba para el anticipo?

—Nadie. Había bastante con lo que tenía. He firmado veinticuatro letras de cuarenta mil...

—¡Tú estás completamente loco! Has hecho estos mismo cálculos miles de veces, sabes muy bien que unas letras así no podrás pagarlas nunca.

—Ahora podré. Escúchame, Doris. Me atraparon, ¿comprendes? El análisis dio resultado positivo. Siempre a la caza de dinero, los vampiros. Querían que les pagara la sanción dentro de un mes. Pero son unos ilusos. Con esto ya me he hartado. La idea de tener que darles a ellos todo lo que había reunido, la sola idea de tener que volver a comenzar de nuevo...

—¿Qué has hecho, desgraciado?

—He rescindido el contrato. Una hermosa carta certificada con acuse de recibo. ¡Ha sido bastante! Me he salido de la Convención, ahora podré hacer todo lo que quiera. ¡Soy libre!



Estuvieron discutiendo toda la mañana, apoyados en la balastrada de la Villa Aldobrandini, bajo un sol blanco, cegador como un sol de estío. Había carteles por todas partes.

PASEAD BREVEMENTE
NO ESTÉIS LARGO TIEMPO
BAJO LOS ÁRBOLES
¡HUMEDAD!
EL ENEMIGO PÚBLICO NÚMERO UNO

—Dime —argumentaba Nico indicando los carteles—, ¿puede un hombre soportar todo esto? No podía más, Doris.

Un razonamiento lleno de rencor, de irritación. Llevaba dos horas repitiendo las mismas palabras, las sempiternas acusaciones genéricas. Ella se sentía agotada, no encontraba ya fuerzas para replicarle, para decirle que se había equivocado, que había cometido una imprudencia enorme.

Había en el horizonte una neblina azul pálida que ocultaba el mar, el cinturón de montañas y la ciudad lejanísima. Se oía una música entre las encinas del parque. Notas agudas, aflautadas, trinos, gorjeos, un sonido de voces antiguas y mágicas. Bisbeos.

Doris no replicó. Puso un brazo bajo el de Nico, apoyó la cabeza en su hombro y sonrió; estaba cansada, cansada, no tenía ya más deseos de pensar, de discutir, de establecer si estaba equivocado o no, no podía, con todo aquel sol... Era hermoso así, abandonarse en el descenso, a lo largo de la vieja calle excavada en el tufo, entre el conglomerado de piedras porosas, la tierra negra de castañas y arcilla.

Cuando regresaron al vehículo, sintió deseos de llorar. Un desahogo inconcreto, pero sin rencor, sin amargura. Las dudas, las aprensiones, el incierto futuro, se deslizaban rápidos, sin importancia, como juegos de manos resueltos en seguida, adivinanzas facilísimas, infantiles.

Acarició la plastopiel de los asientos, pasó un dedo por el aro de goma del parabrisas, apretó el pulsador que ponía en marcha la refrigeración.

—¿Funciona la radio?

—¡Qué pregunta! Es completamente nueva. —Nico giró el dial y la onda sonora invadió la cabina. Doris apoyó la cabeza en el respaldo, cerró los ojos, se dejó mecer por la música, por el zumbido del motor, por el cabeceo suave y amortiguado del vehículo al entrar en las curvas. Parecía que Nico condujera en sincronía con la orquesta. Él le guiñó un ojo. Doris quiso responderle del mismo modo, pero no sabía: le salió una mueca ridícula, infantil, y Nico se echó a reír.

—Corre, ¿eh? —dijo, dando una ojeada al tablero de mandos—. Y esto aún no es nada, todavía está en rodaje. Verás dentro de unos meses, les ganará a todos.

Llegaron a campo abierto en un abrir y cerrar de ojos. En la puerta de un bar había un muñeco que bamboleaba la cabeza. Una mano enorme tenía el índice apuntando hacia un cartel luminoso en forma de corazón.

¡KRON!

BEBIDA TÓNICA DESCAFEINADA

—¡Voy a tomarme un café de verdad, a la salud de la C.M.G.!

Después, Nico entró en una tienda que olía a pimienta y especias, compró un pan de pueblo, una bolsa de olivas, cerdo asado y pepinillos en vinagre.

—Vámonos —dijo—. Quiero comer al aire libre, bajo una pérgola, donde no haya carteles.

El levacar volvió a partir, tomó la carretera de Grottaferrata, una sucesión de casitas verde pastel, ocres, anaranjadas. Nico atravesó el pueblo, giró a la derecha, bordeando la Abadía de los Ortodoxos, se detuvo delante de una casa de muros agrietados, sucia y enmohecida, la puerta llena de placas y clavos oxidados.

No había nadie. El interior estaba lleno de botellas, damajuanas, tubos de plástico apelotonados, útiles.

Llamaron al dueño. Del sótano les respondió un gruñido. Mientras, Nico se había puesto a observar las ristras de ajos colgadas de las vigas del techo y las guirnaldas de pimientos morrones dispuestas un poco por todos los sitios.

—¡Fantástico! —repetía—. ¡Mira! Mira aquella mesa, y la pared; sucios, mohosos, dan deseos de acariciarlos.

El dueño apareció de pronto, cargando a la espalda un barril. Llevaron una mesa al aire libre, junto a un matorral de enredaderas. Nico abrió el paquete, después olisqueó la mesa.

—Huele a vino —dijo—. Como si fuera un barril. Inténtalo, prueba de oler tú también ese sano aroma.

Doris obedeció por complacerle.

—Llámalos estúpidos —decía Nico entre bocado y bocado—. Estos campesinos chapados aún a la antigua, viviendo al aire libre, saben al menos lo que comen y lo que beben. Nosotros, los que vivimos en la ciudad, somos un hatajo de idiotas, en medio del hedor y del ruido. Como en prisión. ¿No te has dado cuenta de que vivimos prisioneros?

Otro discurso de Nico. Otra requisitoria inútil. Doris lo dejó decir, esperó pacientemente a que su excitación se apagara. Nico era así, ya lo conocía, hacía falta solamente no contradecirlo y su tono polémico se apagaba en pocos minutos, su voz descendía una octava, se volvía suave, apagada. Como ahora.

—Escucha —decía—. ¿Qué haremos luego? ¿Quieres ir al lago? En Nemi dicen que hay fresas. O quizá no. Quizá sea mejor Tuscolo. Hay allí un bosque encantador. Y no está demasiado lejos.

Quería que Doris bebiera aún. Ella se resistía, alejaba el vaso riendo, un conjunto de interjecciones y de palabras cortadas. No estaba acostumbrada al vino, aquel poco que había bebido se le había subido ya a la cabeza.

Desde lejos, el dueño les hizo un signo. Un gesto de aviso, de complicidad. Pero

Doris tenía la mente ofuscada, no se dio cuenta del peligro hasta que el hombre de la C.M.G. compareció a espaldas de Nico.

—Tenemos visita —dijo entre dientes. En aquel momento Nico estaba bebiendo. Se limpió con el dorso de la mano y volvió la cabeza.

Vestido rojo, placa, brazaletes, sombrero con termómetro, higrómetro y reactivos. Parecía un buscapleitos.

—Pido perdón —el hombre de la C.M.G. era gentilísimo—. Una simple formalidad, señores. ¿Aquel levacar?

—Es mío.

—Nuevo, ¿eh?

—Novísimo, me lo entregaron ayer.

—¿Y la conducción? Supongo que será usted un principiante...

—Por completo. Conduzco pésimamente.

—Bien. La sinceridad es una virtud que apreciamos muchísimo, pero la afirmación es grave. Se dará cuenta de que como principiante está usted obligado a observar la más estricta disciplina —indicó el vaso y la botella de vino—. Usted representa un peligro público incluso con la mente lúcida, querido señor. Debería controlarse, no entregarse a Baco.

El hombre de la C.M.G. hurgó en su bolsillo, sacó un estuche de plástico, lo abrió, tomó una bolita blanca, grande como una avellana.

—Por favor —dijo, tendiéndosela a Doris—. Manténgala en la boca durante medio minuto.

—Un momento. El levacar lo conduzco yo, ella no tiene nada que ver con esto. Tú; Doris, quédate quieta. —Los ojos de Nico se habían hecho pequeños—. No está ebria —dijo—; no bebe nunca, es abstemia. Puede pasar el control del índice alcohólico ahora mismo, pero la bola no, no veo por qué tenemos que darle esta satisfacción. Hágame el favor, guarde sus reactivos y lárguese. ¡Vamos!

El hombre de la C.M.G. vaciló, pero en seguida hinchó el pecho y recuperó la compostura.

—De acuerdo, digamos que la señorita está en regla. Pero ¿y usted? Usted está ebrio, señor, y puedo demostrarlo. Por favor.

Dejó la bolita blanca al lado del vaso. Nico se echó a reír.

—¿Quiere que me la ponga en la boca? ¡En seguida!

Guiñó el ojo a Doris, se metió en la boca el reactivo y encendió un cigarrillo. Después se sirvió de beber. El inspector palideció, consultaba constantemente el cronómetro, procurando mantenerse impassible.

—Déjemela ver —dijo.

Nico escupió la pequeña bola sobre la mesa. Era de color cereza.

—Tal como había supuesto —dijo el hombre de la C.M.G. con aire de triunfo—. Queda usted sancionado, señor.

Nico sacudió lentamente la cabeza.

—Se ha equivocado de hombre. Me río de su sanción: ¡yo no estoy convencionado!

Se volvió de espaldas, riendo. El controlador de la C.M.G. adoptó un color terroso.

—Es inaudito. ¿Por qué no lo ha dicho en seguida?

Nico se alzó de hombros.

—Presenté mi renuncia ayer. —Sacó los documentos de su bolsillo y los abrió sobre la mesa—. Tome buena nota y compruébelo si gusta.

El hombre de la C.M.G. se alejó con la cabeza baja. Doris reía, pero se puso seria cuando vio a Nico hacer un gesto obsceno en dirección al inspector.

—Déjalo, ya basta.

Pero estaba alegre, no había nada que pudiera enturbiar su buen humor, continuó riendo. Levantó una mano e imitó unos cuernos. El puño parecía la cabeza de un enorme caracol.

—Dame de beber, hoy es un día muy especial.

Su voz era un poco ronca, parecía la de una actriz cuando hace el papel de una alcoholizada. Nico sintió un deseo agudísimo, una necesidad de conocer la verdadera naturaleza de Doris, como si la muchacha se la hubiera estado escondiendo siempre, como si Doris, por meses y meses, le hubiera recitado una comedia, el papel de chica formal.

Le sirvió el vino con mirada atenta. Pero después, aún mirándola, sintió de improviso un sentimiento de culpabilidad.

Partieron en seguida.

Era una vieja carretera asfaltada. El levacar avanzaba, con el motor a toda marcha, bajo una galería de vegetación, entre hendiduras de colinas verde esmeralda, a través de valles inundados de sol. Después, tras una larga serie de estrechos e imprevistos recodos, la carretera terminó bruscamente en un claro rodeado por una balaustrada. No había casi nadie, tan sólo tres o cuatro levacar aparcados a la sombra de los castaños.

Nico echó a correr, subió por un camino empinadísimo. Doris lo seguía a duras penas, el bolso al hombro y en la mano el transistor.

Una explanada que casi tocaba al cielo. Hierba, matorrales, arbustos opulentos de verdor y de sombra. Y las ruinas. Emergían en medio de la hierba, viejas y rotas, como esfinges premonitorias. El valle se extendía allá abajo en una sucesión de viñedos y olivares, profundo y lejano, inmenso, y la figura de Nico, inmóvil, se recortaba sobre el borde del abismo, contra el perfil de los azulados montes.

Gritó. Un grito sin motivo, sin miedo, un modo cualquiera de demostrarse a sí misma que estaba viva, de reconquistar el tiempo que se había detenido, para no morir inmersa en la grandiosidad del paisaje.

Puso la radio a todo volumen. Pero la música sonaba ridícula, inadecuada. Las ruinas eran los restos de un antiguo teatro romano. Probaron de bailar sobre los escalones quebrados, musgosos. Nico la estrechaba hasta casi cortarle la respiración. Música ligera, un ritmo artificioso. Doris apenas oía la voz del cantante, un joven castrado que aflautaba las notas, que se esforzaba por prenderla en el estúpido mundo de una cancioncilla sentimental. ¡Ella quería otra cosa! Era un momento perfecto aquél. No podía estropearse así, en el juego aburrido y estúpido de una discusión.

—Ven, Doris; ven. —La voz de Nico era irreconocible.

Había un sendero blanco, empedrado, con musgo entre las fisuras de las antiguas piedras. Cuando él la cogió por la mano y la arrastró hacia allá, no opuso resistencia. El sendero se perdía bajo un túnel de ramas entrelazadas, una cúpula de hojas translúcidas, verde brillante.

Estaba ahora recostada a su lado, en un lecho de musgo, en un nido blanco y acogedor, casi respirando la felicidad vegetal que emanaba de las plantas y de las flores de saúco.

—Escucha...

La tenía entre sus brazos, seguía repitiéndole aquella palabra: Escucha... Escucha... No era capaz de decir otra cosa. Y daba vueltas sobre la hierba, voluptuosamente, respirando su frescor húmedo. Incluso se hizo daño: un cable de hierro oxidado que apenas emergía de la tierra, un araño en el cuello, bajo la nuca, un corte sutil que descendía hasta la mitad de su garganta.

Pero él continuaba abrazándola como un loco. No se dio cuenta del araño. Sintió el dolor más tarde, cuando se inmovilizó finalmente, cara arriba, mirando fijo al cielo.

Hay una canción que habla de amaneceres floridos. Otra canta las noches llenas de perfume y de sombra, el sol blanco sobre los mares de agosto. Otra aún, banalísima, habla de un amor perdido.

No hay nada más, no surge otra cosa de aquella maldita radio. Siempre así todo el día, desde la madrugada: canciones, publicidad, canciones y canciones, transmisiones para idiotas. Y aún publicidad, un slogan detrás de otro, aire acondicionado, frigoríficos, levacars, el hombre moderno usa esto, usa aquello otro, la C.M.G., toda una secuela de comunicados, de advertencias.

Doris apaga el aparato, aburrída. Termina de peinarse, por un momento permanece delante del espejo, se vuelve de perfil, entreabre los ojos y los labios según un misterioso mohín expresivo.

Cuando le telefonean para decirle que Nico está mal, se echa a reír.

—¡Oh, por favor! Diga a Nico que no haga el estúpido, eso no va conmigo...

Del otro lado del hilo una voz responde secamente. Doris tiene un momento de vacilación.

—Escuche, ahora voy a salir. Debo ir a la oficina. ¡Si es una broma, dígamelo!

Pero el otro insiste. Doris cuelga el receptor.

—¿Quién era? —pregunta su madre asomándose.

—Nada. Nico, que hace el estúpido.

Bebe el café con leche en pie, cerca de la cocina. La sombra de una sospecha se insinúa furtivamente entre los pliegues de su cerebro. No, no puede ser, lo dejé ayer y rebosaba de salud. Hoy voy a divertirme yo, le telefonaré al Ministerio y le diré que me voy a América.

Pero después, en la calle, mientras espera el autobús, la duda la asalta nuevamente. Se inmoviliza, vacilante, viendo a la gente afanarse para coger el vehículo. Deja que éste se vaya, atraviesa la calle, toma el que se dirige en dirección opuesta, a casa de Nico.

Sube corriendo hasta el cuarto piso, llama con rabia. Cretino, piensa. Nico es un cretino, pero me las pagará, obligarme a hacer esa carrera inútil...

En el umbral de la puerta aparece un hombre viejo, en ropa de casa.

—Venga —dice en voz muy baja—. Soy Crescenzo, vivo aquí, en la puerta de al lado. Soy yo quien la ha telefoneado.

Doris se pone blanca como el papel.

La casa de Nico es pequeña, un dormitorio, baño, cocina y salita. Un piso de soltero. Crescenzo la empuja a la salita.

—¿Pero qué tiene? ¿Qué sucede? ¡Dígame!

El profesor abre los brazos.

—Náuseas, vértigo, toda la noche se la ha pasado vomitando. Después han venido los calambres, por todo el cuerpo. Le he dado un analgésico. Déjelo dormir ahora.

No es verdad, Nico no duerme. Del corredor llega un gemido larguísimo. Doris se precipita en la otra habitación: está sentado en la cama, oprimiéndose el costado, las rodillas, los músculos de las piernas. Tiene los ojos que casi imploran, la frente empapada de sudor, el rostro contraído. Después comienza a dar vueltas en la cama, pide agua, algo para beber, el cuerpo se enarca, a golpes, como sacudido por una corriente eléctrica. Y de nuevo aquel gemido largo, doloroso. Doris no acierta a decir nada, tiene miedo de tocarlo, no sabe qué hacer, las piernas empiezan a temblarle, parece como si fuera a perder el sentido y se apoya en el armario.

—Es necesario hacer algo —dice al profesor—. Llamar a un médico, alguien...

Sabe bien que no es posible. Nico se salió de la Convención el viernes, la noticia habrá ya llegado seguramente al ambulatorio de la zona, inútil telefonar, no vendrá nadie, no responderá nadie aunque se le llore. Incluso presentar una carta solicitando de nuevo la inscripción será como dar un puñetazo en el agua. Aparte el dinero de la sanción prevista para volver a ser admitido, son necesarios tres días para tramitar los documentos, y otro día, quizá dos, para que llegue la ficha al ambulatorio. Si no está todo a punto, el médico no se mueve.

—¿Y entonces?

Crescenzo se pasa los dedos por la barbilla, sacude la cabeza, indeciso.

—Conozco un médico —dice—. Pero hace falta saber si vendrá, vive en el campo, a treinta kilómetros de Roma. Ahora ya no ejerce, se dedica a la agricultura desde que lo expulsaron por haber curado a un enfermo no inscrito. Pero falta, saber si vendrá, si estará dispuesto a arriesgarse a ser detenido.

Los ojos de la muchacha tienen un destello de esperanza...

El profesor descolgó el teléfono, Doris se acercó al lecho, tomó entre las suyas una mano de Nico, comenzó a llorar, a decir palabras incoherentes. Él la miró, y sus ojos reflejaban un profundo dolor.

—Es como si tuviera mil perros dentro del cuerpo, mil perros que me mordieran...

Después se volvió al otro lado, de su garganta salió un profundo lamento, y agua, una bocanada de agua amarillenta y viscosa.

—No está —dijo Crescenzo—. La mujer dice que se ha marchado a pescar, que volverá al mediodía. Le he dicho que envíe a alguien a avisarlo, que llamaré dentro de una hora.

—¿Una hora? ¿Pero no ve que está grave? Ha vomitado otra vez, y continúa temblando...

—Haga una cosa. Usted está convencionada, ¿no? Vaya abajo, a la farmacia. Estas pastillas no sirven para nada, necesitamos otras. Diga que tiene ciática, lumbago..., no, mejor una neuralgia, una muy fuerte neuralgia. Quéjese, tiemble, pero hágase dar un analgésico más fuerte, el más fuerte...

Doris estaba indecisa. Miraba al profesor, después a Nico que se retorció en la cama.

—Yo no puedo —dijo Crescenzo—. No estoy convencionado, no me lo darían.

Salió a la carrera, descendió los peldaños de cuatro en cuatro. Allá en la calle los levacar pasaban constantemente. Imposible atravesar. Y el paso subterráneo estaba lejos, una desviación inútil, con la farmacia al otro lado, allí al frente, un tiempo perdido, irritación; y de pronto un cambio, una laxitud por todo el cuerpo, un desfallecimiento agudo y repentino: no ha ocurrido nada, estúpida, verás como se pondrá bien, no es nada.

El sol que caía sobre el techo del mercado le hizo venir a la memoria la tarde anterior, la cúpula verde del bosque, la risa de Nico. No es nada, estúpida, se arreglará todo.

Cuando pidió la medicina el hombre de la bata blanca que estaba en la otra parte del mostrador no puso objeción alguna. Habitualmente, para aquello se necesitaba receta del médico. Pero Doris estaba desencajada. El farmacéutico la miró unos instantes, después bajó los ojos y le entregó lo pedido.

A mediodía vino su madre. Estaba irritadísima. Continuaba sacudiendo la cabeza, rezongando: te lo había dicho, es un loco, no debías haberte enredado con este cabeza hueca. Y ella respondía: Nico será un loco, un cabeza hueca, todo lo que tú quieras,

pero es un buen muchacho; no es su culpa, no ha tenido suerte y esto es todo.

Crescenzo se paseaba agitado de una habitación a otra, y abría los brazos como un sacerdote. Intentó telefonar otra vez.

No respondía nadie.



Una cancioncilla. Una cancioncilla que de chiquilla le gustaba muchísimo. Doris no sabe comprender por qué vuelve a su mente precisamente ahora. Su madre está aún allí, en pie, junto a los pies del lecho: parece una pava, inmóvil, con el cuello tendido, escuchando. Sacude de tanto en tanto la cabeza, un movimiento casi imperceptible de desagrado.

—No respira —dice con voz neutra—. No puede... ¿No veis que no puede respirar?

Pero lo dice por decir algo, se ve bien que no le importa nada.

Crescenzo no está un momento parado, hace crujir sus dedos, rebusca en sus bolsillos y saca el paquete de cigarrillos, pero de pronto vuelve a guardarlo porque el humo molestaría a Nico.

A las dos y media la madre toma a Doris por un brazo y la hace salir de la habitación.

—Vámonos a casa —dice en un tono que a duras penas esconde su enfado—. Comes con calma, descansas un par de horas y después regresas...

Doris hace un signo negativo, se da la vuelta bruscamente y regresa al lado de la cama.

El rostro de Nico es una mueca, mandíbulas apretadas, los ojos fijos, alucinados, un hilo delgadísimo de baba que le cae por el ángulo de la boca.

No habla. Han intentado sacudirlo un poco. Doris se ha puesto a llorar, le ha implorado, pero inútilmente. De su garganta sólo sale un gemido largo, sofocado, casi un ronroneo que acompaña el ritmo de su respiración.

Crescenzo intenta aún otra vez telefonar. Pero el médico-pescador no está, la mujer dice que lo ha buscado sin resultado a lo largo de toda la orilla del lago.

Crescenzo la mira con ojos culpables.

—Más tarde volveré a probar. Voy allá a prepararme alguna cosa...

También el profesor está cansado. Disimula a duras penas los bostezos, la necesidad imperiosa de fumar un cigarrillo. Su madre, un barril de grasa embutido en un traje floreado, obstruye casi enteramente la puerta. Los labios de un rojo fuerte, pintados más allá del diseño natural para que parezcan menos delgados, la sombra azul en torno a los ojos, el trazo agresivo del lápiz sobre el arco depilado de las cejas. Una máscara. Tamborilea los dedos contra el batiente, rezonga algo. Y vuelve a la carga, no soporta ver a su hija en el papel de enfermera.

Y de nuevo el estribillo. Aún aquella tonada recogida cuando era pequeña. Una cancioncilla olvidada, que vuelve ahora a su memoria quién sabe por cuál asociación de ideas. Una luz amarilla, dorada. Y un círculo de vestidos blancos, una infancia serena, los días fáciles, preordenados, que transcurren sin la menor variación.

Un tiempo lentísimo, interminable. Un fluir construido segundo a segundo, una larga duermevela de pensamientos amargos.

Se ha quedado sola. Su madre se ha marchado. Crescenzo está en su casa. Ahora la habitación es un pozo de silencio, un enrejado de sombras y penumbra, sólo el latir del reloj sobre la mesilla, la mano de Nico, con la palma sudada y el dorso helado, y aquel lamento sofocado, siempre igual, siempre en el mismo tono, monótono, enervante. Un loco y un descontento, eso es Nico. Una mezcla de cosas buenas y malas, de generosidad y de testarudez, de premura y de egoísmo. Un muchacho poco afortunado. Salirse de la Convención e inmediatamente, a los pocos días, coger aquella enfermedad. No un enfriamiento, no la influenza o alguna otra tontería de poca consideración. No, aquélla es una enfermedad con E mayúscula, seguramente una infección, algo maligno y misterioso, de consecuencias tal vez irremediables.

Acerca los labios a su oído, intenta llamarle, quedo.

Nico apenas advierte la mano que le acaricia la frente. Está agotado, debilitado, no consigue fijar sus pensamientos, es como si alguien, dentro, absorbiera sus sensaciones, creara imágenes falsas, pusiera interrogantes sin significado. En la pared, las manchas de penumbra se borran y se rehacen según esquemas fantásticamente imprevisibles. Animales, flores, pájaros, cristales de nieve, figuras geométricas de caleidoscopio. Después un rostro largo y huesudo toma casi consistencia, aumenta de tamaño, parece que se desprege de la pared, que le venga al encuentro atravesando los muelles, como un espectro. Blanco, lleva una bata blanca, es un médico, ve el termómetro que emerge fuera de su bolsillo, y en su mano derecha tiene un inyectable, el índice está levantado, presto para bajarse e inyectar el líquido.

Una risotada, un repentino resplandor en el cerebro y la visión desaparece. Pero otras figuras aparecen en su lugar, una hilera larguísima de batas blancas emerge de los ángulos de sombra de la estancia, se le acercan uno a uno, le tocan, le auscultan, cada uno cumple su visita escrupulosísima, cada uno parece estar a punto de inyectarle el líquido salvador. Sin embargo, uno detrás de otro, esconden riendo el inyectable en su maletín y desaparecen.

La estancia se llena de termómetros enormes, gigantescos, con los canales de mercurio gruesos como tubos, los bulbos que rozan el techo. Y después un ruido de cristales, un chirrido larguísimo, miles de huesos que diseñan en el aire un mosaico de enorme blancura. Masas pálidas, sepulcrales, campos de cruces, un cementerio desierto bajo el sol, y la ciudad que grita al otro lado del muro encalado.

Alguien ha encendido la luz. Es Doris a su lado, y Crescenzo, y también alguien más, un desconocido.

—Ahora el doctor te curará, no te preocupes.

El doctor... Nico querría mover un brazo, decir alguna cosa, pero el nudo en la garganta le impide pronunciar una sola sílaba. Mira al desconocido con ojos incrédulos.

También Doris está observando al recién llegado. Es un tipo insólito, no tiene nada de médico, es grueso, sanguíneo, las mejillas entrecruzadas por miles de

venillas, los cabellos cortísimos, gris plateados. Parece más bien un tendero o un corredor de comercio. O quizás es su traje, aquella camisa de franela bajo la chaqueta desabrochada, y los pantalones de pana. Lleva colgado del hombro un gran cesto de mimbre, uno de esos cestos con tapa de madera para meter la pesca. Lo pone sobre la mesilla, lo abre y saca de dentro un maletín de médico.

Es un clandestino, un doctor expulsado de la C.M.G., un hombre que se arriesga a ser detenido por el solo hecho de estar a la cabecera de la cama de Nico. Doris sigue cada uno de sus movimientos, recuerda el apretón de manos, enérgico, una mano callosa y grande, la voz gruesa cuando ha dicho su nombre, falso naturalmente, una precaución comprensible en sus circunstancias.

El doctor se ha inclinado sobre la cama, ahora toca la frente de Nico, le toma el pulso, le mira los párpados, le ausculta, después da vuelta a uno de sus labios y pone al desnudo las pálidas encías.

—¿Qué es esto? —pregunta, pasando un dedo por el araño que surca el cuello de Nico.

Doris se siente embarazada. Enrojece, balbucea.

—Un cable de hierro... El sábado fuimos al campo...

El médico se rasca la mejilla. Empieza de nuevo, una visita minuciosísima. Doris no sabe comprender por qué el doctor continúa sacudiendo la cabeza. Cuando abre el maletín y lo ve preparar un inyectable lo sujeta por un brazo.

—Pero en resumen, ¿qué tiene?

El médico alza los hombros.

—No lo sé. Podría ser el tétanos. Pero quizá me equivoque. Sí, sin duda me equivoco. Casi seguramente se tratará de una estúpida infección. Esto —y muestra la jeringa llena de líquido— tal vez pueda ayudarlo. Entendámonos, no puedo hacer nada más. Tengo un botiquín reducidísimo. Si se trata de una infección genérica podemos estar tranquilos. Pero si por casualidad... En fin, la antitetánica no la tengo. Y además sería tarde, no llegaríamos tampoco a tiempo.

—Pero entonces...

—¿Por qué quiere pensar en lo peor? Ahora le pondremos esta inyección, y dentro de tres o cuatro horas la temperatura deberá descender.

Doris se vuelve de espaldas, se acerca a la ventana, mira al patio, un paralelepípedo de color blanco sucio donde hileras de pañuelos extendidos van de una ventana a otra.

Ya está hecho. El médico está metiéndolo de nuevo todo en el maletín, mira a su alrededor como buscando quién sabe qué cosa.

—No puedo hacer nada más —repite.

Tiende una mano enorme: un gesto forzado, amargo.

Crescenzo lo acompaña a la puerta.

—A mí puede decírmelo —murmura—. ¿Hay alguna esperanza?

Tan sólo un gesto, una mirada vaga. Una imperceptible negativa.

Pero Doris no lo sabe. Doris no lo ha visto, no se ha dado cuenta de nada. Tiene aún esperanzas; se sienta muy junto al lecho, y aguarda.

Título original:
TRENTASETTE CENTIGRADI
© 1968, *Lino Aldani*
Traducción de P. Domingo

historias del robomóvil

GEORGE

LUIS VIGIL

Luis Vigil, uno de los miembros del triunvirato rector de «Nueva Dimensión», es un fanático de la ciencia ficción, un coleccionista empedernido de las obras del género (y de muchas otras cosas) y un escritor incansable de cuentos que casi nunca rebasan las 3 ó 4 páginas... pues, según él, una idea puede condensarse en pocas palabras, y llenar muchos folios es desperdiciar el papel. Sus «historias del robomóvil» constituyen una interesante serie cuyo tema principal es... bueno, léanlas; ustedes ya lo irán viendo.

ilustrado por FRANCISCO LEZCANO

—Ayer casi me mata al tomar una curva —dijo el padre.

—Pues a mí no me obedece cuando le digo que acelere —añadió el hijo.

—Está ya viejo —concluyó la madre.

—Sí, pero... ¡lleva tantos años con nosotros, que ahora me da pena! —se entristeció la hija.

—¡Tonterías! —afirmó el hijo— he visto unos robomóviles I.B.M. Ford último modelo en la tienda de Main Street que me han robado el corazón.

—Está decidido —terció el padre—. George ya no nos sirve, así que lo cambiaremos.

—Pobrecito —dijo la hija tristemente.

—Voy a arreglarme —finalizó la madre.

El automóvil GEO 3-4719 —de ahí le venía el sobrenombre de George— modelo Bull-Renault 2037, vio entrar a la familia en el garaje. Hizo sonar alegremente su bocina, mientras sus intermitentes se encendían y apagaban.

—Mira cómo se alegra al vernos —sollozó la hija—. ¡Y vosotros queréis venderlo!

—Shhh, calla —ordenó el padre.

Pero George ya les había oído. Su motor dejó de sonar y se quedó con las puertas entreabiertas, como helado.

—¿Ves lo que has hecho? —gritó el hermano— ahora se ha calado.

—Vamos, George, vamos —musitó el padre, mientras palmeaba cariñosamente el tapón del radiador—. Tienes que comprenderlo. Todos nos hacemos viejos, y un día hemos de retirarnos. Además, te llevarán a la Fábrica, donde regenerarán tu cerebro y lo pondrán en una nueva y reluciente carrocería... podrás correr otra vez, como cuando saliste de la línea de montaje.

George abrió silenciosamente las puertas. Pero una gota de agua cayó de su radiador.



«Cambie su robomóvil viejo por uno nuevo —proclamaba el cartel en la tienda de Main Street—. Tenemos el robomóvil con la personalidad más adecuada a su carácter: deportivo, trabajador, tranquilo... ¡Pase y vea sin compromiso!».

George entró lenta, muy lentamente, en el interior, aparcando al lado de los relucientes últimos modelos, que lo miraban socarrones.

Un empleado apareció de la nada.

—¿Desean los señores? —preguntó solícito.

—Queríamos cambiar el robomóvil —dijo el padre.

—Una decisión acertada —elogió el vendedor—. Es un modelo muy viejo, ya no debe servir para nada.

George resopló indignado por su tubo de escape.

—¡Humm!, y temperamental además —añadió el disgustado dependiente—. No podré darles mucho por él.

—Eso ya lo hablaremos luego —atajó el padre—. Ahora queríamos ver los nuevos modelos.

—Miradlo, qué triste está —comentó la hija—. No puedo verlo sin echarme a llorar.

George miraba al suelo con las luces de cruce. Su radiador goteaba copiosamente.

—¿Sabes, querido? —dijo la madre—, tal vez la niña tenga algo de razón. A mí también me da pena.

—¡Sentimentalismos! —gritó el hijo—. ¡Ñoñerías!

—¡Calla, niño! —atajó el padre—. Tú no has ido tantas millas con George como

nosotros.

—¡Pero esta porquería decrépita no puede gustarles! —intervino a destiempo el vendedor—. Es viejo, malo y...

George y el padre resoplaron al mismo tiempo.

El policía de tráfico escondido tras la valla vio pasar el viejo Bull-Renault a una velocidad que casi le parecía increíble en aquella reliquia.

—¿Has visto, Rover? —comentó con su robomotocicleta mientras ésta se ponía en marcha, persiguiendo al infractor— ¡si no fuese porque es imposible, diría que la toma de aire de ese trasto iba sonriendo!

© 1968, *Luis Vigil y Nueva Dimensión*

RECORDANDO

DAVID R. BUNCH

Uno de nuestros colaboradores nos decía recientemente que una de las ventajas de la ciencia ficción para el escritor es que le permite moverse dentro de todos los campos y estilos de la literatura, desde la más desenfadada ironía hasta el más puro esoterismo, sin olvidar al surrealismo más rabioso. Tal vez calificar de surrealista este relato sea un poco fuerte pero, en nuestra búsqueda de nuevas expresiones para la ciencia ficción, hemos creído que su publicación en estas páginas era imprescindible. ¿Están ustedes de acuerdo?

ilustrado por JOSÉ M.^a BEÁ

Y así llegó el otoño, al fin. Los pájaros de latón chillaban hacia el Sur bajo el escudo de vapor naranja, y una luna sintética flotaba esplendorosamente sobre nuestra tierra.

Los árboles se plegaron y se recogieron dentro de los huecos del jardín, y los grandes globos se elevaron desde Central, los grandes globos marrones llenos de hojas que flotaban altos en el aire, preparados para inundarnos con un otoño artificial al ser apretado un botón en Control de Estaciones.

Y esos globos marrones, vacíos, deshinchados, flotarían hacia el suelo y, cual si fueran la mayor de las hojas muertas, tal vez serían encontrados por los hombres de hojalata, o por los hombres de Vamos-Ahora, o por los extraños mutantes legañosos que vagan por el plástico sin hogar.

Y entonces pasó el invierno en un revoloteo de nieve simulada y cristal, y los hombres en Estaciones, trabajando duro y sobrepasando los límites del buen gusto (pensé yo), retrocedieron mucho y nos fabricaron unas Navidades.

Era una cosa sencilla, pero de mucho trabajo, y además de mal gusto (creí yo) el arropar a los árboles normales con un manto de plástico verde y hacerlos brotar de sus huecos del jardín en Diciembre, con una estrella rodeada de un extraño halo. ¿A quién podía importarle? ¡Oh!, ¿a quién podía importarle?

Y entonces fue primavera de nuevo. Y supe cuánto había perdido. A lo largo de los días del verano, a través del otoño, durante el empolvado invierno; con mi Fortaleza en automático, mis necesidades expertamente servidas por los MecanoBots, siempre a punto y autocontrolados; había permanecido sentado en mi silla anamórfica contemplando el paso de los meses, contemplando las travesuras de Central. Ni siquiera aburrido, ni siquiera divertido.

Porque había graduado mi sangre a baja-baja y mis tiras de carne a durmientes, y había permanecido durante los largos días casi tan quieto en todas mis partes como el nuevo metal de todos mis «recambios».

Porque soy de Moderan, ¿saben?, donde toda la gente ha sido «recambiada» ya, en un grado u otro, con aleaciones de metal nuevo que constituyen la masa de nuestro esplendor, mientras que nuestras tiras de carne son pocas y están sojuzgadas.

Pero la primavera..., algo pasa en primavera. El mundo se desliza hacia la intranquilidad y algo, medio dormido, agita sus fríos pliegues, se mueve tambaleante y te mira, atontado, con ojos legañosos. ¿O es que tal vez un hombre de lata, mientras yo descansaba, movió un poquito el control de mi corazón?

Es algo que no puedo decirles, de verdad. Un mes estoy sentado tranquilo como una fría bola de plomo, pensando en los Profundos Problemas Universales, mi corazón pistoneando un lento y constante ritmo Moderano, diseñado para hacerme durar eternamente, mi mundo un llano mar de liso tiempo sobre el que floto.

Y de repente estoy en las rompientes, mi corazón agitándose a un ritmo explosivo, mi clara sangre verde subiendo agitada a llenar los tubos de mi garganta y atragantarme. ¡Estoy pensando en ella y en el día de verano en que me dejó!

¿O fue una noche? No me he sentido muy bien desde que me dejó. ¿Quizá sea orgullo? ¿Quién puede decir, en estos asuntos, lo que puede significar uno a otro?

A veces pienso que me haré con el poder en esta tierra. ¿Por qué no? Haré científicos de mis armeros. Y de los hombres de hojalata. Convertiremos esta Fortaleza en un gran laboratorio de experimentación. Obtendremos el Arma Definitiva, que hará que las demás Armas Definitivas parezcan bombas de juguete.

Obtendremos tal desintegrador que sólo pensando en el botón de puesta en marcha podré aniquilar regiones enteras. Y entonces le diré a Central: Central —le diré—, molestaste por última vez. No más primavera, escucha. Ni tampoco más verano, escucha. ¿De acuerdo?

Y más vale que esté de acuerdo, pues de lo contrario... Bueno, después de esto seré un dirigente bondadoso. Permaneceremos en el otoño e invierno, todos nosotros, porque la primavera y el verano están verdaderamente muertos, ¿entienden? Desaparecidos.

Pero tal vez no me hago entender. ¿Quién quizá lo puede, con otro?

Otras veces pienso que haré serpientes. Tengo los croquis. Transformaré mi Fortaleza en una gran fábrica de serpientes de plástico verde. Y las dejaré reptar sobre esta tierra árida.

¡Serpientes! Éste es el símbolo. ¿Qué hay mejor para decirle a todo el mundo lo que tengo que decirle? Y entrenaré una, especial, para que vaya y se tienda sobre el tejado bajo el que ella se cobija. Con él.

Aunque tal vez esto les haga pensar que soy malvado. O celoso. No es esto, de ningún modo. Pero me siento ultrajado por la estupidez de ella, y estoy herido por algo que se mueve y remueve en los rincones fríos de mi caja cardíaca cuando llega la primavera en un remanso del triste torbellino en el que gira el mundo.

Creo que es la estupidez de ella lo que más me ultraja. Comprendan: ¡ella me dejó por uno muy inferior a mí! Deben creerme. Deben... Deben...

No fue que no la tratase bien. Ella fue mi amante de metal nuevo por muchos meses dichosos. Y entonces, tal como ocurren estas cosas, supongo que aprendió a amarme. Y no puedo echarle la culpa por esto. Ciertamente, no fue estúpido por su parte el hacerlo.

Sin embargo, como ocurre con las mujeres, quería más y más de mi tiempo. Lo que quiero decir es que ella quería compartir mi vida y hasta ayudar a dirigir, ¡o tal vez hacerlo ella!, la Fortaleza.

¡Ella quería que dejase su control de animación en Encendido!

Pero, le expliqué pacientemente, como se hace con los niños, era mucho mejor para ella tener el control de animación en Encendido sólo mientras estuviésemos amándonos, y luego moverlo a Apagado cuando no estuviésemos amándonos, y así ella podría meterse bajo la cama y permanecer allí como una barra de acero o unos viejos zapatos de plástico hasta que, perentoriamente, la necesitase otra vez.

Cualquier otro arreglo, como le expliqué una y otra vez, quizá me llevase a un debilitamiento de mi fuerza mental en el Profundo Pensamiento Universal. Creí que había comprendido.

Y entonces, un día... Era verano, las pesadas flores se alzaban por todas partes y las crías de los petirrojos artificiales estaban probando sus inseguras alitas y lanzando cancioncillas recién aprendidas... Ese día me descuidé. Supongo que dejé su control de animación en Encendido cuando hubimos terminado.

Recuerdo que era una temporada de mucho pensar, otra vez había terribles dificultades en los viajes espaciales a Marsoplan, y la Galaxia Roja estaba de nuevo ocasionando problemas. Creo que dejé sin apagar su control de animación.

O tal vez uno de los hombres de lata..., pero no debo volverme demasiado suspicaz. Aún hoy me parece culpable cada rostro que miro. A veces pienso si no estarían todos haciéndole el amor a ella cuando yo estaba ocupado, pensando.

Y cuando imagino esto, la verde sangre corre por mis tiras de carne tan hirviente que apenas puedo contenerme para no aniquilar los alrededores con un Fuego Máximo, para así dar a conocer mi estado de ánimo.

En resumen: lo que ocurrió es que me dejó aquel día, mientras yo estaba en mi pensatorio, ocupado. Sé que tuvieron que ayudarla a pasar sobre los once muros de acero de mi Fortaleza. Tienen que haberlo hecho.

Estoy todavía maquinando un castigo para esos sirvientes traidores, y ningún castigo me parece suficientemente grande para ellos. Cuando me entere de quiénes han sido... ¡Oh!, mi necesidad de venganza crece y crece y me domina.

¡Y cuando la encuentre a ella!... ¡Y lo haré! Espero que para entonces ya tenga a punto mi venganza. Mis «muchachos» están todavía, en este mismo momento,

infiltrándose en las Fortalezas vecinas, donde habitan los Dueños inferiores, para encontrar qué Dueño inferior fue el causante de su estupidez. ¡Y cuando la encuentren!...

Pero, ¿saben?, tengo una esperanza. Aún en esta primavera, dañina para el corazón, tengo una esperanza, aún en este alto en el doloroso girar del mundo en su camino tengo una esperanza. ¿De que ella vuelva? ¡Oh, no!

Tengo la esperanza de que la encuentren fuera de toda Fortaleza. Tal vez errante por el plástico sin hogar, gritando mi nombre. O quizás «viviendo» en algún agujero de algún árbol, en algún jardín, esperando que me acerque a ella para decirle: «¡Vuelve!».

Pero ¿la aceptaría de nuevo? ¿Puedo aceptarla de nuevo? Sospecho de cada mirada con la que me cruzo. Me sube la sangre verde a la cabeza. Pienso en serpientes y seguiré pensando hasta que sepa...

¿Y quién puede saber? ¿Sobre qué cosas se puede saber?... Así que adelante, con el máximo esfuerzo, con mis planes de venganza. Y cuando la encuentren..., ¡y la encontrarán!..., espero que no se anticipe esto a mis planes.

... Apresuraré la terminación de la nueva máquina. ¡Dejaré su control de animación en Encendido! La dejaré «vivir», mientras la nueva máquina machaca su «vida» hasta convertirla en átomos gelatinosos.

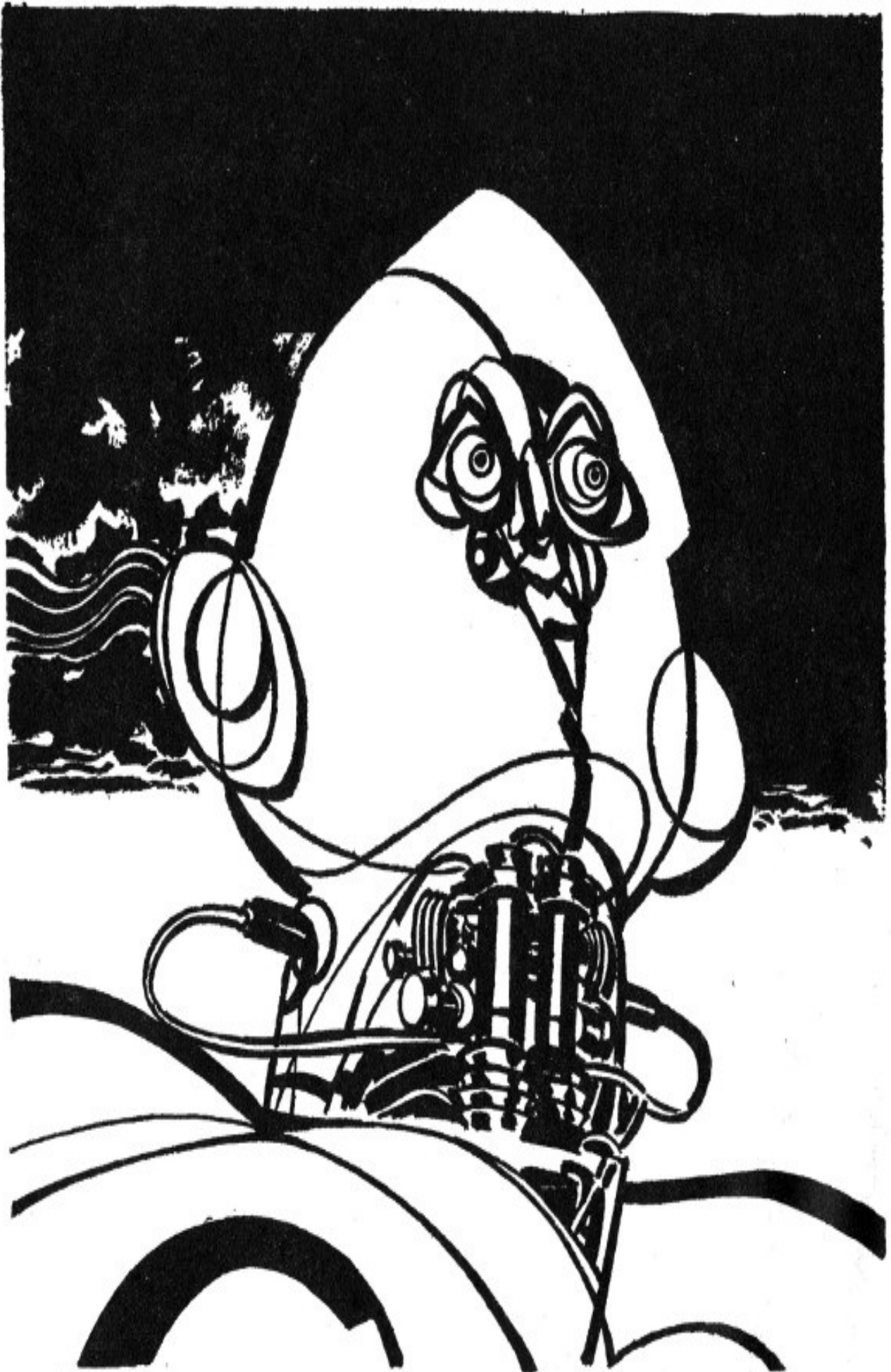
Por su estupidez..., pues la estupidez es una cosa de lo más terrible, ¿saben? (especialmente cuando es comparando MI persona con otra)..., y merece un tremendo castigo.

Título original:

REMEMBERING

© 1960, Ziff-Davis Publishing Co.

Traducción de M. Sobreviela



los premios Hugo

En nuestro número anterior hablábamos de la concesión, en Nueva York, de los premios Hugo de 1967. Pero, nos han preguntado algunos lectores, ¿qué son exactamente los premios Hugo, de dónde proviene su nombre, a quiénes se han concedido, cuándo y por qué? Este artículo pretende ser una respuesta a todas estas preguntas.

Aquellos que leemos Ciencia-Ficción, sea por distracción, por gustarnos esta clase de literatura (y digo literatura en amplio sentido de cultura, aunque a algunos se les levanten las cejas en increíble sorpresa de perros de Pavlov), o por maníacos fanáticos, siempre hemos tenido un momento en que, al terminar de leer un libro, hemos pensado, tal vez con un poco de falta de ecuanimidad: «Esto es un libro y lo demás son tonterías. Debería dársele un premio».

Entre un círculo selecto de lectores de ciencia ficción, he tenido la ocasión de oír este comentario más de una vez. Para ser concreto, mencionaré que dicho comentario lo he escuchado innumerables veces al respecto de libros como «Las estrellas mi destino» de Bester, «La ciudad y las estrellas» de Clarke, «Avispa» de E. F. Russell, «Ciudad» de Simak, «El viaje del Space Beagle» de van Vogt, «Puente estelar» de Williamson y Gunn, etc.

Ciertamente, no es nada raro el deseo de un premio para un buen libro de ciencia ficción, cuando otros libros de mejor o peor contenido están recibiendo premios, sea porque sus autores han tenido la habilidad suficiente para describir las vicisitudes de dos o tres generaciones de una familia rusa en 600 páginas o porque en su obra han logrado un buen número de asesinatos hasta que el sutil inspector ha descubierto que el asesino era el mayordomo.

Sin embargo, la adecuada recompensa a los buenos autores de ciencia ficción ya fue establecida hace bastantes años.

Para dar una idea más clara sobre este asunto debemos remontarnos bastantes años atrás, exactamente hasta el año 1904. Si bien la Era de la ciencia ficción no empezó hasta el memorable año de 1926, es cierto que hubo una persona que en 1904 hizo empezar a rodar la pequeña bola de nieve de la ciencia ficción, que se convertiría en un alud, en una montaña, en la cual algunos de nosotros nos hemos instalado o estamos sepultados. Esta persona fue Hugo Gernsback, el cual,

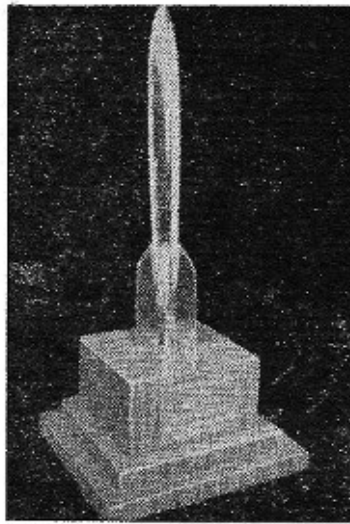
procedente de Luxemburgo, llegó a Estados Unidos en 1904.

Gernsback era un amante de lo que, entonces, era el nuevo y misterioso campo de la electrónica. Tanto era así que pronto publicó una revista, la cual, además de informar sobre los últimos inventos y aplicaciones, pronto se vio enriquecida con secciones de ciencia ficción, escritas por el propio Gernsback, quien tenía multitud de ideas sobre el futuro de la electrónica, ciencia que, en aquel tiempo, progresaba en forma un tanto vacilante. Al final, dadas las limitaciones que ofrecía la revista a sus propias ideas, Gernsback empezó en 1926 la publicación de la revista «Amazing Stories», la primera en el mundo dedicada a la ciencia ficción.

A partir de ese momento, en el A. D. 1926, podríamos decir que floreció la ciencia ficción, siendo incrementada al cabo de pocos años por publicaciones tales como «Wonder Stories» y «Astounding Stories». Así, en un tiempo en que los gánsters se iban adueñando de Chicago y otras ciudades, la nueva generación se dividía entre los que leían las aventuras del cow-boy guapo y heroico que se dedicaba a tirotear a los ladrones de ganado, rescatando a la heroína de las garras del bigotudo bandido, al que metía seis balas en el cuerpo (aunque Hollywood ya había inventado la pistola del héroe a la que nunca se le acababa la munición) y los sofisticados que leían con deleite las aventuras del héroe guapo y valeroso que se dedicaba a desintegrar con su zap-gun a monstruos verdosos con ojos de batracio, rescatando a la heroína de los tentáculos pegajosos de algún diabólico ser de Neptuno. No es extraño que, en algunos hogares, los aficionados al «western» recibieran subvención de sus familias para adquirir más libros de héroes montados en sus jacos, recorriendo las llanuras del Colorado revólver o rifle en mano, mientras que los nuevos aficionados a la ciencia ficción recibieran alguna bofetada por querer adquirir libros que trataban sobre cuestiones tan imposibles e imbéciles como héroes usando bombas atómicas, rayos desintegradores, cohetes interplanetarios y televisores.

Sin embargo, a pesar de las bofetadas, de las risotadas, de las injurias a su afición, los sufridos amantes de la ciencia ficción continuaron perseverando en lo que era su pasión, formando grupos y luego Clubs. Al final, como era de esperar, en el año 1939, los Clubs decidieron celebrar una Convención Internacional de ciencia ficción. La primera Convención de este tipo se celebró en New York, con una asistencia de unos 200 aficionados, algunos de los cuales se trasladaron desde California. Indudablemente, en aquella época, la fecha de la Convención debió ser un día glorioso. Imaginen: 200 personas que podían hablar y comentar libremente entre sí sobre ciencia ficción, sin recibir miradas irónicas o sonrisas estúpidas de gente «superior».

Después de aquel día, no quedó otra cosa que hacer sino repetir: la segunda Convención se celebró en Chicago en 1940, la tercera en Denver en 1941.



El «Hugo»: un nombre famoso para un premio desconocido

Luego, debido a un inconveniente de la civilización y cultura del mundo, se produjo la II Guerra Mundial, con lo que las Convenciones quedaron suspendidas durante cuatro años, aunque a partir de 1946 volvieron a reanudarse en diferentes puntos, habiéndose celebrado incluso dos en Londres en 1957 y 1965.

En cuanto al premio, que se llamaría más tarde «Hugo», no empezó a ser realidad hasta 1953. No hay duda de que muchos aficionados habían pensado en algún premio, pero hasta la décima Convención lo único que se había hecho era votar ocasionalmente a los libros preferidos, anunciándose luego con gran estrépito el que había obtenido los votos más numerosos.

En la XI Convención, celebrada en Filadelfia, en el año 1953, Hal Lynch consiguió pasar del proyecto a la práctica al mencionar su idea a los organizadores. El premio (que aún no se llamaba «Hugo»), fue confeccionado, consistiendo en un pequeño cohete de acero inoxidable, con aletas en la cola y centro y montado sobre una base cilíndrica de madera, en la cual había una placa para efectuar la inscripción del afortunado que lo recibiera, que en este caso fue Alfred Bester por su novela «The demolished Man».

Puesto que las Convenciones padecían de falta de organización, una falta muy razonable puesto que eran celebradas espontáneamente por los aficionados, resultó que en la XII Convención, celebrada en 1954 en San Francisco, no se entregó ningún premio. A pesar de esta omisión, las siguientes Convenciones establecieron el premio, el cual se ha ido entregando hasta nuestros días. El «Hugo» actual, que no se llamó así oficialmente hasta 1958, en honor a Hugo Gernsback, no difiere mucho del original, entregado en 1953. La diferencia consiste en que es un poco más grande, no tiene aletas centrales y está montado sobre una base cúbica de madera.

Para todos aquellos interesados o curiosos, al final se detalla la relación de premios, tanto de denominaciones I.F.A. como «Hugos».

Puesto a dar información, puedo añadir que, en 1966, una nueva organización bajo el nombre de «Science Fiction Writers of America» (SFWA), dirigida por

Damon Knight, ha establecido un nuevo premio, denominado «Nebula». Este premio fue diseñado por Judith Ann Lawrence (la esposa de James Blish) basándose en un esquema de Kate Wilhelm (la esposa de Damon Knight) y consiste en una nebulosa espiral metálica, suspendida sobre un paisaje ultraterreno de cristal, todo ello dentro de un bloque rectangular de plástico, con la debida información grabada en la base. El efecto es bastante espectacular, y el primero de estos premios se entregó a Frank Herbert, por su monumental obra «Dune» (a la que también se le adjudicó el «Hugo»).

Ciertamente la Ciencia-Ficción ha progresado mucho desde los tiempos del héroe que rescataba a la heroína en poder del fangoso monstruo. La Ciencia-Ficción ha madurado y se ha tornado muy seria, como lo demuestran libros tales como «Ciudad» de Simak, «Un cántico por Leibowitz» de Miller, «La ciudad y las estrellas» de Clarke, «Dune» de Herbert, y otros. Sin embargo, a fin de evitar malos entendidos, hay que señalar que el que un libro haya obtenido el «Hugo» no quiere decir que sea una obra maestra. Cada vez que se otorga un «Hugo» hay una tormenta de discusiones. «Starship Troopers» de Heinlein fue largamente debatida, no por la obra en sí, sino por su contenido de ideas políticas y militares^[1]. «The Big Time» y «The Wanderer» de Leiber, han sido señaladas como obras completamente mediocres. «Stranger in a strange land» de Heinlein, ha sido calificada desde «una demencia pornográfica y ateísta» hasta «una obra necesaria para el examen de nuestra actual sociedad y civilización». «The man in the high castle» de Dick levantó una controversia, que aún dura, sobre si es realmente ciencia ficción o no, aparte de una opinión general dividida entre si el libro es realmente un trabajo digno de atención o una colección de palabras puestas sin sentido una detrás de otra. Cualquiera que sea el libro, siempre habrá divergencia de opiniones entre sus lectores, aunque hay que reconocer que algunas obras no están a la altura de otras anteriores. Aún así, la novela que consigue el «Hugo» acostumbra a ser siempre la mejor de aquel año.

Para nosotros, los aficionados a la ciencia ficción, siempre hay, afortunadamente, alguna buena obra que leer, cualquiera que sea la tendencia del lector. Siempre hay algún libro sobre un héroe, con su pistola desintegradora, rescatando a la heroína. Siempre hay un soldado de fortuna luchando contra un Imperio Galáctico. Siempre hay una invasión de monstruos; robots, seres extraterrestres, viajeros en el tiempo, que están dispuestos a hacernos olvidar, por unos momentos, la regularidad de nuestra vida normal y lanzarnos a un mundo nuevo, infinito, el Universo entero, en donde en cada planeta hay una nueva maravilla, una nueva situación, un nuevo peligro. Literatura de «evasión», tal vez. Ciertamente, ¿pero es que acaso no lo son todas las novelas?

Si hay alguna literatura que esté ganando más adeptos, en la actualidad, ésta es, sin duda, la ciencia ficción. No solamente por su propia originalidad, sino porque permite examinar y extrapolar sobre el hombre, sobre la humanidad en cualquier aspecto, sea psicológico, sociológico, económico, científico, político, místico o

conquistador. La humanidad se expande, los problemas se agudizan, el avance, técnico proporciona sistemas de crear o destruir, de visitar mundos cercanos y, más adelante, tal vez las estrellas. ¿Quién sabe realmente cómo será el futuro? El que busque la respuesta en un libro de ciencia ficción no la encontrará, porque el futuro es ahora, el cohete que está en la Luna enviando fotografías, el nuevo medicamento contra el cáncer, la nueva arma para liquidar más gente en forma más económica. Esto es lo que está formando el futuro que vamos a vivir. ¿Se podrá viajar a las estrellas? Tal vez. ¿Se encontrará la droga de la inmortalidad? Quién sabe. ¿Habrá habitantes en Alfa Centaurii...? ¿Para qué preguntar más? A partir de aquí ya entramos en divagaciones y elucubraciones filosóficas. A cada cual su inclinación, pero el que quiera distraerse o tomarse en serio sobre lo que podría ocurrir si hubiera habitantes en Alfa Centaurii hallará con poco esfuerzo una docena de libros de ciencia ficción tratando el tema en una docena de formas distintas. Siempre encontrará alguno que sea de su agrado y si no... tal vez pueda escribir su propia versión. Los «Hugo» y «Nebula» fueron creados para premiar a los escritores. ¡Veamos cuándo hay un premio español para un buen escritor español de ciencia ficción!

Sebastián MARTÍNEZ

INTERNATIONAL FANTASY AWARDS

1951. — EARTH ABIDES, de George R. Stewart.

1952. — FANCIES AND GOODNIGHTS, de John Collier.

THE DAY OF THE TRIFFIDS, de John Wyndham («El día de los trífidos», Minotauro).

THE ILLUSTRATED MAN, de Ray Bradbury («El hombre ilustrado», Minotauro).

1953. — CITY, de Clifford D. Simak («Ciudad», Minotauro).

TAKEOFF, de C. M. Kornbluth.

PLAYER PIANO, de Kurt Vonnegut.

1954. — MORE THAN HUMAN, de Theodore Sturgeon («Más que humano», Minotauro).

THE DEMOLISHED MAN, de Alfred Bester («El hombre demolido», Minotauro).

1955. — A MIRROR FOR OBSERVERS, de Edgar Pangborn.

MISSION OF GRAVITY, de Hal Clement.

1956. — No se adjudicaron.

1957. — LORD OF THE RINGS, de J. R. R. Tolkien.

Después de esta fecha ya no se concedió ningún otro International Fantasy Award.

PREMIOS HUGO

1953. — (11.^a Convención, Filadelfia).

- Novela:** THE DEMOLISHED MAN, de Alfred Bester («El hombre demolido», Minotauro).
- Novela corta:** No se concedió.
- Cuento:** No se concedió.
1954. — (12.^a Convención, San Francisco).
No se concedieron.
1955. — (13.^a Convención, Cleveland).
Novela: THEY'D RATHER BE RIGHT, de M. Clifton y F. Riley.
Novela corta: THE DARFSTELLER, de Walter M. Miller, Jr.
Cuento: ALLAMAGOOSA, de Eric Frank Russell.
1956. — (14.^a Convención, Nueva York).
Novela: DOUBLE STAR, de Robert A. Heinlein («Intriga estelar», Nebulae).
Novela corta: EXPLORATION TEAM, de Murray Leinster («Equipo de exploración», Antologías Acervo de Anticipación).
Cuento: THE STAR, de Arthur C. Clarke («La estrella». Planeta).
1957. — (15.^a Convención, Londres).
No se concedieron.
1958. — (16.^a Convención, Los Ángeles).
Novela: THE BIG TIME, de Fritz Leiber.
Novela corta: No se concedió.
Cuento: OR ALL THE SEAS WITH OYSTERS, de Avram Davidson.
1959. — (17.^a Convención, Detroit).
Novela: A CASE OF CONSCIENCE, de James Blish.
Novela corta: THE BIG FRONT YARD, de Clifford D. Simak.
Cuento: THE HELL-BOUND TRAIN, de Robert Bloch.
1960. — (18.^a Convención, Pittsburgh).
Novela: STARSHIP TROOPERS, de Robert A. Heinlein (De aparición en castellano anunciada por Géminis).
Novela corta: FLOWERS FOR ALGERNON, de Daniel Keyes («Flores para Algernon», Antologías Acervo de Anticipación).
Cuento: No se concedió.
1961. — (19.^a Convención, Seattle).
Novela: A CANTICLE FOR LEIBOWITZ, de Walter M. Miller Jr. (No debe confundirse esta extensa novela con el cuento «Cántico por Leibowitz», revista Minotauro, aunque la una

sea consecuencia del otro).

Novela corta: No se concedió.

Cuento: THE LONGEST VOYAGE, de Poul Anderson («El viaje más largo», Antologías Acervo de Anticipación).

1962. — (20.^a Convención, Chicago).

Novela: STRANGER IN A STRANGE LAND, de Robert A. Heinlein («Forastero en tierra extraña», Géminis).

Novela corta: HOTHOUSE, de Brian W. Aldiss (Serie de 4 relatos, cuya aparición en español parece próxima).

Cuento: No se concedió.

1963. — (21.^a Convención, Washington).

Novela: THE MAN IN THE HIGH CASTLE, de Philip K. Dick (Cuya aparición en español está anunciada por Minotauro).

Novela corta: THE DRAGON MASTERS, de Jack Vance.

Cuento: No se concedió.

1964. — (22.^a Convención, San Francisco).

Novela: WAY STATION, de Clifford D. Simak («Estación de tránsito», Nebulae).

Novela corta: NO TRUCE WITH KINGS, de Poul Anderson («No habrá tregua para los reyes», revista Minotauro).

Cuento: No se concedió.

1965. — (23.^a Convención, Londres).

Novela: THE WANDERER, de Fritz Leiber («El vagabundo», Nebulae).

Novela corta: No se concedió.

Cuento: SOLDIER, ASK NOT, de Gordon R. Dickson.

1966. — (24.^a Convención, Cleveland).

Novela: DUNE, de Frank Herbert, y ...AND CALL ME CONRAD (THIS INMORTAL), de Roger Zelazny.

Novela corta: No se concedió.

Cuento: «REPENT, HARLEQUIN!», SAID THE TICKTOCKMAN, de Harlan Ellison. («¡Arrepiéntete, Arlequín!, dijo el tic-tac». Selecciones Géminis de ciencia ficción).

1967. — (25.^a Convención, Nueva York).

Novela: THE MOON IS A HARSH MISTRESS, de Robert A. Heinlein.

Novela corta: THE LAST CASTLE, de Jack Vance.

Cuento: NEUTRON STAR, de Larry Niven.

Además, se han concedido también algunos premios extraordinarios: un «HUGO» especial para

Hugo Gernsback, padre de la ciencia ficción, y en cuyo honor precisamente lleva este nombre, en 1960; otro, en 1963, a Isaac Asimov, por su rigor científico al tratar muchos temas de ciencia ficción; otro, retroactivo, de nuevo a Isaac Asimov, por su famosa serie FOUNDATION («Fundación», «Fundación e Imperio», «Fundación segunda», Nebulae).

Otros «HUGOS» son concedidos a los ilustradores: Ed Emshwiller, EMSH, ha recibido cinco, Frank KELLY FREAS cuatro, Virgil FINLAY, Hannes BOK y Frank FRAZETTA uno; a las revistas profesionales: ocho para ASTOUNDING (actualmente ANALOG), cuatro para el MAGAZINE OF FANTASY AND SCIENCE FICTION (conocido más comúnmente como F & SF), dos para WORLDS OF IF y uno para GALAXY.

Finalmente, se distribuyen premios y nominaciones también a los mejores fanzines del año, a los mejores films exhibidos, a los mejores autores no profesionales, a los mejores ilustradores no profesionales, etc., hasta completar una lista que sería interminable.

Un olor a rancio: «Fantástica»

Uno de los hobbies de muchos aficionados a la ciencia ficción es recorrer a menudo las librerías de viejo, en busca de esos antiguos ejemplares de las colecciones del género ya desaparecidas, esas obras precursoras, esos viejos volúmenes que para muchos de nosotros son verdaderas reliquias y que conservamos luego como joyas en nuestras bibliotecas. Es a fin de ayudar en lo posible a estar labor bibliófila de muchos de nuestros lectores que iniciamos en este número una serie de artículos a través de los cuales intentaremos recorrer las antiguas y principales colecciones que abordaron la ciencia ficción y los géneros afines, cuando aún en España e Hispanoamérica nadie sabía lo que era ciencia ficción. Ahí está el primero.

Entre los años 1944 y 1945 se publicó en Barcelona, editado por **Cliper**, un magazine fantástico que sólo fue una sombra fugaz en el desolado panorama nacional de aquella época en lo que a publicaciones de fantasía se refiere: «Fantástica», que se autotitulaba «magazine de historias, leyendas y relatos impresionantes». Vieron la luz en esta serie una veintena de números, entre los llamados normales y los extras.

Si he utilizado el calificativo de sombra para su efímera vida, también creo poder aplicar este calificativo a la forma que tuvo la empresa editorial de enfocar la publicación de la revista, ya que en realidad «Fantástica» fue también, editorialmente hablando, una sombra de los «pulp» americanos, ya en franca decadencia en aquella época por causa de factores de diversa índole que tal vez sea interesante analizar en alguna próxima ocasión. En resumen, «Fantástica» fue una imitación que podríamos llamar de cortos vuelos, ya que no supo valorizar al público al cual iba dirigida, ignorando al buen aficionado, que en España, como en todo el mundo, forma legión, con el agravante de que la ausencia de colecciones que traten estos temas le hace padecer tales y tan largos ayunos y abstinencias que incluso ahora uno tiene ganas de hablar de «Fantástica» como de un pequeño acontecimiento recordado a través de los

años, y que si no nos satisfizo en su tiempo fue por lo menos una esperanza y una rendija por donde se colaban algunos rayos y truenos... aunque fueran un tanto apagados.

La revista «Fantástica» se limitó a publicar, en sus volúmenes, una serie de relatos agrupados en cada número bajo el nombre de un autor, que se presentaba como «narrador», y que en realidad era una mezcla de adaptador y traductor, ya que muchas de las narraciones aparecidas, que eran ofrecidas sin indicar paternidad alguna, habían aparecido antes en diversas revistas anglosajonas del mismo género, excepto alguna leyenda más o menos conocida. Con este procedimiento la revista, pese al evidente impacto de su presentación, quedaba algo desangelada y con un cierto sabor a refrito que no podía ocultarse.

H. C. GRANCH, Manuel VALLVE, Alberto ARNAU, Federico MEDIANTE y H. ACOSTA WAITORN fueron los escritores que firmaron estas digamos colecciones de relatos, y que si no murieron en ella con las máquinas de escribir puestas fue porque la colección dejó de aparecer.

He dicho más arriba que la presentación tenía su impacto; sí, ciertamente, entraba en líneas generales dentro de los cánones del clásico **pulp** y las fantasmagóricas letras amarillas sobre el fondo verde no dejaba de tener cierto encanto. El dibujante MORENO (al que no hay que confundir con Arturo MORENO) firmó la totalidad de las portadas, excepto la del número 1 «extra» que apareció con la firma de un tal HARRISON. Este dibujante o portadista era tan fiel al estilo de Juan Pablo BOCQUET que —modestia aparte, por mi propia profesión entiendo bastante en la materia— uno llega muy fácilmente a confundirse. Dichas portadas eran copias exactas de fotogramas pertenecientes a los clásicos films terroríficos de los años treinta, y por ella desfilaron las efigies desde Boris Karloff hasta Bela Lugosi, pasando por la caracterización de Fredric March en «El Hombre y el Monstruo» (cuya portada reproducimos). Estas copias, tan fieles y evidentes, son un fallo que hace dudar ya desde un principio de la autenticidad y honestidad que pueda encontrarse en el contenido de una revista, por muy popular que sea.



Muy buenas en cambio las ilustraciones interiores, especialmente las del veterano Jaime Juez (XIRINIUS), Alex COLL, recordando «blue book», y las del malogrado Francisco DARNIS, gran dibujante de comic y uno de los pioneros del comic de ciencia ficción en España, que en aquella época empezaba su carrera en el arte de la ilustración.

Una revista, en fin, que tras el tiempo transcurrido es interesante tener en la biblioteca del aficionado, no ya del bibliófilo, y que se cotiza bastante en las librerías de viejo. Y una revista, añadiré como dato curioso, que pese a todos sus posibles defectos figura en varios catálogos americanos sobre publicaciones del género.

Alfonso FIGUERAS

La evolución de «Zarpa de acero»

La ciencia ficción actual se ha apartado bastante, en el comic, de los cánones que marcaran hará ya muchos años Buck Rogers y Flash Gordon. Y en esa nueva ciencia ficción destacan hoy, en Europa, nombres españoles. El principal de ellos es Jesús Blasco. Éste es su personaje, y ésta es su obra: *The steel claw*, *Zarpa de Acero*.

El héroe más popular del comic británico es obra de un dibujante español. Por otro lado, la producción de comics ingleses se realiza en un 50% en los estudios de los ilustradores españoles. Y a pesar de ello, esta labor pasa totalmente ignorada del lector, del aficionado, incluso del especialista y estudioso del comic, ya que estos cientos y cientos de viñetas que salen diariamente de España, con rumbo a Inglaterra y a otros tantos países, no llevan generalmente la firma de su autor.

Uno de los pocos dibujantes que firman sus trabajos en el extranjero, y el único entre los nuestros reconocido como de talla internacional, es el catalán Jesús Blasco, famoso desde sus creaciones en los «años dorados» del comic español. **Cuto** y **Anita Diminuta** son personajes con una categoría digna de codearse con la de los máximos ilustradores mundiales. Actualmente, Blasco forma un equipo compacto junto con sus hermanos, en el que sólo falta la presencia —pero nunca el apoyo moral y la sugerencia acertada— de Pili, la creadora de **Mariló** y de todo un mundo mágico e irreal en la revista «Mis Chicas».

El más conocido personaje actual de Blasco se llama **The Steel Claw**, en España **Zarpa de Acero**.

A principios de julio del año 1962 Trevor Newton, en nombre de la editora londinense Fleetway, se entrevista en el hotel Ritz de Barcelona con Blasco. Desea

crear un personaje nuevo para el semanario inglés «Valiant», «un hombre invisible con una mano metálica». Tras un rápido acuerdo, días después la Fleetway envía el primer guión de Tom Tully y, el siete de agosto, Jesús Blasco remite a Londres, totalmente terminado, el primer capítulo equivalente a dos páginas semanales.



El ritmo de trabajo y las entregas no variarán a lo largo de estos seis años pasados. En el momento de escribir estas líneas, 12 de enero de 1968, Blasco ha firmado 545 páginas, es decir, más de cuatro mil viñetas, realizadas todas ellas a gran tamaño y a pincel. Los textos y los globos se rotulan en Gran Bretaña, con una total carencia del sentido de la estética. En el cuadro que figura al final de este estudio se indica la longitud por capítulos de cada historia —o aventura completa— de **Zarpa de Acero**, haciendo constar que varios capítulos no han sido realizados por Blasco sino por un dibujante inglés, que intentó copiar con poca fortuna su estilo. El sentido narrativo y gráfico —tan cercano al «cine negro» americano— de Blasco ha sido también imitado por no pocos dibujantes de las islas, viniendo a ser, durante estos años, un maestro en el género. El éxito de **Zarpa de Acero** en las páginas centrales de «Valiant» y de los Almanagues navideños y ediciones de bolsillo «Super-Library» ha servido de tarjeta de visita de su autor, que ha realizado sucesivamente **Edward and the Jumblies** para «Teddy Bear», así como **Montezuma's Daughter** y **Rob Riley** —una especie de **Cuto** inglés— para «Look and Learn».

UN HÉROE A LA INGLESA

Los dibujos de Blasco se han visto constreñidos, limitados, por los guiones de Tom Tully. Su protagonista, Louis Crandell, alias **Zarpa de Acero**, es en la primera aventura un científico reprimido y ambicioso, ayudante del profesor **Barringer**. Con él colabora en sus ensayos de un rayo que beneficiará a la Humanidad. (La caracterología de los sabios en el comic tipifica a éstos en «buenos» y «malos». Los primeros, como **Barringer** y **Zarkov** en sus momentos de lucidez, son unos benefactores de la Humanidad. Los segundos quieren destruirla, poseídos por los mismos elementales afanes de conquista por la destrucción, de tiranos como **Ming el Cruel**).

Este **Louis Crandell** de sus comienzos es tenebroso, flaco y antipático. Su

evolución será rápida, pero pese a su rápido proceso de mitificación nunca llegará a convertirse en un héroe positivo, quedándose en esa gris y fría concepción del ídolo inglés, líder a pesar suyo.

Ha perdido la mano en un accidente y, en su primera aventura, sufre otro percance. La explosión del laboratorio de su maestro le vuelve invisible, al recibir una descarga eléctrica en su mano ortopédica de acero. Poseído de este extraño poder, decide, como todo malo que se precie, el destruir la ciudad de Nueva York. Sólo precisa recargar periódicamente su mano, en contacto con cables de alta tensión. Esta primera aventura no deja de ser una variante de «ciudad atacada por monstruo, por ser infrahumano o por cosa de otro mundo», en la línea de Gorgo, Godzilla, Rodán, siendo la contraofensiva de los humanos un amplio despliegue de tanques y fuerzas del Ejército.

Pero **Crandell** evoluciona con rapidez. Su éxito fulminante entre los lectores le obliga a pasarse al bando de la gente honrada, decente. Se alista como agente de la «Shadow Squad» (Escuadra de las Sombras), al servicio del Bien con mayúscula. Más adelante, la transformación se acentúa. En su aventura en la isla del **Buitre**, Louis Crandell se transforma físicamente desde la primera viñeta, tomando contextura de atleta, hecho insólito en las historietas de Blasco, donde sus héroes son físicamente vulgares. Poco después, sus superiores deciden convertir su zarpa en un arma mortífera, que dispara cargas explosivas por cada dedo. Pero su jefe, **Sombra Uno**, pigmalión de la ciencia ficción, alienta otros proyectos aún más ambiciosos. Ha decidido convertirlo en un superhéroe confeccionado a la medida. Al iniciarse el episodio «Los hombres de arcilla», a **Louis Crandell** le revisten con un ceñido traje de cobre, que será desde entonces su ropa interior habitual. Cubre su cabeza con una máscara conductora coronada por dos electrodos que le prestan apariencia de marciano y que convierten su cerebro en una central eléctrica humana. En las orejas lleva dos discos de control que le permiten elevarse por los aires por la fuerza magnética. Y además —para completar su catadura de Superman «made in England»— al cargarse de energía posee el don de la «superfuerza».

El medroso **Crandell** de la primera historieta se convierte así en un superhéroe imbatible. Pero bajo su apariencia mítica superviven caracteres británicos, dentro siempre de la tipificación habitual en los comics de dicho país. Es un introvertido masoquista, como la viriloide y frígida **Modesty Blaise** es sádica y un tanto sádica. «Qué placer notar cómo la corriente eléctrica recorre mi cuerpo», reconoce Crandell cada vez que recibe la descarga vivificadora, que en su caso sustituye indudablemente a la sexual. Completa el cuadro clínico la ausencia de un romance amoroso. El héroe inglés —excepto en el caso de **Romeo Brow** y del **Garth** de su primera época— es totalmente asexuado, y en el caso concreto de **Zarpa de Acero** éste ignora olímpicamente a las mujeres.

Últimamente, al paladín Crandell se le ha unido en sus andanzas un escudero —dentro también de las convenciones del comic, heredero directo de la novela de

caballerías del folletón por entregas— llamado **Blackie Morris**. Para eliminar problemas familiares, este niño es huérfano. Porque para imitar a Peter Pan en su vida libre y errabunda, los héroes adolescentes del comic tienen que esperar a enterrar al padre, a la madre y a la tía anciana bondadosa; sólo entonces pueden seguir al ídolo en su peregrinar.



Louis Crandell, convertido en un superhombre invencible

TIPIFICACIÓN DE LOS MALOS

Todos los enemigos de Zarpa de Acero poseen unas características físicas similares. Unos son entecos, escuchimizados, esqueléticos, como surgidos de un campo de concentración. Otros son gruesos como Mabuse o Goldfinger. Pero todos ellos participan de idénticas ansias de conquistar el mundo, de iguales ojos diabólicos y son tan repulsivos como claramente impotentes. Ninguno de ellos posee una mujer en sus dominios. No hay una sola vampiresa al lado del caudillo: sólo esclavos tarados o zombies de cabeza rapada y rasgos eunucoides.

Los más repugnantes —imposición del guión británico, escrito al gusto del país— son **El Cerebro** («el hombre más criminal que conocieron los siglos») y **El Buitre**, que reina en una isla inspirada claramente en la Cuba de Fidel Castro. El antagonista más increíble y delirante es **Max Kruger**, señor de horca y cuchillo del lúgubre castillo de Creamar, donde posee una cámara de torturas, con un péndulo de la muerte en homenaje a Poe. Otro enemigo de **Zarpa de Acero** es el **Dr. Deutz** (los nombres de los villanos son todos germánicos, porque Gran Bretaña no olvida), quien al intentar imitar a Crandell y autoprovocarse una descarga de 100.000 voltios se

convierte en un Mister Hyde hirsuto, mezcla de hombre mono con colmillos de licántropo.

No faltan tampoco los extraterrestres, los laktianos de manos membranosas cuyas larvas se introducen en el cuerpo de los humanos, los «ojos que andan» y otros extraños seres que dan un sugestivo tinte de ciencia-ficción a una historia inhabitual en el trillado campo del comic.

PROYECCIÓN MUNDIAL

Las historietas de Zarpa de Acero han alcanzado en seis años un elevado número de lectores británicos y son las más populares en Inglaterra, donde muchos chicos llevan camisetas tipo «T-shirt», con el nombre de **Steel Claw** impreso. Existen también ediciones en Francia, en Italia bajo el nombre de **L'artiglio d'acciaio** (Ediciones Agena), en Yugoslavia se edita en la serie «Serija Fantastika» de la «Super Strip Bibliotheka» con el nombre de **Celicna Pandza**, y en España la edición corre a cargo de «Vértice», introductores de mucho material Fleetway (**Spiderman, Kelly**, etc.).

Los catorce primeros cuadernos españoles se editaron con portadas originales del propio Blasco. En alguna de ellas como la titulada «El castillo lúgubre», su autor ha conseguido la calidad terrorífica y sugerente que alcanzó hace veinte años en las portadas de la colección «Agatha Marmoor selecciona para Usted». A partir del número 14, las portadas van firmadas por Florencio Clavé y otros ilustradores. A falta de material suficiente, «Vertice» completa sus cuadernos y números extras con comics de **Kraken, Johnny Jaguar, Mike y Rusty**, etc.

Existe un film de largo metraje americano, de la Warner Bros, con el mismo título, «**The Steel Claw**». Realizado en 1961 e interpretado por George Montgomery y Charito Luna, nada tiene que ver con la creación de Blasco, que aún sigue inédita para la pantalla.

LA ESTÉTICA DESPEDAZADA

En España, como en el resto de los países, existe un absoluto desprecio hacia la creación original del dibujante. Jesús Blasco, nuestra máxima firma, maestro de ilustradores, no es una excepción y ha sufrido en estos últimos años verdaderos atentados a sus creaciones, que nos vemos obligados a no silenciar. La reedición por «Vertice» de algunas aventuras de **Cuto** fue lastimosa y constituye un atentado a los derechos de autor, algo así como vestir de yeyé a la maja de Goya, modernizarle los rasgos y cambiar su formato. En esta nueva versión, las imágenes han sido alargadas, cortadas, eliminadas; las figuras femeninas se sustituyen por otras de autor anónimo, a la moda de los años 60, es decir, infantiloides y cursis, los vehículos y armas son dibujados de nuevo, etc. En el caso de **Steel Claw** (afligido ya en su versión inglesa por «bocadillos» en forma de relámpago y unos textos escritos de forma desquiciada),

la edición española sólo da pálido reflejo de los dibujos originales. Es **imposible** seguir, adivinar, los hallazgos gráficos de Blasco, en una edición plagada de retoques, groseras ampliaciones de viñetas por medio de añadidos laterales, etc. El lector y aficionado español, si ha de juzgar por la versión que aquí conocemos —excepto la de los últimos números extra—, sólo en contadas ocasiones podrá captar toda la vitalidad y renovación de un género, el de la ciencia ficción inglesa, aportado por Blasco.

Quienes han seguido desde hace casi treinta años los comics firmados independientemente por los tres hermanos Blasco, Jesús, Alejandro y Adriano, se preguntarán el método de trabajo que siguen para su labor en equipo. Al llegar cada semana el guión inglés, lo estudian detenidamente. Adriano visualiza mentalmente el guión, lo sitúa y explica su visión personal de cada viñeta. Lo «machaca», como si se tratase de un narrador gráfico. Alejandro analiza la perspectiva, encaja, indica los encuadres y aporta ideas para mejorar y enriquecer el guión. A la labor de los tres hermanos (conocidos por el aficionado gracias a sus colaboraciones en los semanarios «Chicos» y «Mis Chicas»), se ha unido últimamente el más pequeño, Augusto, que también colabora en el trabajo conjunto del equipo y se encarga del archivo.



Una anécdota curiosa: Jesús Blasco, pionero de la familia y cuya capacidad creadora se encuentra ahora en su mejor momento, gusta de inspirarse en quienes le rodean como modelos de sus personajes. En sus comienzos de ilustrador ya lo hacía. Así, **Cuto** era Alejandro, y de ahí le viene el mote. Al crecer, Alejandro le sirvió también de modelo para la musculatura de **Sanz**, en «El mundo perdido». La única hermana, Pili, inspiró a Jesús Blasco muchos de sus tipos femeninos, a partir de **Carmen**, la rubia protagonista del «Planeta Misterioso». Augusto, de bebé, prestó sus rasgos infantiles a «Anita Diminuta». No es extraño pues que en **Zarpa de Acero** figuren también todos ellos. En las portadas de la edición española se puede identificar sin dificultad a Alejandro (número 12), Adriano (números 6, 9, 10 y 13) y

«Jimenazo» en la número 18. «Jimenazo» es un escultor amigo de la familia Blasco, que les ayuda en su trabajo y que ha prestado su físico para la creación del personaje **Dr. Magno**. Alejandro es **Max Kruger** y Adriano es **Zarpa de Acero** en sus primeras aventuras, cuando aún estaba lejos de convertirse en un superhombre confeccionado a la medida.

Luis GASCA

1. **Semanario «Valiant»:** Un capítulo de dos páginas semanales, desde el 7 de agosto de 1962.

- 1.^a Historia... 20 capítulos
- 2.^a Historia... 20 capítulos
- 3.^a Historia... 11 capítulos
- 4.^a Historia... 25 capítulos
- 5.^a Historia... 24 capítulos
(no dibujó los 5, 6, 7 y 8)
- 6.^a Historia... 27 capítulos
(no dibujó el 5)
- 7.^a Historia... 9 capítulos
- 8.^a Historia... 21 capítulos
- 9.^a Historia... 23 capítulos
(no dibujó los 16 y 17)
- 10.^a Historia... 24 capítulos
- 11.^a Historia... 23 capítulos
- 12.^a Historia... 22 capítulos
(el 1, de 3 páginas)
- 13.^a Historia... 30 capítulos

2. **Almanaques Navideños «Valiant»:** Diez páginas cada uno, de 6 viñetas cada página:

- 1963.
- 1964.
- 1967.

3. **Novelas de bolsillo «Super-Library»:** Tomos de 120 páginas de 2/3 viñetas cada página:

- 1.^a The Cold Trail.
- 2.^a City Beneath the Sand.
- 3.^a Lord of F.E.A.R.

Entrevista.

Forrest J Ackerman: ¿Qué pasa con el cine de terror?

El auge actual del cine de monstruos y de terror podría interpretarse casi como un fenómeno social. ¿Qué pasa con el cine de terror?, se pregunta mucha gente. Para responder a estas preguntas hemos citado a la palestra de **Nueva Dimensión** a nuestro colaborador Forrest J Ackerman, «Mr. Monster», el hombre que más conoce del tema en todo el mundo. Lo hemos citado en su casa —que en realidad es más bien un museo—, en una entrevista casi a contrapié... y tan espontánea que parece más bien una charla entre amigos, en un café.

NUEVA DIMENSIÓN — Empecemos haciendo una pregunta básica: ¿cuál fue la primera película de monstruos?

ACKERMAN — Bueno, si aceptamos como «película de monstruos» al primer film en el que hubo alguna clase de ser extraño, entonces todo empezó hacia 1902, con una extravagancia de seis minutos del mago del cine francés Georges Méliés. Éste combinó elementos de **Los primeros hombres en la Luna** de H. G. Wells con el **Viaje a la Luna** de Verne en la farsa fantasticocientífica denominada **Un viaje a la Luna**. Los selenitas o habitantes de la Luna eran acróbatas del Folies Bergère, y corveteaban por la escena tan rápidamente que no tengo un recuerdo claro de qué aspecto tenían. Ciertamente, al contrario de los feroces monstruos espaciales que vendrían luego, eran las amenazas más frágiles del mundo, pues bastaba un golpe con una sombrilla cerrada y se desintegraban en una bocanada de humo. Me parece recordar que iban cubiertos de pies a cabeza en algo que semejaba disfraces de diablos, posiblemente con escamas y colas. Naturalmente, la intención de la película no era aterrorizar, pero físicamente los hombres de la Luna eran, indudablemente, monstruos.

NUEVA DIMENSIÓN — Entonces, ¿cuál fue el primer film fantástico con una dedicación total a los monstruos?

ACKERMAN — Bien, así de memoria diría que fue **Frankenstein**. La versión de 1910, la hecha por Thomas Edison.

NUEVA DIMENSIÓN — ¿Recuerdas qué aspecto tenía el monstruo en esa película? ¿Algo similar al tipo clásico de Karloff?

ACKERMAN — Ni muchísimo menos, el monstruo se parecía más al jorobado de Notre Dame de Chaney que a ningún otro monstruo que recuerde ahora. Se asemejaba a Quasimodo tras una dura noche de trabajo tañendo las campanas. Una enredada peluca demasiado grande, sobrepuesta a una blanca cara pastosa parecida a

masa de pan poco cocida, con ojos ennegrecidos y una boca torcida. Aparentaba tener un pecho peludo, y le salían mechones de pelo de los brazos, que terminaban en garras como tenazas que sugerían unas manos desecadas, dejadas demasiado tiempo bajo tierra.

NUEVA DIMENSIÓN — De acuerdo, eso suena bastante aterrador.

ACKERMAN — Espera un minuto... déjame comprobar una cosa. Tengo el terrible presentimiento de que después de dar todos los méritos a **Frankenstein** hubo una versión de **El doctor Jekyll y Mr. Hyde** algunos años antes. (Ackerman se ausenta unos minutos para buscar en sus archivos, luego vuelve). Sí, así era. El monstruo de Jekyll/Hyde fue visto en la pantalla en 1908... y de nuevo en 1910, el mismo año que el primero de los muchos Frankensteins. La transformación Jekyll/Hyde de bueno a malo, por cierto, es uno de los temas de monstruos más populares y perennes: por lo menos ha sido hecha quince veces. El ídolo de las salas oscuras, John Barrymore, probó fortuna una vez en los días del cine mudo, y Fredric March ganó un Oscar por su monstruoso retrato de este personaje en 1932. Bela Lugosi y Conrad Veidt actuaron juntos en una versión alemana llamada **El de la faz de Jano**. Los alemanes también hicieron una versión denominada **Castillo de Vogelod**. Y la interpretación de 1919, con Sheldon Lewis, aún se puede ver a veces en Disneylandia.

NUEVA DIMENSIÓN — ¿Cuáles dirías que fueron más grandes, los monstruos del cine mudo o los de después de 1930?

ACKERMAN — Buena pregunta. Déjame pensar un momento. Veamos... bueno, así de pronto, en el mudo tenemos al más grande clásico de todos ellos: Lon Chaney padre en **El fantasma de la Ópera**. Nunca he mejorado la descripción que, hace unos diez años, escribí de él: «Su maltratada cara era el horror encarnado: ojos desorbitados y sanguinolentos con ojeras violáceas; los promontorios, grotescamente exagerados, de las mejillas; las ventanas de la nariz aguileña, resoplantes, porcinas; la putrefacta y mellada dentadura, como el borde de una lata abierta con un abrelatas estropeado; los ásperos mechones de muerto cabello gris colgando como serpentinadas de la increíble cabeza piramidal».

Además del fantasma hubo también **El Golem**, de hecho dos Golems, uno de ellos llamado **Monstruo del Destino**; **El gato y el canario**; **El mago**; **El ladrón de Bagdad**; **Sigfrido**; **Nosferatu**; **Balao**; **El mundo perdido**; **El monstruo**; **La octava de Claudio**; **Londres tras la medianoche**; **El jorobado de Notre Dame**; **Siete huellas hasta Satán**... monstruos en todas ellas. En lo que respecta a monstruos prehistóricos, no podría superarse a **El mundo perdido**: Marcel Delgado, leyenda viviente, construyó cuarenta y nueve dinosaurios miniatura que animó el fallecido Willis O'Brien, y los amantes de las bestias prehistóricas nunca vieron nada mejor. **La octava de Claudio** (también conocida por **Un pacto ciego**) y **El monstruo** eran Chaney de segunda categoría (lo que equivale a primera categoría de cualquier otro), en las que encarnaba en la primera un hombre-mono y un sabio loco en la segunda.

Los monstruos de tanto **El ladrón de Bagdad** como de **Sigfrido** eran dragones que escupían fuego. El dragón que combatía Doug Fairbanks era en realidad un cocodrilo aumentado, con algunas adiciones extras y aparentemente rociado con polvo plateado y fotografiado a cámara lenta. Era aterrador en su tiempo y, de hecho, aún produce un cierto efecto visto hoy en día. El dragón de Sigfrido era un gran modelo tripulado por muchas personas y activado con precisión teutona.

El Golem, el coloso de arcilla, era un verdadero asesino que detuvo más de un corazón en su día (que fue en 1914 y de nuevo en 1920). Una gran estatua pétrea a la que fue dada la vida por magia cabalística, el papel fue soberbiamente interpretado en ambas ocasiones por un actor de films de horror injustamente olvidado, Paul Wegener. Admitimos que su cabello parecía algo así como una calabaza petrificada, pero el aura total emanada por el Golem era subyugante. Incidentalmente, sus zapatos incorporados fueron luego imitados por el monstruo de Frankenstein.

Nosferatu, el monstruo delgado, nunca hubo nada como él, ni antes ni después. Max Schreck (su mismo apellido significa terror) fue realmente el más cadavérico Drácula de todos. Su cabeza, calva, lívida, hundida de ojos, apuntada de orejas, parecía ciertamente una cabeza viviente de la Muerte. Sus manos eran huesudas garras con uñas largas como las de un Mandarín, curvándose como colmillos de elefante en miniatura. Un monstruo salido de una verdadera pesadilla.

Pero Lon Chaney como el vampiro de **Londres tras la medianoche** dio a toda una generación de espectadores un miedo que nunca olvidarían, con los colmillos más increíblemente aguzados jamás vistos en la pantalla, una sonrisa tan disforme y grotesca como la de **El hombre que ríe** (Conrad Veidt), ojos desorbitados rivalizando con los de Peter Lorre y un trastabilleo de lisiado que tal vez inspirase luego a Groucho Marx a hacer una parodia del mismo.

Y **El jorobado de Notre Dame**... ¡Ah, sí, había gigantes en aquellos días!

NUEVA DIMENSIÓN — ¿Y qué hay de las películas sonoras?

ACKERMAN — Bien, en **King Kong**, O'Brien y Delgado tuvieron la oportunidad de rehacer **El mundo perdido**, cambiando un brontosaurio echando abajo Londres por un mono gigante destrozando la ciudad de Nueva York y mejorando los efectos especiales de la película anterior. Naturalmente, la adición del sonido fue un factor contribuyente primordial al realismo de los asombrosos monstruos que batallaban y rugían estruendosamente con ira y rabia.

El cuerpo, como ahumado, de Charles Laughton era una cosa horrorosa en la nueva versión de **El jorobado de Notre Dame**. En un lado de su hinchada cara colgaba un hórrido ojo ciego parecido a un huevo frito seco. No era tan monstruoso como Chaney, ¡pero era grande!

¿Y Karloff? Se hizo con el estrellato cuando el destino cruel privó al mundo, en 1930, del genio del «hombre de las mil caras». Chaney padre y Boris Karloff tenían prácticamente la misma edad cuando murió Chaney y la carrera como monstruo de Karloff comenzó realmente interpretando al terrorífico y, sin embargo, digno de

compasión monstruo de Frankenstein... luego prosiguió como el putrefacto cuerpo, vuelto a la vida, de Im-ho-tep en **La momia**, de 3700 años de edad... como la peluda y silenciosa aterrorizada amenaza de **La vieja casa oscura**... como la cosa del sepulcro denominada **El ogro**... la lista parece no tener fin.

Inmediatamente tras de Karloff está naturalmente, en la competición por el mayor número de apariciones en films de horror, el sediento de sangre de Bela Lugosi con **Drácula**, **La isla de las almas perdidas**, **Chandu**, **El mago** y muchos otros títulos.

La lista se alarga a medida que recordamos monstruos tan sobresalientes como Lionel Atwill en **El misterio del museo de cera**, Preston Foster en **Doctor X**, Albert Dekker como el calvo y casi ciego **Doctor Cyclops**, Lon Chaney hijo como **El hombre-lobo**... y toda la horda de monstruos de tipo prehistórico sueltos entre un mundo aterrorizado en **La bestia que venía de las profundidades**, **La colosal bestia gigante**, **Gorgo**, **Godzilla**, **Los monstruos de fuego**, **La bestia de la montaña hueca**, **Reptílicus**, **Rodan**, etc.

Para contestar directamente a tu pregunta tendría que admitir que, tan sólo por el peso de los números, los monstruos del cine hablado ganan a los del mudo. Sin embargo, ninguno gana a Chaney padre en sus mejores interpretaciones. Y no olvidemos que él las hacía de la forma más difícil: creando y aplicándose su propio maquillaje, pues ni tenía a nadie para que lo hiciera ni usó jamás máscaras.

NUEVA DIMENSIÓN — ¿Qué piensas de los monstruos «cómicos»?

ACKERMAN — No pienso demasiado bien de ellos, y aunque no me subiré a un estrado ni empezaré a echar espuma por la boca porque ahora se haga tanta broma de los monstruos, me alegraré cuando se termine la moda de las comedias a base de monstruos y cuando los cómicos imitando a monstruos dejen paso, de nuevo, a los monstruos terroríficos.

NUEVA DIMENSIÓN — Entonces, ¿no crees que haya algún peligro de que los monstruos se civilicen tanto, se humanicen hasta tal punto... que ya no sean monstruos?

ACKERMAN — No.

NUEVA DIMENSIÓN — ¿Cómo te explicas esta locura actual por los monstruos?

ACKERMAN — Realmente no puedo hacerlo. Creo que se trata, principalmente, de un fenómeno con raíces muy profundas. Creo que yo podría haber editado una revista dedicada a los monstruos fílmicos y que hubiera tenido éxito en 1950. Creo que en 1940 ya se pudo haber realizado una. Karloff, Lugosi, Chaney, Lorre, Carradine, Rains, ya eran entonces grandes nombres, tenían un grupo suficientemente numeroso de admiradores.

NUEVA DIMENSIÓN — Tal vez. Pero las películas están creando monstruos más grandes procedentes del espacio exterior, hasta se ha llegado a enlazar a los monstruos con las películas para jóvenes y media docena de las series televisivas de mayor éxito en todo el mundo tienen monstruos en su reparto. ¿Tienes una teoría del

porqué se da este auge en el interés por los monstruos?

ACKERMAN — ¡Oh!, muchas veces ha cruzado por mi mente la loca idea de que tal vez esta amistosa preocupación por los monstruos entre la juventud se deba a querer preparar a su generación para la exploración del espacio. Quiero decir que si encontramos formas de vida extrañas en otros mundos, tal vez no resulten tan extrañas o aterradoras a la generación que se encuentre con ellas porque ya haya sido expuesta a tantas formas raras en los films... como si dijéramos que hubiese sido condicionada a aceptar otros tipos de criaturas.

NUEVA DIMENSIÓN — ¿Realmente crees en lo que dices?

ACKERMAN — No. Tan sólo dije que era una teoría interesante. Y te diré otra cosa en la que no creo: en todas esas peroratas psicológicas sobre tensiones subsuperficiales, temores ocultos, valores de catarsis, etc., relacionadas con los films de horror. Me cuesta creer que nadie salga de un cine librado de un conflicto interno tras ver una película de monstruos, mejor equipado para enfrentarse con el mundo, menos temeroso a ir hacia casa en la oscuridad y otras tonterías por el estilo. Por otra parte, no creo que el ser un aficionado a las películas de monstruos le vaya a hacer daño a nadie, como algunos bienpensantes han sugerido. Hay tan poca razón para prohibir las películas de monstruos como pueda haberla para derribar todos los campanarios de las iglesias porque a algún maníaco sexual le puedan parecer símbolos fálicos.

NUEVA DIMENSIÓN — De verdad, ¿ves **todas** las películas de monstruos?

ACKERMAN — Sí, y no creas que me gustan todas. Tengo que hacer un verdadero esfuerzo físico para ir a algunas, especialmente cuando leo una crítica de lo mala que es una recién estrenada; pero eventualmente me las arreglo para verlas todas. Sabes, la gente espera que lo haga... casi me retan a decir que **Fui una tarántula quinceañera** era una buena cinta. Es una de las desventajas de ser un completista. Pero, de todas maneras, veo toda clase de películas en grandes cantidades. Una vez, hace mucho tiempo, cuando llevaba la cuenta, tomé nota y vi que había asistido a la proyección de 364 cintas en un año. Me supo mal no promediar una por día, pero me consolé pensando que había estado una semana enfermo durante aquel año. He llegado a ver hasta siete films en un solo día. Mi ambición es estar sentado a través de treinta y seis horas de proyección ininterrumpida de mis films favoritos, o ver todos los programas de **Dimensión desconocida** que me he perdido, uno tras otro.

NUEVA DIMENSIÓN — ¿Cómo ves el futuro de las películas de monstruos?

ACKERMAN — Francamente, cada año de peor calidad. Productores ineptos golpeando a esas pobres lagartijas para hacerlas actuar como dinosaurios... hombres disfrazados de monos interpretando **King Kong y el hijo de Espartaco**... trozos de **Hace un millón de años** usados para hacer **El «nuevo» mundo perdido en el año 2000**... Vincent Price y Christopher Lee convirtiéndose en la Gran Pareja del Horror cuando Karloff, Rains y Carradine sólo están entre nosotros como veneradas

memorias... Roger Corman hecho un respetable director... los aficionados a los monstruos de 1980 suspirando por los «buenos tiempos» de los años sesenta... y alguna sangre nueva, salida de los rangos de los aficionados con talento para retar a King Harryhausen en el campo de la animación, para crear nuevos estilos, distintivos, de dirección dignos de un Tod Browning o un James Whale, para escribir argumentos de calidad. Tal vez alguien lleve a la realidad mi predicción de que se podría convertir a Fritz Leiber en una estrella de cine de horror tan buena como la mejor.

NUEVA DIMENSIÓN — ¿Lo que estás diciendo, entonces, es que no esperas que el futuro sea mucho mejor que el pasado?

ACKERMAN — Así es, más o menos. Theodore Sturgeon ya lo dijo antes que yo: **casi todo** en la vida es mediocre. ¿Porqué iban a ser las películas de monstruos la excepción? Pero muchas individualidades jóvenes excepcionales están dedicadas a este campo, por lo que posiblemente el futuro verá una cierta mejora sobre el pasado. Lo espero fervientemente. Cualquier otra cosa sería... monstruoso.

se dice

LIBROS

Un libro clásico de ciencia ficción ha resultado ser, en España, un «best-seller» dentro de una colección no especializada. Se trata del que contiene **R.U.R.** y **El juego de los insectos**, dos obras de los grandes dramaturgos checoslovacos hermanos Capek, editadas en un mismo volumen por Alianza Editorial, de Madrid. La totalidad de la edición, diez mil ejemplares (una bonita cifra para los países de habla hispana), se halla prácticamente agotada, y se estudia una reedición.

A título de curiosidad nos permitimos recordar que es en la primera de las dos obras contenidas en el libro, **R.U.R.** (siglas de Robots Universales de Rossum) donde fue usada por primera vez la palabra «robot», derivada del verbo robotar (trabajar), para designar a un autómatas, palabra que se ha extendido a todos los idiomas en alas del éxito de la obra de Karel Capek.



«R.U.R.»: éxito editorial

De moderna utopía puede calificarse el libro **Walden Dos**, de B. F. Skinner, uno de los psicólogos más relevantes de la actualidad, editado recientemente en lengua castellana por la editorial Fontanella.

En el libro se relata, en forma novelada, la creación e incidencias de una sociedad —utópica sociedad— en la que sus componentes se rigen por los conocimientos aportados por los más modernos descubrimientos de la Psicología empírica.

La guerra de los dos mil años, el último libro de Francisco García Pavón, puede

integrarse perfectamente en una biblioteca de ciencia ficción. De él ha dicho el crítico literario Julio Manegat, en el diario «El Noticiero Universal» de Barcelona: «Se trata de un libro que discurre entre la magia y la ciencia ficción, entre el surrealismo y la caricatura, entre la piedad y la crueldad, entre el drama de vivir y el drama de imaginar, entre la verdad y la mentira, entre Kafka y Quevedo, entre Baudelaire y Rilke».

La obra de Francisco García Pavón ha aparecido en la colección «Áncora y Delfín», de ediciones Destino. Esta misma colección ya había publicado hace tiempo otra obra de ciencia ficción: «La nave», de Tomás Salvador.

La Imprenta de la Universidad de Oxford está demostrando un notable interés por la ciencia ficción, como lo demuestran dos de las últimas obras que ha editado. Éstas son **Future Perfect** (Futuro perfecto), de H. Bruce Franklin, una interesantísima antología de la ciencia ficción norteamericana del siglo diecinueve, y **The Future as a Nightmare** (El futuro como una pesadilla), otro volumen muy apropiado para los estudiosos y coleccionistas, ya que reúne entre sus páginas a H. G. Wells y a los más relevantes antiutopistas.

La editorial Mir, de Moscú, acaba de publicar un nuevo libro de ciencia ficción en lengua castellana: Guianeya, de Gueorgui Martinov, un grueso volumen de casi cuatrocientas páginas donde nos narra la llegada a la Tierra de dos misteriosos satélites artificiales y de una enigmática muchacha extraterrestre, cuyo nombre da título al libro. Anteriormente, la misma editorial había editado ya en español otro libro de ciencia ficción, «Cataclismo en Iris» de los hermanos Strugatski, perteneciente a la trilogía que inaugurara «El País de las nubes purpúreas», publicado por Nebulae; y anuncia asimismo la próxima aparición de nuevos volúmenes.



La ciencia ficción soviética también es editada en español.

Tras varios meses de espera ha salido al fin a la venta el número 7 y último de

Anticipación. Desgraciadamente, dicho número, que debía recoger en su origen la más completa y detallada antología de autores españoles de ciencia ficción compilada hasta el momento, a través de 192 páginas de denso texto, ha sido brutal e inexplicablemente cortado por el editor hasta reducirlo a 144 páginas, suprimiendo una serie de cuentos de la parte más interesante de la antología, la destinada a recoger las futuras promesas de la ciencia ficción, que contenía cuentos de Ángel Torres Quesada, Luis Vigil, R. de Benito, Santiago Martín Subirats, Sebastián Martínez, María Paz Guera, Arturo Mengotti...

Lamentamos sobremanera este nuevo atentado literario efectuado bajo la completa irresponsabilidad del editor, y que ha obligado a los dos responsables cuyos nombres figuran en la contraportada del número a elevar públicamente su protesta y a renunciar desde este mismo momento a su responsabilidad en el hecho, pese a aparecer sus nombres como seleccionadores de este último, desgraciado y agonizante número de una colección que estuvo maldita desde un principio.



Una lenta agonía: «Anticipación»

REVISTAS

Bajo la dirección de Jean-Pierre Fontana, editor hasta ahora del fanzine casi profesional «Mercury», aparecerá próximamente en Francia una nueva revista dedicada a la ciencia ficción, a la fantasía y a lo insólito.

Esta nueva publicación, **Space**, agrupará autores tan bien conocidos como Aldani, Anderson, Asimov, Harrison, Heinlein, Henneberg, Leinster, Simak, etc. y la propaganda previa indica que su sumario lo compondrán, además de relatos, rúbricas, fotografías y tiras de comic. El precio anunciado es de cinco francos franceses el número.

Y otra nueva revista de ciencia ficción, esta vez en el Brasil. Editada por Edições O Cruzeiro, de Río, ha aparecido la nueva publicación **Galaxia 2000**, «**Ficção Científica**». Con 128 páginas, el primer número contiene relatos de Graham Greene,

Isaac Asimov y Rachel de Queiroz.



Anuncio de la llegada de la era de la ciencia ficción al Brasil: «Galaxia 2000»

La revista de humor y amenidades para mayores **Mata ratos** se está dedicando cada vez con mayor intensidad a la ciencia ficción y literaturas paralelas.

Así, vemos en el último número de esta publicación quincenal, el 128, además de la serie «La incógnita de los platillos volantes», otra sección, fija también, titulada «Hoy: ciencia ficción», que presenta esta vez un relato de nuestro colaborador Luis Vigil: **Tras cornetas y tambores**.

Por otra parte, entre las muchas partes componentes de este número nos encontramos con: **Don Ramiro Robot, Historias de la Prehistoria**, de Conti, **Primavera, año 3000** de Tony y varios chistes gráficos sobre computadoras y sabios locos.

Agradecemos a **Mata ratos** esta labor de divulgación de la ciencia ficción entre un sector del público al que habitualmente no llegaba esta literatura.

La Estafeta Literaria ha publicado un número de su revista, posiblemente una de las más prestigiosas de todas las literarias publicadas en España, a los escritores hispanos de ciencia ficción.

El índice del número, que parece un «quién es quién» de la ciencia ficción española, contiene relatos de Juan José Plans, Narciso Ibáñez Serrador, Carlos Buiza, Raúl Torres, Pedro Sánchez Paredes, Manuel Pacheco, Juan Tebar, José Luis Garci, Alfonso Álvarez Villar, Domingo Santos, Antonio Ribera, Luis Vigil, Carlo Frabetti, Juan G. Atienza, Francisco Lezcano, Francisco Izquierdo, Manuel Pilares y un descubrimiento de la Estafeta: ¡el botones de la Redacción: Celso Vicente Sciacaluga!

El completísimo conjunto de relatos es acompañado por una encuesta realizada entre los antedichos autores en la que respondían a las preguntas: 1) ¿Qué posibilidades ve a la ciencia ficción como género literario? 2) ¿Qué escuelas o tendencias prefiere? y 3) Los adelantos científicos, ¿perjudicarán a las obras de ciencia ficción de hoy? Otra sección recoge asimismo, junto a la fotografía del autor,

su respuesta a la pregunta: ¿por qué escribe ciencia ficción?



Las revistas literarias no desprecian la ciencia ficción: «La Estafeta Literaria»

CINE

Pronto será llevada a la pantalla la famosa obra de Aldous Huxley **Brave New World** (Mundo feliz). Su director será John Huston, con Burt Lancaster en el papel principal.

Se está ya proyectando en las pantallas de los Estados Unidos el film **Planet of the Apes** (Planeta de los monos) basado en la novela del mismo título de Pierre Boulle, autor del famoso «Puente sobre el río Kwai», y con un argumento de Michael Wilson y Rod Sterling.

La cinta parece no haber sido muy bien aceptada por la crítica. Según la revista Newsweek, «es lo suficientemente tonta como para resultar graciosa para cualquiera excepto los chiquillos». Por el momento desconocemos la reacción del público ante la misma.

Protagonizada por Charlton Heston, la película refleja las aventuras corridas en un planeta de la constelación de Orion habitado por monos inteligentes y civilizados, por los tripulantes de una nave terrestre estrellada en el mismo, al ser tomados como animales inferiores por los monos habitantes del planeta.



Heston con los monos: «Planet of the Apes»

El sexto festival de cine de ciencia ficción tendrá lugar en Trieste, Italia, del día 6 al 13 del mes de julio.

El festival constará de dos partes, una dedicada a los largometrajes y otra a los cortometrajes. Tan sólo estos últimos competirán este año por el premio, mientras que, a su vez, los films científicos y experimentales tendrán un premio especial.

TEATRO

Han comenzado, en el teatro Athénée de París, las representaciones de la obra **Après la pluie**, basada en la novela «After the rain» (Después de la lluvia) de John Bowen, con adaptación de Michel Arnaud, puesta en escena de René Dupuy y decorados y vestuario de Jacques Le Marquet.

La acción transcurre en el futuro. En una especie de penitenciaría mixta el doctor de la misma organiza una representación dramática entre los reclusos con fines terapéuticos. La obra representada es la escenificación del diluvio que en 1968 se tragó a Europa y particularmente a la Gran Bretaña, y cada recluso anima un personaje de aquel lejano pasado en lucha por sobrevivir. Transcurriendo en una balsa, la obra toma cariz de sátira y de cuento filosófico y desarrolla el nacimiento de un mito en una sociedad en formación.

La crítica de la capital ha definido a esta obra como «un espectáculo extraño y atrayente, no siempre muy claro pero siempre exaltante».



Judith Magre y Bernard Noël en «Après la pluie» (Foto Lipnitzki)

Y también en París, en la escena del teatro Recamier, se viene representando una ópera cómica con matices fantásticos: **L'Oiseau sans Plume**, de Georges Coulonges y Louiguy, puesta en escena de Pierre Barrat y Dominique Dupuy y decorados y vestuarios de Siné.

La historia trata de un concurso de canto convocado por un rey y la lucha en el mismo entre un rruiseñor normal y un rruiseñor-robot. Como siempre en una obra de este carácter, al final triunfan la belleza, la juventud y el amor.

TV

Cambia la programación, pero la ciencia ficción permanece en la televisión española. Casi coincidiendo con los últimos programas de la serie producida en España **Historias para no dormir**, del muchas veces laureado Narciso Ibáñez Serrador, comenzó el pase de una serie de ciencia ficción norteamericana «The Invaders» (Los invasores).

Consideramos que el público televidente no ha salido demasiado beneficiado con este cambio, pues, aun reconociendo ciertos defectos de base al programa de Narciso, presentaba a menudo rasgos de profunda originalidad, así como un punzante humor irónico, que están ausentes por completo de la serie anglosajona que, por otra parte, se nos aparece como un «Fugitivo» en ciencia ficción.

COMIC

Se anuncia ya la edición francesa del volumen dedicado al **Flash Gordon** de Alex Raymond, del que dábamos cuenta en nuestro número anterior. Existe en Francia un verdadero interés por esta obra, ya que hay allí un numeroso grupo de aficionados a las aventuras del personaje de Raymond, conocido por los franceses con el nombre de Guy l'éclair. Va a ser editada por les Editions SRP, y el precio anunciado es de 25 francos franceses en régimen de suscripción, y 29 en las librerías, tras su aparición.



Los dibujantes españoles de comic gozan de un considerable éxito con sus escenarios de ciencia ficción. Así, el comic **Delta 99**, de nuestro colaborador Carlos Giménez, se encuentra actualmente a la venta en numerosos países europeos, a cuyo idioma ha sido traducido. Por su parte, el grupo de dibujantes de «los cinco de La Floresta» se encuentran en la misma situación con su serie **5 x infinito**. Los lectores de habla castellana podrán asimismo admirar muy pronto estas series, ya que según nuestros informes ambas se encuentran actualmente en curso de edición en España.

El comic catalán de ciencia ficción hace progresos. En el número pasado dimos la noticia de la primera tira del género en lengua catalana. Ahora nos hemos encontrado con la agradable sorpresa de una página de ciencia ficción inserta en la revista **Oriflama**. Desde el número de enero de 1968 se viene publicando en ella el comic **Lavínia 2016 o la Guerra dels Poetes**, en el que, en un escenario de pura ciencia ficción y dibujos al estilo pop se nos narra la vida de la ciudad de Lavínia, extrañamente parecida en sus monumentos a la Barcelona actual, bajo el matriarcado del año 2016. Los temas de ciencia ficción parecen pues ser los preferidos de los historietistas catalanes.



El comic catalán en marcha: «Lavínia 2016»

¡**Saga de Xam** llegó, al fin, a las librerías francesas! El tan esperado comic de Eric Losfeld ha aparecido, coronando una larga serie de éxitos en el comic de lujo de **Le Terrain Vague**. Ilustrado por Nicolas Devil, este libro es la historieta más desconcertante (se incluye una lupa para apreciar bien los detalles) jamás aparecida en Francia, a la vez que uno de los mayores esfuerzos artísticos de esta forma de cultura popular. Es verdaderamente lamentable que, al igual de sus hermanas mayores: Barbarella y Jodelle, Saga, por su alto contenido erótico, quedará fuera del alcance de gran parte del público de habla hispana.



El poster también se pasa a la ciencia ficción: «Saga de Xam»

FUMETTI

Editado por Editormex de España ha aparecido, en la colección titulada «Foto Audacia», el primer fumetto español de ciencia ficción, que bajo el título de **El extranjero del cosmos** recoge el argumento y fotogramas de la cinta de la Ultra Film dirigida por Anthony Dawson.

Tres títulos llevan ya aparecidos en la serie citada, siendo éste el único de ciencia ficción, ya que al parecer se alternarán diversos géneros en ella. Desearíamos que la proporción de temas de nuestro género fuera mayor de la que se apunta.



Fumetti de ciencia ficción: «El extranjero del Cosmos»

Y tras pocas semanas de la aparición del primer fumetto dedicado a la ciencia ficción en España, que recogemos en la noticia anterior, aparecía el segundo, en una nueva colección, Aventuras de Ciencia Ficción de Editorpress, íntegramente dedicada a este tema.

El primer título de la misma, **La Humanidad en peligro**, es la trasposición en fotonovela de la película realizada por Gordon Douglas en 1953, «Them», que fue presentada en las pantallas españolas con el mismo título que recoge este cuaderno. Para el próximo se anuncia **El diabólico Dr. Mabuse**. La periodicidad será mensual.



La película «Them» en fumetto: «La humanidad en peligro»

DISCOS

Brigitte Bardot está teniendo un nuevo éxito en el mercado discográfico, esta vez con un «single» que agrupa dos títulos: Harley Davidson y **Contact**. Este último narra la petición a la Tierra, por parte de una extraterrestre, de ayuda para colmar su necesidad de atenciones, tanto médicas... como de otra clase.

Estos números, editados por la casa DiscAZ, pertenecen al último «show» que la estrella ofreció en la TV francesa, como ya se va haciendo tradicional para cada fin

de año, y en el que aparecía ataviada «a lo Barbarella» por el famoso modisto, de inspiración un tanto futurista, Paco Rabanne.



Otro disco que está teniendo un gran éxito en el país galo es el constituido por la banda original de la película «The day the fish came out» (El día que los peces salieron del agua) que, con tema de ciencia ficción, interpretan Tom Courtenay, Sam Wanamaker, Colin Blakely y Candice Bergen en el papel de Electra, bajo la dirección de Michel Cacoyannis.

El disco, aparecido en Francia bajo el nombre de **Le jour où les poissons sont... sortis de l'eau** incluye los títulos «Let's dance the jet», «the jet», «the sonic boom» y «the jet rock». La música está compuesta por el famoso compositor griego Mikis Theodorakis e interpretada por su orquesta.

FANDOM

Para todos aquellos que sientan nostalgia de los «pulp» (publicaciones de tipo popular, denominadas así por usar papel de pulpa de la más baja calidad), publicados en los años 1930 y 40, y en los que salieron a la luz los famosos héroes Doc Savage y La Sombra, les comunicamos que, en los Estados Unidos, se publica un fanzine dedicado a los mismos, denominado **Bronze Shadows**.

Esta publicación presta especial atención, además de a los ya citados, a Bill Barnes, El Susurrador, El Capitán, El Vengador y a otros héroes de aquella época. Los artículos se complementan con entrevistas a los autores y dibujantes y con reproducciones de las ilustraciones. Es de especial interés el análisis crítico de las novelas de Doc Savage, de las que son revisados tres títulos en cada número del fanzine.

Su aparición es bimestral y, hasta la fecha, se han publicado trece números. Los interesados que conozcan el idioma inglés pueden dirigirse a su editor: Fred S. Cook, 7511 Erie Street, Sylvania, Ohio 43560, EE.UU.



«Bronze Shadows» el fanzine de los héroes del pulp

El club CCSF de Venecia, Italia, ha publicado el primer número del fanzine **SF Cronache** (Crónicas de ciencia ficción), que puede ser considerado como el sucesor de su anterior **Notiziari** (Noticiero).

Celebra este número el quinto aniversario de la fundación del club y, entre otro material, presenta artículos sobre la ciencia ficción en Japón y Suecia y un reportaje completo del pasado festival de Trieste.

También en Checoslovaquia está apareciendo esta manifestación de interés por la ciencia ficción, y así Jiri Havlicek ha publicado **Evangelium Secundum Vertagum y Merlin**, ambos fanzines dedicados principalmente a la ilustración.

El primero tiene un texto en latín y el segundo un prólogo en francés, en el que se explica que el contenido representa las metamorfosis del legendario mago Merlín.

Cambio de nombre para uno de los fanzines más completos entre los dedicados al comic. **Fantasy Illustrated** (La fantasía ilustrada) ha cambiado su nombre por el de **Graphic Story Magazine** (Revista de historias gráficas), por estar más de acuerdo con la política actual de su faneditor, William W. Spicer, que no quiere verse limitado a las historias de tipo fantástico. Esta actitud queda plenamente justificada cuando vemos la historieta «At Sea» (En la mar) de Jim Gardner y Bill Spicer, un maravilloso ejemplo de la historia puramente gráfica, pero que al no ser de tipo fantástico no hubiera tenido cabida en la concepción anterior del fanzine.

Es de remarcar también, en este número 8, número en el que se ha producido el cambio, la historieta «Kaleida Smith», en la que este personaje corre abundantes aventuras en un mundo postcataclísmico que nos imaginamos reducido a su estado por una guerra nuclear.

Completan la revista unas completas secciones de información sobre el comic.



«Graphic Story Magazine», un fanzine que cambia de nombre

En el número de Enero de la revista italiana **Gamma** ha sido publicado un artículo de Carlo Pagetti sobre el fandom en la Gran Bretaña.

En él se analiza con una notable visión de fondo las últimas corrientes en desarrollo entre los escritores británicos, especialmente Moorcock, Aldiss, Ballard y Brunner.

Pagetti se encuentra también trabajando en un libro sobre el impacto de la ciencia ficción en el público americano.

Alemania continúa con sus planes para celebrar una Convención Mundial en 1970. Si no consiguen que prospere su candidatura para ello, piensan tener una Convención Europea, al menos. El comité ya acepta inscripciones para la asistencia, y toda inscripción servirá para animar a ese grupo de fans en la ardua tarea de organizar una convención de esas miras.

Así pues, éste es un buen momento para visitar Alemania, para los fans, por lo que les aconsejamos que se pongan en contacto con Heinrich R. Arenz, presidente del Comité, que acepta el registro mediante la cotización de la tarifa de 4 Deuttschmarks o 1 dólar. Su dirección es Postfach 5002, D-6000 Frankfurt/M, Alemania.

Ha sido definitivamente elegido Estocolmo como lugar de celebración de la convención nacional de Suecia de 1968.

Denominada **Stocon VI**, será desarrollada en los días 1 al 3 de Junio. Los actos tradicionales de la misma son una subasta, discusiones, conferencias y charlas sobre autores de ciencia ficción.

Thirdmancon en Buxton, para Pascua. La convención británica para 1968 cuenta con un registro, hasta el momento de escribir estas notas, de 168 asistentes.

Se ha preparado un programa excepcional para la misma, incluyendo (si es que hay quien lo soporte) una proyección de películas con una duración de toda una noche. Igualmente se celebrarán charlas, conferencias y ¡una justa entre dos

caballeros armados de punta en lanza, pertenecientes a la Grande y Muy Honorable Orden de San Fantony (conferida en las convenciones británicas entre los fans de mérito)!

Entre los asistentes extranjeros se encontraran grupos de fans italianos y alemanes.

AUTORES

Intercambio de relatos de ciencia ficción entre España y Gran Bretaña: al mismo tiempo casi que **The Silent Speakers** (Los oradores silenciosos), de Arthur Sellings, era adquirido para su traducción al español, **La canción del infinito**, de Domingo Santos, quedaba contratada para su publicación en **New Writings in SF** (Nuevos escritos de ciencia ficción), la más prestigiosa serie de antologías que se está editando en la actualidad en la Gran Bretaña.

ARTE

El Festival de las Artes de Brighton de este año, a celebrar del 27 de Abril al 12 de Mayo, estará dedicado en una buena parte a la ciencia ficción, con lo que se demuestra la vivencia del género en las artes británicas.

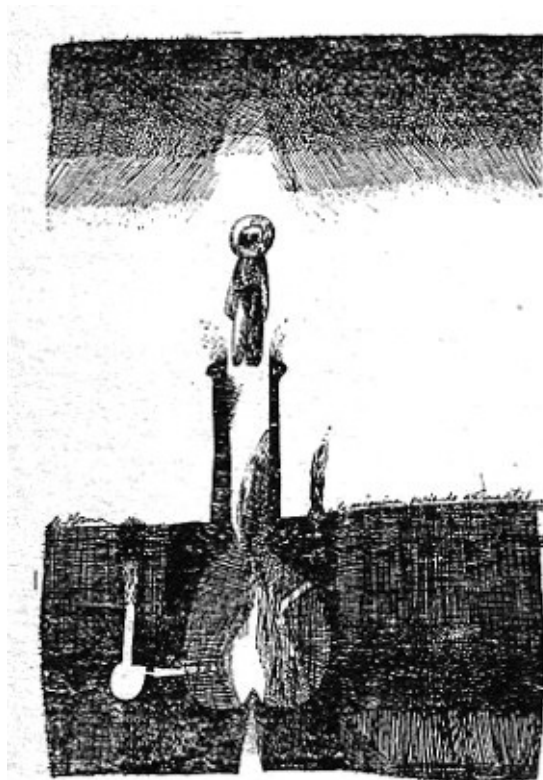
Comprenderá una conferencia sobre la ciencia ficción, un film del género, música de ciencia ficción para niños y una exhibición de escultura ingrávida realizada con telas llenas de helio.

Del 3 al 16 de Febrero de este año ha tenido lugar en Treviso, Italia, una exhibición de **Surrealismo Fantascientífico Ideológico** por Aladino Ghioni.

Exposición de pinturas en la nueva Sala As de Barcelona. Artista: Luis Horna. Tema: la ciencia ficción, el comic, los computadores, los platillos, Batman y «la máquina de parir astronautas».

Aníbal Núñez nos dice, en el catálogo de la exposición: «I l'Horna, com tot autèntic artista, té la desgràcia —o la fortuna— de la clarividència, i la sort —o desventura— d'avançar-se al seu temps per veure per l'esclletxa del futur» (Y Horna, como todo auténtico artista, tiene la desgracia —o la fortuna— de la clarividencia, y la suerte —o la desventura— de adelantarse a su tiempo para ver por la rendija del futuro).

Una interesante exposición, particularmente para el aficionado a la ciencia ficción, como puede demostrar un breve resumen de los títulos contenidos en el catálogo: **Batman, debías retirarte. Platillo tocado. Inútiles vuestros intentos de invasión. Dale en la panza con el rayo: es su punto flaco. Bien se ve que vienes de Plutón: eres fuerte muchacho.**



La pintura a la búsqueda de nuevos horizontes: Luis Horna

PREMIOS

Con ocasión de celebrarse el mes del papel, el Groupement Français des Fabricants de Papiers d'Impression et d'Écriture (Grupo francés de fabricantes de papeles para imprenta y escritura) ha organizado, en el diario France-Soir, un concurso denominado **Tierra-Luna**.

Las pruebas de este concurso, abierto a todos los lectores del citado diario, consisten en 1) Realizar, con papel o cartón, una maqueta tridimensional de un ingenio espacial, real o ficticio. 2) Imaginar, en una tira de comic con cinco viñetas, cuáles serán los pasatiempos del hombre en la Luna. 3) Redactar, brevemente, las impresiones de una llegada a la Luna.

Los premios en juego son: Para el primero un viaje turístico a la Luna, cuando sea realizable, cuyo valor se estima en 320.000 francos actuales; un pasaje para el primer vuelo del avión supersónico anglo-francés «Concorde», cuando éste tenga lugar e, inmediatamente, un viaje a una base espacial. Los 2.º, 3.º y 4.º recibirán como premio un viaje a una base espacial y, del 5.º al 1000º, artículos de papel que van desde muebles hasta papel de cartas anagramado, pasando por vestidos y juegos de mesa.

Un interesante concurso, de cuyo desarrollo trataremos de tenerles informados.



El cartel publicitario del concurso Tierra-Luna

La editorial italiana Libra Editrice ha anunciado una competición literaria denominada **Premio Nova SF**.

Este concurso, abierto a todos los italianos, consistirá en la selección de doce relatos de entre los recibidos, de los que los tres mejores recibirán como premio un robot, de oro, plata y bronce por orden de mérito, y serán publicados en la revista **Nova SF**. También el mejor escritor no profesional recibirá un certificado especial.

JUEGOS

Los cohetes suben hasta ponerse en órbita. Cuatro potencias compiten por la victoria en la conquista del espacio. ¿Una nueva epopeya de Heinlein, de Clarke?, no, un nuevo juego aparecido en Francia: **Cap sur la Lune** (Rumbo a la Luna).

Presentado bajo los auspicios de Fernand Nathan, magnate de la juguetería francesa, este juego, clasificable entre los «de sociedad», está recomendado por su fabricante para los mayores de doce años y consiste en un tablero con órbitas concéntricas a la Tierra y a la Luna y unas fichas modeladas en forma de cohetes.

Las reglas de este juego permiten nueve distintas posibilidades, de complicación creciente y para distinto número de jugadores, hasta un máximo de cuatro, que son: 1) El encuentro orbital. 2) Edificación de plataformas interplanetarias. 3) Encuentro orbital en un punto previsto con anterioridad. 4) Viaje alrededor de la Luna. 5) La conquista de la Luna. 6) Conflicto espacial. 7) El torbellino. 8) El torbellino contrario. 9) Solo contra todos.



El juego de Fernand Nathan «Cap sur la Lune» (Foto Martínez)

REUNIONES

Después de la Minicon, la Microcon: vean lo que dice, en el fanzine European Newsbulletin (antes European Link) nuestro corresponsal en Francia Jacques Ferron:

«Tuvo lugar una microconvención francoespañola de los días 19 al 25 de Febrero en Longjumeau, cerca de París. La principal actividad de los participantes fue el beber numerosos brindis a la salud de la nueva revista española de ciencia ficción **Nueva Dimensión**: Agotados por **La Vie Parisienne**, los encargados de esta magnífica revista han descubierto otra dimensión no anunciada en el programa».

Deseamos aclarar que estas reuniones tuvieron lugar durante el reciente viaje de nuestros colaboradores Santos y Vigil a París con motivo de la Exposición de ciencia ficción y que agrupaban, además de los citados, a Ferron y su esposa. De aquí el apelativo de «micro...» con lo reducido de la asistencia.

Primera Minición en Barcelona. Siguiendo la trayectoria iniciada en Madrid, Nueva Dimensión convocó, el día 27 de Enero, una miniconvención entre sus colaboradores y amigos. Por un curioso hecho geográfico, entre los reunidos, a las nueve de la tarde en los sótanos de la cervecería Lesseps, predominó el elemento artístico sobre el literario, al contrario de lo ocurrido en Madrid.

Enrique Torres (Enrich), Alfonso Figueras, Carlos Giménez, Esteban Marotto y José Escolano representaban al elemento mayoritario, esto es al artístico, mientras la minoría literaria se encontraba reducida a su mínima expresión numérica en la persona del poeta Santiago Martín Subirats.

Abundante representación de la revista: los tres encargados de la misma, Sebastián Martínez, Domingo Santos y Luis Vigil; el director periodista, J. M. Armengou; los de publicidad y relaciones públicas, Jordi Prat y Andreu Romà Parra, y un traductor, Octavi Piulats.

Un elemento, el único sin el que no puede vivir una revista, ausente en Madrid, se

hallaba aquí presente en la persona de Enrique Piedra: los lectores.

La presencia femenina estaba asegurada por Berit Sandberg y Virginia Caro.



Sandberg, Caro, Torres: «Minicon de Barcelona» (Foto Martínez)

Fueron abordados diversos temas: momento de la ciencia ficción en España, el primer número de Nueva Dimensión, los proyectos para los siguientes, y hasta se produjo una pequeña polémica cuando Martín Subirats afirmó, tajantemente, que «muchas ilustraciones hacen muy poco favor a los relatos, una mala ilustración puede hundir un buen cuento», afirmación que provocó inmediatas réplicas por parte de Torres, Giménez y Marotto.



Predominan los artistas en la «Minicon»: Giménez, Marotto, Vigil, Figueras, Piedra (Foto Martínez)

La polémica se saldó con una curiosa justa en la que se enfrentaron los contendientes en demostración de sus habilidades, por lo que Martín Subirats compuso una poesía basándose en la inspiración del momento y Giménez y Marotto le respondieron con sendos dibujos.

Así, con un duelo incruento que demostró una vez más la habilidad de los

colaboradores de Nueva Dimensión, acabó la Primera Miniconvención de la ciencia ficción de Barcelona, más reunión de trabajo por parte de la plantilla de esta revista que verdadera convención.

Las noticias y comentarios recogidos en esta sección proceden de las siguientes fuentes:

Anticipación (revista) Barcelona, España. **Aventuras de ciencia ficción** (fumetto) Madrid, España. **Bronze Shadows** (fanzine) Sylvania, EE.UU. **Cap sur la Lune** (juego) París, Francia. **Cátedra de Psicología Social** (ICESB) Barcelona, España. **Contact** (disco) París, Francia. **O Cruzeiro** (revista) Río, Brasil. **Espace** (folleto) Montferrand, Francia. **European Newsbulletin** (fanzine) Londres, Reino Unido. **Exposició de Pinturas Horna** (catálogo) Barcelona, España. **La Estafeta Literaria** (revista) Madrid, España. **F & SF Book Co.** (catálogo) Staten Island, EE.UU. **Flash Gordon** (catálogo) París, Francia. **France-Soir** (diario) París, Francia. **Guianeya** (libro) Moscú, URSS. **Le Jour où les poissons...** (disco) París, Francia. **Mata ratos** (revista) Barcelona, España. **Le Miroir du Fantastique** (revista) Asnières, Francia. **Newsweek** (revista) Nueva York, EE.UU. **El Noticiero Universal** (diario) Barcelona, España. **L'Officiel du Spectacle** (revista) París, Francia. **Oriflama** (revista) Vich, España. Y la colaboración de **Juan G. Atienza**, Madrid, España. **Carlos Giménez**, Premiá de Mar, España. **Enrique Torres**, Barcelona, España.

se escribe

Debiendo entrar este volumen en máquinas cuando nuestro número anterior apenas había comenzado a verse por las librerías, no ha dado tiempo a que llegaran a esta redacción más allá de unas pocas cartas, la mayoría de ellas procedentes de la misma Barcelona. No obstante, esas pocas cartas recibidas nos dan ya un poco la idea de la acogida que ha tenido **Nueva Dimensión** entre el público. Hay en casi todas ellas una parte de aplauso y otra de crítica, y las conclusiones que hemos sacado de ambas, tanto en uno como en otro sentido, nos han permitido mejorar algunos aspectos en previsión a los próximos números. Adelante, pues. Seguimos esperando sus opiniones, sus sugerencias, sus críticas... sus cartas.

Señores:

Por si les sirve de algo quiero darles mi modesta y sincera opinión sobre su revista «Nueva Dimensión». En ella encuentro inconvenientes y cualidades, como en todas las cosas. Empezaré enumerando los inconvenientes.

En primer lugar encuentro un tanto excesivo el precio... Otro inconveniente es su publicación cada dos meses... Por todo ello quiero sugerirles que reduzcan el número de páginas a la mitad o a dos terceras partes y también su precio, y que aparezca mensualmente, como es costumbre en ese género de revistas.

Sus cualidades son muchas y saltan a la vista: Su cuidada presentación (exceptuando las hojas de color verde, que le dan un aire de guía de teléfonos), la selección de los relatos... con buenas traducciones de los mismos... como la sección de informaciones y comentarios, que se hace muy interesante y cumple con su cometido...

En general, una revista joven, que supongo dirigida por gente joven, que de seguir en este empeño, promete mucho en nuestro país.

Alberto Fernández, Barcelona

- Nuestra política va dirigida a crear una revista de biblioteca, lo cual resultaría imposible con un menor número de páginas y una aparición mensual. Por otra parte, este tipo de revista que usted pide se puede encontrar ya en las librerías, mientras que la que pretendemos hacer era desconocida hasta ahora. Gracias por su aliento. Sí, ha acertado en su suposición sobre la edad del cuadro de redacción: ninguno de los que lo componemos superamos los treinta años.

Redacción de «Nueva Dimensión»:

Gracias por el trabajo, amigos. Todos los españoles que gustamos de pasear por la

avenida «Ciencia-Ficción» nos alegramos al pisar ese asfalto nuevo, sólido y auténtico.

Es muy ancha la avenida. Son muchas las aceras que se deambulan. Contentos quedaron con el primer número los que gustan de pasear por la de los cuentos, las narraciones y la «pseudopoesía» e incluso quienes aman la noticia y se interesan por comentarios tan buenos como «Fandom», se sintieron satisfechos.

Algún otro se quedó sin pasear por su tema favorito. Buscó en cada esquina buenas ilustraciones... acordes con la calidad del texto. Sin embargo, a fuer de sinceros, aún éstos tuvieron su lotería en la magnífica portada de Enrich.

... ¿Por qué no repartir el verde follaje que hay al término de la avenida a través de toda ella? ¿No haría más agradable el paseo?

Por último repito el eco del público que os lo estará agradeciendo. Estamos seguros de que «Nueva Dimensión» viajará con nosotros en el tiempo para satisfacer nuestra afición.

Ramón Cordón, Barcelona

- Nuestro suscriptor número uno nos hace algunas observaciones interesantes. No podíamos pretender que el primer número estuviese totalmente logrado. Esperamos que las ilustraciones de este segundo sean más de su agrado, al igual que lo son del nuestro. En cuanto a su sugerencia sobre el «verde follaje», nos es imposible complacerle pues la solución adoptada nos ha sido impuesta por exigencias técnicas de reproducción.

Querido Luis:

De «Nueva Dimensión» todo. Me quedé estupefacto cuando recogí el ejemplar en el hotel. Precioso. Excepto algunas ilustraciones, inadecuadas estéticamente... demasiado fanzinísticas. Me gustó MUCHO.

Un fuerte abrazo y enhorabuena para ti y los demás.

Luis Gasca, San Sebastián

- Empezamos a creer que la revista estaba bastante bien cuando comenzamos a ver la reacción de nuestros propios colaboradores al tener en sus manos el número uno. Sólo habían dos posibilidades: o eran unos «pelotas» de marca o les asombraba realmente la forma y contenido de la revista, ya impresa, Lo que prueba lo difícil que es prever cómo saldrá algo hasta para los que lo están haciendo.

Muy Sres. míos:

Aunque intentar «criticar» una revista y más si se pretende hacerlo constructivamente, por un solo número aparecido, es muy arriesgado, lo escrito en su

última página me mueve a hacerlo, incluso en estas condiciones.

De las dos partes que consta toda publicación: presentación y contenido, podemos darle a la primera no sólo el visto bueno, sino la más entusiasta felicitación. Calidad: la evidente influencia «planetistique» en este aspecto ha materializado un producto que mejora incluso el modelo. Se ha conseguido una auténtica revista/libro.

El contenido (el verdadero ente) me sugiere tres consideraciones:

1.º) Lo que verdaderamente distingue una publicación de este tipo, de cualquiera de las 50.000 antologías que en este mundo son, es, aparte del criterio selectivo, la parte informativa y de comentarios, que a mí entender debería ser más extensa y más cuidada; sobre todo en las manifestaciones de la SF paralelas a la literatura: Cine, Comic, etc.; a pesar de algunos trabajos publicados.

2.º) Más que verlo, me ha parecido husmear un peligro en el enfoque de la selección de narraciones. El deseo de huir de caminos trillados y descubrir «raras avis» originales, puede producir un empacho y el caer en el defecto opuesto. Somos todavía muchos los que disfrutamos con un buen corto clásico como, p.e., «El Monstruo» de Van Vogt que publican.

No hagamos «discriminación racial» dentro de la SF. Antes de tirarnos los platos a la cabeza entre la SF y la «Cosa Nueva», esperemos a que seamos más y así habrán más platos y la diversión será mayor.

3.º) Como buen aficionado al «Comic» que soy, encuentro a faltar la publicación de un original (no una traducción, ni una reedición), firmas he visto para realizarlo, alguna con experiencia ya en este campo.

No me queda más que desearles una feliz travesía sin tormentas de meteoritos; pueden contar con este pasajero.

Joaquín Alberich, Barcelona

• No podemos seguir agradeciendo, uno a uno, los elogios de nuestros lectores, así que nos limitaremos a contestar a las críticas o sugerencias. No queremos que tema usted ese peligro de «sobreselección» y, si en algún momento le parece verlo tenga en cuenta que el campo de la ciencia ficción es muy extenso y no sólo se compone de los maestros anglosajones. En cuanto a la cuestión del comic, estamos en trámite para conseguir nuestra propia producción, adecuada a las características de «Nueva Dimensión»; por el momento esperamos que le vayan contentando secciones como «The Wizard of If» que puede hallar en este número... y piense que no todos son especialistas como usted.

Muy Sres. míos:

En primer lugar, deseo felicitarles por el acierto que han tenido al publicar una revista, que considero es la mejor en su género que se edita en España.

Desde este primer número me considero como entusiasta seguidor de la misma.

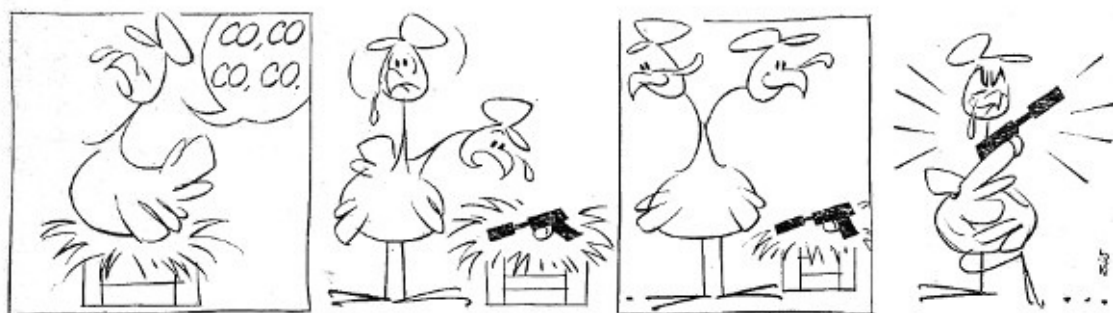
Les agradecería igualmente, haciendo eco a la sugerencia de Vds. respecto a la sección «Missiles», me informaran sobre qué editorial francesa ha publicado las ediciones de los «comics» Barbarella, Jodelle, Lone Sloane, etc., así como otros personajes que sean interesantes.

Desearía, si pueden Vds. proporcionarme, las direcciones de las editoriales. También y abusando de su amabilidad, podrían informarme si las aventuras de Flash Gordon han sido publicadas en francés y por qué editorial; y en España, si existe de ellas alguna edición de lujo.

A la espera de sus gratas noticias, les saluda atte.

José L. Bau, Valencia

• Barbarella y sus compañeras han sido editadas por la editorial francesa **Le Terrain Vague**, 14/16 rue de Verneuil, París 7e. En lo que respecta a otros personajes interesantes, le aconsejamos siga nuestra sección de noticias, en la que iremos dando oportuna cuenta de todo lo sobresaliente en ese terreno, como es el caso de Saga de Xam cuya noticia aparece en estas páginas. También en ellas habrá encontrado información sobre la edición francesa del volumen de Flash Gordon, que corre a cargo de las **Editions SRP**, 94 rue Amelot, París 11e. Sí, existió una edición que podría ser denominada «de lujo» de las aventuras de Flash Gordon en España: la llamada Álbum de Oro, publicada en 1958 por **Editorial Dolar**, S. Bernardo 67, Madrid, dentro de la colección Héroes Modernos. Pero lo cierto es que no podemos aconsejársela por el pésimo tratamiento que han recibido las viñetas de este personaje en todas sus apariciones en nuestro país.



Muy Sres. míos:

Leo en la última página de ND que buscan correspondencia... Los comentarios que me sugiere su primer número son los siguientes:

1.º La revista está bien presentada, con dignidad. Su forma y tamaño la hacen apta para ser coleccionada, pudiéndose guardar en un estante de la librería. La impresión es buena, La composición tipográfica equilibrada y elegante...

2.º Las ilustraciones son en general buenas, algunas menos buenas y otras (muy

pocas) una verdadera pena.

3.º Literatura. Se comprende que una publicación que sale por primera vez ha de recoger una serie de narraciones en plan de tanteo, para ir introduciendo variaciones después en la temática de acuerdo con el gusto de los lectores por una parte y, por otra, para incluir relatos de calidad contrastada e ir acostumbrando el paladar del público. Bien; ésta ha debido de ser la intención de ustedes al hacer la primera selección y creo que van por buen camino. Una segunda intención me imagino que será la de ir introduciendo firmas españolas en un campo tan cargado de mercancía anglosajona.

Conforme con esto también; pero con restricciones. Pienso que ésta es la parte más difícil y quizás por eso han incluido únicamente dos firmas españolas con un total de once páginas de texto. Me han gustado mucho las dos colaboraciones, pero...

Aquí viene el pero, y les ruego me lean con paciencia pues éste es un punto donde una revista española de CF tiene algo que hacer si no quiere sucumbir pronto o vivir de precario bajo el colonialismo literario.

Me explicaré. Los escritores de CF proceden de muy diversos campos. Unos son profesionales de la pluma (de la máquina de escribir, mejor dicho) que escriben CF lo mismo que escribirían westerns, novelas rosa, anuncios del Avecrem o cualquier otra cosa que les permita ir tirando. Otros son verdaderos artistas que han visto en este género una ventana abierta a la fantasía que permite liberarse de las limitaciones que impone la literatura convencional. Otros, en fin, son buenos aficionados que prueban fortuna en este género. Dejamos aparte los escritores de CF natos, que deben de ser muy pocos.

Pero la CF ha traído al escenario literario otras cosas que no son la necesidad de ganarse la vida escribiendo lo que sea; el dominio de la técnica literaturística o la simple afición. La ciencia ficción es algo distinto.

Examinemos simplemente la denominación del género: «literatura de ciencia ficción». Una parte es literatura, otra parte es ciencia y otra es ficción. Pero no las tres a partes iguales y, si no queremos engañarnos, tenemos que reconocer que el ingrediente menos importante quizás sea la literatura. Es fácil demostrarlo con ejemplos. Heinlein, Asimov, Aldiss u otro cualquiera sólo merecerían en el mejor de los casos como literatos la calificación de discretos. Los no partidarios o enemigos de la CF suelen calificar a las mejores novelas como literariamente deleznable.

Otro componente es la ficción. Ya sabemos todos que por un desdichado contrabando lingüístico la palabra fiction ha sido vertida directamente al castellano. Ficción parece indicar mentira, engaño o embeleso, cuando su recto sentido es imaginación creadora, invención literaria o traslación al terreno de lo no real. Es la ficción (sigámosla llamando así) la que ha proporcionado el éxito a escala mundial de la CF.

Pero falta algo: la ciencia. Para escribir sobre temas en los que los protagonistas son personajes que se mueven entre esquemas cibernéticos, que actúan

parapsicológicamente o manejan computadoras electrónicas... Para ello hay que saber cibernética, parapsicología (o al menos psicología), o conocer cómo se realiza un proceso de datos. Si no se conoce el mundo tecno-científico actual más que a través de unas noticias leídas en revistas de divulgación, malamente se puede extrapolar hacia el futuro o trasladarse imaginativamente a una galaxia.

¿Solución para salir del paso como se pueda? Leer CF de importación y hacer refritos más o menos literaturizados. En último término, esto no es más que encuadrarse entre los *servorum pecus*, el rebaño de los siervos de Horacio.

Ésta no es una opinión particular, sino que está avalada por los hechos. Ahí van unos cuantos nombres que creo podrán ustedes completar cumplidamente: Fred Hoyle, radio-astrónomo; Grey Walter, cibernético; Asimov, biólogo; Efremov, paleontólogo; Coupling (John R. Pierce), electrónico; Martin Gardner... Bueno, para qué seguir.

Y esto es lo que se nota al leer la literatura de CF española. Salvo algunas excepciones, con media página puede darse cuenta uno de que la mayor parte de nuestros compatriotas están en las nubes; pero no nubes meteorológicas, sino en ese delicioso limbo artístico de los que hablan de lo que no saben. Un ejemplo. Cierta novelista (cuyo nombre no digo, porque a lo mejor está con ustedes y se enfada) se empeñaba en una novela en demostrar una hipótesis relativista. Para dar más fuerza a su aserto y que se viera que estaba bien documentado, ponía una llamada al pie de la página explicando más todavía una cosa de la cual se había retractado Albert Einstein hacía muchos años. Aquí sí que vale el nombre de ficción como mentira o engaño, aunque no intencionado.

Resumen de todo esto. Que sí; que bueno. Que los españoles escriban en su Revista. Que lo hacen muy bien; que sus colaboraciones son muy poéticas, están llenas de lirismo, de valores humanos y de todo eso. Pero que no lo llamen ciencia ficción. Es otro género que quizás pueda denominarse imaginación anticipadora, poemática del mañana o de cualquier otra forma. Pero eso no es CF.

4.º Me ha causado una gran sorpresa la parte que llaman ustedes ND-Hoy. Francamente desconocía la movilidad e inquietud que parece ser que existe en el mundo en relación con la CF. Es interesante la documentación que aportan, pero creo que debían dedicar a ello menos espacio. Comprendo que los que se mueven en el campo del profesionalismo deben de estar muy interesados con tales noticias. Pero las páginas que dedican me dan una impresión rara. No sé cómo decirlo. Algo así como las revistas dedicadas a la filatelia, editadas por comerciantes con destino a los clientes.

Tampoco me gusta (Sí, ya sé: cuestión de gustos) el nombre de **fan** ni ninguno de sus derivados. Me parece que están hablando de ventiladores. También en esto de encontrar nuevo léxico para ideas nuevas nos estamos metiendo todos dócilmente en el redil lingüístico anglosajón.

5.º y final. Paciencia, que ya queda poco. La carta ha salido demasiado larga pero

la culpa la tienen ustedes por solicitar cartas a los lectores. Opinión general de ND: bastante buena, con las lógicas vacilaciones de lo recién nacido...

Quizás yo haya recalcado lo que me parece menos bueno. Pero es que ¿saben? yo también soy un fan (vaya, ya se me ha escapado la palabreja). Como prueba de ello les mando un trabajo mío de una serie de cinco artículos ya publicados. Como no encontraba el portillo de entrada en ninguna publicación de CF he tenido que forzarlo para que se colara de rondón en una revista exclusivamente técnica. En esta situación de partisano aliado al ejército de los fanáticos (no fans) de la CF espero pacientemente a que puedan llegar a ver la luz algún día una serie de trabajos originales míos que harían resucitar a un catatónico.

Atentamente les saluda,

Julio García de Durango Iglesias, Madrid

• Apreciado amigo: creemos que en estos momentos, tras leer su carta, necesitaríamos los trabajos de que nos habla, pues sus consideraciones nos han dejado en estado catatónico. La suya es una carta sumamente interesante, por lo que, a pesar de su extensión, la hemos publicado prácticamente en forma integral. Nos presenta usted un verdadero problema de fondo, problema que no es exclusivo de la literatura de ciencia ficción española, sino que lo es de toda la del continente europeo. Es éste un problema que nos preocupa, que ha llegado hasta a crear unos a modo de bandos dentro de nuestra redacción, pero finalmente hemos llegado a un «statu quo»: No sabemos cómo podría llamarse la clase de literatura que publicamos, puede ver en nuestra portada junto al bien conocido nombre de ciencia ficción el de fantasía, y quizás deberíamos añadir también «y literaturas paralelas». El convencimiento a que hemos llegado y en el que basamos nuestra ejecutoria es que son tan interesantes los problemas de nuestro porvenir vistos desde un punto de vista tecnológico como desde un punto de vista social, o humano. Por ello trataremos de publicar junto con relatos de **ciencia** ficción otros de ciencia **ficción** o de pura fantasía. Lo cierto es que en España el escritor de ciencia ficción procede de la Literatura y no de la Ciencia: no es pues un prejuicio nuestro, sino una carencia. ¿Existe algún científico español que escriba ciencia ficción? Nosotros lo desconocemos, pero esté seguro que si lo hay, si nos remite sus obras y si en éstas, además del rigor científico que de él se puede esperar, **hay una calidad literaria**, nosotros se las publicaremos.



Notas

[1] Harry Harrison escribió una parodia satírica de la misma, digna de leerse, bajo el título «Bill, the Galactic Hero». <<